

4-25-13

65-2

~~15~~

37

ALMANAQUE

ILUSTRADO
DEL

CRITERIO CIENTÍFICO

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

1882

Lit. de J.M. Mateu, Barquillo, 4 y 6. Madrid.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA

Sala: B

Estante: 2

Numero: 47 (10)

BIBLIOTECA

Sala: _____

Estante: _____

Numero: _____

~~**Biblioteca Universitaria GRANADA**~~

Sala: B

Estante: 5

Numero: I(10)



7 400 40

Galpa

MADE IN SPAIN

ALMANAQUE ILUSTRADO
DE
EL CRITERIO CIENTÍFICO
PARA 1882

ESCRITO CON LA COLABORACION DE LOS SEÑORES

ALCÁNTARA GARCÍA. — ARECHAVALA. — BARTOLOMÉ DE MINGO. — BLANCO ASENJO.
CASTELAR. — CERVELLERA. — CURROS ENRIQUEZ. — D'AIGUEVILLE. — DIAZ DE ESCOVAR.
ECHEGARAY. — ESQUERDO. — FERNANDEZ DURÁN. — FERNANDEZ Y GONZALEZ. — FERNANDEZ GRILO.
FIGUEROA RIOS. — FRANCOS Y RODRIGUEZ. — GONZALEZ SERRANO. — LOZANO Y MONTES.
HELGUERA. — HERRERO (D. LEANDRO). — J. PEREIRA. — LASBENNES. — LOZANO (J. J.).
GAMIZ-SOLDADO. — MARTINEZ GOMEZ. — QUEREIZAETA. — MONREAL (D. AGUSTIN).
MONREAL (D. R. D.). — MORENO IZQUIERDO. — PEREZ VAZQUEZ. — MORAYTA.
PULIDO. — REINANTE HIDALGO. — REVILLA. — PRIETO Y PRIETO. — CARDONA.
RODRIGUEZ GALLINAR. — RODRIGUEZ GARCÍA VAO. — SAINZ DE LA MAZA.
TORRES MUÑOZ DE LUNA. — TOLOSA LATOUR. — YAÑEZ CABALLERO.
RUBIO. — ZORRILLA (D. JOSÉ), É ILUSTRADO POR LOS SEÑORES
BADILLO. — CARRETERO. — GALAN. — MANRESA. — PEREA.
SIERRA Y OTROS REPUTADOS ARTISTAS.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO
calle de Atocha, número 80

1881

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 7

Numero: 147 (10)

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 001

Numero: 049(37)

~~Biblioteca Universitaria
GRANADA~~

~~Sala: B~~

~~Estante: 5~~

~~Numero: I(10)~~

~~AGAY~~

R. 17026

ALMANAQUE ILUSTRADO
DE
EL CRITERIO CIENTÍFICO
PARA 1882

ESCRITO CON LA COLABORACION DE LOS SEÑORES

ALCÁNTARA GARCÍA. — ARECHAVALA. — BARTOLOMÉ DE MINGO. — BLANCO ASENJO.
CASTELAR. — CERVELLERA. — CURROS ENRIQUEZ. — D'AIGUEVILLE. — DIAZ DE ESCOVAR.
ECHEGARAY. — ESQUERDO. — FERNANDEZ DURÁN. — FERNANDEZ Y GONZALEZ. — FERNANDEZ GRILO.
FIGUEROA RIOS. — FRANCOS Y RODRIGUEZ. — GONZALEZ SERRANO. — LOZANO Y MONTES.
HELGUERA. — HERRERO (D. LEANDRO). — J. PEREIRA. — LASBENNES. — LOZANO (J. J.).
GAMIZ-SOLDADO. — MARTINEZ GOMEZ. — QUEREIZAETA. — MONREAL (D. AGUSTIN).
MONREAL (D. R. D.). — MORENO IZQUIERDO. — PEREZ VAZQUEZ. — MORAYTA.
PULIDO. — REINANTE HIDALGO. — REVILLA. — PRIETO Y PRIETO. — CARDONA.
RODRIGUEZ GALLINAR. — RODRIGUEZ GARCÍA VAO. — SAINZ DE LA MAZA.
TORRES MUÑOZ DE LUNA. — TOLOSA LATOUR. — YAÑEZ CABALLERO.
RUBIO. — ZORRILLA (D. JOSÉ), É ILUSTRADO POR LOS SEÑORES
BADILLO. — CARRETERO. — GALAN. — MANRESA. — PEREA.
SIERRA Y OTROS REPUTADOS ARTISTAS.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO
calle de Atocha, número 80

1881

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta

ALMANAQUE

DE BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

EL CRITERIO CIENTÍFICO

REVISTA DEL AÑO

Un paso más en el camino de la vida, y una página en blanco ménos en el libro talonario de nuestras acciones: hé aquí, amado lector, lo que viene á significar el año 1882. Para el que sufre, el nuevo año es una de las actas de su martirologio; para el que goza, una invitación más para el festin de la dicha; y, sin embargo, al terminar, todos se quedarán iguales: pobres y ricos, felices y desgraciados, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, lanzarán un suspiro de despedida: los unos ven en él el recuerdo de pasadas glorias; los otros, el testigo de sus dolores; todos, el confidente de sus miserias y debilidades.

Así es la vida, caro lector, y así será siempre, si Dios no lo remedia: gozar y sufrir, deseo y hastío; y pues, por más que hagamos, no lograremos dar una nueva forma á nuestra existencia, ni desfacer los muchos agravios que en el mundo encontramos, ni enderezar los innumerables entuertos que al paso nos salen, pues ocupación es ésta que sólo á andantes caballeros está encomendada, dejemos rodar la bola y contentémonos con ir recibiendo las visitas sucesivas de los años que nos quieran honrar con su presencia; al fin y al cabo, si los recibimos de mal talante, no se han de volver atrás en su carrera; de modo que lo mejor es hacerles afectuosa acogida, por ver si los ponemos á nuestra devoción: *al mal tiempo, buena cara.*

Mas, ántes de invitarte á pasar conmigo revista á los meses del año 1882, debo, lector amigo, justificarme ante tus ojos de una falta que, según los tiempos que corren, es gravísima, y casi imperdonable.

Es dicha falta el haber defraudado la esperanza que abrigarías de recibir un *Juicio del Año* en verso

y pintándote las influencias más ó ménos favorables que los demas planetas que giran en el espacio han de ejercer en el que habitamos, por mal nuestro; pero he preferido presentarte esta *Revista del Año* en mal hilvanada prosa, porque me he acordado de aquel adagio, *nadie da lo que no tiene*, y mal podría ofrecerte poesía siendo un campo vedado para mi pluma; y respecto á la costumbre seguida de hablar de las influencias que el planeta A ó B ha de hacernos sentir el año de 1882, acuérdomé de una célebre redondilla:

El mentir de las estrellas
Es un soberbio mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

Y debo confesarte que yo siempre he puesto en duda noticias *tan altas* y de *tan elevado origen*; así, pues, dispénsame esta falta y ayúdame á pasar en rápida mirada los diferentes meses del año, que muchas y trascendentales cosas hemos de poder predecir sin temor de equivocarnos y sin elevarnos á las celestes alturas; pues, á falta de planetas, buenos son cometas, y de éstos, y con *cola bastante pronunciada*, los hay en nuestro efímero suelo; y respecto á poesía, si la buscamos con delicadeza y gusto, también la hallaremos, aún prescindiendo de los *renglones cortos*, que, en último término, son accidentales á la verdadera poesía, tanto más cuanto que, en este mismo ALMANAQUE CIENTÍFICO Y LITERARIO, has de hallarla, y, por cierto, de vates mimados por las musas.

En todas las flores, aún en las más humildes, sabe libar la abeja laboriosa el dulce néctar con que elabora sus panales sabrosísimos.

ENERO

¡Mes español por excelencia! Si no tuviera nombre, en España se le daríamos y bien apropiado: es el mes de los *buenos propósitos*; no hay hijo de la tierra ibérica que no cumpla el adagio *año nuevo, vida nueva*: el despilfarrador y pródigo, el holgazán incorregible, el político veleta, la coqueta sin corazón, el escolar indolente, todos absolutamente formamos unos propósitos excelentes en el primer mes del año. «¡Ah! este año, decimos, no ha de ser como el pasado; éste es el año de la enmienda: trabajaré, seré puntual, económico, constante en el amor, un hombre-modelo, en fin.» Esto no es obstáculo, sin embargo, para que, después de tan excelentes propósitos, seamos en el año nuevo peores, si cabe, que en los anteriores; y, para no desmentir nuestro abo-lengo moral, comenzamos por perder el tiempo en inútiles visitas y por regalarnos con exquisitos manjares.

¿Será este año una excepción la humanidad? Creo que no. Es, pues, seguro que el mes de Enero de 1882 será como todos: el mes de los aguinaldos, del *pavo* y del *turrón* (no es alusión política).

FEBRERO

¡Vedle! Viene acompañado del Carnaval, es decir, del estruendo y el bullicio; podría llamarse el *mes de la locura*; es el más informal del año; por eso, sin duda, es el más corto; la vida de licencia y disipación es siempre menos duradera; ¿quién es capaz de penetrar sus secretos? Miradle, cubierto el rostro con la deforme y chocarrera careta, luciendo el traje chillón y extravagante del polichinela; se divierte á costa de los demás; como el sátiro de la fábula, brilla con mayor esplendor cuanto guarda menos pudor en sus diversiones; también se disfraza con el traje provocativo de la orgía; oculta su rostro con el aterciopelado antifaz, para no dejar ver el carmin de la vergüenza que brota de su alma, y, así cubierto, brillan sus ojos con más fulgor, porque es más oscuro el círculo en que se agitan; caprichoso dominó de seda envuelve sus formas incitantes, y se lanza con irresistible deseo en el torbellino al compás arrebatado de la orquesta, para mecerse en los brazos del placer; á veces, quedan entre los crujientes pliegues de su capuchón los jirones de alguna honra.

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo? ¡Mes de Febrero de 1882! ¡Mes de la locura! Pasa pronto; que tus días sean fugaces, y tus horas de libertinaje amargas como los frutos de la seducción; que el cielo encapote su azul horizonte en tus días de orgía y el sol palidezca ante tu vista. Pasa rápido; que si la vida es un Carnaval perpetuo, no necesitamos del cuadro recargado de tus desórdenes para derramar lágrimas sobre las consecuencias de nuestras locuras.

MARZO

Tras la revolución violenta, la reacción opresora; en pos de la tormenta desencadenada, la calma ab-

soluta; para pagar las culpas del Carnaval, las privaciones de la Cuaresma. Marzo es el reverso de Febrero: la multitud invade silenciosa los templos; se escucha la palabra severa y la frase de reconvencción del misionero que invita á la penitencia; los teatros languidecen y los estrenos escasean; es que agoniza la primera temporada: hay, sin embargo, en él un paréntesis, un día de alegría y animación: es el día de San José: ¿qué familia no encuentra á alguno de sus individuos bajo su advocación? Las felicitaciones y los plácemes se cruzan; los regalos menudean; pasa, sin embargo, y vuelve la tristeza y el recogimiento entre la multitud, y sigue la desnudez é infertilidad en la naturaleza; es que todos se aprestan á la resurrección: los hombres, á la de Cristo; la naturaleza, á la de la primavera.

¿Quién negará, después de esto, el paralelismo entre el mundo físico y el moral?

ABRIL

¡Yo te saludo, mes del *Hossanna* y el *Alleluja*, mes de las brisas y las primeras flores, testigo periódico de los idilios de las canoras aves, y testigo anual de la inauguración del *espectáculo nacional* por excelencia!

Tú eres el mes deseado de los hombres y de la naturaleza; bajo tu imperio brilla el sol con más fulgor, brotan de la tierra campos llenos de vida y de verdor, y las montañas se descifran sus blancas túnicas, y las fuentes rompen sus cristalinas ligaduras.

Tú eres el padre de la primavera, el mes de la fecundación, el deseado de los amantes. Tú eres también el que presencias la segunda temporada de nuestros teatros y el que abre de par en par las puertas de nuestros circos taurinos: ¡contraste singular! En el mes de la resurrección y de la vida se inaugura el espectáculo de la muerte; ¿será que nuestro carácter exige siempre cuadros sangrientos? No lo sé; sólo os puedo decir que el pueblo de carácter más caballeresco y generoso, es el pueblo también partidario de las luchas cruentas. ¡Caprichos de la naturaleza humana!

MAYO

Quien no haya sentido nunca las bellezas de la naturaleza; aquel cuyo corazón haya permanecido insensible en medio de las tempestades; el que se encuentre rodeado de soledad y melancolía y crea secada en su alma la fuente purísima de las sensaciones, que acuda á tí, mes encantador, el más hermoso del año, poético Mayo.

Si los antiguos te dedicaron á la diosa de la primavera, á la graciosa Maya, la religión poética por excelencia, el Cristianismo, también te ha dedicado á la personificación de lo hermoso y poético dentro de su culto: á la Madre del Salvador: por un momento prescinde de la majestad y severidad de sus ritos, de su pompa y magnificencia, para adornar sus altares con tus naturales galas y embalsamar el recinto de sus grandiosos templos con el suave y de-

licado perfume de tus jazmines y claveles; deja á un lado, durante tu reinado, la salmodia grave y pausada como la voz de la conciencia, y entona sencillas estrofas llenas de melodía como el gorjeo de los ruiseñores, é inspiradas en tus cuadros de ternura y sencillez.

Y las modernas sociedades, tan inculpadas de materialismo, tambien te rinden homenaje y reservan para tus días sus espectáculos favoritos y populares, sus seculares romerías, sus animadas ferias y hasta sus diversiones hípcas, última palabra de ese espíritu ávido de nuevos placeres.

Por eso yo te saludo, aún ántes de llegar, gracioso mes de las flores, y te deseo un reinado eterno: ¡ojalá pudieras sustituir con tus hermosos días los tristes y sombríos del invierno, y convertir el año en perpetua primavera!

JUNIO

Después de la poesía, el positivismo y la prosa: no en vano el hombre es compuesto de alma y cuerpo; por eso, al mes de las flores sucede el mes de los *balances* y de los *ajustes de cuentas*; todos los afortunados mortales que no se hallan castigados por completo por la mano de la suerte se disponen á abrir un paréntesis en sus habituales ocupaciones y á lanzarse, entregados en brazos de ese monstruo moderno con respiración de fuego que llamamos locomotora, á descansar de sus tareas y respirar las frescas brisas marinas, cuyos salobres besos devuelven la salud y saquean los bolsillos.

Éste es vuestro mes, patronas de las costas cantábricas y mediterráneas, fondistas amables y constructores de hoteles y casas de recreo: cuando en el Almanaque halléis el nombre de *junio*, inclinados ante él con respeto, grabadle con letras de oro sobre vuestras puertas, y legadle como pedestal de vuestra fortuna á vuestros descendientes: él es el filón no explotado en lo antiguo, la piedra filosofal del siglo XIX: ¡deseadle, pues, larga vida, tendedle vuestros brazos, y sinceradle de los ataques de los descontentos!

Y vosotros, alegres estudiantes, que veis suspendida sobre vuestras frentes la espada de Damócles del mes de Junio, personificada en la terrible *suspension*, anatema olímpico de Minerva ultrajada, perdonadle ese perjuicio inconsciente que os causa, porque tambien es el mes de San Antonio, el mes de las niñas bonitas sin novio, y ¡quién sabe si alguno de vosotros será el agraciado, y el travieso Cupido os hará olvidar las vigiliás y sinsabores de los exámenes! Consolaos, pues, y no renegueis de Junio, que *no hay mal que por bien no venga*.

JULIO

Estamos en plena temporada de baños; los que deseéis participar de la animación y la alegría, los que sólo vivís entre el bullicio y la sociedad, los que detestáis la soledad y el retraimiento, sin duda porque la voz de vuestra conciencia os fatiga con sus

clamores, ó bien porque el alma, desengañada por tanto sufrimiento, quiere aturdirse á sí misma y olvidarse de que existe, huid de las populosas ciudades y de los grandes centros, y refugiaos en las costas, en los pequeños puertos, tendidos como gavio-tas á lo largo de las costas españolas: allí hallaréis hermosas beldades convertidas en bandadas de palomas viajeras; hombres graves y sesudos, constantes cultivadores del negocio ó adoradores de la diosa Política, transformados en sencillos bañistas, adornados, perdonadme la hipérbole, con el primitivo traje del Paraíso y olvidados por unos días de las azarosas angustias y las apasionadas polémicas. Y si, por acaso, vuestra situación financiera es desahogada, y estais ansiosos de nuevas emociones, y no os asusta la idea de abandonar el rincón querido donde se meció la cuna á la sombra del ángel tutelar de vuestra existencia; si no os apena recibir los rayos purísimos del sol lejos de la sombra protectora del pabellón patrio, traspasad la frontera, esa línea imperceptible que no se ve, pero se adivina y siente, y deja tras nosotros todas las afecciones, los lazos todos que nos unen á la vida, y allí, bajo el cielo templado de Italia, en las costas accidentadas de Francia, en los grandes centros de recreo y fiestas perpetuas que se llaman Baden-Baden, Biarritz, Niza, Mónaco, veréis la *high-life* de nuestros salones en constante vida de placeres, en inacabables expediciones y giras campestres; y, después de esto, atrevedos á decir que el mundo no es un bello panorama, que la vida no es un continuo festín y que la cárcel de la existencia no es una jaula dorada donde la humanidad pasa los años cantando en armónicas notas las dulzuras de la dicha y el bienestar: ¿qué importa que, fuera de ese círculo seductor, haya seres que sufran y padezcan los rigores de la adversidad y la miseria? ¿Sabeis qué son esos ayes de dolor que á veces hieren los oídos de los poderosos? Notas inarmónicas en el concierto universal: en la mejor orquesta se oyen desafinaciones. Callen, pues, los desheredados de la suerte y no turben con sus lamentos las dulces horas de la dicha humana.

AGOSTO

Tambien las humildes aldeas y los ignorados pueblecillos, perdidos en las llanuras como la campestre amapola, ú ocultos entre las peñas como los nidos del águila, tienen sus fiestas y sus días de expansión y esparcimiento: el rudo campesino, curtido por el rayo canicular y el helado soplo del cierzo, alimenta en su alma el desco innato de la dicha y busca ansioso una tregua á sus afanes y sudores; y cuando la tierra, regada con el fecundo sudor de su frente, le brinda agradecida el premio debido á sus afanes; y el campo, adornado de haces de oro, le asegura el término de sus anuales tareas; engalanado con su vistoso y tradicional traje de los días festivos, y poseído de la más franca alegría, olvida por un instante los azares del invierno y los calores asfixiantes del estío, y da rienda suelta á su entusiasmo, festejando con sencillas y conmovedoras funciones al Santo

Patrono, á quien tantas veces ha rogado durante el año para que sea el protector de su pequeña fortuna. ¡Santas y venerandas costumbres de nuestras aldeas! ¡Fiestas seculares de nuestros pueblos! Yo os bendigo desde el fondo de mi alma; no revestís el brillo y esplendor de las solemnidades y festejos de nuestras grandes poblaciones; no ensordeceis el espacio con la ronca voz de los cañones, ni el bronco zumbido de las campanas, ni la militar armonía de las músicas; no haceis ondear al viento los pliegues de mil colgaduras costosas, ni cubrís la calle con alfombras de flores; pero teneis, en cambio, el grito espontáneo de admiración de vuestros asombrados concurrentes, el rápido y sorprendente ascender de la culebrina pirotécnica; adornais los altares de silvestres florecillas y de oloroso romero, y llevais como cortejo lucido la muchedumbre alborozada de los moradores de la aldea: en vosotros, todo es espontáneo, natural; en las grandes fiestas, todo oficial, obligado: llevais de ventaja, lo que la naturaleza á sus imitadores.

SETIEMBRE

Ésta es la época del regreso á los hogares abandonados; las bandadas de palomas viajeras que acudieron á refrescar sus alas en las inquietas olas del Cantábrico ó en las tranquilas aguas del Mediterráneo, tienden su vuelo de nuevo hácia las ciudades populosas, y dejan con pena los sitios encantadores que les brindaron asilo durante la temporada veraniega: todos vuelven tristes á sus hogares: no es extraño; suelen venir acompañados de algunos desengaños más y algunas ilusiones ménos; y, despues, ¡pasan con tanta rapidez las horas de la dicha! ¡Son tan cortos los instantes del placer, y tan contados los minutos en que no hay penas que sufrir! Además, es necesario reponer algun tanto los despilfarros hechos en las excursiones del estío, y esto lleva consigo trabajo, mucho trabajo y desvelos sin fin: por eso, todos vuelven graves, serios, y los primeros días todo les molesta; la vivienda les parece incómoda; la atmósfera, triste y fría: es insoportable el mes de Setiembre en las grandes capitales; es el mes de las lluvias y de la temperatura variable: siquiera, allá en las costas del Norte, si menudeaban los chubascos, eran fugaces y soportables; las gotas de agua allí recibidas, eran verdaderas gotas de rocío; apenas terminaba la lluvia, aparecía la tierra seca y fresca agradablemente; ¿y las brisas? ¡Ah! Las brisas marinas estaban impregnadas del perfume de las plantas acuáticas y de la higiénica salobridad de las algas; y, luégo, hay que habituarse de nuevo á la empalagosa y engañadora sociedad; es preciso dar un adiós á la vida de intimidad y confianza que allí se hacía.

¡Mes de Setiembre! ¡cuántos anatemas no lanzan á tu venida! ¡cuántos, si pudieran, te suprimirían del Almanaque! y esto sin contar que tú eres para los escolares el precursor de las tareas universitarias, es decir, la campana fatal que les señala el término de sus vacaciones: ¡pasa, pues, rápido, ya que eres el mes de las *transiciones* y de los desengaños! y en el último día de tu existencia sacude el polvo de tus

sandalias, porque nosotros te detestamos: ¡eres el que arrancas, inhumano, las hojas marchitas del árbol de nuestras ilusiones!

OCTUBRE

Pasad la vista, amados lectores, por las columnas de los periódicos, y sólo hallaréis preparativos de todas clases: los teatros se aprestan á la campaña anual; las sociedades científicas anuncian la reanudación de sus tareas; todo indica que empieza á brotar de nuevo la vida social y de agitación, en el mismo mes en que comienza la muerte en la naturaleza.

¡Cómo convida á la meditación el asistir á la caída de las hojas, y el recibir los primeros ósculos de las brisas del otoño, heladas como las caricias de la vejez, y tristes como la última sonrisa de los moribundos!

Y ¡cómo, en cambio, ensancha el corazón y alegra el alma asistir á la apertura de las Academias, en cuyo palenque los mantenedores de la ciencia justan con pujanza y denuedo por defender el escudo immaculado de la verdad! ¡Cómo hace renacer la fe en los destinos de la humanidad presenciar los primeros estrenos dramáticos de la temporada y el *salvo* de las nuevas compañías! Se alza la cortina, y sobre aquel frágil escenario, copia exacta del mundo, veis desfilar sucesivamente grandiosas figuras y nobles caracteres, ó repulsivos y bajos aduladores, que son quizá el trasunto de lo que os rodea; las sublimes ideas, chispas fugaces que brotan del volcán del genio, toman allí cuerpo á presencia vuestra, y no pocas veces, con propia confusión, encuentra el espectador la aprobación ó condenación de sus actos en los varios episodios del drama ó la comedia: entonces, el monstruo de cien cabezas, juez inapelable que sentencia sin más ley que sus caprichos, se estremece en sus múltiples asientos; sordo rumor se escapa de su pecho, y, al fin, prorrumpe con estruendo en estrepitosos aplausos ó en desatentada silba, que eleva al autor hasta el templo de la Gloria, ó le sepulta entre las ruinas del descrédito.

Así, el mes de la esperanza de los empresarios truecáse no pocas veces en el mes de la muerte para algunos autores.

NOVIEMBRE

¡Mes de las lágrimas y del luto! ¡Mes de los recuerdos y de los finados, la paz sea contigo! ¡Tú has robado á los que fueron el sudario de las tumbas y el estertor de la agonía, y te presentas ante nosotros cubierto de nieve, respirando hielo y encapotado como fantasma aterrador de ignoradas regiones! Tu primera palabra es el triste tañido de la campana que implora una oración, y el primer destello de tu mirada la luz amarillenta del cirio que se derrite rápidamente sobre la funeraria losa, como se derrite la vida del libertino consumida por el fuego devorador de las pasiones; adornas tus sienes con guirnaldas de flores, pero flores inodoras y con el color de

la ictericia; del seno de las fosas no puede brotar la vida.

¿Quién no guarda, allá en el fondo de su alma, cual recuerdo de inapreciable valía, la imagen de un sér querido que nos precedió en el camino de lo desconocido, como para señalarnos la vía que conduce á la eternidad? Si aún no habeis sentido las espigas de la contrariedad, ¡dichosos vosotros! Rogad por los extraños, que al fin son miembros de la gran familia humana; si tambien habeis apurado el cáliz de la amargura, consolaos; las aficciones pasan, como pasa el mes de los muertos, el mes de la *verdad* por excelencia.

DICIEMBRE

Viene á cerrar las puertas del año; y, en verdad, que jamás huésped alguno fué mejor despedido que lo son los diversos años en la persona de su último representante; ¿por qué, pues, no vaticinar al mes de Diciembre del año 1882 la misma suerte que á sus antepasados?

Él, el mes que prestó á Murillo una de sus fiestas para que inmortalizara su nombre escribiendo sobre

el lienzo con su divino pincel una página de oro en la historia del arte; el mes que meció la cuna del Redentor del mundo y oreó con su frígido soplo la celestial faz, es entre nosotros el mes de las fiestas y los regalos, el mes de la holganza, y en España, el país de la fortuna, el que regala á todos los españoles sucesivamente el *¡¡¡premio más gordo de la lotería!!!*

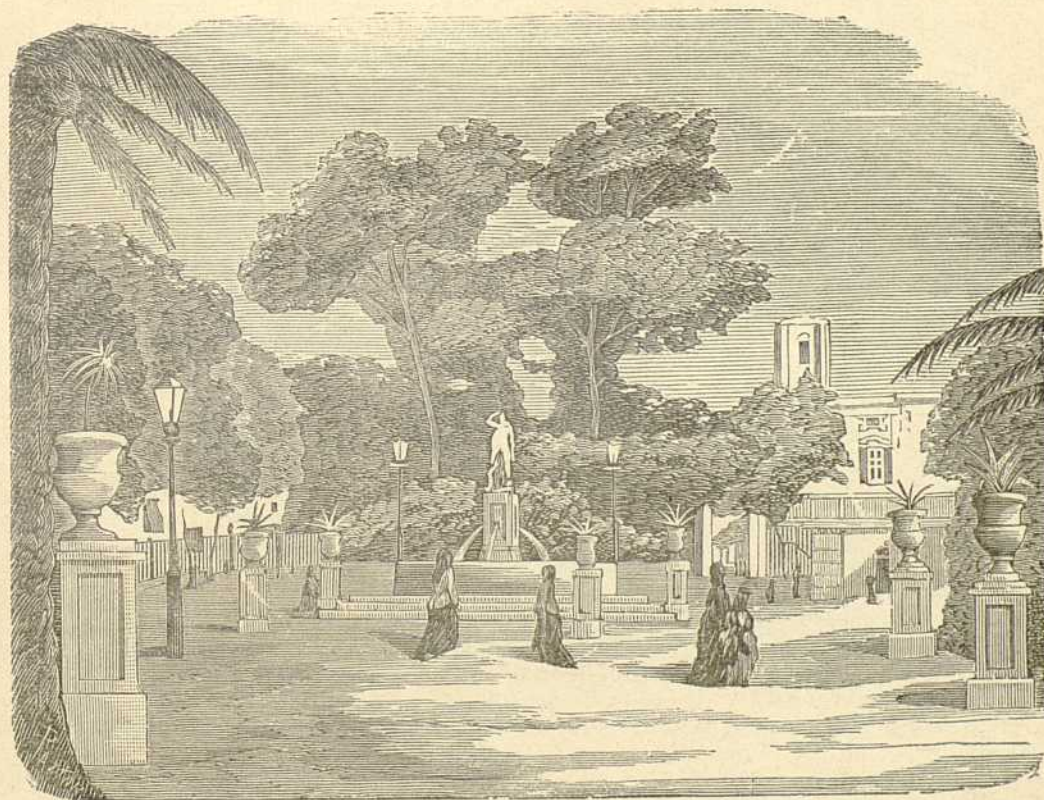
Y como si esto fuera poco todavía, los *Inocentes* (linaje bastante escaso ya en estos tiempos) celebran tambien sus dias en este mes.

¡Dios os libre, amados lectores, de las gracias de estos angelitos!

*
*
*

Aquí termina la *Revista del Año*, y aquí debiera concluir mi trabajo y vuestra paciencia; mas, sin embargo, no me despediré de vosotros sin haceros una profecía, á fuer de revistero del Año: yo os aseguro, queridos lectores, que todo el que llegue en buen estado de salud á las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1882, *probablemente* llegará al año de 1883.

MANUEL REINANTE.



Glorieta de Valencia.

EL CALENDARIO

Todas las cosas que en el mundo existen, todos los cambios que en él se realizan, tienen lugar necesariamente en el tiempo y en el espacio.

El tiempo, destello infinito de la eternidad, forma de las variaciones, fórmula del porvenir, del desarrollo y de la vida, abruma al hombre con su continuidad, como á los Titanes las montañas que les lanzó Júpiter.

Desde el nacer al morir, en las distintas esferas en que desarrolla su actividad, en los varios estados por que atraviesa, en las múltiples circunstancias en que se halla el hombre, siempre, fatalmente, se encuentra frente á frente con el tiempo, que le rodea, que le envuelve.

Por esto, no es de extrañar que su mirada se fijase preferentemente en este su perpetuo acompañante y que procurara medirle, ya que otra cosa no podía. Mas ¿cómo hacerlo, siendo una cosa que se le presentaba sin solución de continuidad? Para ello apeló al Calendario, que tiene por objeto la distribución del tiempo en períodos más ó menos largos, imaginados para los usos sociales.

La palabra Calendario se deriva de *Calendas*, que á su vez proviene de *Kalev* (yo llamo), porque de él se servían para llamar al pueblo á las reuniones.

La revolución sinódica de la Luna, ó el intervalo entre dos lunas nuevas, era el medio más adecuado que tenían los pueblos poco cultos para señalar la vuelta de los acontecimientos físicos y sociales, sirviéndoles de subdivisiones las fases de ésta. Así, los judíos, los griegos, los sajones, etc., se servían del plenilunio para celebrar sus reuniones políticas y religiosas. Los meses lunares eran de 29 días próximamente, y 12 de éstos componían un año lunar.

Pero, sin duda alguna, mejor y más importante que esta división es la basada en la revolución solar. Así lo comprendieron los astrónomos, y quisieron establecer una perfecta coordinación entre las doce lunaciones y la revolución solar. Empero, se encontraron con una dificultad que les impedía lograr su propósito, cual era la diferencia de 11 que existe entre las 12 lunaciones y la revolución solar. Para obviar esta dificultad, los egipcios se atuvieron únicamente á la revolución solar. Por el contrario, otros, como los árabes, tomaron en cuenta la de la Luna.

Los griegos se obstinaron en conciliar los dos movimientos, lo que contribuyó al progreso de la astronomía. Para conseguir este fin, *Solon* instituyó los meses de 29 y 30 días, alternativamente, como

compensación del medio día en que excedía la revolución completa de la Luna á los 29 del mes. *Cleostrato de Tentos* se cree estableció un período de ocho años, al cabo del cual coincidían exactamente los movimientos solar y lunar, añadiendo al 3.º, 5.º y 8.º años del período un 13.º mes de 30 días.

Como Cleostrato no tomó en cuenta los 40' y 2" y $\frac{8}{10}$ en que excede la revolución lunar á los 29 días que él había calculado, resultó que, trascurridas 99 lunaciones, había que añadir un día, 12 horas, 40' y 37" y $\frac{2}{10}$ á los 2.922 que él había fijado. Para remediar este defecto se intentaron muchas correcciones, hasta que aparecieron *Méton* y *Eutémon*, que inventaron el célebre *enneadecatéride* ó ciclo de 19 años, de los cuales siete eran de 13 meses, llamados años *embolismicos*. De este modo lograron que los lugares que ocupaban los astros al fin del período fuesen los mismos, con corta diferencia, que al empezar.

Un siglo después, *Calippo* cuadruplicó el ciclo de Méton, restando á los 76 años del ciclo un día para compensar la diferencia de tiempo contado en el ciclo y el que realmente emplean dichos astros en sus revoluciones para llegar á los puntos de partida.

Tócanos ahora, siguiendo el curso de la historia, examinar el Calendario de uno de los pueblos que más han excitado la atención general por los grandes hechos que en su seno tuvieron lugar; del pueblo que, á su muerte, legó á las generaciones futuras su idioma, su derecho y su religión; del pueblo conquistador; del pueblo romano, en fin.

La distribución del año, el arreglo del Calendario, era uno de los más altos é importantes privilegios de que gozaban los pontífices. Y, aunque á primera vista no lo parezca, si se tiene en cuenta que estaba en su mano la duración de las magistraturas, el salir ó no á pelear, en suma, la ejecución de los actos públicos, por este hecho se ve clara y palpablemente la importancia de esta prerogativa.

El primitivo año romano, el año de Rómulo, constaba de 10 meses, que arrojaban un total de 304 días. Pero bien pronto se echó de ver que semejante división no se conformaba ni con los movimientos del Sol, ni con los de la Luna. Por esta razón, el año 713 (a. J. C.), Numa arregló el Calendario. Dividió el año en 12 meses de 29 y 30 días. Como notara la imperfección de su obra, dispuso que de dos en dos años se añadiese un mes de 20 y 23 días alternativamente, para concordar su Calendario con el movimiento del Sol; sin embargo, no

consiguió su objeto, porque su Calendario no se ajustaba al movimiento del Sol. Propuso á los pontífices el arreglo del Calendario; mas sus propósitos no se cumplieron. De aquí que, en tiempo de César, se separara el equinoccio astronómico del civil en cerca de tres meses, y que reinara gran confusion.

Para remediar este mal, Julio César, el año 46 (a. J. C.) adoptó el año solar astronómico de 365 días y seis horas como civil. Además, como las seis horas, al cabo de cuatro años, componen un día, dispuso que, al cabo de ellos, hubiese un año de 366 días como compensación; este año es el llamado bisiesto: veamos por qué. Dividían los romanos, como los griegos, el mes en tres partes, que llamaban *calendas*, *nonas* é *ídnus*: las *calendas* eran el primer día de cada mes; las *nonas* el 5 ó el 7, según el mes era de 30 ó 31 días, y los *ídnus* el 13 ó el 15, por la misma razón; los días intermedios se llamaban *ante las nonas*, los *ídnus* y las *calendas* del mes siguiente, designándolos con los números que marcaban la separación de fecha á fecha, de mayor á menor, por ejemplo: el 16 de Marzo se nombraba VIII día ante las *calendas* de Abril; el 17, VII día ante las *calendas* de Abril, etc., etc.

Ahora bien; como Julio César ordenó que el día intercalado cada cuatro años se colocase entre el sexto y sétimo ante las *calendas* de Marzo, tenían que contar dos sextos días, nombrando al segundo *bi-sexto* *calendas Martii*, por cuya razón llamaron al año de 366 días *bissextile*, y de aquí el nombre de bisiesto que hoy tiene.

La aparición del Cristianismo determinó un profundo cambio en la manera de ser y en la organización de la sociedad, que es conducida por distintos caminos que los que hasta entonces había recorrido. Esta mudanza dejó también sentir su influjo en el Calendario; así vemos que la antigua división del mes en *calendas*, *nonas* é *ídnus*, prontamente fué reemplazada por la de *semanas*, ó períodos de siete días, variación que introdujeron los primeros cristianos, á usanza de los judíos.

Reaparece también el año lunar en el Calendario Romano al comenzar la Iglesia á cumplir su alta misión, porque le era preciso tomar en cuenta las revoluciones lunares para fijar el día de la Pascua. El Concilio de Nicea, celebrado en 325, dispuso que la Pascua se celebrase el domingo siguiente al plenilunio de primavera, condenando á los *quartodecimanos*, que, siguiendo á los judíos, decían debía celebrarse el 14 de Marzo. Efecto de este acuerdo del Concilio, tomó gran importancia el problema de determinar con exactitud las lunas nuevas; y, tras varias tentativas, Eusebio de Cesárea introdujo el ciclo de Méton, ó ciclo lunar, bajo el nombre de número de oro, el uso del cual confirmó el Concilio.

Adoptado el Calendario Juliano y los años bisiestos, se trató de concordar con los días del mes los de la semana y los de la Luna. Para este efecto se sirvieron de un ciclo de 28 años, llamado ciclo solar, y del ciclo lunar.

El ciclo solar es un período de 28 años, que contiene todas las combinaciones posibles entre los días del mes y de la semana; así, cuando el año de 365 días se comienza en lunes, el domingo es el 7; al año

siguiente comienza en martes, y el domingo es el 6, y así sucesivamente; cuando el año es bisiesto, la diferencia es de dos días. Esta variación es debida á que el año solar no contiene un número exacto de semanas, pues tiene 52 semanas y un día, y el bisiesto 52 semanas y dos días.

Este sistema de Calendario encerraba dos falsas suposiciones: 1.^a, que la revolución del Sol es exactamente de 365 días y seis horas; y la 2.^a, que 19 años lunares son iguales á 235 lunaciones. Estos errores, poco sensibles para un pequeño número de años, lo son mucho en una serie de siglos.

Siendo el año solar de 365 días, 5 h., 48', 52'', ó sea, con poca diferencia, menor que 365 días y seis horas, resultaba un avance sucesivo de los equinoccios de 11 minutos cada año, ó de tres días en 400 años; por esto el equinoccio de primavera que se verificó el 21 de Marzo, cuando se celebró el Concilio de Nicea, se realizaba el 11 de Marzo en el siglo XVI.

Este defecto llamó la atención general. Ocupáronse en su corrección Pedro de Ailly, Regiomontano, Juan Angelo y otros astrónomos, presentando varios proyectos y observaciones para corregir la observación, hasta que, por fin, el papa Gregorio XIII ejecutó la reforma deseada después de tantos siglos.

En el Calendario Juliano, los años eran bisiestos de cuatro en cuatro; de modo que, partiendo del primer año de un siglo, eran bisiestos el 4.^o, 8.^o, 12.^o, etcétera. Todos los seculares, ó cuyo número acababa en dos ceros, eran bisiestos. Según la corrección gregoriana, se hizo de 366 días solamente un año secular de cada cuatro consecutivos, á fin de evitar la anticipación del equinoccio tres días cada 400 años, producida por la regla juliana: así, de los cuatro años 1600, 1700, 1800 y 1900, sólo el 1600 es bisiesto.

Según esta combinación, 400 años gregorianos se componen de 303 años comunes y 97 bisiestos, que componen un total de 146.067 días; pero 400 años solares de 365 días, 5 h., 48' y 52'', hacen 146.096 días, 21 h., 46' y 40'': luego, en 400 años, existirá una diferencia de 2 h., 13' y 20'', lo que concluirá por producir un día de error cada 4 ó 5.000 años; de donde se sigue que, para restablecer el equinoccio, será preciso hacer cuatro años seculares seguidos de 366 días.

El astrónomo *Lilius*, que presentó el proyecto de la reforma gregoriana, ligó al año solar el lunar por medio de las *epactas*.

Este Calendario es el que hoy rige.

Si con la corrección gregoriana terminó la larga serie de reformas por que el Calendario ha atravesado en cuanto á su ciencia, no sucedió lo mismo con respecto á la forma del Calendario, es decir, á su estructura plástica ó exterior. Desde el descubrimiento de la Imprenta, sobre todo, se ha multiplicado de una manera tan prodigiosa su uso, que casi se ha convertido en un artículo de primera necesidad.

Por mucho tiempo ha ejercido la supremacía en la sociedad española el Calendario del Zaragozano.

Mas ¡ay! nada es eterno en el mundo, por bueno y útil que sea; la sociedad, ansiosa de cosas nuevas, relega al olvido lo que pasa en el momento en que

aparece ante su vista un objeto desconocido en qué fijar su atención.

Esto es lo que le ha sucedido al Calendario del Zagozano y sus afines. Presentóseles há poco tiempo un enemigo que les va ganando la batalla, el Calendario Americano. Representa éste una nueva forma del Calendario: al antiguo folleto ha sustituido un carton en que se presenta á Cervántes, á un andaluz tocando la guitarra, y otras mil figuras; pegadas á él existen 365 hojas superpuestas, arrancando una de las cuales aparece el nuevo dia, cual el Sol con su salida determina otro dia. En estas hojas, ademas del número del dia con relacion al mes, existe una efeméride más ó menos notable, los santos del dia y la cuenta de los que restan del mes por los que van pasados. ¡A qué profundas consideraciones se presta el acto de separar una hoja del carton! Cuando desprendemos una hoja, hemos dado un paso más hácia el fin de nuestra existencia, hemos colocado un peldaño más en la escalera del descenso.

Pero, apartándonos de tan poco agradable camino, observamos que con este Calendario se ha hecho

un gran bien, cual es divulgar por medio de las efemérides 365 hechos que por muchos no serian conocidos. Vemos, pues, que el Calendario ha tomado otra senda, sustituyendo á las observaciones meteorológicas, no siempre ciertas, los hechos por la historia comprobados.

Y ya que de reformas tratamos, ya que vivimos en el siglo que se distinguiera por las innovaciones, no te extrañe, querido lector, que yo presente la mia; me arrastra el siglo. Propongo la secularizacion del Calendario; es decir, la formacion de dos Calendarios, uno eclesiástico y otro civil, en cada uno de los cuales, atendiendo á su objeto, la sociedad encuentre todos los datos y noticias que pueda apetecer.

Como apéndice á nuestro trabajo, á continuacion publicamos los nombres de los meses egipcios, y una muestra del Calendario Juliano, no haciéndolo del Gregoriano, porque, como es el que hoy usamos, todos le conocen.

21 Octubre de 1881.

RAFAEL D. MONREAL.

APÉNDICE

Calendario de los Egipcios	CALENDARIO ROMANO Ó JULIANO			
	NOMBRE DE LOS MESES SEGUN REGIOMONTANO	JANUARIUS (ENERO) CONSAGRADO Á JANO	FEBRUARIUS (FEBRERO) CONSAGRADO Á NEPTUNO	MARTIUS (MARZO) CONSAGRADO Á MINERVA
Thus.	1	Calendis Januariis.	1	Calendis Martiis.
Baba.	2	IV Nonas Januarias.	2	VI Nonas Martias.
Athyr ó Athus.	3	III Nonas Jan.	3	V Nonas Mar.
Signach ó Tagut.	4	Pridie Nonas Jan.	4	IV Nonas Mar.
Tobi, Tœ ó Juni.	5	Nonis Januariis.	5	III Nonas Mar.
Mezir, Mesir ó Misir.	6	VIII Idus Jan.	6	Pridie Nonas Mar.
Chamaut.	7	VII Idus Jan.	7	Nonis Martiis.
Bromadi, Formiche.	8	VI Idus Jan.	8	VIII Idus Mar.
Machir ó Machur.	9	V Idus Jan.	9	VII Idus Mar.
Ben, Tegui, Tegus.	10	IV Idus Jan.	10	VI Idus Mar.
Achita, Athica, Achit.	11	III Idus Jan.	11	V Idus Mar.
Mesre.	12	Pridie Idus Jan.	12	IV Idus Mar.
	13	Idibus Januariis.	13	III Idus Mar.
	14	XIX Calendas Februarius.	14	Pridie Idus Mar.
	15	XVIII Calendas Feb.	15	Idibus Martiis.
	16	XVII Calendas Feb.	16	XVII Calendas Apriles.
	17	XVI Calendas Feb.	17	XVI Calendas Apri.
	18	XV Calendas Feb.	18	XV Calendas Apri.
	19	XIV Calendas Feb.	19	XIV Calendas Apri.
	20	XIII Calendas Feb.	20	XIII Calendas Apri.
	21	XII Calendas Feb.	21	XII Calendas Apri.
	22	XI Calendas Feb.	22	XI Calendas Apri.
	23	X Calendas Feb.	23	X Calendas Apri.
	24	IX Calendas Feb.	24	IX Calendas Apri.
	25	VIII Calendas Feb.	25	VIII Calendas Apri.
	26	VII Calendas Feb.	26	VII Calendas Apri.
	27	VI Calendas Feb.	27	VI Calendas Apri.
	28	V Calendas Feb.	28	V Calendas Apri.
	29	IV Calendas Feb.	29	IV Calendas Apri.
	30	III Calendas Feb.	30	III Calendas Apri.
	31	Pridie Calendas Feb.	31	Pridie Calendas Apri. Etcétera, etc.

Ortos del Sol.	ENERO		Ortos del Sol.	FEBRERO		Ocasos del Sol.	
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.	H. M.	H. M.	H. M.	
7 28	1 Dom.	† La Circuncision del Señor y Santa Martina, vírgen.	4 41	7 12	1 Miérc.	San Ignacio, obispo y mártir, y Santa Brígida.	5 16
7 28	2 Lún.	San Isidoro, obispo y mártir, y San Macario.	4 42	7 11	2 Juév.	† La Purificacion de Nuestra Señora y Santa Feliciano.	5 17
7 28	3 Márt.	San Antero, papa, y San Daniel, mr. <i>Abrense los tribunales.</i>	4 42	7 10	3 Viérn.	San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolas de Longobardo.	5 19
7 28	4 Miérc.	San Aquilino y compañeros mártires, y Santa Dufrosa.	4 43		☉	Llena á las 5 y 43 minutos de la mañana en Leo.—Muy revuelto.	
		☉ Llena á las 10 y 44 minutos de la mañana en Cáncer.—Hielos.		7 9	4 Sáb.	San Andres Corsino, obispo, y San José de Leonisa, confesor.	5 20
7 28	5 Juév.	San Telesforo, papa y mártir.	4 44	7 8	5 Dom.	de Septuagésima. Santa Agueda, vírgen y mártir, y San Felipe de Jesus, mr.	5 21
7 27	6 Viérn.	† La Adoracion de los Santos Reyes.	4 45	7 7	6 Lún.	Santa Dorotea, vírgen y mártir. En Córdoba, el Santo Misterio.	5 22
7 27	7 Sáb.	San Julian y San Teodoro, monje, y San Raimundo de Peñafort.	4 46	7 6	7 Márt.	San Romualdo, obispo, y San Ricardo, rey.	5 24
		<i>Abrense las velaciones.</i>		7 5	8 Miérc.	San Juan de Mata, fundador, y Santos Pablo y Lucio, mártires.	5 25
7 27	8 Dom.	San Luciano y compañeros mártires.	4 47	7 4	9 Juév.	Santa Apolonia, vírgen y mártir.	5 26
7 27	9 Lún.	San Julian y su esposa Santa Basilia. En Pamplona, San Antonio.	4 48	7 2	10 Viérn.	Santa Escolástica, vírgen.	5 27
7 27	10 Márt.	San Nicanor, diácono y mártir. En Zaragoza, San Juan Bueno, obispo.	4 49	7 1	11 Sáb.	San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires.	5 29
7 27	11 Miérc.	San Higinio, papa y mártir. En Cádiz, San Teodoro.	4 50		☾	Menguante á las 8 y 19 minutos de la tarde en Escorpio.—Tiempo muy vario.	
7 27	12 Juév.	San Benito, abad y confesor. En Córdoba, San Modesto.	4 52	7 0	12 Dom.	de Sexagésima. Santa Eulalia, vírgen y mártir. En Aragon, San Gaudencio.	5 30
		☾ Menguante á las 3 y 33 minutos de la tarde en Libra.—Vientos.		6 59	13 Lún.	Santa Catalina de Rizzi y San Benigno, mártir.	5 31
7 26	13 Viérn.	San Gumersindo, presbítero. En Córdoba, San Leoncio.	4 53			<i>Anima.</i>	
7 25	14 Sáb.	San Hilario, obispo y confesor. En Barcelona, San Félix, papa.	4 54	6 57	14 Márt.	San Valentín, presbítero y mártir.	5 32
7 25	15 Dom.	El Dulce Nombre de Jesus y San Pablo, primer ermitaño.	4 55	6 56	15 Miérc.	San Faustino, presbítero, y en Pamplona Ntra. Señora de Guadalupe.	5 34
7 25	16 Lún.	San Fulgencio, obispo.	4 56	6 54	16 Juév.	San Julian y 5.000 compañeros mártires, y San Claudio.	5 35
7 24	17 Márt.	San Antonio, abad. En Barcelona, Santa Rosalía.	4 57	6 53	17 Viérn.	San Julian de Capadocia, mártir, y San Ignacio, obispo.	5 36
7 24	18 Miérc.	La Cátedra de San Pedro en Roma y Santa Prisca.	4 59	6 52	18 Sáb.	San Eladio, arzobispo de Toledo, y San Simeon, obispo y mártir.	5 37
7 23	19 Juév.	San Canuto, rey y mártir, y San Mario.	5 0		☽	Nueva á las 2 y 35 minutos de la madrugada en Acuario.—Nubes ó lluvias.	
		☽ Nueva á las 4 y 20 minutos de la tarde en Capricornio.—Vientos.				<i>Sol en Piscis.</i>	
7 22	20 Viérn.	San Fabian y San Sebastian.	5 1	6 50	19 Dom.	de Quincuagésima. (Carnaval.) San Alvaro de Córdoba, confesor, y San Sabino, presbítero.	5 39
		<i>Sol en Acuario.</i>		6 49	20 Lún.	San Leon y San Eleuterio, obispos.	5 40
7 22	21 Sáb.	Santa Ines, vírgen y mártir, y San Fructuoso y compañeros mártires.	5 2	6 47	21 Márt.	San Félix y San Maximiano, obispo y confesor.	5 41
7 21	22 Dom.	San Vicente, diácono, y San Anastasio, mártires.	5 3			<i>Ciérrense las velaciones.</i>	
7 20	23 Lún.	San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y San Raimundo, confesor.	5 5	6 46	22 Miérc.	de Ceniza. La Cátedra de San Pedro en Antioquía, y San Pascasio.	5 42
		† Fiesta en dicho Arzobispado.		6 44	23 Juév.	Santa Marta, vírgen y mártir, y San Florencio, obispo.—Anima.	5 44
7 20	24 Márt.	Nuestra Señora de la Paz, y San Timoteo, obispo y mártir.	5 6	6 43	24 Viérn.	San Matias, apóstol, San Modesto, obispo, y San Torcuato.—Vigilia.	5 45
7 19	25 Miérc.	La Conversion de San Pablo Apóstol, y Santa Elvira.	5 7			☽	Creciente á las 9 y 16 minutos de la noche en Géminis.—Mejora el tiempo.
7 18	26 Juév.	San Policarpo y Santa Paula.	5 8	6 41	25 Sáb.	San Cesáreo, confesor, y San Félix.	5 46
		☽ Creciente á las 7 y 30 minutos de la mañana en Tauro.—Mejora el tiempo.		6 40	26 Dom.	I de Cuaresma. San Alejandro y San Faustino.	5 47
7 17	27 Viérn.	San Juan Crisóstomo, obispo y doctor.	5 10	6 38	27 Lún.	San Baldomero, confesor, y San Lázaro.	5 48
7 15	28 Sáb.	San Julian, obispo de Cuenca, San Tirso y San Valero.	5 11	6 37	28 Márt.	San Roman, abad, San Macario y compañeros mártires.	5 50
7 15	29 Dom.	San Francisco de Sales, obispo.	5 12				
7 14	30 Lún.	Santa Martina, vírgen y mártir, y San Lésmes, abad.	5 13				
7 13	31 Márt.	San Pedro Nolasco, fundador.	5 15				

Ortos del Sol.	MARZO		Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	ABRIL		Ocasos del Sol.
H. M.			H. M.	H. M.			H. M.
6 35	1	Miérc. El Santo Angel de la Guarda y San Rosendo, obispo. <i>Témpora.</i>	5 51	5 43	1	Sáb. San Venancio, obispo y mártir, y Santa Teodora. — <i>Anima.</i>	6 26
6 33	2	Juév. San Pablo y San Lucio, obispo y mártir.	5 52	5 41	2	Dom. <i>de Ramos.</i> San Francisco de Paula y Santa María Egipcíaca.	6 27
6 32	3	Viérn. San Emeterio y San Celedonio, mártires. <i>Témpora.</i>	5 53	5 40	3	Lún. Santos Ulpiano y Pancracio, obispos. ☉ <i>Llena</i> á las 5 y 32 minutos de la tarde en <i>Libra.</i> — <i>Nubes y algun calor.</i>	6 28
6 30	4	Sáb. San Casimiro. — <i>Témpora y Órdenes.</i> ☉ <i>Llena</i> á las 12 y 25 minutos de la noche en <i>Virgo.</i> — <i>Nublados y vientos.</i>	5 54	5 38	4	Márt. San Isidoro, arzobispo de Sevilla. — <i>Anima.</i>	6 29
6 29	5	Dom. <i>II de Cuaresma.</i> San Eusebio y compañeros mártires. <i>En Córdoba,</i> San Adriano.	5 55	5 36	5	Miérc. San Vicente Ferrer y Santa Emilia.	6 30
6 27	6	Lún. San Braulio, San Víctor y San Victoriano.	5 57	5 35	6	Juév. <i>Santo.</i> San Celestino, papa, San Guillerme, obispo, y San Diógenes.	6 31
6 25	7	Márt. Santo Tomás de Aquino y Santa Perpetua.	5 58	5 33	7	Viérn. <i>Santo.</i> Santos Epifanio y Ciriaco, mártires, y San Herman.	6 32
6 24	8	Miérc. San Juan de Dios, fundador, y San Veremundo.	5 59	5 31	8	Sáb. <i>Santo.</i> San Dionisio, obispo, y Santa Casilda, vírgen.	6 33
6 22	9	Juév. Santa Francisca, viuda. <i>En Barcelona,</i> San Ponciano.	6 0	5 30	9	Dom. <i>Pascua de Resurrección.</i> Santa María Cleofé, Santa Casilda y San Marcelo.	6 34
6 20	10	Viérn. San Meliton y compañeros mártires. <i>En Aragon,</i> San Crescencio.	6 1	5 28	10	Lún. San Daniel y San Ezequiel, profetas.	6 35
6 19	11	Sáb. San Eulogio, pbro., y Santa Aurea.	6 2	5 26	11	Márt. San Leon I, papa y doctor. ☾ <i>Menguante</i> á las 6 y 15 minutos de la mañana en <i>Capricornio.</i> — <i>Lluvias y vientos.</i>	6 36
6 17	12	Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Gregorio, papa y doctor, y San Teófanos. — <i>Anima.</i> ☾ <i>Menguante</i> á las 9 y 13 minutos de la noche en <i>Sagitario.</i> — <i>Mal tiempo.</i>	6 4	5 25	12	Miérc. Santos Víctor, Cenon y Julio, papa, y San Sábás. — <i>Anima.</i>	6 37
6 15	13	Lún. Santa Eufrasia y San Leandro, arzobispo de Sevilla.	6 5	5 23	13	Juev. San Hermenegildo, rey y mártir, y San Urso.	6 39
6 14	14	Márt. Santa Matilde, reina.	6 6	5 22	14	Viérn. San Tiburcio Máximo y San Valeriano.	6 40
6 12	15	Miérc. San Raimundo, abad.	6 7	5 20	15	Sáb. Santa Basilisa y Santa Anastasia.	6 41
6 10	16	Juév. San Julian, mártir.	6 8	5 18	16	Dom. <i>de Cuasimodo.</i> Santo Toribio de Liébana y Santa Engracia, vírgen y mártir.	6 42
6 9	17	Viérn. San Patricio, obispo, y Santa Gertrúdis.	6 9	5 17	17	Lún. San Aniceto, papa, y la fiesta de San Vicente Ferrer <i>en Valencia.</i> <i>Abrense las velaciones.</i>	6 43
6 7	18	Sáb. San Gabriel Arcángel y San Braulio.	6 10				
6 5	19	Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> San José, esposo de Nuestra Señora. — <i>Anima.</i> ☉ <i>Nueva</i> á las 12 y 3 minutos del día en <i>Piscis.</i> — <i>Lluvias y vientos.</i>	6 11				
6 4	20	Lún. San Ambrosio, San Niceto, obispo, y Santa Eufemia. — <i>Anima.</i> — <i>Sol en Aries.</i>	6 12	5 15	18	Márt. San Perfecto, mártir, y San Eleuterio, obispo y mártir.	6 44
		PRIMAVERA	6 14	5 14	19	Miérc. Santos Vicente y Dionisio y San Hermógenes.	6 45
6 2	21	Márt. San Benito, San Plácido y San Lupicino.	6 15	5 12	20	Juév. Santa Ines de Monte Pulciano, vírgen, y San Cesáreo. — <i>Anima.</i> <i>Sol en Tauro.</i>	6 46
6 0	22	Miérc. San Deogracias, obispo, San Pablo, obispo, y San Ambrosio de Sena.	6 16	5 11	21	Viérn. San Anselmo, obispo y doctor, San Apolo y San Crotato, mártir.	6 47
5 58	23	Juév. Santos Victoriano y Víctor, mártires.	6 17	5 9	22	Sáb. Santos Sotero y Cayo, papas.	6 48
5 57	24	Viérn. San Agapito, San Segundo, mártir, y San Simon.	6 18	5 8	23	Dom. San Jorge y San Adalberto, obispo.	6 49
5 55	25	Sáb. † <i>La Anunciancion de Nuestra Señora,</i> San Dímas el buen ladron y Santa Dula, vírgen.	6 19	5 6	24	Lún. San Gregorio, obispo.	6 50
5 53	26	Dom. <i>de Pasion.</i> San Braulio, obispo y confesor, San Basilio y San Teodoro. ☾ <i>Creciente</i> á la 1 y 18 minutos de la tarde en <i>Cáncer.</i> — <i>Tiempo regular.</i>	9 19	5 5	25	Márt. San Márcos, evangelista. — <i>Letanias.</i> ☾ <i>Creciente</i> á las 6 y 41 minutos de la mañana en <i>Leo.</i> — <i>Nubarrones y truenos.</i>	6 52
5 51	27	Lún. San Ruperto, obispo y confesor, y San Juan, ermitaño.	6 20	5 3	26	Miérc. Santos Cleto y Marcelino, papas.	6 53
5 50	28	Márt. Santos Cástor y Doroteo, y San Sixto III, papa.	6 21	5 2	27	Juév. San Anastasio, papa, San Pedro Armengol y Santo Toribio.	6 54
5 48	29	Miérc. San Eustasio, obispo, y San Siro.	6 22	5 1	28	Viérn. San Prudencio, obispo, y San Vidal, mártir.	6 55
5 46	30	Juév. San Juan Clímaco y San Régulo, obispo y confesor.	6 23	4 59	29	Sáb. San Pedro de Verona, mártir, y San Roberto.	6 56
5 45	31	Viérn. <i>de Dolores.</i> Santa Balbina. — <i>Anima.</i>	6 24	4 58	30	Dom. El Patrocinio de San José, Santa Catalina de Sena y Santa Soffa.	6 57

Otros del Sol.	MAYO	Ocasos del Sol.	Otros del Sol.	JUNIO	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
4 57	1 Lún. San Felipe y Santiago, apóstoles, y San Segismundo.	6 58	4 28	1 Juév. San Segundo, San Venancio y San Simeon. — <i>Anima.</i>	7 28
4 55	2 Márt. San Saturnino, obispo y doctor, y San Félix, diácono. — <i>Fiesta nacional.</i>	6 59		☉ <i>Llena</i> á las 8 y 19 minutos de la noche en <i>Sagitario.</i> — <i>Calor.</i>	
4 54	3 Miérc. La Invenzion de la Santa Cruz y San Alejandro, mártir.	7 0	4 27	2 Viérn. San Marcelino y San Pedro, mártires, y San Juan de Ortega. — <i>Témpora.</i>	7 29
	☉ <i>Llena</i> á las 8 y 16 minutos de la mañana en <i>Escorpio.</i> — <i>Vientos.</i>		4 27	3 Sáb. San Isaac, monje y mártir, y Santa Clotilde, reina.	7 29
4 53	4 Juév. Santa Mónica, viuda, y Santa Antonina.	7 1	4 26	<i>Anima.</i> — <i>Órdenes.</i> — <i>Témpora.</i>	
4 51	5 Viérn. La Conversion de San Agustín, y San Pio V, papa.	7 2	4 26	4 Dom. de la <i>Santísima Trinidad.</i> San Francisco Caracciolo y San Quirico.	7 30
4 50	6 Sáb. San Juan Ante-Portam-Latinam.	7 3	4 26	5 Lún. San Sancho, mártir, y San Bonifacio, obispo.	7 31
4 49	7 Dom. San Estanislao y San Augusto, mártir.	7 4	4 26	6 Márt. San Norberto y San Felipe de Cesárea.	7 31
4 48	8 Lún. La Aparicion de San Miguel Arcángel.	7 6	4 25	7 Miérc. San Pedro Wistremundo y compañeros mártires, y San Roberto.	7 32
4 47	9 Márt. San Gregorio, obispo y doctor.	7 7	4 25	8 Juév. † <i>Santísimo Corpus Christi</i> y San Salustiano, confesor.	7 33
4 45	10 Miérc. San Antonino y San Gordiano y San Martín de Leoniza.	7 8		☾ <i>Menguante</i> á las 4 y 55 minutos de la tarde en <i>Piscis.</i> — <i>Sigue el calor.</i>	
	☾ <i>Menguante</i> á las 12 y 20 minutos del día en <i>Acuario.</i> — <i>Calor.</i>		4 25	9 Viérn. Santos Primo y Feliciano, mártires, y San Ricardo, obispo.	7 33
4 44	11 Juév. San Mamerto, obispo, y Santos Ponzio, Anastasio y Florencio, mártires.	7 9	4 25	10 Sáb. Santos Crispulo y Restituto, mártires, y Santa Oliva, virgen.	7 34
4 43	12 Viérn. Santo Domingo de la Calzada, confesor.	7 10	4 25	11 Dom. San Bernabé y San Fortunato.	7 34
4 42	13 Sáb. San Pedro Regalado, confesor.	7 11	4 24	12 Lún. San Juan de Sahagun, confesor, y San Onofre, anacoreta.	7 35
4 41	14 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados y Santa Justa, mártir.	7 12	4 24	13 Márt. San Antonio de Padua, confesor.	7 35
4 40	15 Lún. San Isidro Labrador, <i>patron de Madrid, donde es fiesta,</i> y San Torcuato, obispo y mártir.	7 13	4 24	14 Miérc. San Basilio el Magno, obispo, y San Eliseo, profeta.	7 36
4 39	16 Márt. San Juan Nepomuceno, mártir, y San Ubaldo, obispo.	7 14	4 24	15 Juév. Santos Vito, Modesto y Crescencia, mártires.	7 36
4 38	17 Miérc. San Pascual Bailon, confesor.	7 15		☉ <i>Nueva</i> á las 6 y 18 minutos de la tarde en <i>Géminis.</i> — <i>Vario.</i>	
	☉ <i>Nueva</i> á las 7 y 18 minutos de la mañana en <i>Tauro.</i> — <i>Buen tiempo.</i>		4 24	16 Viérn. El Sagrado Corazon de Jesus y San Marcelino, obispo y mártir.	7 36
4 37	18 Juév. † <i>La Ascension del Señor,</i> y San Venancio, mártir.	7 16	4 24	17 Sáb. San Manuel, San Rainero, confesor, y el beato Pablo de Arezo.	7 36
4 36	19 Viérn. San Pedro Celestino, papa.	7 17	4 25	18 Dom. El Purísimo Corazon de María y Santos Marco y Marcelliano.	7 37
4 36	20 Sáb. San Bernardino, confesor.	7 18	4 25	19 Lún. Santos Gervasio y Protasio.	7 38
4 35	21 Dom. Santa María de Socors, virgen, y San Victorio. — <i>Sol en Géminis.</i>	7 18	4 25	20 Márt. San Silverio, papa y mártir, y Santa Florentina, virgen.	7 38
4 34	22 Lún. Santa Rita de Casia, viuda.	7 19	4 25	21 Miérc. San Luis Gonzaga, confesor, San Eusebio, obispo, y San Pelagio.	7 38
4 33	23 Márt. San Desiderio.	7 20		<i>Sol en Cáncer.</i> — <i>Esrfo.</i>	
4 32	24 Miérc. San Robustiano, mártir, y Santa Susana, mártir.	7 21	4 25	22 Juév. San Paulino, obispo, y San Acacio y 10.000 compañeros mártires.	7 38
	☽ <i>Creciente</i> á las 12 y 26 minutos de la noche en <i>Virgo.</i> — <i>Calor.</i>		4 25	23 Viérn. San Juan, presbítero y mártir, Santa Agripina y San Cenon.	7 38
4 32	25 Juév. San Gregorio VII, papa y confesor, y San Urbano, papa y mártir.	7 22		☽ <i>Creciente</i> á las 5 y 47 minutos de la tarde en <i>Libra.</i> — <i>Refrasca el tiempo.</i>	
4 31	26 Viérn. San Zacarías, mártir, y San Felipe Neri, confesor y fundador	7 23	4 26	24 Sáb. La Natividad de San Juan Bautista.	7 38
4 30	27 Sáb. San Juan, papa y mártir, y Santos Emilio, Primo y Luciano.	7 24	4 26	25 Dom. Santa Orosia, virgen y mártir, y San Guillermo, confesor.	7 39
4 30	28 Dom. de <i>Pentecostes.</i> San Justo, confesor.	7 25	4 26	26 Lún. San Pelayo, mártir, y San Salvio.	7 39
4 29	29 Lún. San Maximino, obispo y confesor, y San Teodosio, mártir.	7 26	4 27	27 Márt. San Zoilo y compañeros mártires.	7 39
	<i>Abstinencia.</i>		4 27	28 Miérc. San Leon III, papa y confesor.	7 39
4 28	30 Márt. San Fernando, rey de España.	7 26		<i>Vigilia con abstinencia.</i>	
4 28	31 Miérc. Santa Petronila y San Torcuato. — <i>Témpora.</i>	7 27	4 28	29 Juév. † <i>San Pedro y San Pablo,</i> apóstoles.	7 39
			4 28	30 Viérn. La Conmemoracion de San Pablo, apóstol.	7 38

ORTOS DEL SOL		JULIO		ORTOS DEL SOL		AGOSTO		ORTOS DEL SOL	
H. M.		H. M.		H. M.		H. M.		H. M.	
4 29	1 Sáb.	Santos Casto y Secundino, mártires, y Santa Leonor.	7 38	4 53	1 Márt.	San Pedro Advíncula y San Félix, mártir.	7 18		
		☉ <i>Llena</i> á las 5 y 54 minutos de la mañana en Capricornio. — <i>Mucho calor.</i>		4 54	2 Miérc.	Nuestra Señora de los Angeles, y San Pedro, obispo de Osma.	7 17		
4 29	2 Dom.	La Visitacion de Nuestra Señora, y San Urbano, mártir.	7 38	4 56	3 Juév.	La Invenzion de San Estéban, proto-mártir.	7 16		
4 30	3 Lún.	San Trifon y compañeros mártires.	7 38	4 56	4 Viérn.	Santo Domingo de Guzman, confesor y fundador.	7 15		
4 30	4 Márt.	San Laureano, arzobispo de Sevilla, y el beato Gaspar Bono.	7 38	4 58	5 Sáb.	Nuestra Señora de las Nieves, y San Emigdio, obispo.	7 13		
4 31	5 Miérc.	San Miguel de los Santos, confesor, y Santa Zoa, mártir.	7 37	4 58	6 Dom.	La Trasfiguracion del Señor, y Santos Justo y Pastor, mártires.	7 12		
4 31	6 Juév.	Santa Lucía, vírgen, y Santa Dominica, y San Rómulo, obispo y doctor.	7 37			☾ <i>Menguante</i> á las 3 y 58 minutos de la mañana en Tauro. — <i>Nubes y truenos.</i>			
4 32	7 Viérn.	San Fermín, obispo y mártir, San Claudio, mártir, y San Obdon, obispo.	7 37	5 0	7 Lún.	San Cayetano, fundador.	7 11		
		☾ <i>Menguante</i> á las 9 y 37 minutos de la noche en Ariés. — <i>Nublados.</i>		5 0	8 Márt.	San Ciriaco y compañeros mártires.	7 10		
4 33	8 Sáb.	Santa Isabel, reina de Portugal, viuda.	7 37	5 2	9 Miérc.	San Roman, mártir, y San Justo y Rufino. — <i>Vigilia.</i>	7 8		
4 33	9 Dom.	San Cirilo, obispo y mártir.	7 36	5 3	10 Juév.	San Lorenzo, mártir.	7 7		
4 34	10 Lún.	Santas Amalia y Rufina.	7 36	5 4	11 Viérn.	San Tiburcio y Santa Susana.	7 6		
4 34	11 Márt.	San Pio I, papa y mártir, San Abundio, mártir, y San Juanuario, mártir.	7 35	5 5	12 Sáb.	Santa Clara, vírgen y fundadora, y San Herculano, obispo.	7 4		
4 35	12 Miérc.	San Juan Gualberto, abad, y Santa Mariana, vírgen y mártir.	7 35	5 6	13 Dom.	Santos Hipólito y Casiano, mártires, y Santa Aurora, vírgen y mártir.	7 3		
4 36	13 Juév.	San Anacleto, papa y mártir, y San Esdras.	7 34			☽ <i>Nueva</i> á las 8 y 55 minutos de la noche en Leo. — <i>Calor.</i>			
4 37	14 Viérn.	San Buenaventura, obispo, y San Focas.	7 34	5 7	14 Lún.	San Eusebio, presbítero, y San Marcelo, obispo.	7 2		
4 38	15 Sáb.	San Camilo y San Enrique, emperador.	7 33			<i>Vigilia con abstinencia.</i>			
		☽ <i>Nueva</i> á las 6 y 46 minutos de la mañana en Cáncer. — <i>Calor.</i>		5 8	15 Márt.	† <i>La Asuncion de Nuestra Señora.</i>	7 0		
4 39	16 Dom.	El Triunfo de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Cármen.	7 32	5 9	16 Miérc.	San Roque y San Jacinto, confesor, y San Tito, diácono.	6 59		
4 40	17 Lún.	San Alejo y Santa Generosa.	7 32	5 10	17 Juév.	San Pablo, Santa Juliana, hermanos, y San Mamés.	6 57		
4 40	18 Márt.	Santa Sinforsosa y sus siete hijos, mártires, y Santa Marina.	7 31	5 11	18 Viérn.	San Agapito, Santa Elena, emperatriz, y Santa Clara.	6 56		
4 41	19 Miérc.	Santas Justa y Rufina, vírgenes y mártires, y San Vicente de Paul.	7 30	5 12	19 Sáb.	San Luis, obispo, y San Magin, mártir.	6 54		
4 42	20 Juév.	San Elías, profeta, y Santas Librada y Margarita, vírgenes y mártires.	7 30	5 13	20 Dom.	San Joaquin, padre de Nuestra Señora, San Bernardo, abad, doctor y fundador, y San Samuel, profeta.	6 53		
4 43	21 Viérn.	Santa Práxedes, vírgen, y San Daniel.	7 29	5 14	21 Lún.	Santa Juana Francisca Fremiot, viuda y fundadora.	6 51		
4 44	22 Sáb.	Santa María Magdalena. — <i>Sol en Leo.</i>	7 28			☾ <i>Creciente</i> á las 12 y 40 minutos de la noche en Escorpio. — <i>Vientos y truenos.</i>			
		CANÍCULA.		5 15	22 Márt.	San Sinforiano y San Fabriciano.	6 50		
4 45	23 Dom.	San Apolinar y San Liborio, obispo.	7 27	5 16	23 Miérc.	San Felipe Benicio, confesor, y San Licer, obispo. — <i>Vigilia.</i> — <i>Sol en Virgo.</i>	6 48		
		☾ <i>Creciente</i> á las 10 y 3 minutos de la mañana en Escorpio. — <i>Sigue el calor.</i>		5 17	24 Juév.	San Bartolomé y San Ptolomeo.	6 47		
4 46	14 Lún.	Santa Cristina, vírgen y mártir, y San Francisco Solano. — <i>Vigilia.</i>	7 26	5 18	25 Viérn.	San Luis, rey de Francia, y San Gines de Arles, mártir.	6 45		
4 47	25 Márt.	† <i>Santiago Apóstol, patron de España.</i>	7 25	5 19	26 Sáb.	San Ceferino, papa y mártir.	6 44		
4 48	26 Miérc.	Santa Ana, madre de Nuestra Señora.	7 24	5 20	27 Dom.	San Rufo, obispo y mártir, y San José de Calasanz, fundador.	6 42		
4 49	27 Juév.	San Pantaleon, mártir, San Mauro, obispo, y San Aurelio y compañeros mártires.	7 23	5 21	28 Lún.	San Agustin, obispo, doctor y fundador.	6 40		
4 50	28 Viérn.	San Victor, papa, y compañeros mártires, y San Inocencio, papa y confesor.	7 22			☉ <i>Llena</i> á las 8 y 53 minutos de la mañana en Piscis. — <i>Fuertes calores.</i>			
4 51	29 Sáb.	Santa Marta, vírgen, San Félix, papa, y Santa Serafina, vírgen.	7 21	5 22	29 Márt.	La Degollacion de San Juan Bautista.	6 39		
4 51	30 Dom.	San Abdon y San Senen, mártires, y San Rufino.	7 20	5 23	30 Miérc.	Santa Rosa de Lima, y Santos Emeterio y Celedonio, mártires.	6 37		
		☉ <i>Llena</i> á las 1 y 47 minutos de la tarde en Acuario. — <i>Tiempo vario.</i>		5 24	31 Juév.	San Ramon Nonnato, confesor.	6 35		
4 52	31 Lún.	San Ignacio de Loyola.	7 19						

Ortos del Sol	SETIEMBRE	Ocasos del Sol	Ortos del Sol	OCTUBRE	Ocasos del Sol
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
5 25	1 Viérn. San Gil, abad, y 12 hermanos mártires.	6 34	5 56	1 Dom. Nuestra Señora del Rosario y San Olegario, obispo.	5 42
5 26	2 Sáb. San Antolin, mártir, y San Estéban, rey de Hungría. <i>Sale la Canticula.</i>	6 32	5 57	2 Lún. San Saturio, obispo, y San Arétas.	5 41
5 27	3 Dom. Nuestra Señora de la Consolacion y Correa, San Ladislao y San Saldado.	6 31	5 58	3 Márt. San Cándido, mártir.	5 39
5 28	4 Lún. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía, vírgenes. C Menguante á la 1 y 12 minutos de la tarde en Géminis. — Buen tiempo.	6 29	5 60	4 Miérc. San Francisco de Asis, fundador.	5 37
5 29	5 Márt. San Lorenzo Justiniano, obispo, y Santa Obdulia, vírgen y martir.	6 27	6 1	C Menguante á las 2 y 3 minutos de la madrugada en Cáncer. — Lluvias.	
5 30	6 Miérc. San Eugenio y compañeros mártires, San Petronio, obispo, y San Celestino.	6 25	6 2	5 Juév. San Froilan, obispo, San Atilano, obispo y confesor, y San Plácido.	5 36
5 31	7 Juév. Santa Regina, vírgen. — Abstinencia.	6 24	6 3	6 Viérn. San Bruno, confesor y fundador, y Santa Fe.	5 34
5 32	8 Viérn. † La Natividad de Nuestra Señora, y San Adrian, obispo y mártir.	6 22	6 4	7 Sáb. San Márcos, papa y confesor, y San Sergio y compañeros mártires.	5 32
5 33	9 Sáb. Santa María de la Cabeza, Santos Dorotheo y Gregorio, mártires.	6 20	6 5	8 Dom. Santa Brígida, viuda, y Santa Pelagia.	5 31
5 34	10 Dom. El Dulce Nombre de María, y San Nicolas de Tolentino, confesor.	6 19	6 6	9 Lún. San Dionisio Areopagita, y compañeros mártires.	5 29
5 36	11 Lún. San Proto y San Jacinto, hermanos, mártires.	6 17	6 7	10 Márt. San Francisco de Borja, confesor.	5 27
5 37	12 Márt. San Leoncio y compañeros mártires, y San Eulogio, obispo. ☉ Luna nueva á las 12 y 44 minutos de la noche en Virgo. — Lluvias.	6 15	6 8	11 Miérc. San Nicasio, obispo y mártir, y San Fermin, obispo y confesor.	5 26
5 38	12 Miérc. San Felipe y compañeros mártires y San Amado, abad.	6 13	6 10	12 Juév. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y San Serafin.	5 24
5 39	14 Juév. La Exaltacion de la Santa Cruz.	6 12	6 10	☽ Nueva á las 5 47 minutos de la mañana en Libra. — Nubes ó lluvias.	
5 40	15 Viérn. San Nicomédés y Santa Emilia.	6 10	6 11	13 Viérn. San Fausto, mártir, y San Eduardo, rey y confesor.	5 22
5 41	16 Sáb. San Rogelio, mártir, y Santos Cornelio y Cipriano, mártires.	6 8	6 12	14 Sáb. San Calixto, papa y mártir.	5 21
5 42	17 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, las Llagas de San Francisco de Asis y San Pedro Arbués.	6 7	6 13	15 Dom. Santa Teresa de Jesus, vírgen.	5 19
5 43	18 Lún. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, confesor.	6 5	6 14	16 Lún. San Galo, abad, y Santa Adelaida.	5 17
5 44	19 Márt. San Genaro, obispo.	6 3	6 15	17 Márt. Santa Eduvígis, viuda.	5 16
5 45	20 Miérc. San Eustaquio y compañeros mártires, y San Rogelio. — <i>Témpora.</i> ☾ Creciente á la 1 y 13 minutos de la tarde en Sagitario. — Mejora el tiempo.	6 1	6 15	18 Miérc. San Lucas, apóstol y evangelista, y San Justo.	5 15
5 46	21 Juév. San Mateo, apóstol y evangelista, y Santa Efigenia, vírgen.	6 0	6 16	19 Juév. San Pedro Alcántara, confesor y fundador.	5 13
5 47	22 Viérn. San Mauricio y compañeros mártires, y Santa Emérita. — <i>Témpora.</i>	5 58	6 18	☽ Creciente á las 11 y 40 minutos de la noche en Capricornio. — Revuelto.	
5 48	23 Sáb. Santa Tecla y San Lino. — <i>Témpora.</i> <i>Sol en Libra. — Otoño.</i>	5 56	6 19	20 Viérn. San Juan Cancio, presbítero y confesor, y Santa Irene, vírgen y mártir.	5 12
5 49	24 Dom. Nuestra Señora de las Mercedes.	5 54	6 20	21 Sáb. Santa Ursula y las 11.000 vírgenes.	5 10
5 50	25 Lún. San Lope, obispo, y San Cleofas.	5 53	6 21	22 Dom. Santa María Salomé, viuda, y Santa Cordula, vírgen y mártir.	5 9
5 51	26 Márt. San Cipriano y Santa Justina.	5 51	6 22	23 Lún. San Pedro Pascual, obispo. — <i>Sol en Escorpio.</i>	5 7
5 52	27 Miérc. Santos Cosme y Damian, mártires, y San Pelegrin y San Adolfo. ☉ Llena á las 4 y 55 minutos de la mañana en Aries. — Nublados.	5 50	6 23	24 Márt. San Rafael Arcángel y San Martiriano, obispo.	5 6
5 53	28 Juév. San Wenceslao y Santa Eustoquia.	5 47	6 25	25 Miérc. San Crisanto y Santa María, y Santos Crispin y Crispiniano, mártires.	5 4
5 54	29 Viérn. La Dedicacion de San Miguel Arcángel y San Marcial.	5 46	6 26	26 Juév. San Evaristo, y Santos Luciano y Marciano, mártires.	5 3
5 55	30 Sáb. San Jerónimo, doctor y fundador, y Santa Sofia, viuda.	5 45	6 27	☉ Llena á las 2 y 19 minutos de la noche en Tauro. — Mejora el tiempo.	
			6 28	27 Viérn. Santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires.	5 2
			6 29	28 Sáb. San Simon y San Judas Tadeo, apóstoles.	5 0
			6 30	29 Dom. San Narciso, obispo, y Santa Eusebia, vírgen y mártir.	4 59
			6 31	30 Lún. San Claudio y San Gerardo.	4 58
				31 Márt. San Quintin, Santa Lucila, vírgen, y la batalla del Salado.	4 56

NOVIEMBRE		DICIEMBRE	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
6 32	1 Miérc. † <i>La Fiesta de Todos los Santos.</i>	7 8	1 Viérn. Santa Natalia, viuda, y Santos Eloy y Casiano.
6 33	2 Juév. La Conmemoracion de los fieles difuntos, y Santa Eustaquia, vírgen y mártir.	7 9	2 Sáb. Santa Bibiana, vírgen, y Santa Elisa, y San Pedro Crisólogo.
	☾ <i>Menguante á las 6 y 43 minutos de la noche en Leo. — Lluvia.</i>		☾ <i>Menguante á las 2 y 42 minutos de la tarde en Virgo. — Revuelto.</i>
6 34	3 Viérn. San Valentin y los Innumerables mártires de Zaragoza.	7 10	3 Dom. I de Adviento. San Francisco Javier, confesor, y San Claudio.
6 36	4 Sáb. San Carlos Borromeo y Santa Modesta.	7 11	4 Lún. Santa Bárbara, vírgen y mártir, y San Félix, obispo.
6 37	5 Dom. San Zacarías, profeta, y Santa Isabel, padres del Bautista.	7 12	5 Márt. San Sábás y San Anastasio, mártir.
6 38	6 Lún. San Severo, obispo, y San Leonardo, abad.	7 13	6 Miérc. San Nicolas de Bari, arzobispo y confesor.
6 39	7 Márt. San Antonio y compañeros mártires, y San Florencio, abad y confesor.	7 14	7 Juév. San Ambrosio, obispo y doctor, y San Teodoro.
6 40	8 Miérc. San Severiano, obispo, y compañeros mártires.	7 15	8 Viérn. † <i>La Purísima Concepcion de Nuestra Señora.</i>
6 42	9 Juév. San Teodoro, mártir, San Sotero y la Dedicacion de la Santa Iglesia del Salvador en Roma.	7 16	9 Sáb. Santa Leocadia, vírgen y mártir, San Leandro y San Cipriano.
6 43	10 Viérn. San Andres Avelino, confesor, San Probo, obispo, y Santa Florencia, mártir.	7 16	10 Dom. II de Adviento. Nuestra Señora de Loreto y Santa Olalla, vírgen y mártir.
	☽ <i>Nueva á las 11 y 5 minutos de la tarde en Escorpio. — Revuelto.</i>		☽ <i>Nueva á las 3 y 2 minutos de la tarde en Sagitario. — Nieves y lluvias.</i>
6 44	11 Sáb. San Martin, obispo y confesor.	7 17	11 Lún. San Dámaso.
6 45	12 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Martin, papa y mártir, San Diego de Alcalá y San Millan, confesores.	7 18	12 Márt. Nuestra Señora de Guadalupe, y San Donato y compañeros mártires.
6 47	13 Lún. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, y San Homobono.	7 19	13 Miérc. Santa Lucía, vírgen y mártir.
6 48	14 Márt. San Serapio, mártir, y San Rufo.	7 20	14 Juév. San Nicasio, obispo y mártir, San Espiridion y San Arsenio.
6 49	15 Miérc. San Leopoldo.	7 20	15 Viérn. San Eusebio, obispo y mártir, y San Valeriano.
6 50	16 Juév. San Rufino y compañeros mártires, y San Fidemonio.	7 21	16 Sáb. San Valentin, mártir, y San Rufino.
6 52	17 Viérn. Santa Gertrúdis la Magna, vírgen, y San Hugon.	7 22	17 Dom. III de Adviento. San Lázaro, obispo y mártir, y San Francisco de Sena, confesor.
6 53	18 Sáb. San Máximo, obispo, y San Roman.		☾ <i>Creciente á las 4 y 25 minutos de la tarde en Piscis. — Nieves y lluvias.</i>
	☾ <i>Creciente á las 8 y 27 minutos de la mañana en Acuario. — Lluvias, nieves y hielos.</i>	7 22	18 Lún. Nuestra Señora de la O, y San Graciano.
6 54	19 Dom. Santa Isabel, reina de Hungría, y San Ponciano, papa y mártir.	7 23	19 Márt. San Nemesio, mártir, y Santa Justa.
6 55	20 Lún. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, y San Félix de Valois, confesor.	7 24	20 Miérc. Santo Domingo de Silos, obispo y confesor. — <i>Témpora.</i>
6 56	21 Márt. La Presentacion de Nuestra Señora, y Santos Rufo y Estéban.	7 24	21 Juév. Santo Tomás, apóstol. — <i>Sol en Capricornio. — INVIERNO.</i>
6 57	22 Miérc. Santa Cecilia, vírgen y mártir. — <i>Sol en Géminis.</i>	7 25	22 Viérn. San Demetrio, mártir. — <i>Témpora.</i>
6 59	23 Juév. San Clemente, papa y mártir.	7 25	23 Sáb. Santa Victoria y el beato Nicolas Factor. — <i>Vigilia con abstinencia de carne. — Visita general de Arcelis. — Ciérranse los Tribunales.</i>
7 0	24 Viérn. San Juan de la Cruz y San Crisógono, mártir.	7 25	24 Dom. San Gregorio, presbítero, y San Delfin, obispo.
7 1	25 Sáb. Santa Catalina, vírgen y mártir.		☽ <i>Llena á las 3 y 26 minutos de la tarde en Cáncer. — Hielos y nieves.</i>
	☽ <i>Llena á la 1 y 48 minutos de la madrugada en Géminis. — Hielos fuertes.</i>	7 26	25 Lún. <i>La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.</i>
7 2	26 Dom. Los Desposorios de Nuestra Señora, y San Pedro Alejandrino, obispo.	7 26	26 Márt. San Estéban, proto-mártir.
7 3	27 Lún. San Facundo y San Primitivo, mártires.	7 26	27 Miérc. San Juan, apóstol y evangelista.
7 4	28 Márt. San Gregorio III, papa y confesor.	7 27	28 Juév. Los Santos Inocentes.
7 5	29 Miérc. San Saturnino, obispo y mártir, y Santa Justina, vírgen y mártir.	7 27	29 Viérn. Santo Tomás Cantuariense, obispo.
7 7	30 Miérc. San Andres, apóstol, Santa Julita y Santa Maura, vírgen.	7 27	30 Sáb. La Traslacion de Santiago, apóstol, y San Sabino, obispo y mártir.
		7 27	31 Dom. San Silvestre, papa y confesor, y Santa Coloma, vírgen y mártir.

ACONTECIMIENTOS CÉLEBRES

EN LA HISTORIA UNIVERSAL

Llegada de los fenicios á España (años ántes de J. C.)	1400
Fundacion del reino de Macedonia por Filipo II	796
Fundacion de Roma	753
Establecimiento en Atenas de una República democrática por Solon	594
Destruccion de Tiro por Nabucodonosor II	572
Proclamacion de la República en Roma	509
Llegada de los cartagineses á España	501
Muerte de Pericles	429
Batalla de las Arjinasas	406
Incendio de Roma por los galos	390
Muerte de Alejandro el Magno	323
Conquista de la Galia Cisalpina por los romanos	322
Conquista del reino de Italia por los romanos	229
Destruccion de Sagunto	219
Invasion de España por los romanos	218
Conquista de Macedonia por los romanos	168
Conquista de Grecia	146
Destruccion de Cartago	146
Destruccion de Numancia	133
Conquista de Siria por los romanos	65
Muerte de Craso	53
Conquista de las Galias por Julio César	50
Batalla de Farsalia	48
Muerte de César	31
Batalla de Actium	31
Proclamacion de Octavio Augusto emperador	29
Proclamacion de Tiberio (años despues de J. C.)	14
Proclamacion de Neron	54
Destruccion de Jerusalem por Tito	79
<i>Era de los mártires</i> (décima persecucion de los cristianos ordenada por Diocleciano)	301
Muerte del gran Teodosio	395
Saqueo de Roma por los bárbaros	410
Invasion de los godos en España	414
Batalla de Chalons-sur-Marne	451
Fundacion de Venecia	452
Muerte de Atila	453
Saqueo de Roma por Genserico	455
Invasion de Italia por los lombardos	568
Nacimiento de Mahoma	570
Invasion de España por los árabes	711
Coronacion de Carlo-Magno por el papa Leon III	800
Derrota de los daneses por Alfredo el Grande de Inglaterra	878
Coronacion de Oton I por el papa Juan XII	963
Destronamiento de los Carlovingios en Francia por los Capetos	987
Invasion de Inglaterra por los normandos	1066
Concilio de San Juan de Letran	1074
Deposicion del papa Gregorio VII por Enrique IV de Alemania en la Dieta de Worms	1076
Primera Cruzada	1095
Batalla de las Navas de Tolosa	1139
Segunda Cruzada	1147
Tercera Cruzada	1189
Cuarta Cruzada	1204
Quinta Cruzada	1217
Sexta Cruzada	1228
Sétima Cruzada	1247
Aplicacion de la pólvora por los musulmanes españoles en la defensa de Niebla	1257
Octava Cruzada	1270
Batalla de Crecy	1346
Batalla del Salado	1350
Muerte del tribuno romano Nicolas Rienzi	1354
Muerte de Tamerlan	1405
Suplicio de Juana de Arco en Rouen	1431
Toma de Constantinopla por Mahomet II	1453
Guerra de las Dos Rosas	1455
Conquista del reino de Nápoles por Alfonso V de Aragon	1458
Nacimiento de Lutero	1483
Conquista de Granada	1492
Descubrimiento de América por Cristóbal Colon	1492
Primer divorcio de Enrique VIII de Inglaterra	1527
Concilio de Trento	1545
Muerte de Calvino	1564
Muerte de Soliman II el Magnífico	1566
La noche de Saint-Barthélemy	1572
Muerte de María Stuart	1587
Pérdida de la <i>Armada Invencible</i>	1590
Muerte de Isabel de Inglaterra	1603
Muerte de Richelieu	1642
Muerte de Cárlos I de Inglaterra	1649
Muerte de Mazarino	1661
Muerte de Cromwell	1659
Independencia de los Estados- Unidos	1783
Muerte de Mirabeau	1791
Batalla de Marengo	1800
Proclamacion de Napoleon emperador	1804
Batalla de Austerlitz	1805
Invasion de España por los franceses	1808
Batalla de Waterloo	1815
Independencia de Chile	1818
Independencia del Perú	1821
Independencia de Bolivia	1825
Conquista de Argel por los franceses	1830
Destronamiento de Isabel II	1868
Proclamacion de la República	1873
Restauracion de la dinastía de los Borbones	1874
Asesinato de Alejandro II, czar de Rusia	1881

Cómputo eclesiástico

Aureo número, 2. — Epacta, 11. — Ciclo solar, 15. — Indiccion romana, X. — Letra dominical, A.

Fiestas movibles

Septuagésima, el 5 de Febrero.
 Miércoles de Ceniza, el 22 de Febrero.
 Pascua de Resurreccion, el 9 de Abril.
 Ascension del Señor, el 18 de Mayo.
 Pascua de Pentecostes, el 28 de Mayo.
 La Santísima Trinidad, el 4 de Junio.
 El Santísimo Corpus-Christi, el 8 de Junio.
 Primer Domingo de Adviento, el 3 de Diciembre.

Témporas

I. El 1, 3 y 4 de Marzo. — II. El 31 de Mayo, 2 y 3 de Junio. — III. El 20, 22 y 23 de Setiembre. — IV. El 20, 22 y 23 de Diciembre.

Dias en que se saca ánima

El 5 y 22 de Febrero.—El 11, 12, 19 y 31 de Marzo.—El 1.º y 12 de Abril. — El 1.º y 3 de Junio.

Cuatro estaciones

La Primavera entra el 21 de Marzo.
 El Estío el 22 de Junio.
 El Otoño el 24 de Setiembre.
 El Invierno el 22 de Diciembre.

Eclipses

16 de Mayo, eclipse total de Sol.
 10 de Noviembre, eclipse anular invisible de Sol.

NOTA. Las fiestas de precepto van señaladas con una † y letra *bastardilla*, excepto los domingos y los dias de Santos tutelares de cada pueblo. Los dias en que se saca ánima van indicados así: *Anima*.

FERIAS DE ESPAÑA

ENERO

Día 2, Arles; 6, Amer y Manlleu; 8, Aldea Noválos; 14, San Hilari; 17, Novata, Malgrat, San Quirse de Basora, Borjas de Urgel y San Celoni; 18, Besalú; 20, Valle de Buelna y Arbúcias; 21, Castelltersol; 22, Torradell y Espluga de Francolí.

FEBRERO

Día 2, Zafra, Almagro y Centellas; 3, Tafalla; 8, Mérida, Puerto Marin é Isona; 11, Berlanga; 16, Medina del Campo; 20, Benavente; 21, Balaguer; 22, Figueras; 23, Zamora y Tendilla; 25, Cervera y Crespiá.

MARZO

Día 1, Várgas, Miranda de Ebro y Fuente-Pelayo; 2, Berga; 3, Cardona; 6, Solsona; 7, Zamora; 12, Salás; 19, Melgar de Fernalmental; 20, Santo Domingo de la Calzada y Fuente-Pelayo; 22, Puente del Arzobispo.

ABRIL

Día 4, Medina de Rioseco y Belpuig; 6, Real Valle de Penégos; 7, Caspe; 10, Guisona; 15, Lérida y Poble de Segur; 20, Badajoz; 22, Alcoy y Sacedon; 23, Solsona; 25, Andújar, Carmona, Castelló, Martorell y Mairena; 29, Alcalá de Guadaíra; 30, Tarragona.

MAYO

Día 1, Coria, Jerez de la Frontera, Sanlúcar la Mayor, Medellín, Miranda de Ebro, Mondoñedo, Santiago de Goyoso, Villafranca, Olot, Perelada, Tárrega y Hostalrich; 3, Cazalla de la Sierra y San Juan de Puerto-Marín; 4, Vilches; 5, Vich, Tarrasa, Figueras y Agramunt; 6, Barco de Avila; 7, Torredembarra; 8, Calella; 13, Osuna y Plasencia; 15, Onís, Alconchel, Arbúcias, Güenes y Alustante; 17, Cantalapedra; 18, Baeza; 19, Santo Domingo de la Calzada; 20, Ronda y Madrid; 21, Alpens; 22, Alba de Tórmes y Poble de Segur; 23, Zamora; 24, Gascuña; 25, Carmona, Lérida, Manresa, Cambrils y Torrelló; 26, Casarrubios del Monte; 28, Marbella; 30, Lora del Río.

JUNIO

Día 1, Alba de Tórmes; 2, Trujillo; 8, Artias de la Vall de Arán; 11, Cáceres, Arbúcias y Salardú; 13, Chiclana y Haro; 17, Guarnizo; 24, Leon, Segovia, Soria, Zafra, Jaen y Selaya; 26, Jaca; 29, Avila, Pamplona, Sepúlveda, Campo del Pinar, Coria y Búrgos.

JULIO

Día 9, Esparraguera; 14, San Martín; 16, Yánguas; 19, Santibáñez; 22, Masanet; 25, Mérida, Cuéllar, Reinos, Santiago, Reus, Sabadell y San Salvador.

AGOSTO

Día 1, Estella y Alora; 2, Ubrique y Cuevas de Vera; 5, Prats de Rey; 6, Orihuela y Sellent; 7, Valdepeñas; 10, Escorial, Huesca, Coin, Castellon, Agramunt, Espluga de Francolí, Moya y Laredo; 11, Villa del Prado; 13, Cañete la Real; 14, Herencia, Chinchon, Archidona y Burguillos; 15, Ciudad-Real, Jaen, Plasencia, Utrera, Chucena, Puente-Don Gonzalo, Puente-Genil, Carmona, Puerto-Serrano, Sanlúcar de Barrameda y San Felipe de Játiva; 16, Constantina, Alcalá del Valle, Cieza y Lérida; 17, Valencia de Mombuy y Aroche; 18, Belpuig; 19, Campo Real; 20, Antequera, San Vicente de Alcántara, Borjas de Urgel y Olesa; 21, Cáceres; 22, Almería y Villanueva del Arzobispo;

23, Paterna del Campo; 24, Alcalá de Henáres, Almagro, Astorga, Santa Olalla, Toro, Piedrahita, Murcia, Valencia de Alcántara, La Parra, Berlanga, Figueras, Prádes, Solsona y Martorell; 25, Carcelen; 26, Lerga; 27, Ulzama; 28, Valle de Toranzo, Mérida y Jetafe; 29, Igualada, Granollers y Pineda; 31, Calahorra, Lodosa y Torrelaguna.

SEPTIEMBRE

Día 1, Bórnos, Montilla, Jerez de los Caballeros, Soria, Molina, Peñíscola, Iniesta, Brózas, Puente-Pelayo, Villanueva de la Fuente, Alcaraz, Villanueva de la Reina, Logroño, Huétor-Tajar y Villa de Jódar; 2, Marchena, Jumilla y Palencia; 3, Llorens y Saball; 4, Montoro, Vélez-Blanco, Arcos y San Martín de Valdeiglesias; 5, Fernan-Núñez, Navalcarnero y Jergal; 6, Fregenal, Ampudia, Alburquerque, Navamorcuende, Almonacid de Zorita y Calera; 7, Don Benito y Albacete; 8, Guadalupe, Haro, Jadraque, Lorca, Ocaña, Requena, Salamanca, La Roda, Benasque, Alameda y Fuensagrada; 10, Lebrija y Castelltersol; 11, Valencia de las Torres é Isona; 12, Cariñena, Puebla de Cazalla, Arroyo del Puerco, Echarri-Aranaz y Freschilla; 13, Minglanilla y Brihuega; 14, Zalamea, San Clemente, Hellin, Caravaca, Guadalupe, Guadalajara, Astudillo, Madridéjos, Bonillo, Horcajo, Brihuega, Mora, Salardú, San Sadurni, Perelada, Cardedeu y Segura de Leon; 15, Aracena, Motril, Atienza y Viella; 18, Cazorla, Medina de Rioseco, Ucles, Puente la Reina y Yecla; 19, Onís; 20, Puebla de Montalvan y Alba de Tórmes; 21, Madrid, Carrion, Écija, Llerena, Mula, Coria, Villena, Consuegra, Martín-Muñoz, Orce, Talavera, Reinos, Riaza, Villa-Martín, Fregenal, Garrovillas, Badajoz, Teruel, Moratalla, Talavera de la Reina, Berga, Santa Coloma, Cardedeu y La Granadella; 22, Villa del Río; 23, Cassá de la Selva y Castelló; 24, Vélez el Rubio y Trasmiera; 25, Castro del Río, Coria del Río, Valle de Buelna, Mataró, Arnedo y Puente; 26, Bárcena de Pié de Concha; 27, Alcaudete, Cervera del Río, Alhama y Bayona; 28, Cocentaina y Tarazona; 29, Ubeda y Valladolid.

OCTUBRE

Día 1, Santiponce y Marcilla; 2, Jumilla; 4, Sigüenza, Montalvan, Villarejo, Barco de Avila, Arcos, Montoro, Vélez-Blanco y Oliva; 5, Lugo; 8, Viella, Alforja y Brafim; 12, Enguera y Arbúcias; 13, Trigueros y Esterri de Arneu; 14, Besalú; 15, Motril y Alcoy; 17, Guarnizo; 18, Villadiego, Fregenal, Cea, Cabra, Torremilano, Villafranca, Olot, Figueras, Hostalrich, Verdú, Alcober, Tremp, Mondoñedo y Santibáñez; 19, Onís; 23, Cifuentes; 24, Valdemoro y Melgar de Fernalmental; 28, Sahagun, Cocentaina, Valle de Mena, Villafranca, Perelada y Selva.

NOVIEMBRE

Día 1, Leon, Yecla, Fuente el Saúco, Ladrada, Albox y Piña; 2, Caspe y Puigcerdá; 3, Seo de Urgel y Guisona; 5, Tortosa y Vilarodona; 8, Sort; 10, Mansilla y San Estéban; 11, Francos, Cervera, Solsona, Amer, Estella y Urroz; 12, Gandesa; 15, Alcalá de Henáres; 20, Elche; 24, Bañólas; 25, Castrojeriz, Centellas y Arbeca; 30, Plasencia, Baeza y Torrelló.

DICIEMBRE

Día 3, Sabadell; 4, Agramunt; 8, Trujillo, Sarreal y Cardedeu; 9, Oropesa; 13, Balaguer, Castelló, San Feliú de Pallerols y Coruña; 21, Barcelona, Lérida, Cervera, Olot, Palamó, Blánes, Tremp y Montblanch.

ALMANAQUE

CIENTÍFICO-LITERARIO

PREOCUPACIONES SOCIALES

LAS GENTES SUSCEPTIBLES

La consideracion exagerada del valor de la personalidad, el juicio siempre favorable de los actos propios, el deseo de ser el primero entre los primeros y, finalmente, la decision de ver sólo lo positivo y lo bueno en lo nuestro, tendencias todas ellas nacidas de una especie de manifestacion apoplética del amor propio; tales son los caractéres que muestran en su conjunto las gentes llamadas *susceptibles*, variedad que ofrece el orgullo y que produce hondísimas perturbaciones en el trato social humano.

La susceptibilidad es una forma que toma el egoísmo mal disimulado, y que aparece en la escena social, dotando á las gentes á quienes afecta de una epidérmis igual á la de la sensitiva, pronta á negarse á toda relacion humana que no encauza dentro de los límites préviamente circunscritos á un personalismo absorbente, y siempre dispuesta á retraerse y recogerse en sí misma ántes que á descubrir la falsa vestidura con que se oculta el amor propio mal entendido y peor interpretado.

Son los susceptibles, gentes con las cuales no se puede ir á ninguna parte ni contar con ellas para nada; porque, fieles al culto de su personalidad, profesan sólo la religion ó el ritualismo de sí mismos, sin que les importe un ardite que se malogren las más nobles empresas cuando exceden y trascienden del relieve que quieren prestar á su personalidad, único ídolo á que rinden tributo. Con sus entusiasmos momentáneos, que consagran por el pronto á todo propósito que se les indica, con cierta disposicion favorable á todo género de empresas, cedén y decaen en seguida, porque no creen más que en sí mismos y modelan la fe que sienten conforme con sus deseos.

Sin límite ninguno en este apasionamiento por su

personalidad, verdaderos Narcisos, que únicamente gozan haciéndose los interesantes, muestran salidas de tono que más pasman cuanto más abundan. Tienen la rara habilidad, segun se dice vulgarmente, de poner la horca ántes que el lugar, y, diligentes en ver la paja en el ojo ajeno, convierten en dificultades como montañas nimiedades y pequeñeces que agigantan con la suspicacia de su juicio.

De carácter inestable y voluble y de ambicion inquieta, semejan los susceptibles *niños-grandes*, que pretenden reducir, con una educacion viciada y mimosa, el mundo á teatro de sus caprichos, subordinando cosas y personas á sus genialidades y tomando únicamente como norma de su conducta la simpatía y antipatía congénitas con su endiosamiento y procedentes de la inexperiencia que tienen de la vida.

Existen muchos hombres dotados de tales faltas, y que no carecen de méritos reales y positivos; pero su susceptibilidad dificulta en gran manera mantener con ellos un trato expansivo ó establecer una amistad íntima; hay que tratarles y estimarles de léjos, pues de cerca les perjudica la perspectiva. Lo más prudente con tales sujetos es hacer lo mismo que con ciertas imágenes de santos, que no se pueden bajar de la peana, porque, si contempladas de léjos parecen algo, vistas de cerca desilusionan porque son un sarcasmo contra el arte y el buen gusto. De semejante manera, las gentes susceptibles, cuyas pequeñeces y miserias nublan y oscurecen sus buenas cualidades, bajan de talla cuando se las trata de cerca, pues su carácter quisquilloso convierte el trato en difícil y hace que las más legítimas expansiones de la amistad atraviesen un camino de espinas. Y como tales flaquezas afectan en mayor ó menor grado á cuantos participamos de la débil

condicion humana, sin exceptuar á los grandes hombres; y como ellas salen á la superficie tarde ó temprano, se suele decir, con cierto sabor escéptico, «que no existe grande hombre que lo sea y conserve su grandeza ante su ayuda de cámara,» porque se supone que éste descubre necesariamente sus flaquezas.

La contradiccion atribuida por la leyenda al gran emperador Carlos V, que, desengañado del mundo, ordenaba sus funerales en vida y salía del féretro para desmentir con violento apóstrofe á una vieja que le llamaba feo; el temor supersticioso de su hijo Felipe II (que nunca fué ingenuo ni franco), de que su sombrero pudiera hablar y mostrar á la faz del mundo el fondo de bajas pasiones que albergaba en su alma; el fatalismo con que obraba siempre el gran Napoleon, revelando grandes contradicciones en los actos más sublimes y llegando á veces á carecer hasta de valor personal, son otras tantas *antinomias* del genio, que indican bien á las claras cuán cerca de sí tiene todo hombre su enemigo y cuánta diligencia debe dedicar á conservar el bien más estimable de la vida práctica, á saber: la integridad del carácter y la paz del ánimo.

Exaltadas estas inconsecuencias en las gentes susceptibles, sin reprimir sus primitivos impulsos, han de aparecer necesariamente como hombres inquietos que no tienen espera y que creen que la marcha de los sucesos puede regirse por la vertiginosa de su volubilidad de carácter y de sus deseos. Al no conseguir ocultar sus desmedidas ambiciones, alentadas por una sobrestima de su personalidad, jamás ven las cosas bajo el aspecto que los demas, y, víctimas de un espejismo engañoso, ni aciertan en la realizacion de sus deseos, ni llegan al fin que se propusieran. Equivocan á menudo el camino y yerran con frecuencia la vocacion, viniendo á la situacion lastimosa de no saber fijamente lo que quieren ni poder fijar sus deseos. Contradicciones gravísimas envuelven conducta y pensamiento de las gentes susceptibles, que, en la mayor parte de las ocasiones, son de las que apuntan y no dan en el blanco.

De estas continuas equivocaciones y de tantas y tan fallidas esperanzas surgen los *caractéres vidriosos*, con más puntas que canto rodado: difíciles de pulir y limar estas puntas de carácter, aun agotando los caminos de la concordia, se acentúan despues como elementos abonados para dar origen á temperamentos levantiscos, que cambian de amistades y simpatias con una rapidez que maravilla.

Caminan por caminos tortuosos las gentes susceptibles y gustan á veces (sobre todo si la ocasion les parece oportuna) aparentar una severidad de principios que no tienen y una inflexibilidad de carácter de que carecen. Por fortuna, suelen ser sujetos de los que, puestos á prueba, suenan á hueco.

El vicio de la susceptibilidad, el que pudiéramos denominar *vicio de origen*, es de difícil curacion, ya que arraiga en uno de los elementos menos modificables entre los que constituyen la síntesis de la vida espiritual. Hay, en efecto, en la susceptibilidad algo más que un simple error de concepto; existe en ella principalmente una perturbacion y exuberancia del sentimiento.

En balde será aplicar á su correccion la cruel máxima de que «el loco por la pena es cuerdo,» pues el desengaño y la falta de éxito hacen más empedernido el juicio y arraigan más la estima de sí del hombre susceptible, que, dominado por una especie de alucinacion, corre tras sus fines, exclusivamente personales, tan loca y desalentadamente como el niño corre tras su sombra para alcanzarla, sin notar en su ceguera que, cuanto más cerca cree estar, más lejos se halla en realidad del fin que persigue.

Toman á veces aspecto de distraidos los susceptibles y se esfuerzan en aparecer guiados por caprichos y antojos, manto de que se valen para ocultar la constancia con que van tras aquello que directamente les interesa. Corroidos por la envidia, se convierten á menudo en maldicientes perpetuos y censuran duramente á los demas, sin apercibirse de que sus criticas acerbas se hallan calcadas en faltas que ni siquiera saben disimular.

Querer modificar, merced al razonamiento y al consejo, estas faltas gravísimas que nacen de la susceptibilidad exagerada, es predicar en desierto; sin recomendar contra sus impacencias una indiferencia cruel, no titubeamos en declarar que es oportuno á veces revelar en nuestra conducta las condiciones de que los susceptibles carecen, es decir, sosiego, tranquilidad y una alteza de miras capaz para sobreponerse á intereses exclusivamente personales. Más que todos los consejos enseña y educa el ejemplo, y más que todos los discursos causa efecto que el hombre no se amilane, sino que se haga superior á las circunstancias y viva y obre, no como juguete del tiempo, sino *sub specie aternitatis*, segun recomendaba el gran Espinosa.

Ante la exaltacion excesiva del amor propio (que deben colocar los hombres prudentes debajo de la suela de sus zapatos); ante las interpretaciones violentísimas de un falso sentimiento de la dignidad personal, causas originarias de la susceptibilidad, se oscurece por completo el juicio y sólo brilla, siquiera sea con la luz inconsistente del fuego fatuo, la passion. En tales circunstancias estiman los susceptibles que no es desinteresado cualquier consejo que se les da, porque le suponen imbuido del pensamiento de aminorar algo su inmenso valer, colocado por ellos modestamente en los quintos cielos.

Sin que convenga, ni sea piadoso ni caritativo, abandonarlos á sí mismos (en cuyo caso la susceptibilidad toma la nueva forma de que los atacados del mal se creen hombres desgraciados, postergados ú olvidados por los demas; genios ignorados perseguidos por encubiertos enemigos), importa á veces, cual leccion provechosa, hacerles saber, más por obra que de palabra, que no huimos, pero tampoco solicitamos su amistad y compañía. Con frecuencia acontece que las gentes susceptibles, abandonadas á sí mismas, reconocen su impotencia y radical incapacidad para moverse é influir en el mundo, y vuelven al lado de aquellos cuya amistad ántes menospreciaran, si no completamente convertidos, al menos algo escarmentados por las duras lecciones que en su aislamiento recogen. Quizá no traen conviccion bien formada de que, en último

término y á pesar de las malas artes que ponen en juego para desorientar la opinion, cuanto debe flotar flota, y cuanto debe hundirse se hunde; pero, como quiera que la dureza inherente á la leccion les toca de cerca, es innegable que liman y gradualmente aminoran las puntas de su carácter á fuerza de desengaños.

Por poca que sea la eficacia de tales lecciones, es de todos modos mayor que la del consejo puramente teórico, al cual permanecen sordos los susceptibles, porque no quieren oírle ó le escuchan con desconfianza. Y no puede ser de otro modo, ya que el mal es tan complejo y arraiga en lo más hondo de las sinuosidades que constituyen el punto de contacto de la vida individual con la social.

Procediendo el mal de que adolecen los susceptibles del predominio excesivo de su sentimiento, cuyas manifestaciones se exageran hasta el extremo de declinar en el egoísmo, siquiera se disimule con aparatosas declamaciones de supuestas ofensas al propio valer, siendo la causa eficiente de esta preocupación social una nota desacorde de la sensibilidad, una perturbacion del ánimo, que implica un enamoramiento de sí, cuyo término, en lógica indeclinable, es endiosar la personalidad, claro está que no se hallan los dominados por este mal en disposicion adecuada para escuchar los consejos de la prudencia ó recoger las enseñanzas de un juicio meditado y maduro, y que son tipos á los cuales puede aplicarse el dicho del Evangelio: «tienen oídos y no oyen.»

Llega tarde la serenidad del juicio y nunca se impone por sí mismo, como no venga acompañado y reforzado por la comprobacion experimental y práctica de los hechos; porque el sentimiento, que es aquí el que interesa corregir, es modificable y educable por ministerio de la práctica más que de la teoría, y por tal razon se afirma que «obras son amores y no buenas razones,» y que la intimidad del sentimiento hay que buscarla en la intencion que anima nuestros actos, y no en la falacia que puede ocultarse en nuestras palabras.

En tal sentido, es útil indicar á los susceptibles un desvío que (sin llegar á la falta de caridad con el prójimo) les obligue á entrar en cuentas consigo mismos, á fin de que en ellos se inicie, gracias á su energia interna, una reaccion favorable que ponga en consonancia estos sentimientos desordenados con los que abandonan ú olvidan respecto de los demas. Estos medios de posible enmienda, cuando no de correccion completa de semejante mal social, han de elaborarse y fructificar en el trato diario, en el roce continuo y en el torrente de los sucesos, pero de ningun modo en teorías que se informan bien y que despues tienen difícil aplicacion.

No se puede olvidar, en efecto, que estas y otras muchas preocupaciones sociales germinan y crecen merced á una responsabilidad en parte individual y en parte colectiva, pues tocan y se refieren á estos delicadísimos, ténues y difíciles puntos de conjuncion de la iniciativa individual con la solidaridad social. Ni el análisis más perspicuo y detenido es suficiente para echar línea divisoria entre las influencias que se contrapesan y equilibran, por ejem-

plo, debidas unas á las intenciones y fondo moral del individuo, y otras á una educacion más ó ménos cuidadosa; pero si diéramos precipitadamente por establecida la línea divisoria, otra vez necesitaríamos de la complejidad de la vida como elemento indispensable para la enmienda y reforma de estas preocupaciones sociales.

Así es que, expuesto el génesis de éste como de todo vicio social, habrémos de reconocer que, en el incesante decurso de los sucesos, donde se encuentra la cizaña allí precisamente es donde se ha de rectificar y corregir el vicio que nos aqueja, pues la inaccion enerva y dificulta la perfectibilidad.

Los caracteres susceptibles, definitivamente retraidos, se encontrarán en su aislamiento con una obsesion invencible de misantropía y sentimientos mezquinos, que harían de peor condicion el remedio que la enfermedad. De aquí dimana la ineludible obligacion de parte del hombre (obligacion tanto más firme cuanto más numerosas son las imperfecciones del carácter) de no darse por vencido y luchar contra sí mismo (que son las luchas más fecundas), sin volver la espalda al peligro, tratando de recobrar la honra donde se haya perdido. A este fin, las gentes susceptibles (cuya posible enmienda debe comenzar por el reconocimiento de la falta) tienen que entrar por grados y cada vez más de lleno en el drama de la vida social, huyendo de retraimientos cómodos ó de egoístas aislamientos, si es que quieren purgarse de estos vicios constitutivos de un carácter mal formado y ponerse en condiciones de rectificar erróneos sentidos y falaces apariencias, con que uno se engaña á sí mismo sin engañar á los demas.

En pro de estas conclusiones pudiéramos aducir aún la consideracion importantísima de que el desequilibrio de la sensibilidad, á que se debe lo susceptible, por rebasar todo límite el amor propio, desaparecerá acaso difundiendo y extendiendo por todos lados y en todas direcciones nuestros afectos y sentimientos, mientras persistirá y aumentará dicho desequilibrio con el aislamiento y con la falta de trato social.

Al sentir las gentes susceptibles la importancia que tiene en el mundo la solidaridad social, comprenderán prácticamente que el concierto del sentimiento de la propia dignidad (que tiene ménos parentesco del que á primera vista parece con el amor propio) con la consagracion y respeto á la de los demas es condicion indispensable para adquirir una igualdad de ánimo y dominio sobre sí que dé á cada cual el valor más preciado en la vida, el valor moral, que requiere primeramente que venzamos nuestras miras personales y egoístas, y despues que reconozcamos y declaremos desapasionada é imparcialmente el mérito real y personal donde se halle; que no amenguará por ello el nuestro, si es que lo poseemos.

Con la generosidad hácia los demas que impone el conocimiento exacto de cosas y personas, evitaremos adquirir fama de *discolos* y malavenidos, y lograremos librarnos del cálculo mal entendido en que inspira la susceptibilidad todos sus vicios. A más de ser ofensivo y hasta insultante hacer papel de

Caton y darse aires de que somos y valemos por ser insustituibles, es tambien contraproducente, puesto que nuestro criterio *exclusivo* resta, y no suma, fuerzas y elementos cuya colaboracion es necesaria para llevar á cabo las empresas que se tienen por más fáciles. Equivale tal conducta á lo que se denomina usualmente *personalismo*, vicio que da tambien sus malhadados frutos en la vida política con lo llamado *santonismo*.

Para emanciparse de ambos vicios, para no declinar en una susceptibilidad exagerada ó en una idolatría de nosotros mismos ó de personas á cuya sombra queremos que prospere el egoísmo, se debe conceder importancia principalísima á las *ideas* y á la *objetividad* del fin tras el cual marchamos, considerando cuestion baladí la de las personas que han de representar las ideas ó llevar á cumplido término el fin que queremos realizar. Cuando la sabiduría vulgar proclama, con criterio seguro, que son cuestiones secundarias y enojosas las cuestiones de personas, proclama una gran verdad, y debiera ser guía constante de nuestra conducta. Para ello tienen las gentes y tenemos todos, si es que aspiramos á influir legítimamente en la obra social, la ineludible obligacion de *enfilarse* ante las ideas, supeditando á ellas, que son las primeras, nuestros intereses, que son los secundarios, siquiera la habilidad y doblez de carácter nos lleven á menudo á suplantar las primeras por los segundos y á vestir los intereses egoístas con el manto de culto inflexible á las ideas y principios.

Sin alusiones embozadas á nada ni á nadie, hemos de declarar, porque así lo sentimos, que muchas de las tenidas por diferencias de opiniones y dificultades de entenderse las gentes son malas artes bajo las cuales late el personalismo y toma cuerpo el interés egoísta, cuando no crece, como la ola, la baja pasión de la envidia. Brota en tales casos la discordia con más fuerza que planta bien cultivada, y sólo se juzgan sucesos y se preven acontecimientos

bajo un prisma determinado, entendiendo gratuitamente que la marcha de las cosas debe subordinarse á una especie de infeudacion jerárquica y personalísima, de consecuencias más funestas que el feudalismo de la Edad Media.

Parece bien para tales casos recordar, y que todos recordemos, que las ideas subsisten y los hombres desaparecen, y que, contra el juicio influido por la susceptibilidad, subsiste y permanece de los hombres sólo aquella condicion que les hace identificarse con las ideas que han representado, esto es, la fidelidad y la consecuencia.

Ni la alabanza es dón gratuito, ni la censura debe confundirse con la bola de nieve de la calumnia, que aplasta ciegamente á aquel que arrolla por casualidad. Ambas, alabanza y censura, causan estado definitivo ante el fallo inapelable de la opinion, mañana mejor que hoy, en lo porvenir más fielmente que ahora, porque el juicio se formula con más independencia de la pasión de momento y de interés egoísta.

Olvidar estas genuinas condiciones de la opinion es obrar como alucinados, es cerrar los ojos á la evidencia, es no tener en cuenta que la Historia ha colocado con justicia al lado del Capitolio la roca Tarpeya, sima que atrae de modo irresistible, como atrae el abismo á cuantos faltan á su mision rompiendo su carácter y subordinando las ideas, que son eternas, á los intereses, que son perecederos.

Para rehacer, por tanto, sobre todos estos prejuicios que perturban y ciegan, cuando se trata de la exacta apreciacion de las cosas, hay que convencer al susceptible de que su enemigo más encarnizado, el que abre más ancha brecha á la consistencia de su carácter, tiene que buscarlo dentro de sí y en su interior darle la batalla y conseguir la victoria, si no ruidosa, más digna de lauro y gloria: *la de vencerse el hombre á sí mismo*.

URBANO GONZALEZ SERRANO.



Gruta de Cephise.



Don Emilio Castelar.

en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

DON EMILIO CASTELAR

Andalucía, la encantadora Andalucía, ese hermosísimo eden que parece destinado á mansion de genios; esa region en que todo es belleza y lozanía, en que han dejado impresa su profunda huella los industriales fenicios, los belicosos godos, y sobre todo la civilizada raza de los árabes, legándonos monumentos imperecederos que son testigos fieles de su extremada grandeza; ese antiguo y glorioso reino en que Dios quiso derramar con pródiga mano sus inestimables dónes; ese país arrullado por los mares Atlántico y Mediterráneo, que parece como que quisieron reunirse á sus piés, rindiéndole así tributo de vasallaje; esa rica porcion de nuestra patria regada por el poético Guadalquivir, en que los pájaros cantan con más armonía, y las flores son más lozanas, y los arroyos más transparentes, y los horizontes más espléndidos, y los días más alegres, y las noches más melancólicas, y las mujeres más bellas; ese pedazo de España, en fin, en que la naturaleza muestra sus más preciados tesoros y eleva como canto dulcísimo al Creador, es donde nació ese atleta del pensamiento que el mundo civilizado respeta y admira: Emilio Castelar.

No es nuestro propósito hacer una biografía detallada de tan ilustre personaje, porque sería repetir lo que en multitud de periódicos y libros se ha dicho ya acerca de su tempestuosa vida, censurada por unos y alabada por otros, ni nos proponemos defenderle de los injuriosos ataques que se le han dirigido; porque si cuatro necios censuran sus obras, acaso sin haberlas leído, y quieren hasta negarle las prodigiosas dotes de orador, tal vez porque nunca le oyeron, tiene á su lado la opinion de la culta América y la civilizada Europa, en las cuales sus escritos se leen con avidez y sus obras se esperan con ansiedad.

Mentira parece que á un hombre que tanto ha hecho por España y por su literatura se le haya combatido tan rudamente, y que las pasiones políticas lleven á los hombres hasta á emplear la injuria y la calumnia para rebajar el nombre del ilustre tribuno; nada diremos en su abono, pues el lector comprenderá, cualquiera que sea la escuela filosófica ó literaria á que pertenezca, ó el bando político en que milita, que la injuria y la calumnia son dignas siempre del miserable que las inventa.

Y ahora hablemos tan sólo de las producciones del primero de nuestros oradores.

Castelar, desde Cádiz, ciudad en que vió la luz el 8 de Setiembre de 1832, y habiendo quedado sin

el apoyo de su querido padre á los siete años de edad, pasó en compañía de su amorosa madre á Elda, y despues á Alicante, en donde comenzó á estudiar con notable aprovechamiento Latin y Elementos de Literatura. Poco despues de esta época, y siendo todavía casi un niño, escribió su primera novela, titulada *Los Misterios de Elda*, y un estudio histórico literario acerca de *Don Alvaro de Luna*, trabajos ambos que le valieron grandes elogios de cuantas personas ilustradas le conocían y trataban. A los 16 años viene Castelar á Madrid, pobre de recursos y rico de esperanzas. Cursando Filosofía en la Universidad Central, publicó, en compañía de los ilustrados profesores D. Francisco de Paula Canalejas y D. Miguel Morayta, *El Eco universitario*, periódico cuyos artículos eran aplaudidos por todos, pues revelaban sus redactores una ilustracion impropia de la edad temprana en que escribían. Por entónces publicó el célebre orador que nos ocupa la novela histórica *Don Alonso el Sabio*, escrita en colaboracion con su querido compañero Canalejas, y *Ernesto*, otra interesante novela, que, segun el distinguido escritor Martin de Olfas, no llegó á publicarse hasta 1854. Mas la obra que, sin duda alguna, le valió más elogios y sirvió de tema constante en nuestras Academias y Centros literarios, fué un estudio que hizo acerca de *Elena, considerada bajo el punto de vista clásico*.

Posteriormente, es tan grande el número de artículos, discursos literarios y libros de distintos géneros, que creemos imposible hacer una enumeracion, siquiera sea ligerísima, de cuantas producciones ha dado á luz ese poderoso genio que está iluminando con sus rayos los horizontes del arte.

Castelar, que hoy es el primer orador del mundo, y está reconocido como tal por todas las naciones civilizadas; Castelar, que es uno de los primeros literatos de Europa, ha producido una inmensa variedad de obras que dan muestra de su talento extremado, de su portentosa imaginacion y de su asombrosa fecundidad. En *La redencion del esclavo* pinta con caracteres indelebles los horrorosos crímenes de la esclavitud; en *La hermana de la Caridad* representa en la virtuosa Angela el genio artístico acompañando á la desgracia; en las páginas del *Fra Filippo* hace aparecer al joven humilde y ardiente, de vigorosa fantasia y con alma de verdadero artista, enamorado de la noble y hermosísima Lucrecia, al mismo tiempo que describe de mano maestra el estado del arte y de la sociedad en

la época del Renacimiento. Nótese que Castelar tiene tal pasión por el arte, que, más que pasión, es un verdadero culto.

Historia de un corazón y *Ricardo* son dos novelas, continuación una de otra, de argumento sencillo, escritas sin pretensiones, en el estilo galano y florido que el autor de *Fra Filippo* emplea en sus producciones. *El ocaso de la Libertad*, *Un viaje á París*, *Bocetos y perfiles*, *Estudios históricos*, *La cuestión de Oriente*, *La historia del movimiento republicano en Europa*, *Cuestiones sociales y políticas*, *Un año en París*, *Recuerdos y esperanzas*, *Ensayos literarios*, *Discursos académicos*, *La Rusia contemporánea*, y otras que no recordamos, forman el inmenso catálogo de obras debidas al fecundo genio de Emilio Castelar.

Con decidido propósito hemos dejado de citar sus *Recuerdos de Italia*, que es, sin duda alguna, una de sus mejores obras.

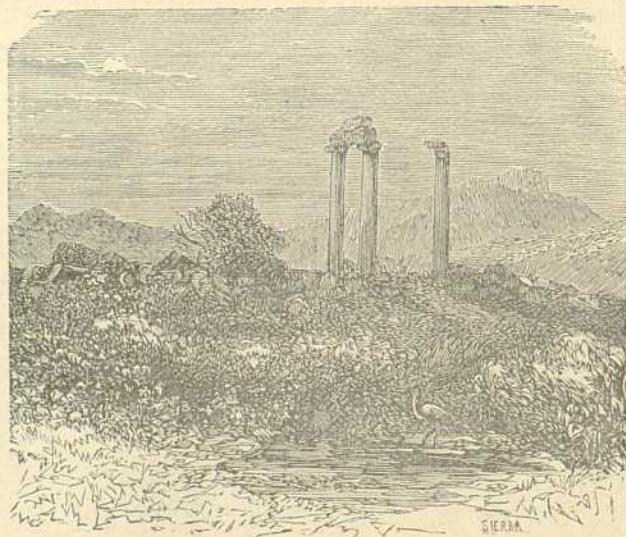
Hé aquí cómo se expresa uno de nuestros críticos (1), que, aunque joven, ocupa ya un lugar distinguido en la literatura contemporánea: «Castelar en Italia conoce la historia, estudia el arte y pinta la naturaleza; y por milagro de su pasmosa fantasía, la historia le muestra á las puertas de Roma un compendio de todos sus anales, una condensación de todos los días pasados, un sarcófago en que hay algunas cenizas de todos los pueblos muertos, y hasta de todos los dioses olvidados. El arte le enseña restos de todos los ideales; sus contrastes, oposiciones y sus síntesis armónicas, como en San Marcos de Venecia; en Italia muere el espíritu clásico, el espíritu helénico, resonando en los cantos

de Virgilio el eco más puro y fiel de la epopeya romántica, la epopeya de la Edad Media, que es la comedia del Dante. ¿Y la naturaleza en Italia? ¿Qué alma enamorada de la naturaleza no ha suspirado con Mignon por el país donde florecen los limoneros, por las sombrías enramadas donde brillan los naranjos de oro? Estas campiñas, dice el autor, son las primeras campiñas del mundo. ¿Quién lo duda? La estética física reconoce que las zonas templadas son las que ofrecen la naturaleza más bella, sin excesos de vida loca, como en el Ecuador y bajo los trópicos; sin las tristezas de la muerte, como en las regiones polares. Y entre todos los países de la zona templada, ¿qué país como Italia, y, sobre todo, Italia pintada por Castelar? Porque es necesario pensar en esto para dar al genio todo lo que es suyo. Cualquiera ha sentido en la muda contemplación de un paisaje profunda emoción, acaso extático arrobamiento; pero trasladar al papel ó á los labios toda la belleza contemplada, junta con la emoción sentida, solamente lo puede el orador-poeta, el gran artista.»

Y aquí terminaremos esta ligera reseña, con las siguientes frases del notable crítico citado: «Bienha ya el escritor sublime, el poeta sin par, que con la música de su palabra nos orienta en el camino de la fantasía, que nos saca de la prosa mezquina de la vida, tanto más peligrosa porque es sistemática, y que, para conducirnos á los vergeles de su espiritualismo, que son muy parecidos á los jardines de Academo, nos va contando por el camino la leyenda de todos los siglos, la epopeya eterna de la idea.»

(1) Leopoldo Alas.

A. R. G.



Ruinas del templo de Júpiter Nemeo

EL CONCIERTO UNIVERSAL

Digo y sostengo formal
Que este mundo, en mi opinion,
No es nada más que el salon
Del concierto universal;
Y por regla general,
De cien que aquí la luz ven,
Uno suele tocar bien
Y noventa y nueve mal.

Niña cuya blanca mano
En labores no es muy diestra,
Pero que en cambio es maestra
En el arte sobrehumano;
Y en invierno y en verano
El barrio entero alborota,
Esa bien claro denota
Que sólo toca el *piano*.

La esposa bella y honrada
Que jamás riñe al marido,
Y cuando le ve aburrido
Al punto le desenfada;
Santa en la tierra, envidiada,
Con todos vive, á fe mía,
En paz y buena armonía,
Y al *armonium* dedicada.

La viuda sin más socorro
Que hacer calcetas á punto,
Y que llorando al difunto,
Va siempre de corro en corro,
Siendo el estorbo y engorro
Del que vive alegremente,
Esa toca tristemente
El *fagot* (vulgo *píporro*).

La que en el claustro poético,
Haciendo una vida ascética,
Léjos de ponerse ética
Amaga ataque apoplético;
Si la recomienda el médico
Que haga ejercicios gimnásticos,
Siendo de fuerza y monásticos,
Tocará el *órgano* angélico.

Tolerante maridillo
Que consiente á su mitad
Lujo, prodigalidad
Y hasta un primo lazarillo,
Encontrando muy sencillo
(Por hacerlo su mujer)
Cuanto pueda suceder....
Ese toca el *organillo*.

Político, cuyo fin
Se reduce á la igualdad
De toda la sociedad,
Desde el grande al chiquitín,

Y que de uno á otro confin
Se reparta el mundo entero,
Ese pobre majadero,
Tocando está el *violin*.

Político que enarbola
Bandera, y liberalote
Promete sacar á flote
La hermosa nave española,
Afirmando que se inmola
Por servir á su nacion,
Ese con su abnegacion
Tocando está la *viola*.

Político de alto vuelo,
Que si manda un par de dias,
Jura hacer economías
Y *conservarnos* el pelo;
Anunciando eterno duelo
Si él no toma la sarten,
Ese toca, mal ó bien,
El difícil *violonchello*.

Político mojicon,
Por no decir mojiganga,
Que otra vez quiere la ganga
De la Santa Inquisicion,
Soñando que la nacion
Vuelva á ser lo que ántes fué...
El pobre memo no ve
Que aquí toca el *violon*.

Nobleza corta de vista,
Pero larga de dinero,
Ex-dueña del mundo entero
Por derecho de conquista,
Que en lo brava y camorrista
Jamás mereció una réplica,
Tocó ayer la *trompa épica*
Y hoy... es la *trompa murguista*.

Clase media en camison,
Mezcla de levita y blusa,
Que desde léjos acusa
Su miseria y pretension;
Ella es la conciliacion;
Vivir en paz es su gloria,
Y su mision en la Historia...
Es tocar el *acordion*.

Pueblo que á vivir se amarra
Mil siglos de igual manera,
Y ni le asusta ni altera
De la miseria la garra,
Su propio seno desgarrar
Con su ignorancia sin par,
Y sólo sabe tocar,
En España, la *guitarra*.

Literata impertinente
Que nunca supo coser,
Pasando el tiempo en hacer
Versos de moral patente,
Y cuyo fin inocente
Es hablar del casamiento,
Con entusiasmo y contento
Toca el *arpa* dulcemente.

El que mísero suspira
Por dar al mundo un tesoro,
Y en vez de animarle á coro,
El mundo exclama: — ¡Delira!
Ese que cantando aspira
A encontrar dicha completa,
¡Loco!... ¡Soñador!... ¡Poeta!...
Toca en la orquesta la *lira*.

Criticon majaderito
Que todo lo encuentra mal,
Y con tono doctoral
Hace el bobo el pobrecito;
Pues no sabe que maldito
Lo que á ninguno le importa
Su crítica chirle y corta,
Por ser necio toca el *pito*.

Devoto que siempre está
En sermones y novenas,
Porque consuelo á sus penas
Dice que encontrando va,
Algo grande guardará
De su alma en lo profundo,
Aunque sólo para el mundo
Un mal *figle* tocará.

Vieja huérfana de muelas,
Archivo de pergaminos,
Sainete de sus vecinos,
Coco de las callejuelas,
Que luce joyas y telas
Como en sus tiempos mejores,
Va tal vez buscando amores
Y toca las... *castañuelas*.

Contribuyente de cera,
Que cuanto más se le enciende
A contribucion, más tiende
Su mano de oro hechicera,
Pues candoroso así espera
Conocer tiempos mejores,
En Belén con los pastores
Debe tocar la *pandera*.

Fraile cuya profesion
Sublime, si fuese eterna,
Le hace ser tonel con piernas
O cureña de cañon;
Como para ser soplón,

Le sobran fuerza y pulmones,
En todas las ocasiones
Vive tocando el *trombon*.

Coqueta de gustos tales
Que ama á rubios y morenos,
Sean malos, sean buenos,
Pues todos los halla iguales,
Y como novios formales
A pares siempre los tiene,
¿Quién no asegura y sostiene
Que ésta toca los *timbales*?

Suegra sargento mayor,
Cuyos rasgos de energía
De seguro envidiaría
El hombre de más valor,
Y que aturde sin temor
A su yerno y le hace idiota;
Mujer que tanto alborota,
Vive tocando el *tambor*.

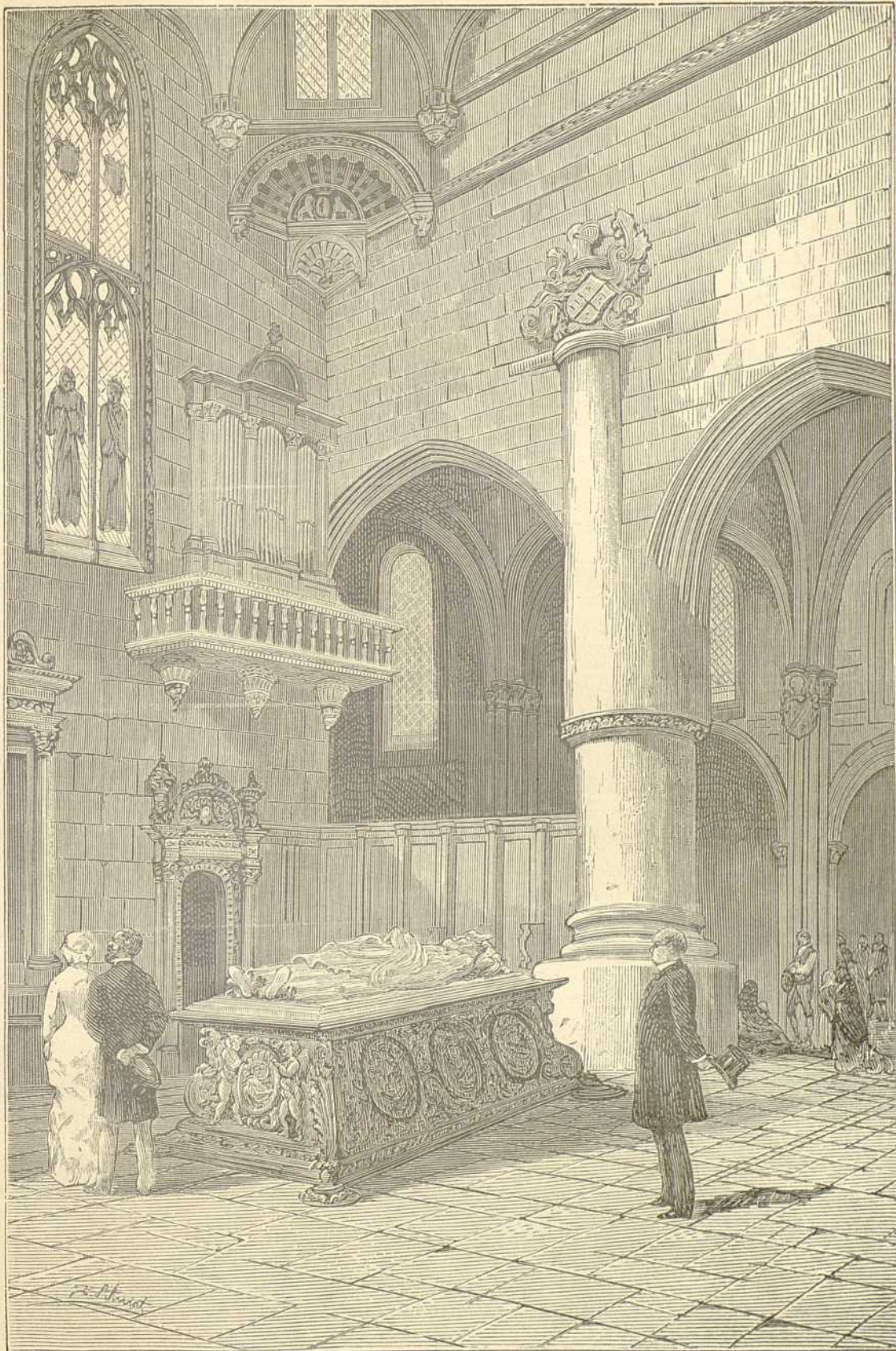
Periodista transigente,
Que á cuantas partes asiste,
Sin saber en qué consiste,
Todo lo encuentra excelente,
Y chilla enérgicamente
Demandando ilustracion,
Y progreso, y proteccion,
El *bombo* toca inocente.

Comediante de pasillos,
Simple especie de arlequin,
Que hace ruido con el fin
De llenarse los bolsillos;
Viendo caer los castillos
Que en el aire se forjó,
Ese desde que nació
Tocando está los *platillos*.

Y dando al concierto fin,
Pues voy perdiendo la pauta,
El gordo toca la *flauta*,
El flaco toca el *flautin*,
El valeroso el *clarin*,
El cobarde el *clarinete*,
La *corneta* el más pillete,
Y el más tonto el *cornetin*.

Siendo inútil confesar,
Ya que á decirlo me atreva,
Que aquí la *batuta* lleva
El que consigue mandar.
Y debiendo procurar,
Todo el que intente hacer ruido,
Tener siempre buen oído
Para no *desafinar*.

FRANCISCO ARECHAVALA.



Capilla de la Presentacion en la Catedral de Burgos.

SOCIEDADES SECRETAS

SU IMPORTANCIA EN ESPAÑA DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL PRESENTE SIGLO

Con dificultad podrá presentarse una cuestión en la que tanto y tan radicalmente discrepen los pareceres como la referente á la utilidad, objeto é importancia de las sociedades secretas en nuestro país, y entre las cuales ha venido y viene figurando en primer término la llamada de francmasones ó *Dei liberi muratori* (hijos de un Dios desconocido).

Unos han dicho que la francmasonería ó masonería tiene por fin principal descatolizar la Europa y servirse de sus fuerzas para arruinar todo poder legítimo que se oponga al triunfo de la secta. Otros, apelando á las armas del ridículo y de la injuria, dicen que no se puede ser francmason y hombre serio y de buen sentido (1); á lo cual añaden algunos (2), que debe distinguirse en esto; pues el que un hombre serio y de buen sentido crea en la francmasonería, es imposible; pero que hombres serios y de buen sentido (esto es, de intención dañada) pertenezcan á la francmasonería y se valgan de ella para sus fines particulares ó políticos, como arma poderosa, se ve y se palpa y no puede negarse. Otros la combaten y vituperan diciendo que los afiliados á la misma, al consignar sus nombres en las Logias, hacen al propio tiempo el sacrificio de su entendimiento y el de su libertad (3). Otros, que nunca los propósitos de la francmasonería son rectos, ó al menos que nunca los medios de que se valen para conseguirlos son lícitos (4), por cuya razón todo Gobierno debe perseguirla y todo Código castigarla. Los pontífices Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII, León XII y Pío IX la han anatematizado; y, por fin, la real cédula expedida en Sacedon el 1.º de Agosto de 1824 consideraba á los francmasones y demás individuos pertenecientes á sociedades secretas, que no se espontaneasen, como reos del delito de lesa-majestad, á quienes debía aplicarse la pena de muerte (5); cuya terrible pena, para baldon de España, fué ejecutada, primero en un mozo de 18 años llamado Gregorio Iglesias, y más tarde en todos los indivi-

duos que componían una Logia masónica sorprendida por la policía (1).

Los que de tal manera piensan, en primer término, de la masonería, no solamente se equivocan, sino que su espíritu de hostilidad les lleva á decir lo contrario de lo que por evidencia les consta. Ellos mismos confiesan que á la orden masónica pertenecen casi todas las testas coronadas de Europa, y á ellos mismos no se les oculta que de las Logias masónicas salieron todos los grandes hombres que en nuestro siglo han ennoblecido é impulsado las letras, las ciencias y las artes; y en segundo término, los anatematizadores y los déspotas, era muy natural que quisieran ahogar por todos los medios aquella luz vivificadora que iba á mostrar al mundo los engaños del fanatismo religioso y las monstruosas iniquidades de la tiranía.

No; la masonería, que tiene por alta enseña la perfección del hombre, su progreso indefinido, su libertad política y social, el amor, en una palabra, á la humanidad, que rechaza la efusión de sangre y detesta la pena de muerte, y que en materia religiosa no es atea, respeta todas las religiones positivas, todas las creencias, y rinde culto á un Supremo Hacedor bajo el nombre de Gran Arquitecto del Universo; la masonería, repetimos, que tales doctrinas profesa, lejos de merecer las injurias, los anatemas y las persecuciones de los hombres pensadores y de los altos poderes, es acreedora, por el contrario, al aprecio y consideración de todos.

Hechas estas aclaraciones tan necesarias, hora es ya de que veamos cómo la masonería practicó sus doctrinas en época funesta para nuestra patria; hasta dónde llegó el valor y la influencia de sus afiliados, y cómo á su ejemplo, aunque, por desgracia,

(1) Hé aquí cómo se expresa el notable historiador Don Modesto Lafuente, al ocuparse de este hecho: «Había descubierto y sorprendido la policía en Granada una Logia de masones, en el acto de recibir un neófito, revestidos por consecuencia de los trajes y rodeados de los instrumentos y emblemas propios de la sociedad. Pues bien; en el mismo día y en la misma Gaceta en que declaraba traidores á Bessieres y á los suyos, y se les condenaba á ser pasados por las armas, sin más tiempo que el de prepararse á morir como cristianos, se condenaba á la pena de horca, en el término de tres días, á los masones aprehendidos en Granada y á los que lo fueren en cualquier otro punto del reino.»

(1) Dupanloup, *Estudio sobre la francmasonería*.

(2) Caravantes y Galindo de Vera, *Diccionario razonado de Legislación*.

(3) M. Tocqueville.

(4) Los citados Sres. Galindo y Caravantes.

(5) La misma pena se aplicaba á los masones ó comuneros por otra real orden de 9 de Octubre de 1824.

para bastardos cuando no execrables fines, tuvieron nacimiento otras sociedades, unas de índole también secreta, y otras tituladas patrióticas, cuando mejor les hubiera sentado el título de trastornadoras.

Era el año 1810. Hallábase invadida nuestra Península por el ejército francés de Napoleón, y constituido su hermano, José I, en el trono de San Fernando. Seguía prisionero en Valencey el VII de este nombre, y ninguna esperanza próxima se columbraba de que aquella sangrienta guerra de devastación y exterminio, tan tenazmente sostenida de una y otra parte, llegase en breve á completa y feliz terminación.

Ya, en aquel tiempo, la necesidad del momento y el ejemplo tomado de la misma nación invasora, que, si con sus ambiciones emponzoñaba nuestro suelo, con sus peculiares prácticas nos mostraba el antídoto reparador, se habían constituido numerosas Logias masónicas, cuyos individuos, apoderándose casi unánimemente del pensamiento formulado por el inmortal Jovellanos, individuo de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, en Noviembre de 1808, conspiraron incesantemente en todas las esferas hasta conseguir en 18 de Junio de 1810 la definitiva convocatoria de las primeras Cortes españolas que tan imperecedero renombre y tan inmarcesible gloria tenían que conquistar.

« Día memorable — dice un notable historiador, refiriéndose al de la reunión de Cortes — tenía que ser, en efecto, en los fastos de la nación española aquel en que iba á inaugurar la era de su regeneración política; aquel en que iba á entrar en un nuevo período de su vida social; aquel en que iba á realizarse la transición del antiguo régimen al gobierno y á las formas de la moderna civilización; aquel en que se iba á dar al mundo el espectáculo grandioso y sublime de un pueblo que, alevosamente invadido y ocupado por legiones extranjeras, en medio del estruendo del cañon enemigo, y en tanto que en las ciudades y los campos se meneaban sin tregua ni reposo las armas para sacudir el yugo que intentaba ponerle el gigante del siglo, iba á levantar en el estrecho recinto de una isla (la de León, hoy San Fernando), con dignidad admirable y con imperturbable firmeza, el majestuoso edificio de su regeneración; á constituirse en nación independiente y libre; á desnudarse de las viejas y estrechas vestiduras que la tenían comprimida, y á modificarlas y acomodarlas á las holgadas formas de gobierno de los pueblos más avanzados en cultura y civilización. »

A estas Cortes fueron muchos de aquellos individuos pertenecientes á las Logias masónicas que un día y otro día, con su valer y su influencia, habían trabajado por la reunión de la Cámara, y, una vez en ella, mostrándose tan incansables patriotas como ilustres hombres de Estado, prepararon, discutieron y á nombre del rey promulgaron aquel código y aquellas leyes que fundamentaron un sabio y libre sistema monárquico-constitucional.

La división de los Poderes legislativo, ejecutivo y judicial; la creación del Tribunal Supremo de Justicia, del Consejo de Estado y de las Diputaciones provinciales; la irresponsabilidad del monarca; la inviolabilidad de los diputados; la libertad de im-

prenta, en cuya discusión célebre se deslindaron ya los dos campos de *liberales* y *serviles*, dándose á conocer entre los primeros el elocuentísimo D. Agustín Argüelles, D. Manuel García Herreros y D. José María Calatrava; la igualdad de representación en las Cortes entre americanos y peninsulares; la formación de presupuestos generales del Estado; la abolición del tormento, apremios y otras prácticas aflictivas para los acusados; la incorporación al Estado de todos los señoríos jurisdiccionales, y la desaparición consiguiente de los dictados de *señores* y *vasallos*; la supresión de las pruebas de nobleza para el ingreso en los colegios militares; la creación de la orden militar llamada *Orden nacional de San Fernando*; y, últimamente, la formación del primer código político de la nación española, que tan escasa y efímera vida había de disfrutar, pero que ha sido con posterioridad la sólida base y fundamento de nuestras actuales instituciones públicas, fueron los notabilísimos trabajos que en aquellas Cortes se realizaron.

Dos años hacía próximamente que había sido promulgada la Constitución, cuando el esfuerzo de nuestros mayores consiguió la completa expulsión del invasor y abrió las puertas de la desangrada patria al prisionero de Valencey. Mas, aquel príncipe tan deseado, tan aclamado, aquel tan veleidoso como pérfido tirano, no bien se vió restituído al suelo español, olvidando ingratamente los heroicos sacrificios, la copiosa sangre derramada por el pueblo que le llamaba á regir sus destinos y que unía al nombre de Fernando los de independencia y libertad, se apresuró á borrar de una plumada (1) todas las libertades patrias, junto con el preciado Código de 1812, y á dictar un pregon de persecución y de exterminio para todos los que á su formación contribuyeron, ó que más se habían distinguido en política por su ilustración, sus ideas avanzadas ó su talento. Cuantos en él fueron comprendidos y pudieron escapar de la horca ó de los presidios hallaron su refugio y protección en las Logias masónicas, de donde, por lo general, habían salido, y adonde volvían, no tan sólo buscando su seguridad, sino aspirando á sacudir el yugo del absolutismo y de la intolerancia religiosa, y á restablecer la Constitución de 1812 ú otro Gobierno igual ó parecido.

La primera conspiración que en este tiempo se organizó fué la llamada *del Triángulo*. Consistía el triángulo — según la explicación que de ella hace el historiador D. Modesto Lafuente — en que un conjurado se descubría solamente á otros dos iniciados, con los cuales se entendía; cada uno de éstos formaba despues triángulo con otros dos, y así se iban eslabonando hasta el infinito. Los acuerdos que se tomaban comunicábanse rápidamente por los eslabones de la cadena, no conociendo nadie sino la cabeza del suyo, é ignorando todos, á excepción de dos, cuál era la principal y la que daba el impulso.

Un anillo de esta cadena se rompió — añade el mismo historiador — por el triángulo de que era ca-

(1) Manifiesto dado por Fernando VII en Valencia el 4 de Mayo de 1814.

beza un comisario de guerra llamado D. Vicente Richard, al cual denunciaron sus dos ángulos, que eran dos sargentos de Marina, los mismos que le prendieron y le pusieron á disposición de las autoridades. Instruido proceso, fué condenado Richard á la pena de horca, que sufrió con la entereza de un verdadero conspirador, sin que fuera posible arrancarle una palabra de que pudiera descubrirse otra cosa que la existencia de la conjuración, pero nada que pudiera dar conocimiento de los cómplices (1).

La sociedad masónica, entre tanto, iba aunando de día en día mayores elementos, y cada vez más decididos, pues ni el Gobierno establecido aflojaba en su tiranía, ni los oprimidos se resignaban á aguantarlo, prefiriendo correr el riesgo de perecer en los patibulos á la afrenta de vivir mudos y encadenados.

La primera manifestación, bien triste y desgraciada por cierto, de sus afiliados en aquella época tuvo lugar en Valencia. Hallábanse enardecidos y exasperados los ánimos en aquella ciudad á consecuencia de la cruel y despótica dominación de Elfo, y se propusieron dichos afiliados apoderarse de la persona de este general en la noche del 1.º de Enero de 1819, al grito de Libertad y Constitución; pero, aplazado el plan por un acontecimiento imprevisto, dieron lugar á que el mismo Elfo en persona los sorprendiera cuando se hallaban reunidos en la casa llamada *del Porche*, y á que inhumanamente sacrificara en brevísimo plazo á los trece que pudo aprehender, colgándolos de horca levantada entre la ciudadela y el entonces existente convento del Remedio (2).

Pero no siempre el éxito de las obras emprendidas por los entusiastas masones había de ser tan desgraciado. Existían ya entonces infinitas Logias en toda la Península, y principalmente en la parte de Andalucía se encontraba el mayor núcleo, muy cerca del *Grande Oriente*, que, merced á las circunstancias, se había constituido en Granada. Favorecía también los propósitos de los masones de aquella región la circunstancia de hallarse desde hacía tiempo reunido en los alrededores de Cádiz el ejército expedicionario destinado al tenaz y temerario intento de someter por la fuerza de las armas las provincias sublevadas de Ultramar, cuyo ejército, descontento por demas con las noticias de los trabajos y privaciones que de tan apartados países se recibían y el ningun fruto que con aquellos sacrificios se conseguía, vino á proporcionar sobrado contingente á las Logias y demas Cámaras masónicas en aquellas provincias establecidas.

Habíase reunido en estas circunstancias el *Gran Oriente ó Taller Sublime*, compuesto de los más al-

tos grados de la Orden y de representantes de todas las Logias que habían podido acudir, con el fin de preparar un alzamiento general contra el ominoso despotismo de Fernando, y á esta reunión acudió D. Antonio Alcalá Galiano, quien, con aquel ardor y elocuencia en que tanto sobresalió despues, fomentó la repugnancia que los militares venían sintiendo de ir á América y los excitó á que buscaran la gloria y el honor por otros caminos. La revolución quedó en aquella célebre noche determinada. La libertad perdida iba á ser devuelta á España por los masones. Allí, en el mismo local donde la reunión se celebraba, colocada una espada en la mesa triangular, hicieron todos los concurrentes juramento sobre ella de perder ántes la vida que consentir por más tiempo el imperio de la tiranía en nuestra nación.

Faltaba sólo saber quién sería el caudillo que se pusiera al frente de tan valiosos elementos; y como se presentaran diferentes obstáculos para que lo fuese el mismo general en jefe, conde de La Bisbal, quien estuvo en poco, por su conducta nebulosa, de que no hiciera fracasar la conjuración; y como rehusara también el general D. Juan O-Donojú las proposiciones de los entusiastas Alcalá Galiano y Don Juan Alvarez Mendizábal, se pensó entonces que fuese jefe del alzamiento aquel que mereciese los sufragios de todas las Logias comprometidas, recayendo de este modo la elección en el coronel Don Antonio Quiroga, y acordándose que el golpe se daría al comenzar el año, ya inmediato, de 1820.

Así se realizó; pero anticipándose precipitadamente á todos el entonces comandante del batallón de Asturias D. Rafael del Riego, y llevando á su lado al citado Mendizábal, proclamó, al frente de banderas, la Constitución de 1812, haciéndolo Quiroga al día siguiente, 2 de Enero de 1820, puesto á la cabeza del batallón de España, y quedando designado, según lo convenido y con aquiescencia de Riego, como general en jefe de las tropas sublevadas.

El grito dado en las Cabezas de San Juan y en Alcalá de los Gazúles resonó inmediatamente y fué secundado en todos los ámbitos de la Península, viéndose obligado Fernando VII, por cédula del 6 de Marzo siguiente (*Gaceta* del 7), á convocar Cortes en que fueran oídos los representantes legítimos de los pueblos; y en vista de que esto no satisfacía la opinión, á expedir otra real cédula manifestando hallarse decidido á jurar la Constitución promulgada por las Cortes generales y extraordinarias en el año 1812 (*Gaceta* del 8 de Marzo), cuyo juramento tuvo lugar, primero ante el Ayuntamiento Constitucional de 1814, revolucionariamente restablecido en aquellos días, y más tarde ante las Cortes, ya reunidas, en la sesión régia ó de apertura.

La revolución, pues, había triunfado. La libertad había sido devuelta á España por el constante y heroico esfuerzo de la sociedad masónica. ¡Ojalá que aquella constancia, aquel desinterés, aquel menosprecio de la vida para reconquistarla, no formaran contraste con el poco tacto, la escasa prudencia, el negligente abandono que despues se empleó para su conservación!

Pero no queremos ser creídos tan sólo por nues-

(1) Por esta misma causa, aunque sin pruebas bastantes de complicación, fueron llevados al patibulo el sargento mayor del regimiento de Húsares D. Vicente Plaza, y un ex-fraille sevillano llamado Fray José.

(2) Los nombres de estos desgraciados eran: coroneles, D. Joaquín Vidal, D. Diego María Calatrava; capitán, Don Luis Aviñó; sargentos, Marcelino Raugel y Serafín de la Rosa, Pelegrín Pla, Vicente Clemente, Manuel Verdaguier, Francisco Sagrera, Blas Ferriol, Francisco Gay y D. Félix Bertran de Lis.

tras afirmaciones; pueden algunos creerlas exageradas, y queremos por ello corroborarlas con el testimonio del sabio é imparcial historiador que varias veces hemos citado.

Dice así D. Modesto Lafuente, al ocuparse de estos sucesos: «Habiendo sido impulsada y hecha la revolución por una sociedad secreta, naturalmente había de hacer alarde del triunfo y aspirar á ejercer influencia grande en la marcha del nuevo Gobierno. En boga con esto la secta masónica, ántes tan perseguida, y que sólo pudo salvarse á fuerza de envolverse en el sigilo y el misterio, ahora, haciendo gala de cierta publicidad, fué atrayendo prosélitos, por curiosidad unos, por imitación otros, y otros por la esperanza de medrar á su sombra. Se aumentó, pues, y organizó el cuerpo masónico, cuyo centro y representación se fijó en la capital, y se extendieron también las Logias en los cuerpos militares, donde sargentos, oficiales y jefes alternaban y se trataban como hermanos, con lo cual ganaría la fraternidad de secta, pero relajábase lastimosamente la subordinación militar y desaparecía la disciplina. A su ejemplo, y sin secreto ni recato, se formaron en la corte otras reuniones ó sociedades, un tanto parecidas á los famosos clubs de la Revolución francesa, cuya intención y propósito parecía ser alentar el espíritu público y consolidar la revolución, pero donde se ventilaban con calor las cuestiones políticas; y la manera de tratarlas resentíase, por un lado de inexperiencia, por otro del temple y calidad de las personas que á aquellos locales concurrían.»

Efectivamente, el ejemplo del éxito obtenido por la sociedad masónica, y de la alta influencia que en las esferas político-oficiales disfrutaba, despertó en tales términos el espíritu de asociación, que muy en breve se constituyeron numerosas sociedades patrióticas, tales, entre ellas, las *del Café de Lorencini*, *de la Fontana de Oro* y *de la Cruz de Malta*; otras secretas, como las *de los Comuneros* y la *Landaburiana*; y más adelante, cuando el elemento liberal llegó á dividirse en los dos campos de exaltados y moderados, llegaron estos últimos á formar también la sociedad llamada *de los Anilleros*, por el anillo con que se distinguían sus individuos, y hasta los absolutistas vinieron á crear, con el tiempo, las *de la Concepción* y *del Ángel exterminador*.

Pero ¿qué mucho que esto sucediera, cuando el ya entonces popular Martínez de la Rosa, presentado á las Logias reunidas de Granada, les manifestaba que aquellos cuerpos eran los *batidores de la ley*, y cuando, más adelante, el mismo Gobierno constituido, no obstante las trabas y los obstáculos que á cada paso habían ofrecido las ingerencias é imprudencias de tantas y tan distintas agrupaciones, se atrevía á proponer á las Cortes, en difíciles momentos y como uno de los medios de salvación, *el que se crearan sociedades patrióticas reglamentadas?* (1).

Lo cierto es, que la legítima influencia, la proverbial sensatez y extremado amor á la patria y á la

libertad de la Orden masónica se vió confundido con las intemperancias, con la desmedida ambición y procaz atrevimiento de las llamadas sociedades patrióticas (1), que contribuían al descrédito del nuevo sistema, que infundían verdadero temor al elemento ménos avanzado, y que insensiblemente iban preparando el camino, con gran contentamiento del partido absolutista, para la venida de los cien mil hijos de San Luis.

Los desórdenes y la continua alarma que por la intemperante actitud de las sociedades patrióticas invadió muy en breve todo el país, llamó, como no podía ménos, la preferente atención del Parlamento, dando lugar á sesiones borrascosas, deslindándose los campos entre *moderados* y *exaltados*, y proporcionando ocasión al Sr. Martínez de la Rosa para que pronunciara aquellas elocuentísimas palabras en uno de sus mejores discursos: «No, no veo la imagen de la libertad en una furiosa bacante, recorriendo las calles con hachas y alaridos: la veo, la respeto, la adoro en la figura de una grave matrona que no se humilla ante el poder, que no se mancha con el desorden.»

Consecuencia también de aquellos excesos fué la ley de 21 de Octubre de 1820 suprimiendo las sociedades patrióticas, confederaciones, juntas ó cualesquiera otras sin autoridad pública, pero cuyo decreto quedó más adelante sin efecto por otras disposiciones que, según manifestamos anteriormente, prescribían, en sentido opuesto, el que se estimulase la creación de dichas sociedades, con el fin, decían, de levantar el espíritu público.

La sociedad masónica, lejos de perder con tales disposiciones (las de la ley de 21 de Octubre), ganó indudablemente mucho; pues, aparte de que su supresión no se hallaba comprendida de una manera expresa en ninguno de los artículos de la misma ley, podía dedicarse, bajo otro concepto, más tranquila y eficazmente á las prácticas que le son propias, y á perfeccionar su organización. Buena prueba de ello era que, además de las muchas personas de gran valer que venía abrigando en su seno, se iniciaban también en sus filas y en aquella sazón algunos de los ministros de la Corona, que, por cierto, no pertenecían al partido exaltado.

Otros disgustos, sin embargo, tuvo que experimentar en tan revuelta época la sociedad masónica.

Varios descontentos que pertenecían á la misma, jóvenes aturdidos, en su mayoría, que trataban de parodiar por un lado ciertos actos de la Revolución francesa, y aludir por otro á los tiempos de las Comunidades de Castilla, crearon una nueva asociación con el título de *Comuneros ó hijos de Padilla*, en la cual se imponían la obligación de promover y

(1) La que se reunía en el café de Lorencini, situado en la Puerta del Sol, llegó hasta el extremo de enviar una comisión, que se presentó en Palacio de un modo altanero, pidiendo á los ministros de la Corona la separación de su colega el marqués de las Amarillas, que se hallaba al frente del Departamento de Guerra. La contestación que recibieron fué mandarlos prender y formarles causa criminal; pero esta misma determinación fué más tarde suficiente pretexto para nuevos desórdenes y actos de punible audacia.

(1) Memoria leída por el ministro de la Gobernación ante la Representación Nacional en la sesión del 12 de Octubre de 1822.

conservar, por cuantos *medios estuvieran á su alcance*, la libertad del género humano, y *la de matar á cualquier comunero que faltase en todo ó en parte á sus juramentos*.

Muy en breve esta sociedad, que no reparaba en los medios, que se arrogaba el derecho de vida ó muerte, y que tanto se apartaba de las prácticas rectas y tranquilas de la masonería, vió engrosadas sus filas por jovencitos inexpertos, menestrales ignorantes, algunos oficiales, muchos sargentos y hasta mujeres que adornaban sus pechos con la banda morada, distintivo de la secta, y que, en vez de dedicarse á las faenas domésticas propias de su sexo, concurrían á *los castillos y á las torres*, y declamaban en ellos, y entusiasmaban más y más á los que eran á un tiempo amantes de la libertad y de la belleza (1).

Con tales principios y con tales procedimientos, que conducían á la más completa anarquía, la sociedad de los Comuneros ó *Confederacion*, como ellos la llamaban, cayó muy pronto en el mayor descrédito y vino á realzar doblemente, como resultado de la comparacion, á la madre contra quien, á fuer de hija espuria, se había rebelado.

No nos es dado ocuparnos de todos los acontecimientos políticos que vertiginosamente entónces se sucedían, porque, ni es ése nuestro propósito, ni lo permite la índole y extension de este trabajo. Cúmplenos, sí, manifestar que, una vez vencida por la Milicia en 7 de Julio de 1822 la tenebrosa conspiracion de la Guardia Real, que tenía por objeto adelantarse la reaccion funesta que empezó en el año siguiente merced á la intervencion de las armas francesas, el monarca, disgustado bajo otro concepto con los anteriores ministros, que por su parte insistían repetidamente en que les fuera admitida su ya presentada dimision, hubo de llamar á formar nuevo Ministerio á D. Evaristo San Miguel, que lo realizó con individuos que, como él, procedían todos de las Logias masónicas (2).

La Orden masónica podía darse por satisfecha. Con la sabiduría de sus doctrinas había contribuido poderosamente á la formacion del primer código constitucional de España; con la sangre de sus hijos había recobrado la libertad de que el país hubo de verse desposeído; con su prudencia, con su templanza, realizada enfrente de mil grupos anárquicos

y disolventes que sin cesar la combatían, llevaba nuevamente á las esferas del Gobierno, no ya tan sólo sus ideas, sino sus propios hombres, sus mismos hermanos.

Jamás corporacion alguna, de carácter esencialmente particular, se vió coronada de tan satisfactorio éxito. Éxito que las sucesivas reacciones no pudieron oscurecer ni ahogar jamás, puesto que, siendo en España la libertad obra de la masonería, lleva siempre su suerte unida á la de aquélla, y cada vez que el espíritu de la libertad resplandece en nuestra patria, con él también resplandece el espíritu de la masonería.

Réstanos tan sólo decir dos palabras acerca del fin que tuvieron las demas sociedades patrióticas ó secretas de que en el curso de este trabajo nos hemos ocupado ó hicimos referencia.

En primer lugar, el Gobierno presidido por Don Evaristo San Miguel se vió en la necesidad de presentar á las Córtes un proyecto de ley, que más tarde fué promulgado, sujetándolas á no poder celebrar sesiones sin que 12 horas ántes diesen aviso á la autoridad designando el día, la hora y el sitio en que habían de celebrarse. Se fijaban las horas en que podían reunirse y habían de disolverse, y se les prevenía que, si querían representar ante las Córtes, lo habían de hacer como particulares y no como corporaciones. Además, se reservaba al Gobierno el derecho de suspenderlas en el caso de manifestarse síntomas de sedicion.

En virtud de estas disposiciones y otras anteriores fueron disolviéndose sucesivamente las *del Cafe de Lorenzini, de la Cruz de Malta, de la Fontana y de los Anilleros*.

La *de la Concepcion, Angel exterminador* y otras de su misma índole cobraron nueva vida al iniciarse la intervencion del ejército francés en favor de la monarquía absoluta, quedando extinguidas ántes de la muerte de Fernando VII.

La *Landaburiana*, compuesta de los que se decían vengadores del oficial Landáburu, asesinado por la soldadesca á las puertas del Palacio Real, y presidida por el diputado Romero Alpuente, tuvo que cerrar el mismo Ministerio, con el pretexto de amenazar ruina el edificio en que se reunía, despues de haber intentado templar su imprudente ardor por diferentes medios.

Por último, los *Comuneros* acabaron por desunirse, yéndose los más de ellos con la gente desvariada y alborotadora, y los menos se mezclaron y confundieron con los enemigos más acérrimos y declarados de la Libertad y de la Constitucion.

Tal es el fin de los individuos y de las colectividades que obran desatentada y obcecadamente, y cuando á sus actoss no precede un fin juicioso y recto y una deliberacion lógica y racional.

SERAFIN CERVELLERA.

(1) Lafuente, *Historia de España*.

(2) Hé aquí la lista de los individuos que componían aquel Ministerio:

Presidencia y Ministerio de Estado, D. Evaristo San Miguel.

Gobernacion de la Península, D. Francisco Gascó.

Idem de Ultramar, D. José Manuel Vadillo.

Gracia y Justicia, D. Felipe Navarro.

Hacienda (interino), D. Mariano de Egea.

Marina, D. Dionisio Capaz.

Guerra, general Lopez Baños.

LA MEDITACION

Sobre ignorada tumba solitaria,
A la luz amarilla de la tarde,
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la mujer que amé.
Apoyada en el mármol la cabeza,
Sobre la húmeda hierba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pié.

Aquí, léjos del mundo y sus placeres,
Levanto mis delirios de la tierra
Y leo en agrupados caracteres
Nombres que ya no son ;
Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar de la capilla
Alumbra mi oracion.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz,
Y se despide del albor del día
Desde una alta ventana de la torre,
Ó trepa de la cúpula sombría
A la gigante cruz.

Anegados en lágrimas sus ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace medrosa huir.
La funeral sonrisa me saluda
Del solo sér que con los muertos vive,
Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va á abrir.

¡ Perdon ! ¡ No escuches, Dios mío,
Mi terrenal pensamiento !
¡ Deja que se pierda impío,
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento !

¿ Por qué una imagen mundana
Viene á manchar mi oracion ?
Es una sombra profana,
Que tal vez será mañana
Signo de mi maldicion.

¿ Por qué ha soñado mi mente
Ese fantasma tan bello,
Con esa tez trasparente
Sobre la tranquila frente
Y sobre el desnudo cuello ?

Que en vez de aumentar su encanto
Con pompa y mundano brillo,
Se muestra anegada en llanto
Al pié de altar sacrosanto,
Ó al pié de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada
En templo que se arruinó,
Y en la piedra cincelada
Que en su caída encontró,
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oído,
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente
En la mansion del olvido.

¡ Mi crimen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos.

Cuando estas tumbas visito,
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito ;
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.

¡ Perdon ! ¡ No escuches, Dios mío,
Mi terrenal pensamiento !
¡ Deja que se pierda impío,
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento !

JOSÉ ZORRILLA.



Nicolás Poussin

TEMPESTAD Y CALMA

I

¡Ánimo, valientes marineros!

Los elementos que nos rodean se aprestan al combate; la brújula oscila y el barómetro desciende; ya sabéis que éstos son avisos de una profunda revolución meteórica.

¡Siempre las grandes calmas fueron precursoras de tremendas conflagraciones!

El fresco viento, que poco ántes hinchaba con gallardía nuestras velas, ha cesado; ahora nos abraza el rostro y nos angustia el pecho con asfixiante vacío el soplo de ardoroso ambiente.

¡Parece fuego pulverizado, como el que despide la negra boca de un horno!

Mirad allá, en los confines de esta vasta llanura, donde el mar y el cielo se juntan, y veréis levantarse, como del fondo de un inmenso depósito, cárdenas y recortadas nubes que avanzan tumultuosas y desordenadas sobre nuestras cabezas, cual un desparado ejército acosado por sangriento enemigo, y que no cesan en su carrera hasta cubrir la bóveda celeste.

Ya han tocado en el horizonte opuesto y han formado ese espeso cortinaje que nos roba los destellos del sol y nos abisma en la nada de caóticas tinieblas.

Advertid que la naturaleza toda se aletarga, como recobrando fuerzas para las próximas agitaciones.

La superficie anchurosa del mar, que aguarda con terrible inmovilidad las impetuosas embestidas del Aquilon, refleja con siniestros colores en la profundidad de los abismos el oscuro celaje que gravita sobre nosotros. Reparad cómo las ondas han ido cambiándose insensiblemente de azul en verde, de verde en gris y de gris en negro. ¡Parece que los airados y destructores instintos del mal van ahogando la pureza de su benéfica mansedumbre, arrojándolas de crueldad y de rabia para la pelea!

Así también el alma, trasparente y pura en los serenos estados de la virtud, se sombrea, enturbia y desfigura entre las violentas conmociones del vicio! ¡Aminad esas *mayores* con la rapidez del pensamiento, pues ya se cambian los primeros disparos!...

Los genios de la tempestad han montado en sus trepidantes carrozas, y, sueltos los frenos de fogosos corceles, comienzan á rodar por el teatro de la refriega.

La fatalidad nos obliga á participar de ella, por-

que el tremendo meteoro avanza vertiginosamente, y ya el ciclón nos ha comprendido en su funesta rotación.

Nuestro barco pelagra, como débil juguete, entre el impetuoso choque de dos irritados titanes.....

¡Adelante! Nuestro destino es luchar, y lucharémos. El valor se guarda para los momentos solemnes, y es preciso tenerlo extremado en el de ahora.

¡Calad los masteleros!...

¡Bien! ¡bien! Como gatos perseguidos habeis volado por las vergas. Me llenais de orgullo; teneis la ligereza y la bravura del tigre.

Escuchad el clamor de los ensoberbecidos elementos; escuchad.....

Sobre nosotros, los estampidos del trueno, ya secos y estridentes, como gritos de mortal espanto; ya broncos y continuados, como repercusión de cañonazos por los cóncavos de las montañas.....

En nuestro derredor, el silbido del huracán, que se acrecienta y se amengua, se aproxima y se aleja, se retuerce y estira para dejarse oír doliente, blando y angustioso unas veces, como lastimero quejido de apenadas almas; soberbio, rabioso y bravío otras, como ensordecentes imprecaciones de irritadas furias.

Bajo nuestros piés, el oscuro, monótono y prolongado zumbido de batientes olas, que se disputan en confusa y atropellada marcha la velocidad de su carrera, como si huyeran asustadas unas de otras.....

Y entre toda esta batahola de los cielos, los aires y las aguas, las enérgicas pitadas de mando, el crujir de las resentidas maderas, los gritos de maldición..... ¡Oh! El concierto no puede ser más infernal ni más digno de vuestro coraje: parece anunciarnos la destrucción del Universo.

No importa; ¡ánimo, bravos leones!.....

Ilumina por intervalos nuestra escena el siniestro fulgor de los relámpagos. ¡Soberbia es la luz azufrada que de vez en cuando colorea vuestros cuerpos con fatídicos matices, para desvanecerlos en seguida en la oscuridad de las tinieblas!

¡Vive Dios que debeis agradaos mutuamente!... ¡Pareceis evocaciones aterradoras de una calenturienta fantasía; trasgos flotando entre nimbos fosforescentes!.....

¡Magnífico! Disfrutamos de la más horrenda sublimidad; esas deslumbrantes líneas de fuego, que surgen rápidas, serpean por el firmamento rasgando su bóveda y se hunden como irritadas serpientes de

fuégo en las entrañas de las ondas, son los mensajeros que nos preceden en el viaje al fondo de los mares.

¡Por San Telmo, que sois unos verdaderos lobos marinos! Desde este maldito puente, siento que el rugir de vuestros hercúleos pechos y el hálito resoplante y ardoroso que despiden vuestros labios os mantienen indomables en la lucha. ¡Eso es!..... oponed al fuego de las nubes el que centellea en el fondo de vuestros ojos, y al rugido del huracán el de vuestros pulmones.....

¡Ah! El poder de una tempestad se domeña con el de otra tempestad mayor, y la victoria será nuestra, porque os alienta el genio de la desesperación.

Navegamos con la rapidez del vértigo.

Flotan y se sacuden nuestras velas, hechas mil jirones, que con insaciable avaricia nos van robando las cortantes garras del huracán, para lanzarlos como despreciable botín sobre las ondas de lejanos horizontes.

¡Mejor, siempre mejor! Los exiguos despojos que nos queden serán para nosotros como los gloriosos pingajos de un estandarte deshecho entre el fuego y el desorden y la algazara y la muerte de sangrienta batalla.....

¡Maldición! Un golpe de mar ha estrujado entre sus formidables brazos el buque y ha tronchado el trinquete, como débil junco que quiebra la fuerza de robusta mano. ¡No arredrarse!

Para viajar de esta manera, nos sobran los palos. Las montañosas olas se alzan y hunden bajo nuestra quilla, y tan pronto nos remontan á las nubes como nos sumergen en asfixiante vacío. Eolo nos conduce, y sopla nuestra casa como á ligera pluma; ¡qué más queréis!

Pero: ¿quién diablo se queja? ¿Quién es ese cobarde que se deja vencer por el desaliento?.....

¡A ver! ¡Achicad la bomba y arrojad al infierno esos malditos foques!..... ¡Pronto, si no queréis que, á pistoletazos, envíe vuestras almas al diablo ántes de lo debido!

¿Vais á gemir ahora como asustadizas criaturas, vosotros, que teneis esas caras de fieros lobos, abrasadas por el fuego de los trópicos y endurecidas por el cortiente frío de los polos?

¡Soberbio bandazo y soberbio remojo! Cref que habíamos concluido; pero no, que áun dura la lucha.

Esa ola, que Dios confunda, ha barrido la cubierta y se ha llevado tres hombres. ¡Por Santa Bárbara, que les está bien empleado!

La ocasión no es para distraerse con rezos, sino para prevenirnos contra las sorpresas del astuto enemigo que nos acosa.

Los negros tiburones habrán dado ya buena cuenta de ellos.

¡Ja..... ja! Es de rigurosa cortesía que estas fiestas del mar obsequien con platos extraordinarios á sus honrados inquilinos.

¡Ja..... ja!..... ¿Queréis morir, sin duda, en vuestros lechos, coronados de flores y blandamente introducidos en el sueño final, merced á la copa de letal cicuta, como aquellos artísticos compatriotas de Simónides?

¡A fe que no merecis esas crespas barbas que

orlan, como manojos de espinas, vuestras tostadas fisonomías!

¿Miráis ahora con aprecio la vida? ¿Y por qué?

¿Acaso no reparáis que, hasta moralmente, es sólo una encarnizada lucha sin tregua, una lucha del individuo contra la sociedad, y del individuo contra sí mismo?

¡Por Satanas, que somos un contrasentido, una aberración, un aborto de la Naturaleza!

Débiles de cuerpo, y más débiles aún de espíritu; átomos complicados de materia palpitante, suspendidos entre las inmensidades que por do quiera nos envuelven; mezquinas organizaciones las nuestras, que se alientan al soplo de una fuerza misteriosa, y al leve soplo de otra fuerza misteriosa se deshacen, venimos á este mundo con el fuego de nuestras pasiones y la fuerza de nuestros vicios, con la maldad del homicida y la ceguedad de la locura, llevando siempre dentro de nuestro calcinado cerebro la inextinguible llama de un informe deseo nunca realizado, y que se alimenta y crece con el rudo embate de los desengaños.

¡Ah! La vida no es más que el naufragio de un organismo dentro de la sociedad, y de una sociedad dentro del mundo; un breve aliento ceñido al último estertor de una fatal agonía, que nos lanza, abrasados por el fuego del martirio, en el reposo de la nada; un matrimonio infernal de bulliciosa materia que vive destruyéndose sin descanso.....

¿Cuánto mejor no es la muerte!

No tembleis por miedo á los tiburones; su bondad y aserrantes fauces os harán sufrir muy poco; éstas son firmes y rápidas como palancas de robustas máquinas.

De pronto os sentís cogidos entre sus mandíbulas, crujen vuestros cráneos magullados por tremenda presión, y ántes de pensar en vuestra suerte ya rodáis por su musculoso estómago convertidos en sanguinolenta papilla.

¡Un hábil verdugo no os haría sufrir ménos!

Y el sepulcro os pertenece de derecho. Allí, como aquí, seréis siempre lobos marinos, y, lo mismo en uno que en otro sitio, vuestro destino será navegar por las tormentosas corrientes de los mares.

¿Habíais creído, por ventura, que paseábamos sobre inofensivo cadáver?

¡Os equivocásteis!

El mar es un monstruo palpitante que vive como vosotros, y como vosotros tiene sus explosiones de vengativa cólera.

Convenceos de ello viendo que por su interior se cruzan millones de corrientes, como millones de corrientes se cruzan dentro de nuestros cuerpos.

Las caudalosas afluencias de los ríos atienden sin cesar á su alimentación, como vosotros atendeis cuotidianamente á la vuestra.

Gruesas trombas y continuas evaporaciones le desgastan sus aguas, como el sudor y las escresiones desgastan las de vuestra sangre.

También él tiene en sus oleadas el testimonio de violentas pulsaciones, y arroja pulcro sobre la playa, entre encajes de blanca espuma, los despojos de su vida.

¿No os basta esto?

Oid su canto de paz, dulce y armonioso, en el batir de las olas contra las acantiladas rompientes, y estremeceos con su estruendoso rugido cuando le irrita y provoca la tempestad.

Vedle obedecer al hombre por los canales y rebelarse contra la sujecion que le impone cuando, ganoso de nuevas conquistas, rompe los diques, lanza en són de guerra ejércitos de formidables olas que arrollan cuanto encuentran y disputan á la tierra sus dominios.

II

¡Arriba, muchachos, arriba!

El tranquilo y prolongado sueño que hace horas disfrutais habrá reanimado ya vuestro espíritu.

Levantad, levantad esas varoniles cabezas y re-cread el alma con la majestuosa belleza que nos envuelve.

¿No oís el dulce acento de la campana que os anuncia ha llegado la hora de elevar nuestras preces al Sumo Hacedor?

¿Acaso no conmueven vuestros nobles corazones esas vibrantes notas, que son un festival canto de paz y de ventura?

¡Tan..... tan..... tan!... — ¡Escuchad, nobles marineros!

Ella os anuncia con su pausado ritmo que el huracan se agita en apartadas regiones; que ya no os envuelve el rayo destructor, ni la descarnada figura de la muerte tiende sobre vosotros su inclemente guadaña.

¡Tan..... tan..... tan!... — ¡Escuchad cómo os brinda con meliodosos ecos á gozar de la vida!

Sus argentinos toques se alejan ondulados por la suave y perfumada brisa que el pecho respira con apacible deseo, y van difundiendo hasta perderse en las inmensidades del espacio, como mensajeros que marchan en busca de vuestras familias para anunciarles la fausta nueva de vuestro último triunfo.

Despertad, despertad de ese profundo sueño, y oid la cariñosa voz de la campana que os convida á gratos recuerdos.

Ella es vuestra amiga y consejera.

Ella os llama arrebatada al puesto del honor en medio de la lucha mortal, y os alienta entre el desorden y el estruendo de las borrascas.

Y ella, con plañideros toques, os anuncia la muerte de algunos compañeros y os reúne en torno del sacerdote.

Vosotros, como yo, al percibir sus blandos gemidos sentiréis embargada el alma de indefinibles emociones.....

Recordaréis con vaga melancolía y regocijo el alegre volteo de la campana, orgullosamente asentada en la alta torre de vuestro pueblo, cuyos lúgubres lamentos acompañaban á los seres más cariñosos para vuestra infancia, desde la casa al cementerio.

¡Ah! también vuestras almas, como la mía, doloridas por el desgarró y el sufrimiento de la lucha, evocan el recuerdo de aquellas dulces edades, son-

riente primavera de nuestra asendereada vida, en la que calmaban todos nuestros quebrantos los amorosos regazos y apasionados besos de nuestras idolatradas madres.

¡Qué recuerdos tan tiernos y queridos! Reposa en ellos el alma quebrantada por el sufrimiento, como á la sombra del árbol descansa el viajero fatigado por el ardor del sol y lo áspero del camino.

Sin querer saltan en la memoria muchas, muchísimas impresiones.....

Las venturas sin asomo de tristeza de los primeros años..... Las pavorosas leyendas y consejas oídas en torno del hogar, sintiendo en el rostro el ardoroso aliento de los maderos encendidos, entre los que alborota con su chisporroteo la castaña que se reuerce para asarse, mientras por fuera los cielos depositan blandamente sobre la tierra capas de nieve..... Las noches de Navidad, con el ruido de sus panderos, el cántico de los villancicos y la sabrosa cena de familia..... Las tibias tardes del otoño, con su cielo esmaltado de nubes bellísimamente arboledadas, y los caminos que conducen á la aldea transitados por los carros que llevan perezosamente al lagar los altos cestos henchidos de doradas uvas, y entre ellos racimos de criaturas que asoman sus cabezas, encendidas y rubias como manzanas del Rubicon, y animadas con infantil alboroto..... Las ansias eternas y no definidas de una pasión soñada, y los deleites puros de un amor correspondido..... Luégo el matrimonio..... los hijos.....

¡Ah! ese hervidero de recuerdos, que parece quiere estallar el cráneo, ¡cuán poética y adorada hace la vida!...

¡Despertad, despertad, sufridos marineros, y embelesaos con el panorama de esta grandiosa naturaleza!

¡No tembleis ya!

Sobre vuestras frentes se ostenta ahora la azulada limpidez de los espacios, en donde centellean, como chispas de brillantes sobre tensa gasa azul, millones de luceros.

Léjos, allá, en los confines del horizonte visible, húndese entre aureola de grana la antorcha de las esferas.

Admirad sus quebrados resplandores y sus mágicos espejismos, matizándolo todo con melancólicos tintes.

Ved cómo la tranquila superficie del mar parece entreabrirse para recibir su majestuoso descenso.

Insensiblemente se extingue la fuerza de su luz..... Las sombras de la noche juegan con los cambiantes crepusculares..... Ya ha desaparecido de nuestra vista, y todavía deja en pos de sí una estela de fuego, que la refracción proyecta sobre nosotros para pintar de rosa los masteleros y lo alto de nuestras vergas.

¡Es el lánguido beso de despedida con que se aleja el día!

¡Grandioso es el destino del sol!

Sostiene él la vida de la naturaleza toda, y al mismo tiempo que sus etéreas vibraciones difunden entre nosotros la luz que hiere nuestros ojos, caldea y seca la costra de la tierra que esconde las ricas piedras y metales; sondea la profundidad de los ma-

res para dar vida á los millares de seres que surcan sus aguas; calienta con sus impalpables rayos las retortas vivas de los vegetales para remover en su textura las fuerzas químicas de la organizacion, y guía á la vivificante sávia que circula por los delicados conductos del añoso árbol, desde la raíz al tronco, desde el tronco al tallo y desde el tallo á la hoja.

Tambien él mueve nuestra rutilante sangre, que deslfe bajo la áspera piel el color sonrosado de la vida, y enciende en los ocultos talleres del pensamiento el sacrosanto fuego de la inspiracion.

Vierte entre los aterciopelados pétalos de las flores sus brillantes colores, y hace brotar del árbol el exquisito y jugoso fruto.

Él pasea sobre vuestros ojos por la mañana su excitante cabellera para brindaros al trabajo, y se retira por la noche para permitirnos el descanso....

¡Ah, sí! su poderío es inmenso, porque es el director y fuente principal de ese conjunto de fuerzas que rige la armonía de las esferas en nuestro sistema planetario, y, á la par que provoca la tempestad que destruye, elabora la benéfica lluvia que fertiliza.

¡Bien, bien! Os veo ya formados sobre la cubierta, y percibo vuestras roncadas y fervientes plegarias que acompañan al rezo del sacerdote.

Tambien observo vuestras indomables cabezas, desnudas del embreado sombrero, dirigir tiernas y devotas miradas de gratitud hácia los cielos.

¡Siento que la emocion me ahoga y que, á pesar mio, se escapan de mis párpados lágrimas ardientes!

¡Sois unos héroes!

Dios, desde las alturas celestes, escuchará esos cánticos sencillos que se elevan á las regiones inmortales confundidos con los suspiros de la juguetona brisa y el dulce murmullo de las olas, que besan ahora con sus labios de espuma el casco de nuestra embarcacion.

¡Que los cielos tiendan su bendicion sobre vosotros y os restituyan felices al seno de vuestras queridas familias!

A. PULIDO.

Agosto de 1876.

CANTARES

Jamás de tus sentimientos
Me asalta el recuerdo ingrato
Sin que á mi rostro se asome
El rubor de haberte amado.

En este mísero mundo
No hay desventura más negra,
Que la de ser uno pobre
Y que las gentes lo sepan.

Deja que pose mi mano
Sobre tu rostro hechicero,
Que á probar voy que se puede
Tocar con la mano al cielo.

Dios aprieta, mas no ahoga,
Dicen, y cierto será;
Pero, entónces, ¿por qué á veces
Tanto y tanto apretará?

Si verdad fuese que el canto
Dulcifica los pesares,
Dí, ¿no habría ménos llanto
En el mundo y más cantares?

J. R. GALLINAR.

BALADA

— ¿Dónde va la pobre niña,
Destrenzados sus cabellos,
Y sus blancos piés desnudos,
Que apenas tocan el suelo?

— Voy en busca del amor —
Dice con trémulo acento.

— Busca la muerte del alma —
Dice una voz á lo léjos.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

SONETO

Sobre nube de plata suspendida,
Llegóse á mí la dicha placentera,
Vagando por sus labios hechicera
Sonrisa, que á gozar amor convida.

— ¡Fantástica ilusion, sombra querida! —
Exclamé; — no te muestres tan severa;

Pósate aquí, en mi misma cabecera,
Y endulza los pesares de mi vida. —

Yo la vi entónces descender pausada;
Sentí rozar su rostro con el mio,
Y en éxtasis mi alma arrebatada,

Ansiosa de gozar con albedrío
El néctar que destila su mirada,
Quise abrazarla, y abracé el vacío!...

JUAN J. RIVERA Y CATALINA.



Estátua de la Tragedia.

LA CIVILIZACION

CON RELACION Á LA TÍISIS

Es un hecho tristemente cierto para la humanidad, y que los inspiradores de sus adelantos no niegan, confirmándose más por las estadísticas sanitarias, que el aumento progresivo de la tísisis está en una proporción mayor que el aumento de población, siendo ayudada en su voraz desarrollo por esa activa é irresistible fuerza de mejoramiento material que se llama civilización. Paradójico parecerá á nuestros lectores que la civilización, ese soberano punto de mira y aspiración constante de las modernas sociedades, á pesar de su bienhechor influjo en los destinos del mundo comercial, fabril é industrial, pueda, por efecto de sus adelantos y útiles inventos, empujar en su desarrollo á esa destructora enfermedad apellidada tísisis, que tiende, en sus movimientos de aterradora consunción, á mermar las fuerzas activas de nuestra viril sociedad, segnando en flor las risueñas esperanzas de una masa considerable de individuos, precisamente en los momentos en que es más doloroso abandonar la vida.

Pero paren de su asombro los sorprendidos por tal aserto; estudien á conciencia la infinidad de causas que por los usos de la civilización abonan el aumento de tuberculosos, y de igual manera que adquirirán la certeza de que el tísico aumenta con la civilización, concebirán el modo de extirpar para siempre esa cruel enfermedad llevando la civilización á su mayor perfectibilidad; esto es, que si bien es cierto que la civilización es causa eficiente del aumento de la tísisis, sólo ella, llevada á su complemento máximo, es la única capaz de privar á la humanidad de ese terrible azote, cuya sola invocación estremece á la sociedad entera y llena de pavoroso miedo á todos sus individuos.

En prueba de lo dicho, bastará estudiar algunas de las causas que favorecen el desarrollo de la tísisis para explicarnos la influencia de la civilización en el desenvolvimiento de ella. Ese cúmulo de operarios y braceros que se dedican al ejercicio de profesiones en que se hace preciso emplear grandes y violentas fuerzas musculares, y que están sujetos á respirar polvo mineral ú orgánico, como carboneros, canteros, limadores de metal, fabricantes de lino, etc., son, en su mayor parte, los que llenan las salas de tuberculosos en nuestros hospitales; y co-

mo con la civilización dichas profesiones van en aumento, la frecuencia de la tísisis aumentará con ellas. La vida sedentaria que la civilización, con el cortejo de sus comodidades y placeres, fomenta, es una causa predisponente, nada baladí, de la tuberculósis; y como no puede negarse que la humanidad progresa en tal sentido, síguese que el desenvolvimiento de la tísisis estará en razón directa con los progresos de la civilización.

Y si esto en buena lógica es una verdad, ¿cómo explicar que un bien como la civilización produzca males tan grandes? Ejemplos concretos ilustrarán el caso y explicarán la influencia de la civilización en la producción de este ó de otros males, y que, sin embargo, con los progresos de la misma han llegado á paliarse ó corregirse del todo. ¿Quién puede negar la importancia de la explotación de las minas de carbon de piedra, elemento acaso el primero de vida de la sociedad moderna? Sin embargo, este progreso, que alimenta tanta y tanta industria, no obstó á que fueran muchos los individuos sacrificados en las galerías subterráneas por las mortíferas explosiones determinadas por el hidrógeno carbonado que tan en abundancia se acumula en sus fondos. Pero sigamos á la ciencia, antorcha de la civilización, y ella, creando la lámpara de seguridad, enseña á prevenir estos males que por su misma influencia determinó. Invención que más servicios prestara á la sociedad que los caminos de hierro, acaso ninguna; pero con ellos vinieron esas catástrofes que se llaman descarrilamientos y choques, que privaban de la vida á millares de individuos. Con todo, un paso más de la civilización estableciendo la telegrafía eléctrica, y realiza la menor frecuencia de tales siniestros.

Los vapores del mercurio, elemento empleado en el dorado de metales, hacía sucumbir á muchos operarios dedicados á semejante industria; y la galvanoplastia, procedimiento hoy empleado para tal objeto y entronizado por la civilización, vuelve á esta industria menos compleja y completamente inofensiva.

Por los ejemplos aducidos se ve que la civilización, causando en un principio ciertos males, los sabe atenuar ó destruir con los progresos de la misma. Y esto que en lo que con los progresos mate-

riales tiene relacion vemos palpablemente demostrado, no es ménos cierto en sus relaciones con la produccion de ciertas dolencias curables é incurables. Sabido es que, hasta en la época en que el comercio adquirió el desarrollo que le elevó á la categoría de tal industria, no le fué dado al cólera morbo salir de sus naturales focos, y difundir la muerte y desolacion por nuestra Europa; desolacion y muerte que hubiera prevenido sin cambiar sus producciones con el Asia. Pero era exigencia de la civilizacion, y á ésta misma la fué preciso, invocando en su ayuda á la higiene, dictar las medidas sanitarias que se encaminan á preservar nuestras vidas de ese cruel azote, hasta el extremo de conseguir para siempre su extincion, si resueltos estamos á observar escrupulosamente las leyes de Sanidad terrestre y marítima. La civilizacion, que basa las sociedades sobre el mutuo consorcio y trato íntimo de sus individuos, fomenta conscientemente los progresos de la viruela y de la lepra; pero á la vez que ha producido tales males, dada la contagiosidad de estas dolencias, sabe, con las mejoras de su adelantamiento, prevenir la primera con el descubrimiento de la vacuna, y la segunda con la observancia de la higiene más escrupulosa científicamente aplicada.

Como se dice de los anteriores afectos, pudieran enumerarse otros muchos, como la malaria, la fiebre amarilla, la tifoidea, etc., que, á la manera como la civilizacion las ha ayudado á desarrollarse y difundirse por el globo, las ha sabido tambien muy bien, á unas hacerlas desaparecer por completo, á otras hacerlas ménos frecuentes, á algunas marcarlas un límite dado sin permitirles su difusion más allá de él, y á todas, en fin, trazarlas su curso, dejando adivinar un remedio para su curacion.

Hay, sin embargo, por lo que á curacion respecta, una excepcion triste; la tísis. Más temida que ninguna enfermedad; más refractaria á todo tratamiento que todas, la tísis, léjos de amenguar, aumenta; en vez de circunscribirse á determinados puntos, ensancha sus dominios por todas las latitudes de la tierra. No hace sus excursiones de cuándo en cuándo, como las enfermedades epidémicas, sino que su presentacion es de cada dia; no azota solamente las poblaciones del litoral, como acontece con la fiebre amarilla, sino que el litoral y el interior son de su dominio; no dura 40 ó 50 dias, y se cura en algunos casos, como la fiebre tifoidea, sino que su duracion cuenta meses y áun años, siendo siempre su epílogo especial y fatídico. No respeta sexo ni edad, por más que se ensañe con la esperanza de la sociedad del *mañana*: las profesiones de los individuos en nada las tiene en cuenta para hacer su presentacion en la que más le place; y por último, cuando vamos á consultar en los adelantos de la civilizacion un medio de curacion para tan terrible y funesta dolencia, ésta, por hoy, nos vuelve la espalda y trata de hacerse irresponsable del fomento y difusion que con su influencia la ha prestado.

Semejante decepcion es más bien ficticia que real, examinadas las causas que fomentan el desarrollo de la tísis; y al efecto de encontrar en los elementos de la misma civilizacion medios con qué sitiar á tamaño mal en sus primeras y formidables

trincheras, hagamos una excursion por el campo de su etiología, y, convencidos de la importancia que su conocimiento nos reporta, busquemos en la civilizacion y sus adelantos los naturales y lógicos resortes de su influencia, para dejar exánimes y maltrechos los destructores alardes de tan funesta enfermedad.

Por más que haya mucho de hipotético en la investigacion de las verdaderas y eficientes causas de la tísis, hechos que la cotidiana experiencia pone de manifiesto nos darán á conocer casi en totalidad los agentes influyentes en su produccion. Sabido es que la tísis se presenta en todas las latitudes; que lo mismo elige sus víctimas entre las poblaciones sedentarias que entre aquellas que su vida se sintetiza en la actividad y el movimiento; que es más frecuente allí donde el aire se renueva ménos por efecto de la aglomeracion de gentes y animales; que en igualdad de circunstancias individuales prefiere para su presentacion las cárceles, los cuarteles, los conventos, etc., á las casas y lugares perfectamente ventilados, y donde la aglomeracion es proporcionalmente menor; que los individuos de padres extenuados ó tísicos, ó que, por la carencia de medios materiales, subvienen á su vida con una alimentacion deficiente, ó viven sin resguardar sus carnes de la accion del frio, ó, por efecto de su buena fortuna, entregan su cuerpo á una completa inercia muscular y á los excesos de una vida crapulosa y desarreglada, son los llamados en primer término á dar el contingente á dicha afeccion, y se hallan más expuestos á ser sus víctimas que aquellos á quienes dichas condiciones faltan.

Muchos *cuadrumanos* y *rumiantes* sucumben tambien á los progresos de la *tuberculosis*, y las mismas circunstancias que en ellos aparecen concuerdan con las que abonan su presentacion en la raza humana. Los monos vienen á ser víctimas de las lesiones que la tísis provoca, cuando son trasportados de las regiones tropicales, donde gozan de la libertad más completa, á los países frios para ser encerrados, expuestos de ese modo á la accion del frio y entregados á la inercia muscular. Las vacas de leche mueren en su mayoría con tubérculos en sus pulmones, provocados sin duda por la falta de ejercicio, escasa alimentacion, encerramiento en los establos de las poblaciones y aniquilamiento y extenuacion á que se las entrega por hacerlas producir mayor cantidad de leche de lo que las es dado según sus fuerzas; miéntras que el resto de la vacada, de donde las separaron, continúa viviendo completamente sano en los campos donde las apacentaban.

Estos hechos, de capital importancia para la determinacion de la etiología de la tísis, dicen bien claro que, así en la raza humana como en los animales, ésta se produce por la falta de aire puro, insuficiencia de alimento, carencia de abrigo, privacion de ejercicio y de reposo, ausencia de buenas y sanas costumbres, desarreglo de la organizacion, acaso heredado de sus padres; esto es, que la causa presunta de la tísis es la *indigencia*, así material como orgánica. Y esta última palabra no huelga, si se tiene en cuenta que sería anacrónico apellidar indigente á un rico.

Pero observemos que, si la indigencia material es patrimonio exclusivo de las clases menesterosas, la indigencia orgánica toca por igual á todas las clases, y principalmente á aquellas mimadas por la fortuna; determinando la tísis en las primeras la escasez de medios, y en las segundas la superabundancia de recursos, que facilitan el abuso y la mala dirección de los modificadores de nuestra economía. Y hé aquí cómo causas en apariencia contrarias determinan efectos idénticos, es decir, producir la indigencia orgánica, y, dada ésta, favorecer el desarrollo progresivo de la tísis.

Aparte del empobrecimiento que acarrea la falta de alimentación y abuso immoderado de los placeres, entra por mucho á completarle y continuarle una perversificada educación física; ese medio que, bien dirigido, es el único capaz de que la civilización pueda valerse para desarraigar el mal y regenerarnos orgánicamente. ¿Y será esto posible? ¿Podrá la civilización llevar su influencia sobre las costumbres hasta el extremo de presentar mañana una sociedad modificada orgánicamente, que por su construcción excluya la existencia de la tísis? Grandes y trascendentales consideraciones entraña una pregunta tan peregrina, cuyo desconocimiento la hace hasta motivo de estúpida irrisión; pero caminen á nuestro paso por la senda de ellas los que estén decididos á seguir hasta el fin del presente trabajo, y podrán convencerse de que la civilización, gérmen fecundo de abundantes bienes, podrá en los últimos progresos de su indefinida carrera lograr la extirpación de ese desmembrador azote de la sociedad.

La civilización, en sus salvadores fines, es muy probable que en la actualidad excogite aún los medios de promover los progresos de la tísis, como recurso supremo de la salvación de la humana especie. ¿Quién se atreverá á negar que la tísis, dada la propensión de la raza humana á perpetuarse con todas sus anomalías y defectos de orgánica nutrición, no sea un medio de selección natural para prevenir la destrucción y acabamiento de la especie? ¿No es claro que, si multiplicadas por reproducción las anomalías en la raza y aumentadas de una á otra generación por transmisión hereditaria, llegaría día en que la especie concluiría por aniquilarse, si no viniera la tísis en su ayuda, siendo un obstáculo á la degeneración física y privando de la vida á individuos profundamente alterados é incapaces de engendrar una prole fuerte y robusta? Pues esta verdad, tan amarga y desconsoladora, puede también traducirse en un bien que la civilización fomenta en beneficio de la especie.

Admiremos también la sabiduría de la civilización en este punto, por doloroso que sea, y sin impaciencia esperemos los fallos de su mayor perfección para convencernos de su influencia en los destinos de la humanidad, agobiada bajo el peso de tan terrible dolencia; porque ella, que sólo sabe inspirarse para el cumplimiento de sus obras en los principios de la ciencia, sabrá, poniendo de relieve las causas productoras de la tísis, dictar las reglas á la sociedad entera para prevenirlas en su origen y dar por resultado la extinción de ella.

Bástenos al presente presumir que la tísis, ese

mortal instrumento vaciado, para herir la sociedad, en los desórdenes y desarreglos que la misma sociedad implica en su disipada conducta, no es sino la voz de alerta para los individuos de las futuras generaciones, haciéndoles comprender que, si hoy parece que se adunan los defectos en el régimen y degradación de sus individuos, conspirando por tal motivo al aniquilamiento y destrucción de la especie, las reformas á dichos vicios opuestas darán por resultado la regeneración de la misma.

Sabemos cuán difícil es luchar contra un mal cuando éste es incierto ó de remota inminencia, porque los esfuerzos á la lucha prevenidos nadan en negligente y perezosa actividad, por el mismo hecho de no creer cierta su realidad; pero cuando su desenvolvimiento es un hecho, cuando sus consecuencias se dejan sentir con todo su rigor, entonces la pereza y negligencia que contribuían á hacer estériles sus esfuerzos se convertirán en vigorosas y hercúleas fuerzas de contraresto á los estragos por él determinados.

Esta es la razón que hoy tenemos para creer que la civilización no llama en serio en su auxilio á la ciencia para este punto concreto de la tísis; la creencia de que los vicios y abusos orgánicos de cada individuo, sumados, no son la causa única de la degeneración física, origen indudable de la tísis. Pero el día en que se esclarezca á satisfacción la etiología de ella conforme á los puntos enunciados, y se adquiera el convencimiento de que, reformando al individuo orgánicamente por medio de la aplicación de una rigurosa higiene, se ha reformado la sociedad entera, entonces es lo probable que, haciendo lujo de reformas sus legisladores, sabrán consignar en sus códigos la preferencia de la higiene en puntos tan trascendentales para la reproducción de la especie como es el matrimonio; creando, por ejemplo, para contraerle la práctica de un reconocimiento previo de los que le soliciten, estándose á los resultados de éste para la celebración de él. De este modo se evitaría el advenimiento de esas generaciones tísicas desde *ab initio*, que, reproducidas por sucesivos matrimonios, pueblan gran parte de la superficie de la tierra.

Idénticas razones inducirían á reformar otras leyes que, como la actual de reemplazo del ejército, son causa permanente del progresivo desarrollo del mal citado, porque, condenando á forzoso celibato á la parte florida y robusta de nuestra juventud por más ó menos tiempo, deja encargados de la reproducción de la especie á los que excluye por virtud de su cuadro de exenciones físicas; individuos que, por la citada exención, es lo más fácil que sean tísicos para *mañana*, ó por lo menos los retoños que de ellos procedan.

Estas y otras muchas reformas que afectan á la regeneración orgánica de la raza humana se contienen en el imperio de la futura civilización, á la que trazará su camino la majestuosa indicación de la ciencia, soberbio baluarte en que, escudadas las futuras generaciones, impondrán el dominio de sus dogmas al mundo material, del que el hombre, al ser creado, fué constituido rey.

EMILIO FERNANDEZ DURÁN.

MÁS ALLÁ DEL PARAÍSO

A LA SRA. DUQUESA DE Z.

en Villagraz.

Queridísima C.: Tu cariñosa carta revela que, á pesar de ostentar un título nobiliario envidiado y una belleza envidiable, sigues siendo una buenísima madre en toda la extensión de la palabra. Durante la lactancia de Ricardito te has secuestrado en esa hermosa posesión de Villagraz, dedicándote exclusivamente á la crianza de vuestro primogénito; despues has recorrido una buena parte de Europa, y hoy te diriges por fin á tu abandonado palacio de Madrid, donde volveréis probablemente á ser los niños mimados de la buena sociedad.

Siento, en cierto modo, vuestro regreso, pues en los primeros momentos *os deberéis*, como suele decirse, al mundo.

Me conoces lo bastante para comprender que yo me elimino de buen grado de ese mundo, y que tan sólo aspiro á ocupar mi sitio acostumbrado junto á la chimenea — sigo tan friolero como ántes, — conversando contigo y con el duque, en el gabinete que llamais de confianza, acerca del asunto más interesante para los tres: la educación de Ricardo.

No me cansaré en repetiros que es preciso hacer de él un hombre, no lo que se ha dado en llamar un *jóven simpático*, primera etapa de ese ente perfumado é insustancial que por burla denominan las gentes *sietemesino*. Sí, querida mía, créeme: eso que llamamos los médicos *anemia*, abunda de tal suerte, moral y materialmente hablando, en nuestra época, que no ha de tardar mucho tiempo en predominar una raza de seres pálidos, insípidos, faltos de vigor, envenenados por un escepticismo romántico, mil veces peor que aquel otro romanticismo provocado de los albores del siglo en que vegetamos. Y es que la moda va aniquilando el sentido común, y las frases hechas borrando el criterio propio. Al amor de la lumbre hablaremos de este interesante capítulo; déjame ahora que adelante algunas ideas respecto de una pregunta de gran interés que encuentro en tu sabrosa carta. Recordando la duquesa que desde la inauguración de la temporada la espera un palco en la Opera, dice la madre: — ¿Podré llevar alguna noche á Ricardito?—Y hé aquí que esta breve interrogación envuelve más importancia de lo que á primera vista parece.

¡Llevar un niño al teatro! ¡Llevar un niño á un palco en la Opera! Graves, gravísimos problemas, que no resolveré de plano, aunque te dé algunos datos para examinarlos despues con más tranquilidad.

Será un error quizá, pero tiene en mí echadas las hondas raíces de la convicción. Si yo fuera músico y catedrático de la asignatura *Historia de la Música*, diría á mis oyentes: «Señores, al borde de la primera cuna—y cuenta que hablo en sentido figurado, pues ignoro si en la época pre-histórica había cunas — brotó la primer armonía, y casi me atrevería á asegurar que una madre inventó la canción convertida despues en himno guerrero; pues nada animaría tanto al primer soldado como el recuerdo de su hogar y de su naciente familia.» Pero hé aquí que no soy más que un aficionado á la música y á los niños, esas notas del gran poema sinfónico de la vida, — vé borrando mis erratas artísticas — y he podido deducir, tras detenidas disquisiciones, que la música — como he dicho ya sabes dónde — «es el mejor lenitivo para deshacer como por encanto los violentos y carnales instintos, propios del animal,» que se despiertan á la vista de la fuerza, para lo cual no traeré á cuento la manoseada fábula de Orfeo, sino que me contentaré con citar una audición del *Ave María* de Gounod.

Y ya que te recordé algunas palabras de una quiscosa que pertenece al público, permite repita algunos párrafos de la misma, que puede ser hayas olvidado.

«Cuando oigo decir á algunas personas que *la música es para ellas un ruido ménos desagradable que los demas*, se me ocurre pensar que no han recibido en sus primeros años la educación del oído, á ménos que la afirmación apuntada no oculte un deseo de singularizarse, lo cual es bastante frecuente.

¡Qué admirables son las variantes de la armonía, y cuánto cautivan al niño, haciéndole gustar ordenadamente los purísimos placeres del ritmo, para que despues saboree los acordes de la música!

Sin que se me tache de apasionado, creo deber abogar por que en la educación familiar se cuide mucho de ir desarrollando esta tendencia, que afinará el sentimiento y será una de las fuentes más fecundas de inspiración y de dulcísimas emociones.

Desde una canción breve, que se repite indefinidamente, sirviendo para provocar el sueño con su monótono compás, hasta un trozo de ópera, en que,



Cervantes.

entremezclada con los acordes de los instrumentos se oye la voz humana expresando la pasión, media un mundo de sensaciones diferentes, pero que responden todas á una necesidad de nuestro espíritu» (1).

Después que hayas descansado de esta larga cita, te recordaré un hecho de mi oscura y modestísima infancia, el cual sirva en cierto modo de complemento á mis palabras, y al propio tiempo de dato para la resolución de nuestro problema.

Cuando tenía seis años, era yo un *dilettanti* tan apasionado ó más que un moderno abonado á turno diario en el Real. Mi madre, esa santa mujer cuyo recuerdo endulza mis penas, y cuya falta amargará eternamente mi existencia, tenía una pasión decidida por la música, y de tal suerte me la comunicó, que ya por aquellos tiempos poseía yo una infinidad de canciones infantiles — francesas, por supuesto, pues en España aún no se popularizan entre los niños más que sandios cantares, improvisados por precoces niñeras;—canciones que aún resuenan dentro del fatigado cerebro en los días de fiebre é insomnio.

Frecuentaba, como iba diciendo, la Ópera; pero no creas que te será dable averiguar el sitio desde el cual, encendido el rostro y mordiéndome las uñas en los pasajes de mayor interés, escuchaba los cantantes más afamados, que hoy aplaudimos aún, pero que estaban entonces, según los inteligentes, en sus *buenos tiempos*.

Encima de los palcos principales, límite del buen tono, más allá de los palcos por asiento — butacas de la clase media, — sobre el famoso *paraiso*, asomábamos la cabeza por unas ventanillas rectangulares, y, desapercibidos de todo el mundo, oíamos con religioso silencio á los artistas sin perder ni una nota. La colocación lateral de los palquitos permitía divisar todo el escenario — de lado, se entiende; —pero, respecto al salón, no se alcanzaba á ver más que unos cuantos palcos terceros, dominando en cambio todo el severo y entonces revoltosísimo *paraiso*. Cuando oía hablar de las butacas, parecía-me que se trataba de un mundo misterioso y desco-

nocido. Una noche.... Pero permíteme ántes que recuerde una artista de gran mérito, Madame Lagrange. Poseía esta señora especialísimas dotes de actriz y singulares encantos en la voz, lo cual la captó el favor entusiasta del público. Una noche — creo que la de su beneficio — cantó una sentida romance francesa, titulada *La madre y el niño*. El grandioso escenario del Teatro de la Ópera se había metamorfoseado en una mezquina y lóbrega bohardilla; en el proscenio veíase una cuna, donde, por cierto, yacía la preciosa hija de uno de los empleados, y oíase, por fin, el triste cántico de la madre pidiendo, sollozando, pan para su hija moribunda. Nunca he experimentado mayor conmoción: mucho tiempo después, cuando mi madre cantaba á media voz las sentidas estrofas, sentíame ahogar por el llanto. En la noche á que me refiero, subió un sonoro trueno de aplausos á las alturas, al escuchar el grito que exhalaba al ver muerta á su hija.

El entusiasmo había vencido á la etiqueta. Me reconcilié con las butacas.

Si tú pudieras cambiar tu cómodo y aristocrático palco bajo por la ventana á que me refiero, te diría llevaras muchas noches á Ricardito al teatro. Entonces podríamos apreciar la impresión que experimente al oír las grandes obras de los maestros, pues vestido de limpio, con guantes puestos y sentado á la delantera del palco, sobre almohadones, no conseguiríamos más que asustarle las primeras noches, y ¡quién sabe si despertar el demonio de la vanidad infantil — la peor de las vanidades — en su corazón!

Créeme: aleja de su mente la idea espantable de que es un duque en agraz; estudia sus aptitudes, afinas sus sentimientos, y, en todas las ocasiones que te sea dable, llévale á sitios donde pueda él emocionarse sin rubor — no hay nada más sensible que un niño como el tuyo; — á lugares desde los cuales vea las cosas mundanas con la mayor pequeñez posible, sin enterarse de la farsa de detalles que abunda en los mil y un actos de la vida social; en una palabra, cuando le lleves al teatro del mundo, donde será, sin duda, en su día un eminente actor, colócale, por ahora, *más allá del paraiso*.

Siempre vuestro,

M. TOLOSA LATOUR.

(1) *El Niño*. — *Apuntes científicos*, 1880. — Está en prensa la tercera edición.

DOLORA

Dormida está, y la Fortuna
Vela su sueño profundo;
Ved lo que la dice el mundo,
Mientras reposa en la cuna.
Un muchacho. — Es una rosa.
Un anciano. — ¡Qué azucena!
El padre. — ¡Que sea buena!
La madre. — ¡Que sea hermosa!
El doctor. — Puede vivir.

Una vieja. — Duerme en calma.
Un cura. — ¡Y ha de morir!
Un filósofo. — Es una alma.
No llores, — dicen los fuertes.
Sé feliz, — dice un amigo.
Un ángel. — Vente conmigo.
Un poeta. — No despiertes.

L. HERRERO.

LA RAZA BRAVA

La juventud es el nervio de los pueblos y la esperanza de las naciones.

Cuando la juventud se inspira en ejemplos de severo patriotismo, de civismo austero;

Cuando la juventud ora y cree, ama y espera, estudia y trabaja, sufre sin quejarse, goza sin pudrirse, tiene por aspiración el bien, por esperanza la justicia, por norte la libertad, y la patria son sus amores, y la familia su encanto, y la ciencia su auxiliar... de esa juventud brotan justos y sabios, héroes y patriotas, grandes caracteres, conciencias incorruptibles, ciudadanos sobrios, altivos defensores del derecho, valientes guardianes de la honra nacional, sublimes mártires del deber y de la virtud.

Con esa juventud, los tiranos son imposibles.

Ante esa juventud, la tiranía es un absurdo.

Pero cuando corroe á los pueblos la gangrena del escepticismo;

Pero cuando las naciones gimen bajo el oprobioso peso de un materialismo brutal;

Pero cuando cancera las entrañas de una sociedad descreída, inerte para el bien, incapaz de toda grandeza moral, el fermento grosero de una duda procaz é insolente,

Entonces no hay remedio para esos pueblos, ni salvación para esas naciones, ni ventura para esas sociedades.

Entonces la suspicacia de los déspotas ahoga toda discusión, mata todo pensamiento, paraliza toda generosidad.

Entonces la conspiración latente es la ley normal de las nacionalidades abrumadas por el absurdo.

Entonces la ignorancia y el crimen forman el ariete que desmenuza todas las fortunas, que ataca á todas las instituciones, que pone en peligro todo lo existente.

Entonces, en fin, aparecen de la noche á la mañana soberanos cosidos á tjeretazos como Abdul-Azís, autócratas despedazados por la dinamita como Alejandro II.

Para evitar esas catástrofes, hijas del embrutecimiento de las masas, producto del vicio y la desesperación, nacidas de la injusticia y la barbarie, no hay más que un remedio.

Acudir á la juventud.

Luz, luz por todas partes, enseñanza y amor, ejemplo y dignidad, patriotismo y entereza, abnegación y sacrificio.

Más pronto ó más tarde, las tiranías, apoyadas sobre orgullos de raza, millones de bayonetas é irritantes desigualdades sociales, desaparecen del haz de la tierra barridas por el mortífero soplo de revo-

luciones preñadas de catástrofes, de movimientos sociales saturados de desdichas, de políticas tempestades de crímenes henchidas.

No maldigais jamás esas erupciones de desolación y angustia.

La voz de Dios las suscita.

La expiación las produce.

Nada sucede en el mundo que no deba suceder. El progreso es el Cristo de todas las edades.

Siempre aparecerá con la corona de espinas en la frente, el costado abierto, las espaldas denegridas por los azotes, los pies rotos, las manos horadadas.

Dios quiere el bien en nombre de la igualdad.

El privilegio ama el mal en nombre del egoísmo,

Vence en la lucha el crimen... momentáneamente.

El triunfo definitivo pertenece á la justicia.

Así esperan los que desde las tristes márgenes del Newa perciben las aseninas brumas de Siberia, los que en las hermosísimas noches del Bósforo sueñan desdichas perpetuas de fatalismo y conspiraciones sangrientas de serrallo.

Compadezcamos á esos pueblos que se agitan en las forzadas convulsiones de la agonía de una sociedad próxima á ser cadáver sin remedio en lo humano.

Evitemos que la libertad envejezca y, presa del delirio de la muerte, nos abandone cediendo su puesto á la licencia, volando á vivir y dar vida á otros pueblos y otras sociedades.

Es preciso crear una *raza brava*, heroica, creyente, altiva, enérgica y valerosa.

Es preciso formar una juventud amante del progreso, amantísima de la libertad, llena de la sávia de la honradez, vigorizada por el estudio y el trabajo, entusiasta por las nacionales glorias, honra de España, gloria de este siglo.

La instrucción pública pide á grandes voces grandes reformas.

Para los eruditos, para los aspirantes á sabios, el conocimiento de las vicisitudes del pueblo griego y la noción perfecta de las peripecias de la civilización romana.

Para todos, para los niños especialmente, para los jóvenes escolares, la repetición incesante de las espléndidas grandezas, de los sacrificios heroicos, de las altas virtudes que brillan en esos faros de luz que se llaman Sagunto y Numancia, Navas de Tolosa, Conquista de Granada, Otumba, Pavía, Lepanto, San Quintín, las Comunidades de Castilla, la Guerra de la Independencia en el presente si-

glo, el renacimiento de nuestras libertades en Cádiz, los sacrificios de nuestros antepasados, la fe de nuestros padres, astros de primera magnitud, focos de luz del progreso, que brillan y brillarán eternamente en los inmortales cielos de nuestra patria.

Esto en el libro, esto en la escuela, esto en la cátedra, esto en el manual, esto en el folleto, esto por do quier.

Con esto, y al lado de esto, el amor á la familia, la adoración á los padres, el cuidado de los hijos, el respeto al hogar, la tolerancia en la discusión, la apología del trabajo, origen de verdadera nobleza; la apología de la ciencia, reguero de luz que brota del sol de las civilizaciones honradas.

Dadme esa raza brava, y ella arrollará á esa falsa juventud, podrida y perdida, que hoy es la deshonra de la política española.

Dadme esa raza brava, y habrá desaparecido la fatal semilla de esos niños entecos de cuerpo y raquícos de alma, que abandonan el libro por el billar, que viven más en el café y la mancebía que en sus mansiones; que, ignorantes y escépticos, de todo reniegan, todo les hastía, en nada creen, y acaban de vivir prematura vida de podredumbre física y moral, en brazos del suicidio.

Dadme esa raza brava, y habrá desaparecido el fatal germen de esos políticos utilitarios en agraz, tribunos sin conciencia, apóstatas sin pudor, traidores á toda situación política, adoradores del dios Éxito, embaucadores de las masas, polilla de los Parlamentos, vergüenza del periodismo, amigos

desleales de los reyes, disolución de los partidos, escandalosos en su vida pública, rebajadísimos en la privada.

¡Oh, no olviden estas indicaciones los políticos de talla!

No las olviden los hombres de gobierno.

La salvadora revolución de nuestra sociedad ha de partir de las escuelas y de los talleres.

Un poco de buena voluntad, un mucho de fe en todos, en los que mandan y en los que obedecen.

Caminamos por la pendiente de un escepticismo infecundo, de un utilitarismo egoísta.

No hay más salvación para la sociedad, para la patria, para la libertad, que la creación de esa raza brava.

Si nuestra voz se desoye; si los encargados de iniciar el movimiento salvador que hemos indicado se duermen al calor de un egoísmo infecundo, que no se llamen á engaño: la juventud, muerta para el bien y para el progreso, vivirá galvanizada por el placer grosero, con el dinero por Dios y el indiferentismo por enseña.

Si nuestro ruego no se atiende, llegará un día formidable, día temeroso, apocalíptico; día en el que, ni la libertad será otra cosa que un nombre, ni la patria se salvará de cruentas amarguras, de anarquía sangrienta, oleada terrible que todo lo envolverá: creencias, dignidad, porvenir, progreso, riqueza y prestigio nacional.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

EL PRIMER BESO

Al arrullo de plática blanda
Se embriagan *él* y *ella*,
Y es tan dulce el coloquio, tan dulce,
Que parece de almíbar la reja.
Aromas y brisas
Sus frentes olean,
Y la luna, entre tul ceniciento,
Indecisa los muros platea.

Roba el eco sonrisas y frases,
Suspiros y quejas...
Temblorosos palpitan los labios...
Las miradas se encienden y quemán...
La voz desfallece...
Las manos se estrechan...
Y el calor del aliento es tan vivo,
Que hasta el hierro se funde en la reja.

Los cerebros embarga de pronto
Fugaz catalepsia;

ella en vano refrena el deseo
Que su mismo rubor espolea.
Una nube ténue
Sus párpados cierra,
Y, rehusando y queriendo, sus labios
A otros labios que abrazan acerca.

Un murmullo, una nota, un arpegio
Se escucha de cerca,
Dulce y tímido, así como el roce
Misterioso de flores y perlas.
.....
Después un suspiro...
Después una queja...
Y después un latir tan activo,
Que parecen torrentes las venas.

M. FIGUEROA RÍOS.

MINERVA Y MARTE

Allá, en tiempo del rey que rabió, iban camino de Salamanca dos estudiantes que llevaban encima unos manteos, que de sus dueños se reían por cien bocas, como unos descosidos; unos bolsillos más escurridos que las chupas de sus dómines, que, según el adagio, muy estrechas debían ser, y unos estómagos apolillados á fuerza del poco uso; porque los libros y el hambre, según rancias tradiciones, anduvieron siempre en amigable consorcio. Juntáronse en el camino é hicieron amistades con un licenciado del ejército, que por su parte llevaba, amén de un uniforme más raído que pergamino de tamboril, un canuto de hojadelata encerrando su honor militar, unas cuantas cintas y medallas que de su pecho colgaban á guisa de espetera de meson, y un bigote negro, poblado y cerdoso, que no otra cosa parecía sino que el machacante de los sargentos le hubiese prestado el cepillo de las botas para adorno de sus labios. Excusado me parece decir que el bolsillo del Marte jubilado corría parejas con el de sus dos compañeros de viaje; porque la patria da patentes de valor y de honor; pero como el dinero anda tan alto, y está tan bajo el soldado, oye de él hablar lo mismo que de la luna, y conoce mejor al rey personalmente que por sus retratos. De suerte que, al unirse el soldado á los estudiantes, uniéronse el hambre y las ganas de comer. Llegaron *ambos á tres*, como solía decir el veterano, á la posada de un pueblo, donde, mediante tres cuartos, les dieron paja, no para comer, sino para dormir.

Camaradas, — dijo el soldado, — ¡qué lástima no tener la boca del compañero de mi coronel, para meterse la cama entre pecho y espalda! Sabido es que los comandantes y coroneles son plazas montadas.

Los tres camaradas (no sé si entonces se conocería la palabra peso) eran *progresistas* del hambre, pues crecía en ellos de un modo prodigioso. Entre bostezos y tirar de los pantalones, que tendían á escurrirse por la disminucion del volumen de los cuerpos, al anochecer y ántes de acostarse anduvieron rebuscando en lo más profundo de sus bolsillos, y entre toda aquella trinidad famélica púdose

reunir hasta la cantidad de siete cuartos. Aquí comenzaron los proyectos de cena, hasta que convinieron en comprar una hogaza. Una vez en posesion de ella, convinieron en que mejor podía dormirse sin cenar que emprender el camino sin almorzar.

Habíanse ya acostado, digo mal, tendídose sobre la paja, cuando una idea luminosa vino entre las tinieblas á iluminar el cerebro de uno de los escolares.

—Paréceme, exclamó, que la hogaza para uno sólo puede ser regular almuerzo; pero, repartida entre los tres, quedarémos como si nada hubiésemos tomado.

—Eso es, contestó el otro estudiante; sorteémosla. ¿Qué dices tú, recluta?

—¡Presente! No tengo que alegar exencion.

—Pues que estamos conformes, dijo el primer interlocutor, mañana se comerá la hogaza el que esta noche sueñe en más remotas tierras.

—Corriente, contestó el soldado. ¡Peloton, á roncar!

En efecto, á los pocos instantes todos soñaban con la tierra que produjera el trigo de la hogaza. La intencion de los estudiantes fué envolver al licenciado en una de donde no pudiera salir, y comerse la hogaza sin dar parte al veterano.

—¿Qué has soñado tú? fué la primera pregunta de uno á otro estudiante, no bien vino el día.

—Que el diablo me llevó á los más profundos infiernos. ¿Y tú?

—Yo, que me agarré á tu manteo y contigo me fuí; pero, una vez allí, hízome el diablo ir cien leguas más allá á traer leña para quemarte. ¿Y tú, ranche-ro, qué soñaste?

—Yo no soñé nada, la verdad; pero como vi que tan léjos os ibais los dos, dije para mi capote: ¡Vaya! esos ya no vuelven más; — y ántes de amanecer me comí la hogaza.

Se habían juntado el hambre y las ganas de comer. Minerva y Marte jubilados.

JUAN JOSÉ LOZANO.



Un fumador, por Rembrandt.

LA FLOR EN LA CREACION

«La flor es uno de los encantos que la Naturaleza puede estar orgullosa de poseer.»

Es de todo punto imposible permanecer indiferente ante los espectáculos sublimes que nos presenta la Naturaleza, esa obra salida de manos del Artífice Supremo al solo sonido de su voz, y cuyos ecos dulces y armoniosos poblaron los ámbitos del universo é hicieron brotar del seno de la nada la obra inconcebible de la Creacion. Nadie que extienda su mirada por las tranquilas aguas del mar, cuya superficie refleja los dorados rayos del sol y cuyas olas agitadas por el vendaval tienen algo de imponente que conmueve el ánimo, ó por las dilatadas llanuras cuya verde alfombra matizada de flores y árboles gigantes que parecen desafiar al tiempo formando un seductor contraste, ó ya por las escabrosas montañas y cordilleras que parecen tocar con sus agudas puntas el límpido azul del firmamento, no podrá menos de sentirse profundamente conmovido, vibrando en su interior las más delicadas fibras, á la manera que las cuerdas de la cítara vibran pulsadas por los delicados dedos de la gentil doncella; y esa obra que tiene el poder de despertar nuestros dormidos sentimientos y se llama *Naturaleza*, con nada es comparable. Desde el sér más ínfimo, al parecer, hasta lo más apreciable á nuestros ojos, tiene origen en ella de tal manera que, si fuera posible analizar todos los diversos productos de que la sabiduría del Creador la ha hecho depositaria, ¡cuántos misterios que ignoramos, y que la ciencia persigue con afán no cautivarían y sorprenderían nuestra atención! Algunos se conocen, pero muchos más se ignoran, á pesar de esa lucha entablada entre dos rivales, la Naturaleza y la Ciencia: la una revestida de invulnerable cota, á través de la cual es imposible toda investigación, y la otra con las armas de la observación y del estudio: el resultado lo conocerán las generaciones venideras.

Y dentro de esa misma Naturaleza existen seres que indudablemente juegan un papel importante en la vida de la humanidad, cuales son las flores: ni las revueltas aguas cuyos roncós sonidos parecen llevar en su interior todo un mundo de recuerdos y multitud de afectos de dolor, ira y remordimiento; ni las agudas rocas que se alzan en medio de los

mares ostentando en su cumbre el faro luminoso que ha de servir de guía al mareante; ni las tranquilas aguas de cristalino arroyo, á cuyas márgenes acuden el sediento viajero y los tímidos rebaños, conducidos por la cariñosa mano del zagal, y en cuyo fondo se retratan los oscuros celajes del firmamento y los rosados colores de la naciente aurora; ni el resonar de la pequeña esquila á la caída de la tarde, llamando al pueblo, á los fervientes hijos del trabajo, con su atiplada lengua de metal ni la caída de las espumosas ondas por entre las breñas de un abismo, formando inimitables hilos de reluciente plata, nada de esto es comparable, ni tiene la poesía que una pequeña flor, desde la sencilla margarita que se mece en los campos al ligero soplo del viento y con que se engalana la seductora pastorcilla, hasta la flor aristocrática cuyo perfume embalsamador embriaga y enloquece.

Si el halagador y sorprendente paisaje de valles, colinas y campos no tuviera ni una sola flor que le diera vida y animación, sería lo que el mar sin el creciente ruido y el batallar de las olas; lo que el sol sin el poder de sus rayos; lo que el alma sin el consuelo de una religión: todo su encanto habría desaparecido; pero no: desde la planta más vulgar hasta la más ignorada, todas tienen sus flores, todas pueden envanecerse de poseer una de las creaciones más sorprendentes de la Naturaleza; ¡y qué mundo de recuerdos no despierta una flor! Para la desposada, recuerda el venturoso día en que, ciñendo una corona de fragantes rosas, más blancas que el helado copo de nieve, entregó su alma al elegido de su alma; para la jóven, los venturosos días en que, con el candor de la inocencia, entretenía sus inocentes juegos con las fragantes rosas arrancadas de la pradera; para el huérfano encierra todo un poema de dolor; y ¿á quién no le recuerda algún episodio de los que la vida humana está formada y que constituyen la crónica de la existencia? Ved si no la variedad de colores y la diversidad de objetos para que se emplean; aproximados á un cementerio, en donde reposan las cenizas de nuestros antepasados, y entre los inciertos fulgores que derraman las lámparas funerarias, como si la llama inquieta tuviera miedo de alumbrar las lápidas sepulcrales que adornan la tumba de los que fueron; penetrad allí y contemplad los sepulcros en donde ha de reposar la materia inerte: una sola mirada os bastará

para ver las flores que una mano querida ha depositado en la mansion de los muertos, y cuyo color tiene el tinte de los semblantes de los que duermen el sueño eterno; porque las flores que sirven como de postrer recuerdo retratan el tinte melancólico del dolor. Y si apartamos la vista de tan sombrío cuadro y nos agrupamos bajo las majestuosas bóvedas del templo, entre los cánticos armoniosos y el aroma del incienso que se eleva cual nubes de fantásticas formas, convidando á la meditacion, se nos presentará la flor adornando aquellos altares y prestando su encantador lenguaje á los misterios del Cristianismo, combinando artísticamente el blanco y púrpura de las rosas con el aterciopelado del pensamiento, y formando poéticos ramos que lucen su gallardía entre los miles de reflejos que juguetean con el limpio cristal de las arañas, mecidas al compas de los cánticos religiosos: en la mansion del reposo, el color de la flor parece acrecentar el respeto al fúnebre lugar de los que fueron; en el recinto de la oracion, contribuye á engalanarle con el matiz de sus variados colores.

Pero si esto aún no es bastante, el despertar de la mañana en un dia de primavera, la gota de rocío que se mece blandamente en el cáliz de la flor, asemejándose á una perla trasparente cuando el dorado rayo del sol matutino la saluda con un beso, la preferencia de las aves por sus pintados colores y los misterios que encierra una flor colocada en el seno de la mujer amada, demuestran la excelencia de ella sobre otras creaciones de la Naturaleza: al conside-

rarla de tal modo, vemos que siempre tiene participacion en nuestros dolores, en nuestras lágrimas y en nuestras alegrías; ella es el símbolo de la amistad, del amor y de la pasion; sus hojas llegan á plegarse al contacto de un cuerpo extraño, asomando el rubor á sus pétalos; ella, en una de sus clases, la pasionaria, muestra entre sus corolas los atributos del Mártir sin ejemplo que asombró al universo con las luces de su sabiduría, y prueba de que, al concederla tal privilegio, se halla entre los escogidos seres de su creacion; y, sin embargo, á pesar de su belleza y de que los miles de encantos con que se encuentra revestida, ya en las selvas entre corpulentos árboles, cuyo follaje, agitado por el viento, parece un quejido que se escapa de un sér combatido por turbulentas pasiones; ya en los campos, entre el verde esmaltado de las praderas, meciéndose dulcemente por la brisa del ocaso; ora en los palacios ó en los artificiales jardines, tiene de deleznable lo que todo lo humano, y, al marchitarse, sus hojas caen de su tallo y mueren, como seres á quienes la falta del espíritu condena al suplicio del no sér; por eso, al contemplar el invierno que avanza con pasos de gigante, y en su seno trae cobijados los enemigos de la flor, bendigo una y mil veces á la galana primavera, á cuya vuelta renacerán las flores y brindarán su aroma de nuevo á la fresca brisa de la mañana.

PEDRO YAÑEZ CABALLERO Y LONGO.

LA DAMA Y EL POETA

APÓLOGO

Cierta dama se prendó
De un poeta á quien leía,
Pero que no conocía,
Y amorosa le citó.

Al verle, con modo yerto
Dijo y con acento zaño:
«Hágale usted un epitafio
A un niño que se me ha muerto.»

*No busques con el deseo
El árbol en que nació
El fruto que te gustó,
Que puede ser viejo y feo.*

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

BALADA

De este modo, en mi presencia,
Un mancebo se explicó:
—Ni ante el peso de la ley,
Ni ante el ángel de mi amor,
Ni ante el trono, ni el poder,
Mi cabeza se inclinó.—

En esto, oyóse á lo léjos
El eco de dulce voz;
Era la voz de su madre.....
Y humilde se arrodilló.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

SIN REIR, SIN LLORAR...

Eran negros sus ojos, su cabello,
Su modesto vestido de percal;
Negros eran, tal vez, sus pensamientos,
Su inmensa soledad.

Aun brillaba en su frente de azucena
La moribunda luz crepuscular...
Yo no sé si era un ángel desterrado,
¡Una mártir quizás!

Ni una sonrisa resbaló en sus labios,
Ni humedeció una lágrima su faz,
Ni acaso comprendió que era su vida
De otra vida mitad.

.....
Bajó al sepulcro triste, silenciosa,
Sin temores ni afan...
¡Ah, no puede vivir tan sola un alma
Sin reir, sin llorar!...

A. QUEREIZAETA.

AL TIEMPO

ODA

¡Qué fugaz, qué ligero
 Cruzas ¡oh Tiempo! por la vida humana!
 Un soplo eres no más, que pasajero
 Arrebata al nacer la flor temprana.
 Todo cede á tu paso y se doblega,
 Todo se humilla á tu poder y brío,
 Como el alto cipres, si fuerte llega,
 Rudo á azotar el huracan bravío.
 Desde trono elevado
 Contemplas sin cesar generaciones
 Que luchan, que se mueven y se agitan
 En continuo afanar; que presurosas
 Se entregan á sus miserables pasiones,
 Y, pasando cual nubes vaporosas,
 En el abismo al fin se precipitan.
 ¡Cuántos tronos caídos
 Y altares levantados,
 Cuántos tiranos en el fango hundidos,
 Cuántos hombres á dioses elevados
 Pudiste contemplar! ¡cuántos amores
 De tímida pureza,
 Cuántas ruinas infamias y dolores,
 Cuánta maldad y mísera vileza!
 ¡Cuántas edades ante tí han pasado,
 Cuántas razas también han sucumbido,
 Cuántas huellas del mundo se han borrado,
 Cuántas almas al cielo habrán subido!
 Lozanas flores que agostadas mueren;
 Fugaces ilusiones marchitadas;
 El dolor y el placer que se suceden,
 Como del mar las olas agitadas.
 Tú percibes también vagos rumores
 Que exhala de su seno el bosque umbrío,
 Armonía de pájaros cantores,
 De los vientos la voz y el poderío.
 Horrores, crueldades y venganzas,
 Abyectos, corrompidos corazones,
 Ensueños y delirios y esperanzas,
 Gemir de pechos, muerte de naciones.
 Tras la choza, el castillo que se eleva
 Y en triste noche al pasajero espanta;

Una idea que á otra resucita;
 En el seno de un sér que otro palpita;
 Junto á un pueblo que llora, otro que canta.

Pasó el antiguo Oriente,
 Y Babilonia impura,
 Que por sus mil delitos
 Y crímenes horrendos y malditos
 En sus escombros vió su sepultura.
 Aquellos hombres rudos,
 Aquellas razas fuertes
 Que corren por los vastos arenales,
 Cortando vidas y sembrando muertes,
 Pasaron ante tí. Tú viste ufano
 Guerras sin fin, en que los pueblos bravos
 La sangre vierten con tesón que admira,
 Y á caudillo cobarde que los mira
 Valerosos luchar, aún siendo esclavos.
 Los ídolos que ruedan por el suelo,
 La religión que enciende cruda guerra,
 Hombres que se destrozan en la tierra
 Sólo por defender cosas del cielo.

Y la Grecia también, musa divina
 Que arrebató á los pueblos con su canto;
 Matrona cuyo genio no declina,
 A pesar de la lucha y el espanto
 Que intrépidos guerreros
 La hicieran sin cesar: rudo quebranto
 Con gran resignación pasó sufrida;
 La ofendieron tiranos altaneros,
 Queriendo desgarrar su bello manto;
 Mas ella conservó su honra, ofendida,
 Hasta que sin consuelo, dolorida,
 Sucumbe al fin, porque sus nobles hijos,
 Aunque fueron magnánimos y bravos
 Y con ardor y brío combatieron
 Como los hombres dignos, más quisieron
 Morir con gloria que vivir esclavos.
 Aun se oye entre los bosques rumorosos
 De la Grecia inmortal

Los ecos de los cánticos divinos
Que lanzaron tus genios inspirados ;
Aun repiten los mares procelosos
Los hechos de tus héroes peregrinos,
Que por tí hallaron muerte denodados.

Pasó Roma feliz, la soberana
Que fijó de los pueblos el destino
Y orgullosa ostentó con pompa ufana
Las coronas que ornaron su camino.
¡Oh Roma criminal! Cuando te nombro,
Creo contemplar tu colosal grandeza,
Al par que tu maldad y tu vileza,
Y con extraño asombro,
Cuando tu historia miro,
Viciosa, te odio, y con virtud, te admiro.

Sí, fué grande aquel pueblo que luchaba
Con bizarra osadía
Y en su noble afanar civilizaba
Al bárbaro ignorante
Que en las tinieblas del error vivía.
No lo fué el pueblo aquel que maltrataba
Al que en la triste esclavitud gemía ;
No el pueblo que en el Circo se infamaba,
Sino aquel que sus leyes discutía.

Viste también pasar ante tu trono
Tremendas fragorosas tempestades ;
De los hombres la envidia y el encono,
Motivo de su ruina y sus maldades ;
Apagarse los astros en la esfera,
Perdiéndose en espacios infinitos
Al cubrirse de sombras su carrera ;
Los volcanes brotar candente lava,
Haciendo en su furor la tierra esclava ;
Alzarse altivos los soberbios montes,
Torcerse el curso de anchurosos rios ;
Turbarse los tranquilos horizontes

Con nubarrones densos y sombríos ;
Hondos abrirse en nuestra baja tierra
Abismos tenebrosos y profundos ;
Dioses hundirse, derribar altares,
Trasformarse y variar séres fecundos ;
Cegar los cielos, rebasar los mares,
Brillar los soles y rodar los mundos.
Mas si todo en el orbe es pasajero ;
Si la materia en polvo se convierte ;
Si cruzan fugitivas las edades ;
Si el fin de todo sér siempre es la muerte ;
Si las sombras, la luz, las tempestades,
Los bellos astros con su brillo ardiente,
Las temidas legiones,
Que fuertes luchan con furor rugiente,
Como rayos pasaron
Y al fin se sepultaron
Del tiempo audaz en la veloz corriente,
¿ Qué es lo que siempre vive ?
¿ Qué es lo que eterno queda ?
Sólo el rayo divino
Que el genio lanza á que ilumine el mundo ;
El genio, que, cumpliendo su destino,
Manifiesta su espíritu fecundo ;
El genio, que se eleva sobre el cielo
Y, habitando en incógnitas regiones,
Se extiende y se agiganta con anhelo.
Pues aunque tristes mueran las naciones,
Y pierdan su fulgor los astros de oro,
Y extinga la creacion su dulce coro ;
Aunque siglos por siglos empujados,
Rápidos se sucedan,
Sólo esa luz al hombre concedida
Radiante brillará ; luz que, constante,
La humanidad conserva en su memoria.
Es reflejo de Dios, que ningun velo
Llega á ocultar, y que, al venir del cielo,
Tan sólo puede ser la eterna gloria.

ANTONIO R. GARCÍA VAO.



Fuente junto á Aténas.

LOS JUEGOS DE LA INFANCIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA EDUCACION

I

Engañados por los coquetones halagos de la frivolidad, se ha acostumbrado la mayoría de los individuos que componen nuestras cultas sociedades á mirar con indiferencia muchas cosas que deberíamos considerar seriamente y como lo que en puridad son, como muy importantes y dignas de ser atendidas.

Aunque para algunos paladares intelectuales la proposición que sigue tenga algun saborcillo á paradoja, diremos que los juegos de los niños se encuentran en semejante caso, pues que pasan desapercibidos para el comun de las gentes, no obstante entrañar un profundo sentido y una alta significacion. Y á despecho de los que, por no incurrir en el feo vicio de pensar, lo toman todo á beneficio de inventario, hay que convenir, con el ilustre Montaigne, en que «el juego es una de las acciones más serias de la niñez,» no sólo «la gran ocupacion de la infancia,» sino «natura que habla,» y tambien una de las manifestaciones de la vida infantil que las madres de familia debieran tomar más á pecho.

Parece mentira que la curiosidad femenina, que todo lo escudriña; que lleva á las mujeres á sondear con afanosa diligencia hasta el pliegue más inocente de los vestidos de otras mujeres; á medir con rápida y maliciosa mirada el traje de un hombre desde las puntas de las botas hasta la copa del sombrero; á investigar con la atencion y la seriedad del más ferviente naturalista todos los rincones y objetos de un escaparate de modas; — parece mentira, decimos, que la curiosidad tan característica del bello sexo no logre que las madres se fijen con más frecuencia y con mayor intencion y mejor sentido que lo hacen en los juegos de sus hijos.

Indudablemente que para las madres este asunto de los juegos infantiles es un tema encantador, que siempre que lo tratan ú oyen tratar les trae á la memoria recuerdos deliciosos; pero no es ménos cierto que (hablamos en tésis general) no lo miran con toda la atencion que debieran, ni sacan de él todo el partido que puede y debe sacarse.

Hasta es muy frecuente que, olvidando que el juego es una inclinacion instintiva á que los niños no pueden sustraerse cuando gozan de salud (y esto es lo ménos que respecto á este tema es dado sa-

ber), se afanen algunas madres, — valiéndose á veces de medios nada suaves, — por ahogar ó amortiguar en sus hijos esa providente actividad, que á la vez es una necesidad fisiológica de la vida infantil.

Apresurémonos á declarar que, contra estas ciegas manifestaciones del *mal humor* de las madres, protesta de continuo el *instinto materno*. Sus protestas son, aunque tardías, muy elocuentes, siquiera las arranque un solo aspecto de los varios que pueden y debieran inspirarlas á una buena educadora de sus hijos.

El instinto materno es, en efecto, el que proyecta esas sombras de amarga tristeza y hondo desconsuelo, hijas de un vago y siniestro presentimiento, de que se cubre el rostro de una madre cuyo hijo se retrae habitualmente del juego, que es la manifestacion más completa y bella de la vida del niño, y lo que más hace nacer en éste la alegría, que á su vez es el alma de todas las acciones infantiles, y, como dice el Dr. Fonssagrives, un admirable medicamento para los niños.

El instinto dice á las madres que al niño que no juega le falta algo, le falta vida: de aquí que miren apesadumbradas y como presas de horrible y mortal congoja al niño que no quiere jugar, pues temen, y con razon, por una existencia en la que no se manifiesta el juego, signo inequívoco y natural del vigor y de la lozanía.

Todo niño que se halla en buen estado físico juega, debe jugar, pues ésta es la mayor actividad espontánea de que es capaz; el niño que no juega no es niño, pues el juego es una ley de la naturaleza infantil; que como ley debe mirarse lo que cada individuo de una especie realiza fatalmente, todo lo que es el criterio general de la naturaleza de esa especie.

Las manifestaciones, la libre actividad de la naturaleza infantil se revelan de la manera más general en el juego, mediante el cual se muestra y dilata la vida toda del niño, á la manera que se muestra y esparce la esencia toda de las flores al romper el boton en que están aprisionadas.

Y ¡cuán efímera no es la existencia de las flores que no pueden abrirse á tiempo, que no pueden dilatarse, que no pueden sacar fuera de sí en sazón las formas, los colores y los perfumes, que son á su naturaleza lo que á la naturaleza del niño son todos

esos elementos de vitalidad que se revelan en la alegría de los juegos infantiles!

II

Es un error manifiesto no ver en los juegos de los niños más que un signo de vitalidad física, pues, á poco que se los observe, se comprende que, mediante ellos, se pone en ejercicio toda la vitalidad infantil, lo mismo la del cuerpo que la del alma. De aquí que se haya dicho que el juego le es sugerido al niño por la naturaleza para que desenvuelva todo su sér, corpórea y espiritualmente considerado.

Como muy oportunamente ha dicho Rousselot, el niño pone en el juego su energía física, su naciente espíritu de observación, de atención y de invención, y su amor propio; en él satisface también su necesidad de acción y las primeras exigencias, así de su pensamiento como de su voluntad; en el juego se dibuja el carácter del niño y se manifiestan las tendencias; el juego viene á ser también como una especie de higiene física y de higiene moral.

En su virtud, el juego es, no sólo una gimnástica física, sino también una gimnástica intelectual, estética y moral; en tal sentido está obligada á considerarlo y aprovecharlo una buena educación.

Es verdad que por medio del juego favorece el niño el desarrollo de su cuerpo, y que esto es lo que primera y comunmente se observa. Por eso, que entre las personas que consagran algunas atenciones á la educación de la niñez se considere esta primera actividad instintiva como una gimnástica favorable al desenvolvimiento y la armonía de los músculos, á la agilidad y la destreza de todo el cuerpo y á la flexibilidad y la gracia de los movimientos y las actitudes.

Pero la acción benéfica del juego no se detiene en esto, sino que va más allá, según puede inferirse de lo que ántes hemos indicado. Si interesante es ese resultado, al que las mujeres otorgan una gran importancia, sin duda porque en parte halaga la vanidad y coquetería de las madres, que tanto gozan con la belleza física de sus hijos, no lo es ménos el que puede obtenerse del juego bien dirigido con relación al desenvolvimiento de los sentidos y de todas las facultades del alma.

Según queda dicho, toda la actividad se manifiesta en la niñez mediante el juego, principalmente en el período á que aquí hacemos especial referencia, que es el de la infancia, con razón considerado como bellísima alborada de la vida. Y si la actividad es, como se ha dicho, no sólo el verdadero placer de la vida, sino *la vida misma*, es natural que el juego sea considerado como la expresión más cabal y genuina de la existencia del niño, y que en él pueda estudiarse el estado de salud de que gozan, así el cuerpo como el alma de esas encantadoras criaturas que, sin saber lo que les espera, hacen jugando el noviciado de la vida.

En los juegos muestran los niños, además de la robustez, la agilidad y la lozanía de su cuerpo, los instintos, las inclinaciones, las ideas y los sentimientos que, en buen ó en mal sentido, trabajan sus na-

cientes inteligencias y sus tiernos corazones. Pues el juego, elemento de renovación en el niño, es, según ha dicho el ilustre Froebel, como el desdoblamiento de la fuerza exuberante del mismo niño, la expansión libre y completa de su inteligencia y su voluntad, la manifestación sincera y espontánea de todo su sér.

Por lo mismo que en los juegos se manifiestan los niños tal como son, pues que cuando se hallan entregados á ellos es cuando más libre y espontáneamente ejercitan su fogosa é incansable actividad, en los juegos es donde mejor puede estudiarseles y donde mejor puede conocerseles.

Son los juegos á manera de fotografías en que á la vez se retrata el exterior y el interior de los niños. De aquí su capital importancia; porque, al revelar el interior del niño, se da resuelto á la educación un problema interesantísimo, que ésta necesita conocer previamente y en cuyo estudio y solución emplea mucho tiempo, que con frecuencia resulta perdido.

Si los educadores en general, y las madres particularmente, se tomaran la molestia de estudiar un poco en los juegos infantiles, harían más adelantar en la educación de sus pupilos ó hijos, economizando de paso para sí tiempo precioso y equivocaciones lamentables, y para los inocentes seres que dirigen daños de no escasa monta y más de una reprimenda injustificada (esto suponiendo piadosamente que de las palabras no pasen á los hechos).

Hay que tener además en cuenta que en los juegos muestran también los niños parte de su porvenir, puesto que en ellos reflejan, como en *espejo mágico*, y siquiera sea parcial y vagamente, sus aficiones y aptitudes especiales. De modo que, al ser los juegos una como eflorescencia del carácter — por cuya formación deben trabajar con ahínco los educadores — son al propio tiempo indicaciones preciosas que anuncian la peculiar vocación de cada individuo, vocación que, lejos de contrariar, deben poner en claro y favorecer los encargados de dirigir á la niñez, los cuales no perderían nada, sino que adelantarían mucho, de tener en cuenta la verdad que entraña esta máxima.

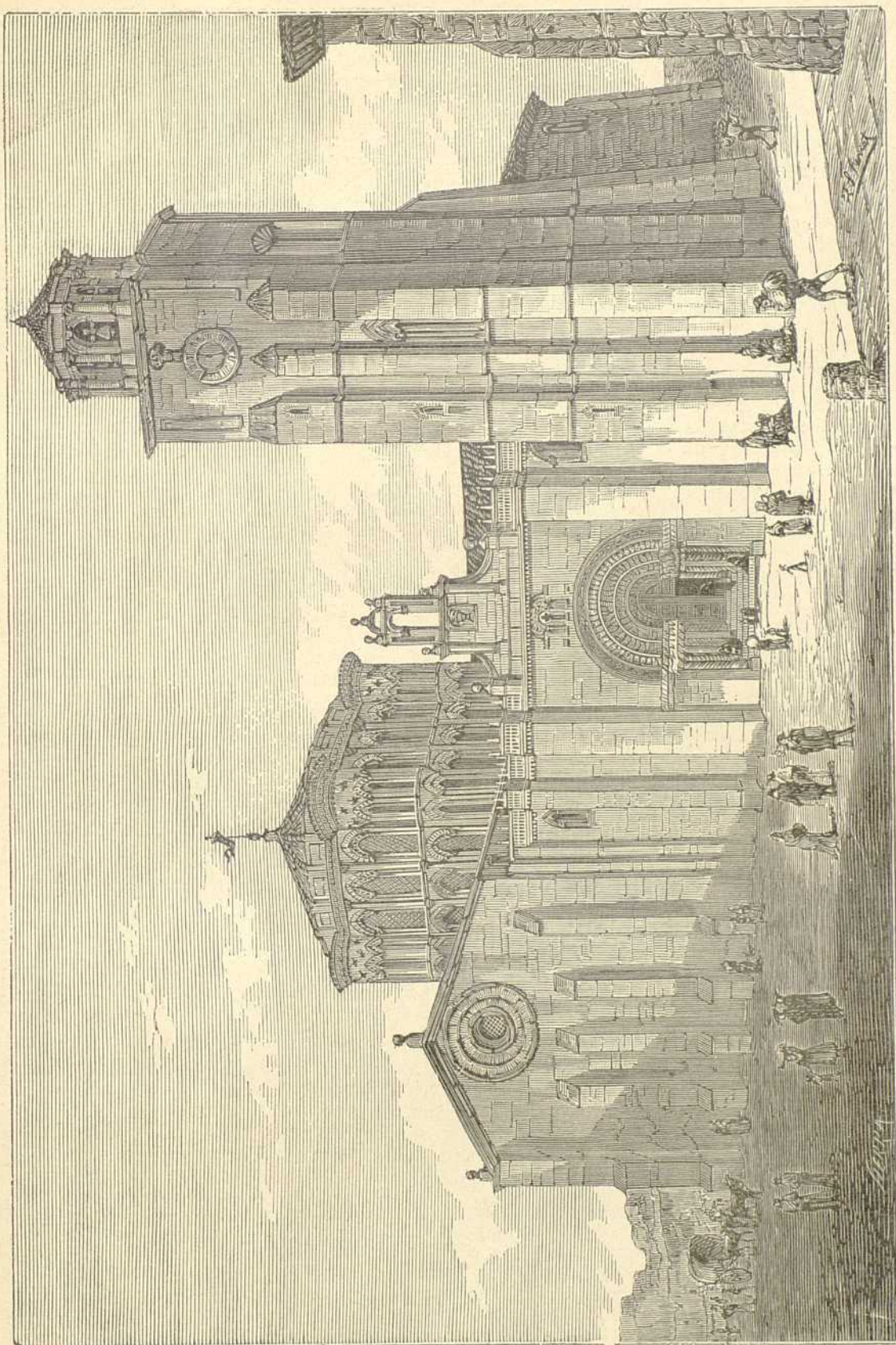
En la frivolidad de los juegos infantiles hay muchas cosas serias que aprender, y están contenidos los procedimientos más profundos, racionales y eficaces de un buen método de educación.

III

Antes de pasar adelante, detengámonos á considerar una de las revelaciones más importantes que hacen los niños por medio de sus juegos.

El juego, ha dicho uno de los pensadores que con más fervor se han consagrado á la causa de la educación de la infancia, sirve, entre otras cosas, para inclinar al niño á la observación de la vida real, cuyos hechos tiende á reproducir. De aquí el que en su mayoría consistan los juegos en imitaciones ó representaciones de esa misma vida.

En efecto; por escasa que sea la atención que se preste á esas graciosas y múltiples manifestaciones



Iglesia Colgial de Toro.

de la inquieta é insaciable actividad infantil, se observa que á la vez que los niños saltan, corren y gritan como para satisfacer las necesidades de la vida fisiológica; que al propio tiempo que se entregan con todo el entusiasmo y la candorosa actividad de un artista incipiente á esos juegos predilectos de la niñez, que consisten en hacer remedos de obras plásticas, por los cuales revelan ya que son creadores y productores; que conjuntamente con todas estas demostraciones espontáneas de la plenitud y la alegría de la vida que en el fondo de su corazón siente el niño, se complace éste en imitar en sus juegos las faenas que ve realizar á sus padres y las personas que le rodean, y, en general, gusta de ocuparse formalmente en alguna cosa.

Hé aquí la tendencia al trabajo, revelada en los juegos infantiles: el niño tiende con frecuencia, y obedeciendo, sin duda, á una exigencia de su propia naturaleza, á mostrar su actividad por medio de obras, manifestando así que el hombre no viene al mundo sólo para saber, sino también y principalmente para obrar.

¿Será necesario decir que también corresponde á la educación aprovecharse de esta tendencia tan espontánea como previsoramente, en vez de desatenderla y dejar que se desvirtúe y hasta que se pierda el germen que la produce?

Creemos que no. Lo que sí conviene traer á cuento es, por una parte, que el trabajo es ley de nuestra existencia (ley de la vida, y por lo mismo de la educación), un elemento moral de la vida humana, y por otra, que si la actividad de los sentidos y de los miembros constituye, como ha dicho un profundo pensador, el primer germen, la yema del árbol del trabajo, los juegos de la infancia son sus más preciosos capullos.

Y que esa propensión al trabajo es profunda y sería en el niño, no obstante revelarse en forma de juegos, lo dice bien claro la distinción que entre éstos y las ocupaciones á que nos referimos hacen los mismos niños. Cuando, por ejemplo, imitan algunas de las faenas caseras, no dicen que juegan, sino que aseguran formal y hasta enfáticamente que trabajan. ¿Quién no ha sorprendido algunas de esas graciosas conversaciones que tienen los niños entre sí ó con sus madres, y cuyo principal objeto no es otro que el hacer ver lo que ellos creen sin género alguno de duda, es decir, que tal ó cual labor doméstica, en que á modo de simulacro se ocupan, es de indudable utilidad y la realizan tan bien ó mejor que la persona más ducha y experimentada en los menesteres de una casa?

Este fenómeno de la actividad infantil, por el cual es llevado el niño en el estado normal y de salud á estar ocupado, muestra que esa inclinación al trabajo es natural en la niñez, que el niño es trabajador, como se ha dicho, por la necesidad que siente de poner en claro y en acción todas sus virtualidades.

Pero el hecho es que la inclinación al trabajo existe ya en esos amables seres, con cierta propiedad llamados *novicios de la vida*, y que se manifiesta y ejercita mediante los juegos.

Razon de más para que las madres miren la acti-

vidad del juego como el acto más serio y trascendental de la vida infantil de sus hijos, pues que, considerada en esta tendencia al trabajo, entraña un germen de moralidad del que, desarrollándose y floreciendo, se obtiene rica cosecha de virtudes.

Habituarse al individuo á que en su edad adulta realice en serio lo que durante la niñez practica jugando: hé aquí, entre otros, el fin con que deben aprovechar los educadores la propensión al trabajo que manifiestan los niños desde el segundo período de la infancia. Para esto, lo que tiene que hacer la educación es coger al niño por la mano y conducirlo, á través del risueño jardín de sus juegos, á la verdadera morada del trabajo, sin que comprenda el objeto de semejante excursión.

IV

Dice una feliz expresión, repetida hasta la saciedad, que, con las ideas sucede lo que acontece con las cerezas, que, en sacando unas cuantas de la cesta que las contiene, se vienen detrás y enredadas á ellas otras muchas que en un principio no hubo propósito de sacar á plaza.

Hablando de los juegos y ocupaciones infantiles, siquiera sea en los términos generales que lo hemos hecho, es punto ménos que imposible no recordar esos inocentes y graciosos entretenimientos en que las niñas ensayan el importante papel que han de desempeñar luego en el hogar doméstico, que es el teatro en que las mujeres se exhiben más legítimamente y obtienen sus mejores triunfos.

Aquí tenemos el caso de las cerezas. Enmarañadas con las ideas que en las líneas precedentes hemos apuntado, con ocasión de los juegos y los simulacros de trabajo en que los niños ejercitan su actividad, se nos presentan otras, en estrecha y lógica asociación con ellas, y sugeridas por las muñecas, los ajueres en miniatura y los diminutos muebles y utensilios caseros con que las niñas pasan deliciosamente la mayor parte del tiempo preluando y como queriendo anticipar días que al cabo llegarán, aunque no tan engalanados de atractivos como los pinta la candorosa imaginación de esos ángeles de nuestros hogares que, como las mariposas que desconocen los peligros del fuego, revolotean atolondrados en torno del deseo de dejar de ser *niñas* para poder llamarse con pleno derecho *mujeres*.

¡Ignoran los cuidados que, para que esta deseada y soñada metamorfosis se realice, tienen que dejarse quemar las alas de su inocencia en la llama de aquella incesante aspiración!

Pero dejemos á un lado estas reflexiones, que tal vez arranquen suspiros de amargura á algunas lectoras, y hablemos á las madres de los juguetes de sus queridas hijas. ¿Qué tema más simpático podría proponerse al estudio de la cariñosa solicitud materna?

La muñeca, *esa hija de nuestra hija*, como graciosamente la llama Michelet, es un juguete que, si ofrece inagotables encantos para las niñas, no deja de tener atractivos irresistibles para sus madres. Y es que éstas, no sólo se acuerdan de los tiempos fe-

lices en que preludiaban con su muñeca la vida de cariño y de ternura que ahora consagran á sus hijas, sino que tambien el instinto les dice que en las relaciones entre la niña y su muñeca hay algo más que un simple juego; hay un aprendizaje de una parte de la vida, parte la más grande y más noble de la existencia de la mujer, como que constituye su genuina vocacion.

¿Qué extraño es, por lo tanto, que las madres se entreguen con frecuencia diligente y cándida fruicion á vestir las muñecas de sus hijas? ¿Cuántas madres, afectando en esto sólo el deseo de complacer á sus niñas, lo que hacen en realidad es jugar, como ellas, á las muñecas, á las que simuladamente quieren casi tanto como pueden quererlas sus hijas! Despues de todo, no debe extrañarnos este cariño, dado el estrecho parentesco que, segun la ingeniosa frase de Michelet, hay entre una madre y las muñecas de sus niñas.

Mas, concretándonos al asunto objeto preferente de estos renglones, lo que principalmente importa hacer notar aquí á la solicitud materna es que en esos inocentes juegos de las niñas se preludia ya *sé-riamente* el dulce y augusto oficio de madre. Los cuidados, las caricias y los mimos que las niñas prodigan á sus muñecas son una revelacion del *instinto de la maternidad*, especie de *sentido* que distingue á las niñas de los niños; es verdad—y con perdon sea dicho de Madama Necker de Saussure—que desde los albores de la vida los juegos infantiles señalan ya con vivos y pronunciados delineamientos las diferencias de sexo.

Esta manifestacion de lo que hemos llamado el «sentido maternal» confirma lo que ántes de ahora se ha dicho respecto á revelar el juego parte del porvenir de los niños. Como «una graciosa incursion en el porvenir» se pueden considerar, en efecto, los simulacros de caricias, cuidados y afanes maternales que las niñas celebran ayudadas de esos sus *ídolos de carton*, tan deliciosos y encantadores para ellas, llamados «muñecas.»

A esto hay que unir el *sentido doméstico*, que asimismo se revela en los juegos de las niñas, como natural y precisa consecuencia del sentido materno.

La muñeca, no sólo exige de la niña esas caricias á que ántes nos hemos referido, que son como inocentes pero acentuados preludios del amor más puro y desinteresado que se conoce aquí en la tierra; pone tambien á contribucion su ingenio, sus disposiciones, su manejo para muchos y muy importantes de los menesteres de una casa.

Sabido es que las niñas no se contentan con acariciar á sus muñecas; semejante limitacion acusaría un platonismo desconocido en los fastos de las historias infantiles, y que, de existir, dejaría incompleto el concepto que revela ese instinto de la maternidad que con tan pobres delineamientos bosquejamos.

Las niñas no se satisfacen, en efecto, con querer á sus muñecas; las visten, las desnudan, las cortan y confeccionan trajes, las engalanan con mil adornos, las acuestan, las levantan, las dan de comer y hasta les arreglan sus correspondientes habitaciones para que lo pasen lo mejor posible. Desempeñan

con ellas y con ocasion de ellas una gran parte de los servicios que suponen el cuidado y el gobierno de una casa. Cuando no existe la muñeca, se confecciona de cualquier manera, se la supone, ó hay la esperanza de tenerla; en cualquiera de los casos, las faenas domésticas se llevan á cabo con igual exactitud, celo y buen deseo.

Imitando, mediante estos juegos, la vida real, á cuya observacion y reproduccion les inclina su misma actividad, las niñas hacen un útil aprendizaje de la vida de la mujer, por lo que á las funciones de la casa respecta, y lo hacen impulsadas por esa especie de instinto que hemos denominado «sentido doméstico,» juntamente con el «maternal,» que tan interesantes revelaciones ofrece al observador atento.

Si las madres de familia, que están dotadas de una admirable facilidad de comprension de cuanto á sus hijos se refiere, se dedicaran á observar con algun detenimiento esas significativas revelaciones de lo que hemos llamado sentidos materno y doméstico, ¿cuánto partido no podrían sacar para la educacion de sus queridas hijas de los inocentes y, no obstante, significativos juegos á que éstas otorgan tan decidida é ingenua predileccion?

V

Recapitulemos.

Si, como se ha dicho, el juego es la libre expresion de los instintos del niño, y estos instintos son las raíces de todo futuro desenvolvimiento, nada más importante para el educador que prestar todos sus cuidados á ese juego, es decir, guiarlo de manera que pueda verdaderamente llegar á ser un medio de desenvolvimiento.

Una buena educacion debe esforzarse por conseguir estos fines importantes: que el niño ejercite espontánea y libremunte *toda* su actividad; que, en vez de ser mirada por el educando con aversion, lo sea con gusto y hasta con placer; que el niño se dirija por sí mismo á hacer y desee lo que convenga á su desenvolvimiento y lo mismo que el educador quiera que haga.

¿Qué medio mejor y más adecuado puede emplearse para la consecucion de estos fines que el juego, que tanto y tan gran atractivo tiene para la niñez? Las madres lo saben bien: el atractivo del juego, por el que los niños sienten una inclinacion irresistible, una verdadera pasion, es el cebo más á propósito y eficaz que puede echarse á la actividad infantil para dirigirla convenientemente y ponerla al servicio de la educacion.

Sin que nadie los incite á ello, los niños juegan constantemente cuando gozan de salud. Partiendo de estos juegos, á que llamaremos libres y espontáneos, hé aquí el papel que corresponde á la educacion:

- 1.º Estudiar mediante ellos al niño en su cuerpo y en su alma.
- 2.º Regularizar con todo el disimulo posible los juegos de modo que no sólo sirvan al desarrollo ar-

mónico y gradual del cuerpo, sino también al de la inteligencia, el corazón y la voluntad.

3.º Utilizar al niño como un *factor activo*, que no tomarlo meramente como *ser pasivo*, en la obra de su propia educación.

Los juegos, considerados bajo todos los aspectos que hemos apuntado en estas notas, y especialmente en las fases que dicen relación al trabajo, ofrecen a la educación recursos sobrados para que cumplidamente pueda realizar el papel que acabamos de trazarle.

Por los juegos, aprovechados con inteligencia, se puede conducir muy bien al niño a que, sin tocar las espinas, recoja las flores de la ciencia y la virtud.

Claro es que, para conseguir esto, se necesita mucha observación, mucha prudencia y mucho interés en el resultado de la obra. Porque ha de tenerse en cuenta que, para que el juego no pierda ante los niños su carácter, necesita ser *libre*, y para que sirva a los fines que hemos dicho debe estar *vigilado*.

Es menester que las madres no abduquen el cuidado de *dirigir* los juegos, pero teniendo en cuenta que todo el secreto está en *no aparecer* en ellos como gobernadoras, ejerciendo una presión que huelga a disciplina; al menor indicio de esto, el juego perderá su espontaneidad, y con ella su principal atractivo.

Cuando las madres tomen parte por sí mismas en los juegos (lo cual es siempre un medio excelente para garantizar su intención y sus resultados), han de

hacerlo sin darse aire de directoras, y evitando cuanto pueda servir para despojar a este ejercicio del carácter expansivo que debe tener. Si no les es dado practicar el arte de *hacerse pequeñas*, de ponerse a la altura de los niños, — cosa que no es fácil a todas conseguir, — deben al menos conciliar la expansión del juego con su propia autoridad, de modo que ni una ni otra salgan perjudicadas; una palabra, su acción *reguladora* no debe ser ostensible, cualquiera que sea el partido que para *regularizar* el juego tomen.

Que no olviden las madres que, para sacar del juego todas las ventajas que ofrece a la educación, es menester que no pierda su atractivo, y lo pierde cuando deja de ser libre a la vista de los niños.

Que no olviden tampoco que el ideal de un buen sistema de educación de la infancia sería disfrazar todos sus procedimientos «bajo el amable subterfugio» de los juegos de la niñez: hé aquí una gran perspectiva para los fabricantes de juguetes.

Los juegos de la niñez deben considerarse a un mismo tiempo como espontáneas y previsoras revelaciones que el niño hace respecto de su ser, y como procedimientos de educación tan eficaces como naturales: los educadores atentos y reflexivos hallarán en ellos un tesoro de fecundas observaciones, de las cuales pueden deducir estudios y aplicaciones de trascendental importancia para la educación del niño y, por ende, para la vida del hombre.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.

EL MENDIGO

Vedlo triste y abatido,
Cabizbajo caminar,
Por el amargo pesar
Y por el hambre rendido.

De la escasez rodeado,
Cercado de la pobreza,
Descubierta la cabeza,
Y el vestido estropeado;

De la caridad en pos,
Lacerado del sufrir,
Va con dolor a pedir
Una limosna, por Dios.

Alarga humilde su mano;
Demanda con triste acento,
Y oye en el mismo momento:
Perdone, por Dios, hermano.

Y acaso sin encontrar
Quién, de su pena dolido,
Al mirar su rostro hundido
Y sus harapos colgar,

Socorra por compasión
Con un algo al infelice,
Que agradecido bendice
El pobre con su oración.

Sumido en amargo llanto,
Ve finalizar el día,
Y que la noche sombría
Extiende su negro manto.

Entonces, desconsolado,
Lamenta su infausta suerte,
Y se desea la muerte
Aquel ser infortunado,

Que al pretender, abatido,
A su albergue caminar,
Viene con su cuerpo a dar
En tierra desfallecido.

¡Pobre infeliz! ya logró
Mejorar su ingrata suerte:
¡En el seno de la muerte
Descanso eterno encontró!

J. RUIJÓ CÁRDONA.

ELISA MENDOZA TENORIO

En Barcelona, la ciudad marítima, donde reinan el trabajo y la constancia, vino al mundo; en Cádiz, la hermosa ciudad que, bañándose en el mar, encierra en su seno amores y bellezas, nació á la vida artística. Reune, pues, como ha dicho uno de sus biógrafos, «á la gravedad de una catalana la elegancia de una madrileña y la gracia de una andaluza.»

Su madre, Doña Rosa Tenorio, bella y distinguida actriz, la dió esmeradísima educacion, siendo una de las pocas damas jóvenes que poseen conocimientos nada vulgares respecto á multitud de asuntos históricos, literatura extranjera y nacional, etc., etc., tan indispensables para todo actor verdaderamente ilustrado.

La insigne Matilde Dfz ha sido su maestra, y á su lado ha adquirido esa hermosa expresion, realzada por el timbre simpático y argentino de su voz, y que, unida á la dulzura de su carácter, constituye uno de los rasgos más característicos de su fisonomía.

Modesta y estudiosa siempre, ha cedido á las exigencias de las empresas, hallándose en ocasiones resistiendo la penosa labor de ensayar nuevas obras, mientras creaba personajes en dramas de Echegaray ó comedias del repertorio antiguo.

De esta suerte se la ha visto representar con igual acierto la dignidad y la abnegacion en Martina (*La Mariposa*); la coquetería y el egoísmo en *Consuelo*; la pasion extraviada en Alicia (*Un drama nuevo*); la infidelidad y el arrepentimiento en la condesa de Argelez (*En el seno de la muerte*); el amor casto y puro, la pasion en que sobresale, porque es la que más se compenetra con sus sentimien-

tos, en Doña Isabel de Segura (*Los amantes de Teruel*), en Doña Ines de Ulloa (*Don Juan Tenorio*), en la aragonesa Margarita (*La muerte en los labios*); como se la ve tambien inocente hasta la exageracion en *La niña boba*, juguetona y traviesa en *Crisálida y mariposa*, celosa, pero altiva, en *El desden con el desden*.

En su frente tersa y espaciosa, orlada de cabellos castaños, modestamente alisados, no se ha atrevido la moda á quitar brillo al talento.

La delgadez de su rostro hace su fisonomía expresiva de un modo maravilloso, y los limpios arcos de sus cejas, y los mismos ojos grandes y movedizos, adornados de largas pestañas, acompañan y realzan su palabra, que nace suave, dulce y armoniosa de unos labios pequeños y afilados como la nariz, cuya correccion imprime gran severidad á aquella cara cuando los ojos miran fija y calladamente, y la boca ni habla ni sonrfe.

Completa su fisonomía moral la siguiente décima que la dedicó el insigne Echegaray en día solemne:

La Virtud y la Hermosura
Una corona tejieron,
Y Arte y Genio la pusieron
En tu frente blanca y pura;
Así la gente murmura,
Al verla resplandecer,
Casi, casi sin querer,
Y con llaneza feliz:
« ¡Qué inspirada como actriz!
¡Qué buena como mujer! »

EL MAESTRO ESCULTOR DAMIAN FORMENT

Y SU RETABLO DE

EL PILAR DE ZARAGOZA

En la penumbra de dos civilizaciones, entre la Edad Media, que arroja sus últimos destellos empapados de sentimiento místico, y la Moderna, que se ostenta risueña como licenciosa bacante; en ese momento de conjunción de dos ideales opuestos, fielmente retratado en el seno de cualquiera de nuestras viejas catedrales góticas, donde bajo el arco apuntado, símbolo de aspiración a la vida celestial, vense esculpidos en multitud de objetos de ornamentación las ninfas, sátiros, faunos y todo ese exuberante mundo pagano, resucitado al calor del cincel de los Ghiberti y Miguel Angel; donde no es maravilla contemplar sobre el sillón en que reposa el grave canónigo, mientras salmodia sus rezos de Vísperas, la Venus tentadora, de cuerpo desnudo, piernas torneadas, cabello suelto, formas voluptuosas, rodeada de amorcillos que con aljaba y flecha acechan al corazón de los incautos; en ese momento, en que tal conjunción se realiza, aparece entre nosotros un artista, conocido sólo de los eruditos, y que merece ser estimado y admirado de todos: tal es el maestro *Damian Forment*.

Viene este gran escultor a reasumir el estado de la vida artística de su tiempo. Por la inspiración, por la expresión, por el fondo, es un artista gótico, es profundamente cristiano; por la forma, por la maestría en el manejo de los materiales, por la anatomía de las figuras, por el plegado de los paños, en suma, por la técnica, es un gran maestro del Renacimiento; de suerte que, aplicando estos medios poderosos a dar cuerpo y vida a aquella inspiración, pudo realizar obras de primer orden. Sobre este mérito tiene también el de ser un artista verdaderamente español por la grandeza del estilo, la severidad de la expresión y el brío y fuerza de la ejecución.

Sus tres obras capitales, los retablos de la catedral del Pilar de Zaragoza, de la de Huesca y el del monasterio de Monte-Aragon, vienen a patentizar cuanto acabamos de decir. No se ve en ellos, ni siquiera en el de Monte-Aragon, que fué sin duda el último, y donde más pudieran marcarse las influencias coetáneas, ni una Venus, ni un sátiro, ni una figura sola que acuse complicidad con el lú-

brico desenfado de los artistas de su tiempo; en cambio, las figuras y relieves del cuerpo principal están hechos con fervor religioso indecible. Al contemplar aquellos apóstoles, santos y bienaventurados elevando fervorosos sus manos al cielo; al reparar en la suavidad purísima de aquel modelado; al sentirse tocados de la dulzura, la piedad, el abandono místico que allí flotan, piensa uno si Forment, como Fra Angélico al hacer sus cuadros, y Leonardo de Vinci al pintar su *Cena*, esculpió este retablo postrado de hinojos y adorando las obras que salían de su cincel.

Yo me imaginaba, al contemplar esta obra capital, que ella venía a cerrar entre nosotros todo un ciclo histórico, el religioso-cristiano, que se había enseñoreado irradiando pureza durante toda la Edad Media, y que ya, por lo ménos en monumentos de semejante importancia, no se vió aparecer más. Tres veces está allí representada la Gloria, fin último de toda aspiración cristiana; las criaturas que se ven rastreando la tierra no expresan otro deseo, otro sentimiento que elevarse cuanto ántes a gozarla; hacia ella dirigen sus brazos anhelantes, si su alma es pura, mientras que, si impura, se retuercen en agonía insondable al sentir sobre sus carnes las uñas afiladas de Satán que los arrastra al infierno. La dirección apuntada del conjunto, las agujas afligranadas, todo se eleva allí y viene a representar fervoroso anhelo por la vida celeste. Aquello es la despedida del mundo del alma de Forment, y con ella la del arte de la Edad Media. Desde entonces, la arquitectura cambiará la ojiva por el arco de medio punto ó por el entablamento rectilíneo, que vienen como a confinar nuestras aspiraciones en la tierra, mientras que la escultura y la pintura poblarán los palacios, los trascoros, capillas y verjas de las iglesias de Dianas, Nereides, Bacos y Cupidos, para arrebatarnos ojos y cantar el triunfo de la sensualidad y de los goces mundanales (1).

(1) Es un dolor que este precioso retablo esté perdiéndose en un lugar desierto y en un edificio arruinado. El actual director de Instrucción pública, hombre de excepcionales

Los tres retablos de Forment á que nos hemos referido tienen exactamente la misma contextura, aunque distintas dimensiones; un basamento plateado y un cuerpo principal gótico, donde se abren tres nichos coronados por hermosos doseles. Basta esta indicación para comprender la inexactitud con que el erudito Cean, que no debió verlos, dice, siguiendo á Ponz y á Martínez, que varió de *manera* en el de Huesca, tomando la de Miguel Ángel.

Describir uno de ellos será, por tanto, dar á conocer próximamente los demás. Y pues los límites de este trabajo no nos consienten hablar de todos, nos ocuparemos del de Zaragoza, por ser el que más fácilmente puede contemplarse y apreciarse.

Comencemos por decir que este retablo, verdaderamente grandioso por sus proporciones y estilo, no puede lucir en todo su esplendor por el sitio en que está. De contextura general gótica, disuena por entero de aquella arquitectura romana del templo, engendro mezquino de la más baja decadencia de la arquitectura, amparada y protegida por el degradante fanatismo.

Es de alabastro, y consta, como hemos dicho, de dos cuerpos. El principal, que es el que atrae toda la atención con su gallardo coronamiento gótico, contiene tres grandes nichos, el del medio mayor que los otros dos. En el de la derecha se representa el *Nacimiento de la Virgen*; en el de la izquierda su *Presentación en el templo*; en el del centro su *Asunción*. Los dos laterales son representaciones esculturales de aquellos asuntos tan simpáticos á los pintores italianos del siglo XV, y están tocados de la misma inspiración pura y sencilla. En el *Nacimiento* se ve á Santa Ana, asistida por piadosas mujeres, mientras que otras más jóvenes y hermosas asean y rodean de amorosos cuidados á la Virgen; es un cuadro de género idealizado por la inspiración religiosa, que pone en los personajes el sello de la más tranquila paz de alma. Análogos sentimientos, aunque más severos, expresan los personajes de la *Presentación*. El sacerdote, San Joaquín, hombres y mujeres que asisten al acto, miran á la Virgen con respetuosa veneración y tienen grabada en su semblante la paz imperturbable de una alma pura. En el nicho de en medio es donde el artista ha desplegado todos sus recursos y toda la grandeza de su inspiración: las figuras, unas de relieve completo y otras de alto ó medio relieve, alcanzan más del tamaño natural. Abajo se ven los apóstoles rodeando el sepulcro vacío de la Virgen; más arriba hállase Ésta llevada sobre nubes y tocando la región celestial; y más alto aún, como corona del cielo, en la clave del nicho, está la figura de medio cuerpo del Padre Eterno, con el Espíritu Santo en forma de paloma ajustado al pecho.

El grupo de los apóstoles es grandioso. Están en actitudes diferentes: unos miran el sepulcro vacío de la Virgen; otros levantan sus ojos al cielo; otros hállanse absortos en meditación interior; cada cual tiene su actitud y su expresión; pero en medio de

aquella variedad se siente vibrar cierta unidad interna: todos son presa de admiración por el acto que se cumple, todos lo contemplan, ya en el cielo externo á que elevan sus ojos, ya en el interior de la conciencia en que sumen el pensamiento.

La figura de Santiago, que se destaca á la izquierda, en primer término, es soberbia: lenguas barbas le caen sobre el hombro; facciones pronunciadas, ojos hundidos, órbitas profundas, todo cuanto puede dar carácter de grandeza á un personaje, está en él sellado; el traje mismo está plegado con grandiosidad, aunque con algo de dureza, que da más severidad á la expresión. Señala con un dedo hácia el suelo, como queriendo indicar el lugar de la aparición de la Virgen, según la tradición del templo, lo que acusa el sitio en que debió estar primitivamente colocado el retablo.

El apóstol que le sigue detras, tiene una cabeza admirable bajo el punto de vista de la expresión: las líneas externas, las de la boca, ojos, nariz, etc., por su dirección horizontal ó vertical, le dan un reposo inalterable; mientras que las internas, venosas ó musculares, claramente indicadas, parecen llevar su pensamiento al interior y sumirle en meditación profunda: nadie duda que está contemplando en su cielo interior, en ése en que el artista cristiano ha forjado el que tantas veces ha representado fuera, el ingreso de la Virgen en el cielo. En medio, en primer término, hincado de rodillas, de espaldas al espectador y elevando sus manos al cielo en actitud orante, se ve al amado discípulo, el compañero de dolores de María, á San Juan, luciendo sus rizadas melenas que le caen sobre los hombros, y los pies desnudos, blandamente esculpidos.

La Virgen sobre nubes, hollando risueños querubes, junta sus manos con religiosa piedad al tocar con la frente en los cielos, y es presentada al Padre Eterno por dos ángeles, trémulos de felicidad, de respeto y de amor.

El Padre Eterno, de facciones inmutables, abre sus grandes brazos y manos, cuyas palmas miran al suelo, como queriendo cobijar el mundo, mientras que de su boca abierta parece fluir infinito aliento; la paloma simbólica, con las alas extendidas, se ajusta fuertemente á su pecho para confundirse con él y abrazar también al Todo.

Querubes de expresión indecible pueblan la Gloria en torno del Eterno, sonriendo con la felicidad más extática: «Ya llega, parecen decir, nuestra Reina, la fuente de nuestra ventura.»

Los doseles, del gótico más florido, que cubren los nichos hállanse poblados de pináculos, agujas, repisas y doseletes labrados cual finísima filigrana. Sobre las repisas hay multitud de estatuas pequeñas representando patriarcas, mártires, vírgenes y santos, unos de pié, otros arrodillados, ya sumidos en la oración bajo la sombra de los doseletes, ya asomando la frente radiante de pureza para mirar al cielo y elevar su alma á Dios.

El conjunto está sellado de grandeza, de hermosura, y, sobre todo, de profunda inspiración religiosa.

En nada se siente más la necesidad de la verdad que en el Arte. Cuando las obras nacen de una pro-

condiciones en esta materia, está en el deber de hacerlo trasladar adonde se conserve y se admire.

funda inspiracion, se perdonan los defectos técnicos, la torpeza de las manos, porque por encima de tales imperfecciones traspira el fondo lleno de puro ideal. De ahí el amor que despiertan hoy en los verdaderos conocedores las pinturas de la Edad Media: en ellas el dibujo es incorrecto, la composicion de simetría arquitectónica, la perspectiva no existe, el color es apagado, la anatomía nula, el plegado de paños convencional; sin embargo, la expresion de amor, de piedad y de admiracion que en aquellas figuras rebosa las da un valor superior á casi todo lo que produjo el Arte en su apogeo posterior. Traslada el Cristo de *La Perla* de Rafael á *El Jardín de Venus* del Ticiano, y mezclado entre aquellos Cupidillos, prendiéndole alas azuladas y colgándole de sus hombros aljaba; sería un amorcillo nuevo, aunque más inteligente y más pícaro. El cuadro entero de *La Perla*, quitados los atributos religiosos, quedaría como la más hermosa pintura de género, como que la Virgen no es sino una hermosísima Venus vestida, y Cristo un Cupido palpitante de gracia y travesura.

¡Cuán otro precio tiene la preciosa tabla que se conserva en nuestro Museo, de Fra Angélico! No hay que ser cristiano, basta ser hombre para adorar á aquella Virgen que recibe la salutación del Ángel, presa de la más modesta, más pura, más santa unción religiosa. Todos los perfumes que el espíritu cristiano había amasado durante siglos para crear ese sér ideal que se ha forjado en la Virgen, tienen allí su emanación, flotante entre resplandores de luz celeste.

¡Ah, sí! este género de arte será eternamente bello, cualquiera que fuere la creencia, la idea, la religion que lo inspire. Se concibe que aquel fogoso Regnault, muerto en flor para la Francia y para el Arte, al verse en su soñada Alhambra, al hallarse bajo las cúpulas estalácticas, entre paredes reca-

madadas de oro, granates y esmeraldas, rodeado de alicatados, grecas y lacerías, cuyos dibujos, después de arrebatarse los ojos por sus colores flameantes, los suspenden, los llevan y traen por un laberinto de combinaciones de líneas que no tienen término jamás, inflamando la fantasía, que encuentra allí algo de lo que ha soñado como infinito; se comprende, decimos, que, al verse así rodeado de tales maravillas, cayera arrodillado, presa de arrebató artístico, diciendo: «¡Alah, tú eres mi Dios! ¡Y á tí, Mahoma, su Profeta, yo te bendigo por haber inspirado mi adorada, mi idolatrada Alhambra!»

Semejante género de sentimientos reales, evidentes, exentos de toda preocupacion y todo engaño, despierta el retablo que nos ocupa. El espíritu cristiano en su manifestación más severa y profunda late allí: lo grandioso de las figuras, la pompa de los doseles góticos, la proporción y eurytmia de las partes, la elevación del conjunto, la expresion de santidad de las figuras de los nichos laterales; y, sobre todo, el tono general de la composición del nicho central, su grandeza, el movimiento dramático solemne de las figuras, la admiración extra-humana que revelan, elevan esta obra á las regiones de lo sublime.

Bien puedes, visitante de *El Pilar*, aún siendo creyente, dejar de contemplar los mil objetos que el fanatismo tiene allí hacinados: harás con ello bien por tu alma, que se mancha al contacto de lo feo; empero no dejes de llevar tus ojos por la *illeria del coro*, obra, dicho sea de paso, también de alto precio, y sobre todo al retablo del gran escultor Damian Forment.

FERNANDO LOZANO Y MONTES.

Madrid 20 de Setiembre de 1881.

C U E N T O

Un loco, en un hospital,
No dejaba noche alguna
De estar mirando la luna
Con fijeza sin igual;
Y cuando ya de su exceso
De mirar se fatigaba,
Con un suspiro exclamaba:
— ¡Nada, nada de progreso!
Su tono tan lastimero,
Y el ver que ni un solo día
Dejaba aquella manía,
Tanto chocó al enfermero,
Que en uno, al darle la cena,
Le pregunto así con pausa:
— ¿Puede saberse la causa
Que te produce esa pena?
— No creas que es pesimismo,
Ni que me dejó la novia;
Lo que á mí tanto me agobia

Es cuestion de patriotismo.
La Luna, que es mi nacion
(Pues dicen que soy lunático),
Sigue un sistema dogmático
Sin propagar la instruccion.
Oye y verás si razones
Sobran para lo que digo,
Y si es extenso el motivo
Que me da estas desazones.
Aunque los ojos no cierro
Y de mirar no me hartó,
Siempre la veo en un cuarto,
Nunca la veo en un perro;
Mientras que aquí, bien ó mal,
En esta abrasada España,
Han planteado con maña
El sistema decimal.

L. L.

LA CERTIDUMBRE DE LA MEDICINA

No es raro, ni mucho ménos, ver que, personas por todo concepto dignas del más profundo respeto, ponen en duda la certidumbre de la Medicina y consideran al médico, no como el hombre experto é ilustrado que, en lucha con la enfermedad, consigue vencerla y dominarla con las poderosas armas de la Ciencia, sino como el oscuro rutinario que, envuelto por las sombras de la ignorancia, todo lo fía al acaso y obtiene triunfos ó derrotas sin hacer otra cosa más que abandonarse en brazos de la inconstante casualidad.

Errónea es esta creencia, y sólo se explica que pueda estar, desgraciadamente, algún tanto generalizada teniendo en cuenta que á la Ciencia se achacan defectos que sólo tienen algunos, pocos por fortuna, de los encargados de hacer sus aplicaciones.

No aconseja la Ciencia que el médico sea hombre que, prescindiendo de los necesarios conocimientos, se lance al ejercicio de la profesion con los nombres de algunos medicamentos retenidos en la memoria, y con el corazón lleno de un valor abominable para internarse bisturí en mano en el interior del organismo, de modo igual que lo hace el carnicero en el cuerpo de la res sacrificada; no. Exige la Ciencia al médico que razone todos sus actos; que emplee para algo sus medios y que aplique sus conocimientos de modo tal, que logre, si es posible, devolver al cuerpo la salud perdida.

No es el médico, no, hombre aislado del mundo en donde cunde la ilustración, ni tiene tampoco una carencia de cultura tal que emplee el chiste como medio de discusión, y la frase vacía como respuesta á una idea enunciada; el que tal haga, podrá ser, cuando más, una eminencia falsa (si como eminencia está reputado), atento no más á que su nombre se publique siempre relatando algún hecho digno de su ignorancia, por lo atrevido; pero nunca el verdadero médico, el que, conociendo lo sagrado y lo noble de la profesion de que se halla investido, camina reconociendo el sitio por que marcha, y procurando siempre llegar hasta lo posible, pero sin lanzarse á torpes aventuras, sólo explotadas y usadas por temerarios ignorantes, viles mercaderes de su conciencia, que, habiéndose internado en el templo de la Verdad, deben ser arrojados de él para evitar que le manchen con su contacto.

No se culpe, pues, á la Medicina por los pecados que algunos de sus malos intérpretes cometen, pues-

to que, como luégo demostraremos con la ligereza requerida por la falta de espacio y tiempo necesarios, no es la profesion médica juego de azar, ni se necesita para su ejercicio fortuna y sólo fortuna, sino que es aplicación de conocimientos sancionados por la experiencia, y hace falta para su buen desempeño poseer estos conocimientos de una manera completa.

Y estas creencias que venimos rebatiendo no influyen tan sólo aminorando la fe que la generalidad de las gentes tiene en el médico, sino que también influyen mucho entibiando el entusiasmo necesario en los jóvenes que emprenden grandes estudios con el fin de alcanzar el honroso título que les acredite como aptos para ejercer la ciencia de curar. Error es éste que poco á poco se desvanece cuando las inteligencias van adquiriendo gradualmente la convicción de lo que se sabe, y de que este saber ha nacido de los hechos, única fuente de donde la verdad mana.

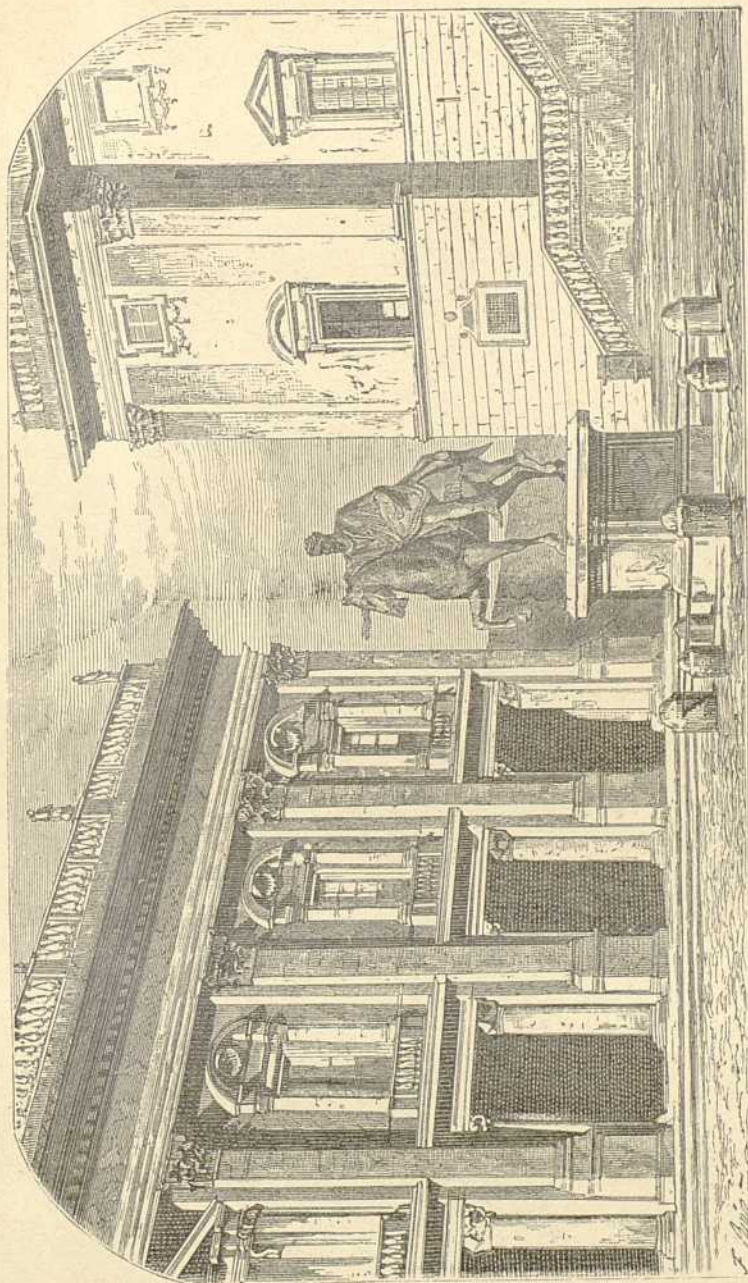
No es la Medicina una ciencia completa y acabada, cuyos principios de constitución estén formados por reglas fijas y determinadas. Es sólo una reunión de conocimientos científicos emanados de la experiencia, y de cuya aplicación procura el médico obtener el alivio ó la completa curación de las enfermedades que atacan al organismo humano.

Tiene, pues, conocimientos profundos la Medicina, porque sólo aplica, como método de estudio, el método analítico, y porque, dejándose de abstracciones embrollosas, de los hechos y nada más que de los hechos se sirve para marcar el derrotero que deben seguir los que á su noble profesion se dediquen.

Y para demostrar lo mucho de cierto, de positivo que la Medicina encierra, nos bastará con apuntar una idea. La Fisiología es la base, es el fundamento, es el alma, válganos la palabra, de la Ciencia de curar.

¡La Fisiología, que, aunque durante siglos y siglos ha permanecido oculta á los ojos de todos, hoy se manifiesta con un esplendor de tal naturaleza que hace pensar en lo hermoso que debe ser su conjunto cuando tan magníficos son sus comienzos! ¡La Fisiología, que, animada por la intensa luz inherente al siglo, comienza á despertar del largo sueño que le fué producido por la atmósfera de oscurantismo que en épocas pasadas envolvía á la humanidad!

La Fisiología, pues, ha sabido dar á los conoci-



Capitolio Romano.

mientos médicos un impulso de tal modo grande, que loco, extremadamente terco ó ignorante debe ser el que aún siga sosteniendo que no cuentan los médicos en su práctica con el auxilio de principios ciertos é incontrovertibles.

Quizás ninguna otra ciencia mejor que la Medicina sirva de prueba que haga innegable y patente la idea de que nuestro siglo es una época de adelanto, de progreso y de regeneración. Quizás ninguna otra tampoco se preste más á defender las excelencias del método experimental.

Cuando la Medicina, despreciando las enseñanzas del empirismo, origen de muchas de las verdades que atesora, se ha dejado arrastrar por el espíritu de escuelas determinadas, por la influencia de diversos sistemas filosóficos, y se ha lanzado á los espacios inmensos de lo abstracto, de lo metafísico, nada ha conseguido, sino retroceder mucho en el camino de su evolución; pero cuando, siguiendo la corriente de lo moderno, ha llegado á comprender que su base científica es la Fisiología, y bajo su patronato se ha puesto, entónces ha comenzado su progreso, rápido y ligero, y ha visto engrandecerse el arsenal de sus recursos con conocimientos que, por su indestructibilidad, bien merecen el nombre de verdades inconcusas.

¿Cómo había de progresar la Medicina en otras épocas faltándole el auxilio de las ciencias físico-químicas, á cuyo prodigioso desarrollo debe todo el engrandecimiento que hasta hoy ha logrado?

Sin el auxilio de las ciencias físico-químicas, era imposible explicar los grandes problemas de la Fisiología; era imposible también dar á la Terapéutica los necesarios medios para que pudiese alcanzar el grado de utilidad que hoy tiene.

Si la Medicina fuera una ciencia acabada y de vida propia, hubiera podido emprender sola el camino de su progreso; pero como los conocimientos llamados auxiliares forman su verdadera esencia, ha tenido que aguardar al perfeccionamiento de aquellos para comenzar el suyo.

Y, sin embargo de todo esto, ofrece hoy al análisis de los hombres de ciencia un buen conjunto de verdades emanadas de los hechos, que sirven muy mucho para resolver las intrincadas cuestiones que ofrece al observador el organismo humano, ora en el estado de salud, ora en el de enfermedad.

La certidumbre de la Medicina queda demostrada con sólo decir que su elaboración, su engrandecimiento, su progreso, á los hechos reales y positivos se deben tan sólo. El laboratorio y la clínica han sido los dos poderosos medios empleados para formar ese *arte científico*, como pudiéramos decir, y cuanto hoy sostiene, cuanto afirma, cuanto tiene el carácter axiomático dentro de su círculo está plenamente demostrado, está adquirido por medio de los sentidos, sin los cuales, dicho sea de paso, nada hay en la inteligencia, como afirmó Aristóteles.

Le faltará al médico la convicción de muchas ideas todavía; pero aquello que posee con verdad,

lo que está demostrado, será siempre innegable.

Lo positivo, lo real, lo tangible, son elementos que forman la base de la Medicina, sin los cuales nada afirma; porque, para ella, las grandes verdades, sólo al análisis y á las demostraciones prácticas se deben.

Y no se achaque á falta de ciencia la desgracia del éxito, cuando esta desgracia ocurra, porque será injusta la apreciación.

Conoce el médico en ocasiones la enfermedad, sus causas, su evolución, y, sin embargo, nada puede hacer; se trata, por ejemplo, de un órgano destruido, de un organismo sin fuerzas para luchar con la enfermedad. Es imposible; la batalla que el médico sostenga será inútil, serán estériles sus esfuerzos. Conoce al enemigo, le conoce perfectamente, sabe que es invencible, y por eso depone todo su poder, nulo ante las dificultades de aquel momento.

¡Y, sin embargo, en estas ocasiones, á equivocación ó ignorancia del profesor se atribuye el desenlace funesto de la enfermedad! Y como, en compensación de lo que ocurre en estos casos, sucede en otros que á la Ciencia, y nada más que á la Ciencia, debe el paciente su salvación, el médico, con los recursos de sus conocimientos, arranca de las garras mismas de la muerte al enfermo que á sus cuidados entregan.

Suele ocurrir algunas veces que el buen éxito se agradece sólo á influencias misteriosas y superiores. ¡Veledades humanas!

Considerando el estado actual de la Medicina, no hay error en afirmar que, sin ser una ciencia acabada, puede ser considerada como un conjunto de conocimientos ratificados con hechos y de aplicación beneficiosa para el hombre.

Andando el tiempo, y dado lo que avanza diariamente, llegará á ser una ciencia, terminada no, que el progreso no tiene término, pero más completa sí.

Entre tanto, y dejando á un lado preocupaciones rancias, piensen todos los que dentro de su hogar ven salvarse de la muerte á un enfermo, lo que representa y lo que vale el trabajo continuado de miles de inteligencias. Levante, si quiere, la vista al cielo en acción de gracias; pero vuelva también los ojos á la tierra, en donde han existido y existen hombres privilegiados que, dedicando toda su vida al estudio incesante, logran conocimientos sin los cuales la muerte arrebataría mayor número de víctimas; y acostúmbrense, en fin, á ver en el médico, no el jugador de aventuras que se entrega á los caprichos de la fortuna, sino al hombre serio y digno que, con su inteligencia (grande ó pequeña) y con su voluntad (grande siempre), estudia con ardor para ejercer su profesión levantada y noble, tan noble, que otras épocas tenía carácter de sacerdocio.

Vean todos en el médico, no al despreciable fantasma, sino al hijo del trabajo por el trabajo ennoblecido, y la justicia y la verdad no serán lastimadas.

JOSÉ FRANCO RODRIGUEZ.

Ó GUEITEIRO

«Sempre pol-a vila entraba
Con *aquel* do señorío.»

(ROSALÍA CASTRO.)

Déndesd'o Lérez lixeiro
As veigas qu'o Miño esmalta
Non houbo n'o mund'enteiro
Máis arrogante gueiteiro
Qu'o gueiteiro de Penalta.

Sempre retorced'o bozo,
Erguida sempr'a cabeza,
Daba de miral-o gozo.
Era un mocíño... ¡qué mozo!
Era unha peza... ¡qué peza!

Despois d'o tempo pasado,
Pasado pra non volver,
Com'on profeta ispirado,
Inda m'o parece ver
N'a festa d'o San Trocado.

Calzon curto, alta monteira,
Verde faixa, albo chaleque,
Y-o pano n'a faltriqueira,
Sempre n'a gaita parleira
Levaba dourado fleque.

Non houb'home máis cumprido
N'o mundo, de banda á banda,
Nin rapaz máis espilido,
Con máis riqueza vestido,
Nin de condicion máis branda.

Pr'as festas e romerías
Chamado, todol-os días
Topábase donde queira,
Anque por certas porfías
Sólo tocaba a muífeira.

Pois, como poucos teimado
Cand'unha venta lle pega
Xura que, pr'o seu agrado
Non se ten ind'eventado
Música como a gallega.

Neno er'eu cando él vivía,
Mais non-o podo esquecer.
¡O qu'él n'a gaita sabía!
¡O qu'él c'os dedos podía
N'aquel punteiro facer!

Cando n'as festas maores
Era esperado o gueiteiro,
Botábanll'as nenas frores,
Ledas compras os cantores
Fogueteos ó fogueteiro.

Tras d'él en longa riola,
D'a gaita o compás levando
Con infernal batayola,
Iban corrend'e choutando
Os rapaciños d'a escola.

Nunca se puido avriguar,
Véndolla repinicar,
Por qué, o son d'a gaita ouindo,
Cantos bailaban sorrindo
Acababan por chorar.

Pero cand'él n'o turreiro,
Cal n'a trebede a Sibila
Pegaba o pio primeiro,
Daban o vento o sombreiro
Todol-os mozos d'a vila.

Comenzado o baile enton,
Cousa era pr'adimirar
Aquel sembrante bulron,
Aquel aire picaron
Y aquel modo de mirar...

Y-era de ver con qué trazas,
Sin facer pausas nin guiños
Nin caso d'as ameñazas,
Furtaba un bico ás rapazas
D'os noivos diant'os fociños.

Ninguen soubo frolea
D'o xeito qu'él froleaba :
Verll'a muñeira botar
Era unha nube mirar
D'anxeliños que pasaba.

Xentil, aposto, arrogante,
En cada nota o gueiteiro
Ceibaba un limpo diamante,
Que logo n'o redobran
Pulfa o tamburileiro.

¿Qué Orfeo se lle igualaba,
Si mesmo, dentro d'o fol
Que c'o cóbado apertaba,
Parecía que cantaba
Escondido un rousiñol?

Músic'on tempo e poeta,
Algunha fada secreta
Tiña con que comovía,
Pois nunca d'unha palleta
Saiu tan doce armonía.

Tocaba... e cando tocaba,
O vento que d'o roncon
Pol-o canuto fungaba
Dixeran que se queixaba
D'a gallega emigración.

Dixeran que esmorecida
De door a Patria nosa
Azoutada escarnecida

Chamaba, outra *Nai chorosa*,
Os filliños d'a sua vida...

Y-era verdá. ! Mal pocada !
Contr'on penedo amarrada,
Crabad'un puñal n'o seo,
N'aquela gaita lembrada
Galicia era un Prometeo.

Un Prometeo cantando
Eternas melanconías ;
Sempr'un consolo agardando
É Sempr'as bágoas chorando
D'o desdichado *Macías*.

Por eso cand'a tocar
Se puña o gueiteiro lindo,
Cantos viñan pra bailar
S'escomenzaban sorrindo,
Acababan por chorar.

Por eso en vilas y-aldeas
Por xentes propias y-aldeas
Era aquel home estimado,
É por todos saudado
En camiños e vereas.

Por eso dond'él chegaba
Dábanlle citas d'amores
As mozas por que él toleaba,
É sempr'a mesa xantaba
D'os abades é priores ;

Que dend'o Lérez lixeiro
As veigas qu'o Miño esmalta,
Non houbo n'o mundo enteiro
Máis arrogante gueiteiro
Qu'o gueiteiro de Penalta.

MANUEL CURROS ENRIQUEZ.



Bahia de Modon.

EL SIGLO DE VOLTAIRE

(FRAGMENTO)

Cuando el siglo XVII se hundía en los abismos del tiempo, como se hunde el sol entre las nubes de sombras que anuncian la proximidad de la noche; cuando la negra ola de la muerte recogía el último suspiro de la centuria que escuchó los inmortales cantos de Shakespeare y Calderon; y cuando las generaciones que habían grabado con caracteres indelebles en el libro de la historia los nombres de Descartes y Bossuet, Espinosa y Leibnitz, Corneille y Racine, se perdían entre el polvo del planeta, como se pierde la yedra entre las grietas del muro, la humanidad seguía su triunfal carrera, orgullosa de haber explorado el cielo con el lente de Galileo y el seno del Atlántico con la intrepidez de Colon, satisfecha de haber llegado á Oriente merced á los esfuerzos de las naves lusitanas y haber enterrado el águila feudal al pié de los nacientes municipios, y ennoblecida por haber traspasado la coraza del magnate con la bala del pechero y sorprendido multitud de secretos en el seno de la naturaleza; pero anhelando encadenar el rayo engendrado en la region de las nubes que veía sobre su frente, y deseando desencadenar la idea, rayo engendrado en la region del pensamiento, porque, habiendo desarmado al infinito y enclavado en el mundo de la inteligencia el sol de las nuevas doctrinas, los pueblos borrarían el derecho divino de la frente de los Césares y romperían el cetro de los tiranos, sepultando los alcázares del despotismo entre los fragmentos de sus malditas ruinas, como Lincoln ahogaría más tarde en olas de sangre á los viles comerciantes de carne humana, colgando en el Capitolio de Washington las cadenas del esclavo y muriendo por la libertad del negro, cual el Mártir del Gólgota por la redencion del género humano.

El siglo XVIII es la cuna donde duermen el sueño de la inocencia cien genios de la humanidad, y la fosa que guarda las pavesas de cien astros apagados en el orbe científico. Engendra á Goethe, gloria del Parnaso alemán, y recoge el postrer sus-

piro de Newton, honra del pueblo inglés; da vida al célebre actor Maiquez y ve morir al ilustre economista Adam Smith; siente los primeros pasos del inmortal filósofo Kant y escucha las últimas palabras del inolvidable Diderot; conoce los ligeros ensayos de Walter-Scott y publica los meditados trabajos de Buffon; mece la cuna de Camilo Desmoulins y acompaña al templo de la verdad al abate L'Epée; coloca la antorcha del genio en la mente del insigne Lord Byron y apaga con el hielo de la tumba la voz de fuego del gran Mirabeau; pone una lira de oro en las manos de Quintana y quiebra la pluma que estereotipaba el pensamiento de Rousseau; cuenta entre sus hijos al malogrado Muñoz Torrero y halla entre sus hombres ilustres á Condillac; lanza al mundo el nombre de Madama Staël y arrebató la existencia á Carlota Corday; deposita el ardiente beso de la vida en la frente de Lamartine y sella con el frío beso de la muerte los labios de Volney; lega á la nacion española héroes como *El Empecinado* y engrandece el Nuevo Mundo con obreros como Franklin; puebla los aires con los cantos de Uhland y entierra un mundo al sepultar á Voltaire; refleja en Washington las nacientes ideas y presta á Napoleon el genio de la guerra; infunde en Nelson el patriotismo de Leónidas y prepara con Swift la tempestad que ha de conmover el universo; deslumbra al mundo con las hogueras que allende el Pirineo devastan gran número de edificios, y despues de haber arrojado en inmensa pira toda la lava que encerraba la conciencia, como la noche lanza todas sus sombras para anublar el planeta, sella con la sangre de innumerables mártires la obra de la civilizacion y el adelanto, escribiendo con letras de estrellas sobre la frente de la humanidad el Evangelio social de los pueblos modernos, eterno pedestal de las nacientes generaciones.

La Revolucion francesa borró el absoluto egoísmo de Luis XIV, que años ántes exclamara orgu-

lloso: *El Estado soy yo*; rompió el cetro de una dinastía, confirmando los pronósticos de Rousseau, que en 1760 presentaba la ruina de las monarquías; cumplió las profecías de Voltaire, que en 1762 divisaba en lontananza una explosión que trocaría la sociedad en *hermoso lodazal*; pulverizó la roca del pasado con los mortíferos rayos de la elocuencia de Mirabeau; llevó al derecho los progresos de siglos anteriores; combatió grandes errores y preocupaciones con la pluma de sus pensadores y la voz de sus tribunos; defendió el ateísmo con la palabra del cosmopolita alemán Anacharsis Clooths, y destruyó la Bastilla, negra cárcel del pensamiento, calabozo de la idea y templo de la iniquidad, que, maldecido por todas las generaciones, vive en la historia, cual gigantesca sombra proyectada sobre el altar de la Justicia. Madama Legross, al arrebatar á Luis XVI, en 1784, el decreto de libertad de Latude, hizo vacilar el edificio que derrumbó el pueblo francés cinco años más tarde, inclinando las siniestras torres que coronaban el alcázar del crimen, viejas encinas en el campo del despotismo, y enseñando á las nuevas generaciones que el pensamiento es el crisol donde se funden los áureos cetros de la tiranía y la fragua donde se templan los aceros del progreso.

Si abarcamos en rápida ojeada la historia del mundo y levantamos la losa de plomo que guarda el polvo de los tiempos, verémos el abismo que media entre las ideas que impulsaron al siglo de Descartes y las teorías que dieron esplendor al siglo de Franklin. Aquél había forjado la Revolución inglesa, destinada á cruzar por el nebuloso cielo de un pueblo, y éste engendró una Revolución que cruzó por el cielo de un continente; el primero había visto partir desde las costas británicas á los puritanos para fundar la primer república del mundo, llevando la libertad á la joven América, y el segundo vió marchar á la guillotina hombres cual Vergniaud y mujeres como Madama Roland, proclamando la Fraternidad universal en los campos de la vieja Europa; el uno puso fin á las guerras religiosas con la paz de Westfalia, y el otro convirtió el orbe en sangriento teatro de la tiranía bajo el primer Imperio francés; el siglo XVII había, en fin, expulsado á los judíos de España, arrebatándonos el cetro del mundo industrial; revocado el edicto de Nantes, desterrando 400.000 hombres y llenando de mártires la historia con los horrores de la Inquisición; mientras que el siglo XVIII proclamó la independencia de los Estados-Unidos, derrumbando las murallas que separaban las nacionalidades, como la locomotora borra con penachos de humo las fronteras, y las olas deshacen la estela que forman los buques cuando vuelan en alas del vapor sobre la inmensidad del mar, posándose, cual gigantesca gaviota, sobre la colosal esmeralda que aprisiona el volcanizado suelo del planeta.

Grandes acusaciones se han dirigido en nuestros días á la mágica época en que la humanidad desarrolló con la mano del espíritu moderno las viejas instituciones; nubes de maldiciones se han cernido sobre la frente de ilustres pensadores que ven estre-

llarse ante su nombre los años que pasan, como la roca ve estrellarse ante su poderío el oleaje destructor del tiempo; mundos de sombras ha creado el fanatismo para apagar el volcan del progreso que guarda la candente lava del pensamiento, y cien anatemas han llovido sobre la tumba de los ilustres hijos del siglo XVIII que asombraron al universo con ese relámpago de gloria que apellidamos Revolución francesa; pero cuando las naciones contemplaron aquel movimiento político, tan gigantesco como el movimiento filosófico que inició Sócrates, y tan colosal como el movimiento religioso que inició Jesucristo; cuando conocieron que la obra realizada por la sonrisa de Voltaire, la ironía de Swift, la idea de Rousseau y la elocuencia de Mirabeau era tan imperecedera como la del Renacimiento, en que dominamos los mares por medio de la brújula y contamos los astros por medio del telescopio; cuando anotaron en las áureas páginas de la historia las conquistas de aquella edad que vivirán en la memoria de los países cultos mientras aliente un hombre que sienta latir sus sienes y palpitar su corazón agitado por las nuevas doctrinas; cuando vieron avivarse la hoguera encendida por la fiebre demoledora de un siglo digno únicamente de la fiebre delirante de Napoleón, y comprendieron que el rayo que centellea en las etéreas regiones purifica la atmósfera, así como las olas que agitan el seno de los mares impiden que el reino de Neptuno sea un lago *pestilente capaz de corromper el universo*; cuando supieron que, merced á los esfuerzos de aquella edad analítica, dejaban de ser esclavos en esta centuria sintética para ser hombres libres y ciudadanos del mundo; cuando admiraron los ideales de la democracia que les daban conciencia de su derecho, y el poder de la imprenta libre que eternizaba el pensamiento poniendo en sus manos el pan de la ilustración; cuando rasgaron por medio de la ciencia el velo de la preocupación y el misterio, á la par que la locomotora rasgaba las graníticas entrañas del planeta; cuando pensaron que su nombre cruzaba los espacios en alas de la electricidad, y el buque cruzaba los mares en alas del vapor, y cuando sintieron que el cosmopolitismo batía sus diamantinas alas sobre las generaciones que vienen á la vida llevando más ideas en su mente que estrellas hay en la bóveda celeste, bendijeron el progreso y bajaron la frente ante el siglo de Voltaire, abierto por la *Enciclopedia* y cerrado por la Revolución; porque, si grandes fueron sus errores, grandes han sido sus conquistas; si sus exageraciones inundaron de sangre el suelo de la vecina República, sus filósofos inundaron de ideas la mente; y si ahogó la sonora voz de ilustres patriotas, las almas de los mártires y las de los nuevos apóstoles han volado al Trono del Eterno, demostrando al mundo que el martirio es la corona de las grandes obras, y que los mártires, estrellas fijas en los horizontes del tiempo, son faros colocados por Dios para guiar al hombre en el dilatado desierto de la vida.

EL ESPEJISMO SOCIAL

Lo sociedad humana produce el espejismo, como nuestra atmósfera presenta el suyo. Las ilusiones son tan completas, las inversiones se observan con tanta lucidez, que el error reviste las formas de la verdad, y el asentimiento de nuestra propia conciencia errónea nos detiene en el camino de las investigaciones racionales. La fe, la autoridad, las preocupaciones y la ignorancia son parte á que la razon no domine en nuestros juicios, que tan frecuentemente se envuelven en el interes individual y en el egoísmo.

Aquel ejército frances, que, rendido y aniquilado por el cansancio y por el hambre, se reanimaba y recobraba bríos para caminar por las abrasadoras arenas del Egipto, con la esperanza de alcanzar aquellos lagos, aquellos oasis que se presentaban á su vista á largas distancias, sufrió el martirio de ver alejarse delante de sí, al paso de su marcha, el deseado remedio á sus males. Sedientos y anhelantes, aquellos valientes creían ver con sus propios ojos las aguas que habían de adelgazar su sangre, y permitirles despegar la lengua del paladar, y respirar frescos ambientes que calmaran sus pulmones, mitigando los vertiginosos latidos de sus entusiasmados corazones. Pero ¡ay! todas aquellas engañosas esperanzas desaparecieron ante la realidad. El fenómeno físico fué explicado por la ciencia. Las ligeras capas de aire próximas al suelo causaban la reflexion total, y los sentidos se hacían parte del engaño en el juicio.

El hombre social tambien cree, porque le preceptúan, porque le ordenan en nombre de Dios, de la sociedad y de la familia. Llega á creer por sí mismo lo que más le conviene, y muchas veces no lo que es verdad ni lo que es justo. Hay errores, pues, que le llegan de afuera, y otros que se elaboran dentro del individuo; pero siempre causándolos la aspiracion del legítimo bienestar ó del egoísmo más repugnante.

¿Dónde buscar el remedio de tantos errores como nos rodean? En la razon ilustrada, en el progreso de la humanidad.

Preguntad á los hombres de profunda fe en todas las religiones si creen en sus misterios velados á la razon, y en las explicaciones que dan sus libros santos de las cosas más oscuras, más difíciles de conocer, en lo que se refiere al universo y á la vida, y encontraréis creencias opuestas, afirmaciones antitéticas, defendidas con igual teson, con igual calor y con el mismo entusiasmo. Pero es de advertir, si se refle-

xiona con imparcialidad, que en tales batallas y contiendas la razon humana queda postergada y desatendida.

La sociedad europea en siglos anteriores parecía querer sostener que el hombre en religion es la razon limitada y subordinada á la fe; en política, la razon prestando obediencia al César, representante de Dios en la sociedad civil; y en la familia, el hombre era el marido y el padre autoritario, como delegado de la ley canónica y de la civil. El individuo no era nada, ó casi nada. Era solamente el sér errante y desautorizado que, como no se congregase en comunidad religiosa, ú orden cívico-religiosa, no debía representar nada, anulándose su propia personalidad. Al hombre, en fin, se le miraba como el elemento de la dominacion despótica, y nada más. Galileo conoció esta verdad en su prision, que le obligó á su célebre retractacion para salir de ella. Y sin embargo, ántes, como ahora, había antípodas; la tierra se movía y había mundos constituidos físicamente como nuestro planeta. La razon ilustrada se sometió á la razon oscura.

Al ciudadano no le era lícito en tiempos anteriores pensar en la cosa pública, en los negocios del Estado, ni siquiera en los que se relacionaban con la distribucion de las cargas que él tenía que levantar. El rey velaba por todos, pensaba por su pueblo y mandaba segun su criterio ó sus necesidades. Algunas veces, lo que el monarca quería, ó pedía, aparentaba que se lo daban sus pueblos, no que él lo exigía. Carlos I, al ser desairado en las Cortes de Toledo en 1538, no quedó dispuesto á volverlas á reunir para inspirarse en sus acuerdos, ó para atenerse á sus concesiones. ¡Cuántos no pensaban en aquella época como el César, porque el César así pensaba!

Tambien el padre de familia se veía burlado por sus hijos en los tiempos despóticos, si la desobediencia recaía sobre asuntos privilegiados. Actos contra naturaleza y obediencia filial eran tenidos por muchos como heroicos y sublimes, porque así los calificaban autoridades para ellos intachables. Las puertas de los conventos se abrían algunas veces para dar paso á hijos rebeldes que, en nombre del más austero misticismo, desconocían los sentimientos más tiernos y cariñosos del corazon humano.

El hombre pensador, aislado de todo concurso sapiente, forcejeaba por poseer la verdad en todos

los órdenes; pero, no pudiendo sumar otros muchos esfuerzos congruentes, caminaba muy lentamente en sus investigaciones. Era más cómodo á la muchedumbre hacer la vida orgánica que alimentar sus espíritus con las verdades descubiertas por los trabajos de la inteligencia y de la razón. Delegaban en los directores de aquella sociedad el trabajo de pensar por todos y de señalarles el camino que habían de recorrer para llegar á un fin venturoso á costa de poco trabajo. ¡Desgraciado del que se levantaba sobre su propia razón y pensaba por sí mismo! irremediablemente era condenado.

La sociedad fué oscureciéndose poco á poco. Densas nubes preñadas de electricidad se acumulaban en su atmósfera. Los vientos, encerrados en profundas cavernas, se condensaban para conmovir después el edificio social; y los padecimientos de los mártires de la verdad producían honda sensación en los hombres de buena fe; y el libro y el discurso principiaron á iluminar aquel horrible estado de cosas, preparando el tremendo acontecimiento de la Revolución francesa, tan grande en principios y hechos heroicos como en espantosos crímenes. Fué la locura de los que pretendían establecer una nueva civilización más justa, más racional y más perfecta que la que encontraron; y también, la embriaguez moral de muchos desalmados que se alimentaban de exaltadas emociones de venganza, originadas por sus mezquinos y perversos sentimientos.

La vieja sociedad aparentaba bambolearse sobre sus carcomidos cimientos. Todo era ruinas, confusión y desquiciamiento. La lucha gigantesca entre la antigua civilización que entraba en su agonía y la nueva que se engendraba al calor de los vapores de la sangre derramada en la guillotina y en los campos de batalla, crispaba los cabellos de los hombres, hacía crujir sus huesos, y, con la palidez y descompostura que el Profeta dijo se ha de dar comienzo al Juicio final, se proclamaba la soberanía de la razón humana, divinizándola; se entronizaba la verdad y pureza en todos sus juicios, como si estuviesen siempre exentos de error y de pasión. Sin respeto á los principios eternos de la moral; sin sentir la desconfianza que debe acompañar á toda noción adquirida racionalmente hasta que una demostración clara y rigurosa haya autorizado su certeza, no había más

política que la de destruir y dominar, tratando de imponer aquellos ebrios y esforzados convencionales, por medio de la sangre y del terror, sus grandes principios y sus locuras.

El cansancio llegó después del imperio de la devastación. Hombres aleccionados y desconocidos prestaron su concurso para dar comienzo á la fundación del nuevo edificio social. Los déspotas quedaron humillados, el principio de la libertad de conciencia establecido, y los derechos individuales principiaron á consignarse en las leyes, aunque con suerte varia. En suma, los derechos políticos todos fueron ampliamente discutidos y admitidos sucesivamente por casi todas las naciones de Europa.

Pero se llegaba al verdadero *gérmen* que encierra la fórmula de la nueva civilización, y no se encontraba, ni se encuentra todavía, el *agua* que ha de desarrollarlo en leyes sábias y más perfectas que las que han regido el sistema que se desmorona. ¿Qué hacer con la propiedad? ¿Qué con la familia? ¿Cómo relacionar el sentimiento religioso con el interés social?

El progreso de la humanidad se alcanza por medio de la sólida instrucción. Todos los pueblos civilizados se ocupan asiduamente en dar satisfactoria solución al problema de la enseñanza pública. Allí donde la libertad es más amparada, la escuela se multiplica. Crece el afán y el interés de instruirse para satisfacer las necesidades de la vida intelectual y de la vida material. El hombre se engrandece cuando, por medio de su actividad, de su inteligencia y de su razón, descubre verdades desconocidas ó falsamente apreciadas por la ignorancia ó la ciega autoridad. El espejismo en las ideas es descubierto, aunque lentamente, y lo verdadero quedará separado de lo falso.

Asistimos, pues, á una larga y profunda transformación social. No nos inquietemos porque bullan y florezcan algunos hombres que, careciendo de méritos personales, encuentran en los continuos trastornos que sufren los pueblos el medio de prosperar y lucir. La escoria que recubre la masa que encierra el crisol irá desapareciendo á medida que adelante su purificación.

AGUSTIN MONREAL.

LA ESPERANZA

SONETO

Lejana siempre estás, pero te veo,
Hermosa luz de la existencia mía,
Sortilegio engañoso de alegría
Que en darme vida y muerte hallas recreo.
Á veces, loco de ira, titubeo,
Y á poder sucumbir, sucumbiría;
Mas tú serenas la borrasca impía
Que enturbia el ancho mar de mi deseo.

Gallarda, leda, vaporosa, ufana,
Haciendo vas, por obra de mi suerte,
Infierno y gloria de la vida humana.
No me niegues el don de poseerte;
Pues tienes la virtud, sombra liviana,
De embellecerlo todo, hasta la muerte.

LEANDRO HERRERO.

POR VER Á MI TIA

AVENTURAS DE UN CORTO DE VISTA

I

La raza humana, en las diferentes manifestaciones con que la caracterizó la naturaleza en su conjunto homogéneo, ofrece una variedad cuyo número acrece cuanto con más veloz paso se suceden las generaciones.

Y hé aquí una de las muestras de la infinita misericordia de Dios. ¿Qué sería de nosotros, si nuestro cuerpo, nuestra fisonomía en nada se diferenciara de las del inmenso resto de semejantes? ¿Cómo nos compondríamos para distinguir á *Fulano de Mengano*, á *éste de aquél*, á *Zutano de el de más allá*, si *Fulano* no fuera rubio, si *Mengano* moreno, si *éste* cojo, si *aquél* manco, y, en fin, si todos no tuvieran un signo distintivo? Y en determinados pueblos, en donde tanto abundan los *Pepes*, *Pacos* y *Antonios*, *Navarro*, *Pastor* ó *García*, ¿cómo se distinguirían sus habitantes los unos de los otros, sino aplicándose por vía de *apéndice* ó *apodo* toda una colección de plantas, muebles, vicios, defectos, etc., etc.?

II

Todo lo expuesto anteriormente es, salvo excepción, de un pueblo que acabamos de visitar, en donde los nombres de sus habitantes evocan el recuerdo de todos los personajes de la *Biblia*.

Este pueblo es Monóvar, el antiguo manantial de aguardiente que admiraba y bebía toda España. Los tiempos han cambiado, y ahora el rico anisete de Novelda es el que recorre todo el mundo y se premia en todas las Exposiciones. Al aguardiente de Monóvar le sucede lo que al individuo del refrán: *costrar fama*.....

Pero volvamos á nuestro asunto, y allá va el siguiente caso que me ocurrió en el último de estos pueblos.

Hacía un par de horas que á él había llegado, cuando, en la casa en que me hospedé, penetró un caballero de avanzada edad, que dialogó algunas palabras con la dueña. Esta, despues, gritó al pié de la escalera:

— David.

— ¿Qué quieres, Rebeca? — respondieron de arriba.

— Llama á Moises, para que busque á Isaac, que el Sr. Abraham le está esperando.

Sorprendido quedé, y deseoso de saber la causa por la que bautizaban con tan raros nombres; curiosidad que mi patrona satisfizo diciendo:

— La mayor parte de los que habitan este pueblo se apellidan Perez ó Verdú, y esto sería un baturrillo si no nos valiéramos de nombres estrambóticos y poco usados.

Me di por convencido, y en mi interior aplaudí aquel medio de distincion, mucho más regular que el usado en otras poblaciones.

III

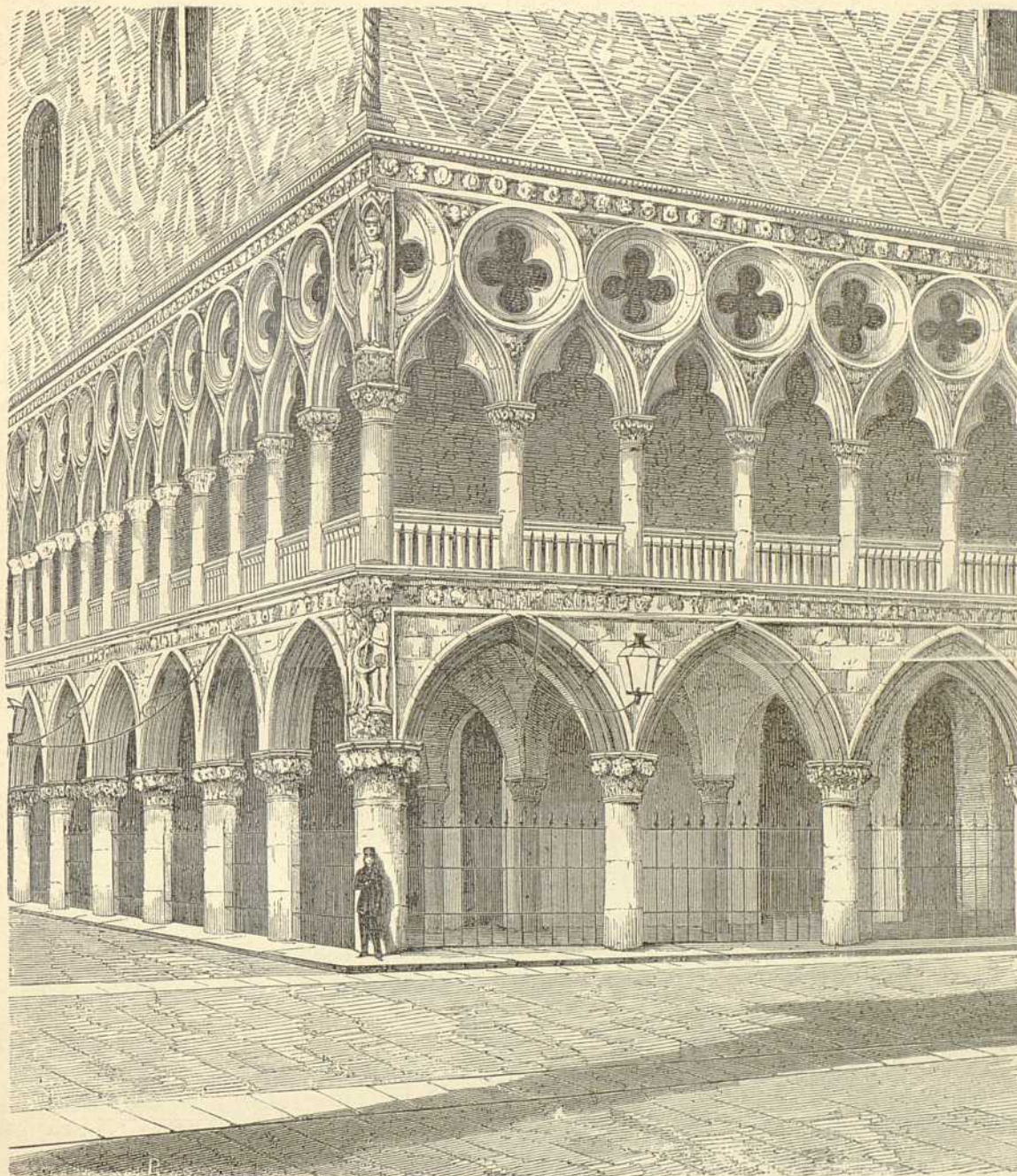
Pero..... vamos al caso y no divaguemos: el epígrafe de este artículo, ó cosa parecida, indica algo sobre el corto de vista, y á él vamos á dedicar las líneas que restan.

¡Miradle! Los ojos entornados, como recogiendo la luz, y limpiando un par de quevedos que cuelgan de un cordoncito negro que rodea el cuello de su camisa, transita Cándido á nuestro lado, inclinando su cuerpo — cuanto se lo permite la elegancia que presume — á un lado y á otro para distinguir mejor.

¡Sér infeliz! Juguete de las equivocaciones; víctima de su defecto, que procura no reconozcan, sin comprender los disgustos que esta indiscrecion le acarrea. ¡Ahí le teneis! Veintidos años, hermosa figura, rico y honrado, y, sin embargo, Luisa, la hermosa rubia que le enamora con su garbo y gentileza, le infiere repetidos desprecios, desde una noche en que..... Juzguen mis amables lectores el caso.

IV

Luisa es huérfana, y su pariente más cercano es una tia, que sólo en el nombre se parece á su sobrina.



Palacio ducal de Venecia.

El enamorado galan, que frecuente acceso tenía en la casa, entró en ella un día al anochecer, y cuando únicamente la tía se encontraba en el gabinete adonde se le condujo.

Cándido no distinguió más que á una mujer recostada en un sillón, y creyéndola el objeto de su amor,

—¡Gracias á mi fortuna!—dijo—que un momento á solas con V. me ofrece...—y sin más preámbulo la descargó una declaración, pintando la pasión que se agitaba en su alma, y continuara por más tiempo aquel soliloquio, si el grito de:

—¡Infame!—que lanzó Luisa al entrar en aquella habitación con una luz, pues había anochecido, y verle á los pies de su tía, no le hubiera confundido dejándole más helado que un *sorbete*. — ¿Es ése el cariño que me profesas?

—Luisa..... yo.....

—¿Tú, qué? Di.

—Yo..... yo.....

—Si no tienes disculpa.

—Pero ¿estás loca? —ya repuesto dijo Cándido.— ¿Cómo supones enamore á tu tía, si es más fea que un demonio?

—¡Villano! ¡Mal caballero!—gritó desafortadamente ésta — ¡yo fea!

—Dispense V., señora — balbuceó el jóven, comprendiendo su indiscreción;—como estaba oscuro..... creí.....

—¡A la calle! ¡A la calle!

—Pero.....

—Váyase V.

—Luisa.....

—Vete, dijo ésta señalándole la puerta.

El desgraciado amante salió maldiciendo su futura estrella.

V

Han transcurrido tres meses.

Cándido acaba de recibir un telegrama que dice:

« Querido Cándido: Te espera mañana por intereses tu tía

RITA. »

— ¡Mañana! pensó para sí el jóven; son..... las diez; el tren sale al anochecer..... aquí nada me detiene. ¡Irémos á ver á mi tía!

Y aquella noche el correo hendía la distancia dirigiéndose á la ciudad del Cid, la vestal que ocupa su hermosura entre el follaje de su rica vegetación.

VI

El prolongado silbido de la locomotora anunció, ya bien entrado el día siguiente, la llegada del tren á Valencia, y nuestro jóven, despues de cerrar la cartera de donde sacó el billete que entregó á un empleado, abrió la portezuela de su departamento, y sin encomendarse á Dios ni al diablo se arrojó del coche, cayendo de bruces sobre los rails, pues el tren había continuado la marcha que momentáneamente interrumpió para recoger los billetes.

Algunos mozos se acercaron á socorrerle.

— ¿Se ha hecho V. daño? preguntó uno.

—No, no es nada, dijo Cándido.

— Señorito.....

— ¿Qué?

— El pantalón.....

— ¡Maldito! exclamó el jóven; se ha roto por la rodilla. Pronto, pronto un *simon*.

— ¡Simon! dijeron los mozos con extrañeza.

— Un coche.

— ¡Ah! por allí viene uno. ¡Eh! ¡tartanero, tartanero, aquí, un asiento! ¡Ea! suba V., añadió uno de los mozos cuando se aproximó el vehículo.

— ¿Adónde? preguntó con extrañeza Cándido, que desconocía este aparato de conducción.

— ¡Hombre, al coche!

— Pero si.....

— Déme V. el talón del equipaje. ¿Qué fonda?

— Cualquiera, contestó el jóven, despues que se acomodó como mejor pudo en la tartana.

— Fonda de..... dijo el mozo al cochero; y el carruaje emprendió la marcha.

VII

Tres horas despues, Cándido respiraba con profunda satisfacción al encontrarse frente á su baúl, que acababan de llevarle, y sobre el cual se inclinó probando repetidas veces una llave en su cerradura, aunque sin ningun resultado.

— ¡Caracoles! exclamó; ¿qué demonios hay aquí? esta llave..... lo dicho, no entra; indudablemente la tomaría por otra, y..... ¿cómo voy á ver á mi tía? ¡Mozo! ¡Mozo!

— Señorito, dijo uno de la fonda apareciendo en la puerta del cuarto.

— ¡Pronto! Un cerrajero para.....

— Ya, ya; voy corriendo.

— ¡Maldita suerte! quedó diciendo Cándido; todo parece conjurarse contra mí. ¡Voto contra mi nombre! ¡Y todo, por ver á mi tía! Principiaré á desnudarme, para no perder tiempo; y esto dicho, entróse en la alcoba.

VIII

— ¿Se puede pasar? preguntó poco despues un hombre — con el rostro completamente tiznado, y la blusa y pantalones, que eran azules, chamuscados y sucios, — que se introdujo en la habitación.

— Poder, sí; lo que sucede es que no se debe colar uno de rondon, exclamó Cándido, asomando la cabeza entre las cortinas que se despleaban ocultando el interior de la alcoba. ¡Mas, calle! ¿Es usted el cerrajero? añadió; pase V., hombre, pase usted, y haga trizas esa maldita cerradura para poder sacar ropa con qué vestirme.

— Al momento, señor, dijo el mecánico, poniendo manos á la obra.

Al levantar la tapa del baúl-mundo y reparar lo que contenía dentro, el mecánico abrió una boca de á palmo, y sus ojos retrataron una gran sorpresa.

— ¡Canastos! dijo para sí; me pareció tenía bigote, pero esto..... y luego añadió en alta voz:
 — Servidor de V., señora.
 — ¿Cuánto es? preguntó Cándido desde la alcoba.
 — Poco; un real.
 — Ahí va una peseta.
 — Gracias, señora.
 — ¡Qué señora, ni qué niño muerto! exclamó Cándido irritado; soy tan hombre como V.
 — Dispéñeme, señor..... como..... balbuceó el cerajero.
 — ¡Vaya, vaya! Adios.
 — Páselo V. bien, señor.

IX

— ¿Por qué me llamaría señora ese babeiaca? quedó diciendo Cándido, que se dirigió al baúl con objeto de sacar prendas con qué vestirse: ¡Jesus! exclamó al reparar lo que contenía dentro; ¿qué es esto? Blondas..... dijo sacando las prendas que enumeraba; encajes..... vestidos..... ¡Dios mio! ¡Si esto es el equipo de una bailarina! ¡Mozol! ¡Mozooo!
 — Señorito, ¿qué se le ofrece? dijo éste, presentándose.
 — Este baúl no es mio; cinco duros de propina, si ántes de una hora arreglas este asunto.
 — Voy volando; y el chico, aguijoneado por tan pingüe ganancia, partió como una exhalacion.

X

— ¡Malhayan las oficinas, los empleados, el ferro-carril, y el que ha confundido mi baúl! La verdad es que son iguales.
 Estas y otras reflexiones se hacía Cándido, cuando llamóle la atención un corto diálogo que voces de diferente sexo entablaron junto á la puerta del cuarto.
 — ¿El número 20? dijo una con femenino acento.
 — Delante le teneis, señora.
 — ¿Le ocupa un jóven viajero que ha llegado hoy?
 — El mismo.
 Cándido, mientras, pensaba:
 — ¡Nada! mi tia, que, extrañando mi tardanza, habrá indagado dónde estoy, y vendrá á verme.
 En este momento, dos golpecitos sonaron en la puerta.
 Nuestro jóven, sin reparar en lo ligero de ropa que se encontraba, se dirigió con rapidez á abrir, é *incontinenti* abrazó estrechamente, cubriendo de besos, á la señora que fué á entrar.
 Quedó ésta asombrada al pronto, y la voz espiró en su garganta; mas, reponiéndose al instante, gritó:
 — ¡Bruto! ¡Que me ahoga!
 — ¡Tia! ¡Querida tia! dijo Cándido.
 — ¡Qué tia, ni qué col! exclamó su interlocutora.
 — ¡Bárbaro de mí! dijo Cándido, al reparar en ella; la he confundido..... Señora, dispéñeme; dispense.....
 — No hay de qué, caballero; y, en fin, ¿sabe V. á lo que vengo?

— Si me lo quiere V. decir.....
 — Pues por el baúl, dijo aquella linda jóven, — pues aún no contaría veinticinco años, — señalando al que se hallaba en un ángulo del gabinete.
 — ¡Ah! ¿V. es.....
 — Sí; yo soy..... la dueña, contestó aquélla, acompañando sus palabras con un mohin picaresco, y levantando un poco su diminuto pié, que hizo girar marcando un pequeño círculo.

Cándido se quedó hecho una estatua contemplando el zapatito de charol que indiscreto se asomaba bajo el último volante de la falda de la bailarina.
 — ¡Bien! exclamó por fin el jóven, dando un fuerte respingo; lléveselo V.; pero.....
 — ¿Qué?
 — Nada, nada, contestó Cándido; y como, concibiendo una nueva idea, añadió: ¿las señas de su.....
 — ¡Ah! ya; Nieves, 9, principal; ¿desconfía usted de mí?
 — ¡Yo! no tal; lo hacía por saber..... ¿la gracia de V.?

— Leonor Guillén.
 — Leonor..... Leonor..... yo no sé qué siento; me ahogo, me abraso; me.....
 — ¡Pero, hombre! ¿En calzoncillos?
 — Dispense V., señorita; dispense esta falta, como la cometida al.....
 — ¡Bah! No merece la pena de nombrarlo; me voy, añadió, levantándose; enviaré un mozo por el baúl. ¿Nos veremos? preguntó Leonor con irresistible sonrisa.

— Sí, sí; luego..... pronto, contestó el jóven; apénas pueda vestirme. Leonor, mi querida Leonor, yo.....

— ¡Pero, hombre! ¿Está V. loco?
 Cándido se apercibió de que había salido al corredor, y retiróse confuso y disgustado á su cuarto, mientras la jóven soltaba una sonora carcajada.

— ¿Habrás visto suerte como la mia? se dijo el jóven, mientras se acomodaba en un sillón, durmiéndose pocos instantes despues.

X

— Por más que he corrido, decíale el mozo á quien encargó el asunto del baúl, dos horas despues, por más que he suplicado, todo inútil; las oficinas se habían cerrado, y.....

— ¡Voto á San Roque! ¿Y qué hago?
 — Pues esperar hasta mañana; ya ha anochecido, y sólo es cuestion de algunas horas; yo le subiré periódicos, le serviré aquí mismo la comida; deje pasar esta noche, que mañana será otro día.

— ¡Animal! murmuró Cándido, cuando el mozo se retiró; ¡si tú supieras lo que sudo, lo que rabio, lo que..... y todo, todo por ver á mi tia! exclamó con furioso acento.

XI

La robusta voz de un sereno entonó:
 — ¡Las once y nubladoo!

La animación que momentos ántes notábase en la fonda fué decayendo, remplazándola un monótono silencio, interrumpido unicamente por el ruido que producían los cascos de los caballos y ruedas de algun carruaje que herían el pavimento de la calle.

Cándido se sintió acosado por una necesidad imperiosa propia de todos los seres, racionales é irracionales.

—¿Y cómo salgo de este modo? se preguntó; si no hubiera ningun huésped en el corredor, son las doce, y.... el jóven entreabrió con precaucion la puerta, y miró á todos lados. ¡Bravo! añadió despues; ni un alma: salgamos; esa agonizante luz me servirá para ver.... número cuarenta y uno; debe estar más allá; veinticuatro.... diez y ocho.... ¡aquí está! y Cándido levantó el pestillo de una puerta, que cerró tras sí al introducirse en el aposento con que comunicaba.

—¡Caracoles! dijo, mientras daba cautelosamente algunos pasos, rodeado por la más completa oscuridad; debí traer fósforos; pero, por que no me vieran de este modo.... ¡Y qué espacioso es esto! no encuentro.... ¡Jesucristo!

—¡Eh! Luis, ¿eres tú? preguntó una soñolienta voz de mujer; ¡qué susto me has dado, hijo!

Cándido se quedó hecho de piedra; había tropezado con una silla que echó á rodar, y, aunque tarde, comprendió que aquel sitio no era el que buscaba.

La voz que había oído continuaba dirigiéndole repetidas preguntas, que no se atrevía á resolver, tomando la resolucion de salir de allí sin hacer ruido; pero en este momento abrieron la puerta, y el opaco resplandor que brillaba en el exterior dibujó la silueta de un hombre.

—¿Qué es esto? exclamó, cogiendo á Cándido por el cuello; ¿quién eres tú? ¡Clotilde!

—¡Luis! ¿Qué dices?

—Di, ¿quién es?

—Caballero.... por todos los santos de la Corte Celestial, balbuceó Cándido; suelte....

—¡Silencio! Y tú, hermana, responde.

—No sé absolutamente nada. Me despertó el ruido causado por una silla que debió venir al suelo; creí que eras tú....

—¡Caballero.... caballero! interrumpió Cándido, decidiéndose á confesar su defecto con tal de salir de aquella angustiada situacion; yo soy corto de vista, y....

—¿A mí qué me cuenta V., señor mio? contestó agriamente el hermano de Clotilde.

—Que yo.... añadió Cándido, tragando toda la saliva que contenían sus glándulas, confundí el número.... me equivoqué....

—¡Voto á cien mil bombas! ¿V. se burla?

—Como la puerta estaba sin pasar el cerrojo.... balbuceó el aturdido jóven.

—Yo la dejé así, por haberse extraviado la llave y tener que salir por un momento, que V. quería aprovechar....

—¡Por Dios y por su Madre!....

—En los negocios de honor no hay ruegos. V. se casa con mi hermana.

—Pero....

—¡Luis!

—¡Nada! Mi honra lo exige.

—Pero si nadie ha visto.... se atrevió á objetar Cándido.

—Lo he visto yo, y basta. Y á fe de capitán del 5.º de Dragones....

—Luis, ¡si no conozco á este caballero!

—Pues con un fósforo, negocio concluido.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Puf!

—¡Eh! ¿Le habeis apagado apenas encendido? mas no me la pegais. Caballero, ya conoceis á mi hermana, Clotilde del Romeral. Clotilde, ya has visto á Don....

—Cándido Bueno del Todo, servidor de ustedes, murmuró el jóven.

—Gracias. Mañana nos veremos.

—Pero....

—¡Ó boda ó sangre! gritó D. Luis.

—Boda, casamiento, bautizo, lo que V. quiera, dijo prontamente Cándido.

—Conque.... hasta mañana. Que V. descanse.

—Gracias. Hasta mañana.

Y el jóven salió mohino y cabizbajo, pensando, mientras se dirigía á su habitacion:

—¡Qué lance tan singular! Ó casarse ó.... No, mejor es lo primero; y ella es bonita, muy bonita; pero está sujeta á tantos percances la vida del matrimonio.... añadió ya en su habitacion y, poniéndose un gorro de dormir. En fin, ello dirá.

A los pocos momentos dormía intranquilamente, pronunciando repetidas veces:

—¡Por ver á mi tia! ¡Por ver á mi tia!

CONCLUSION.

Los periódicos de Valencia anunciaban, un mes despues de ocurridos estos sucesos, el casamiento de D. Cándido Bueno del Todo con la hermosa señorita Doña Clotilde del Romeral.

Si alguna vez, mis queridos lectores, encontrais al primero y deseais saber por qué se casó, preguntádselo, y con entonacion trágica os contestará:

¡Por ver á mi tia!

N. D'AIGUEVILLE.

VÍCTOR HUGO

¿Quién no conoce á Víctor Hugo? ¿Quién no ha leído con fruición, una y mil veces, las páginas inspiradas que han brotado de su pluma, y sentido con deleite las notas armoniosas que de su lira de oro ha arrancado su estro vigoroso, y cuyos acentos han atravesado los mares y las fronteras para repercutir en todos los corazones y hallar un eco en todas las almas?

Preguntad en Europa y en América, en los países cálidos, patria de la poesía y las artes, y en las comarcas envueltas por las brumas del polo, y en todas partes os contestarán: Víctor Hugo es el poeta del siglo XIX, el vate universal, el oráculo de las generaciones presentes y el que simboliza en sí las aspiraciones, las creencias y las dudas, los grandes ideales y los grandes errores de la raza latina, mejor dicho, de la humanidad, porque las aspiraciones que tienen por término el reinado de la justicia no son patrimonio exclusivo de este ó aquel pueblo, de una ú otra raza; son obra comun y deseo general de todos los hombres.

Estudiar, pues, á Víctor Hugo en sus obras más celebradas es estudiar el modo de ser de nuestro siglo; que, á la manera como en los anales astronómicos las diversas centurias se conocen y distinguen por la aparición de astros brillantes que eclipsan durante su permanencia en nuestro horizonte la luz de los ordinarios, así, en los anales históricos, las épocas distintas de la vida de la humanidad también son conocidas por la existencia de seres extraordinarios, verdaderos astros luminosos del mundo de las ideas, que oscurecen durante su vida el resplandor más débil que destella el comun de las inteligencias.

Por eso el siglo XIX será conocido con el nombre de *Siglo de Víctor Hugo*, y ostentará en las páginas de la historia, como timbre glorioso y prueba de su valía, el nombre del inmortal autor de *Los Miserables*.

Léjos de nuestro ánimo escribir un juicio crítico de las obras del renombrado vate: para apreciar el vuelo de las águilas es preciso tener sus alas y remontarse en pos de ellas: tampoco vamos á hacer su biografía: circunscribir y encerrar en un artículo los actos y pensamientos de los grandes hombres, es querer aprisionar y medir el genio, y el genio no tiene más medida que la inmensidad; por eso nuestro trabajo será más modesto y más limitado: nos

contentamos con admirarle y presentarle á los lectores de nuestro ALMANAQUE; que en las coronas que circundan la frente de los triunfadores también ocupan su puesto los verdes retoños de humildes hojas, pues sirven al ménos para realzar los colores brillantes de las preciadas flores.

Ahí teneis, pues, á Víctor Hugo, al anciano respetable que aún guarda bajo la nieve de sus cabellos el volcan ardiente de la inspiracion; al cantor de *Nuestra Señora de París*, al autor de *Los Miserables*, de *Los trabajadores del mar*, de *El Noventa y tres*; al que, en la *Leyenda de los siglos*, ha sabido trocar la historia en armoniosa cancion; y aún hay más: ése que parece destinado á ser el poeta social de nuestra era, el que piensa y siente por nuestra generacion, ya que, por desgracia, hay tantos que carecen de pensamiento propio y sentimientos nobles; ése es también el poeta más fervoroso amante de la dicha del hogar. *El arte de ser abuelo* ha revelado al mundo que bien pueden abarcarse con mirada de águila los dilatados horizontes de lo pasado y lo futuro, y hablar á los pueblos el hermoso idioma de la libertad y fraternidad universales, sin dejar por eso de anidar, como ave cariñosa, en el añoso tronco del hogar doméstico, cobijando con sus alas á los tiernos pajarillos y cantando con sublimes notas la dicha y la tranquilidad de la familia.

¡Dichoso el hombre que, en medio de los aplausos del mundo todo y entre los resplandores de la gloria universal, conserva puros los sentimientos de ternura y se cree feliz entregándose á las dulzuras del amor paternal!

¡Bienhaya el anciano roble que, tocando con sus ramas elevadas la inmensidad del firmamento, presta su tronco robusto para que en él se apoyen los débiles retoños que á su lado brotan!

Y si aún falta algo para hacerle acreedor á nuestra admiracion y respeto, su amor á nuestra patria, donde su inspiracion ha bebido raudales de poesia, nos hacen doblemente querido al anciano y al vate: él lo ha dicho: «Cuando niño, era español; hoy, que soy hombre, soy ciudadano frances y soy también español.» ¿Qué podremos añadir á esta preciosa confesion del inmortal Víctor Hugo? Nada que no resulte pálido y poco elocuente. Enmudezcamos, pues, y admiremos; y si alguno quiere que le mostremos los títulos con que reclamamos esa gloria literaria, digámosle con orgullo:



Victor Hugo.

«Francia ha engendrado al hombre; España ha engendrado al autor del *Hernani*.»

Para terminar, copiamos á continuacion algunas líneas de un artículo titulado *Victor Hugo y sus nietos*, publicado en nuestro apreciable colega *El Globo*, y que viene á corroborar cuanto hemos dicho del ilustre poeta:

«Victor Hugo, como todos los genios, será discutido por las generaciones venideras. Tendrá detractores, como los ha tenido Shakespeare. Los murciélagos negarán la importancia de su luz, pero al fin quedarán deslumbrados por ella. Se amontonarán nubes sobre la estatua del sublime escritor del siglo XIX, pero el cielo concluirá por despejarse y brillará en los amplios horizontes del Arte el nombre de Víctor Hugo con toda la majestad y grandeza de un astro de primera clase.

»Entonces, no hay que dudarlo, junto á su misión civilizadora, provechosa, humana, se ostentará poderosamente el sublime Arte con que Víctor Hugo se ha ocupado de los humildes.»

Y el siglo XIX, añadiremos nosotros, que se avergonzará en los tiempos venideros de haber sido padre de mil monstruos sanguinarios que han assolado la tierra con sus ambiciones y miserias, tendrá á gala haber sido el siglo de Víctor Hugo.

¡Loor, pues, al primero de nuestros poetas contemporáneos, al autor de *Nuestra Señora de París* y *Los Miserables*!

La raza inmortal de los genios, que empieza en Homero y continúa en Milton, Dante, Shakespeare y Cervántes, tiene un digno hijo en Víctor Hugo.

M. R. H.

EN EL ALBUM DE LA SRTA. DOÑA ELENA BUZON

AGONIA

En un lecho de afliccion,
Triste amor alimentando,
Yace un poeta espirando,
Víctima del corazon.

Y dentro de él batallaban
Cien afectos encontrados,
Cuyos ecos apagados
Así su muerte amargaban:

La razon: ¡Qué loco eres!

El sentir: ¿Por qué la adoro?

El interes: ¡No tiene oro!...

El desden: ¡Aun hay mujeres!

La conciencia: ¡No me vendo!

El amor: ¡Es mi delirio!

El talento: ¡Tu martirio!

El alma: ¡Te voy sintiendo!

La muerte: ¡Volemos pronto!

La esperanza: ¡No, espera!

La vida: ¡Todo quimera!

El mundo: ¡Ha sido un tonto!

N. D'AIGUEVILLE.

Madrid 26 de Octubre de 1881.

NEGOCIO REDONDO

Unos negros ojos vendo:
¿Quién me los quiere comprar?
Los vendo por habladores,
Que á todos cuentan mi mal.

Así cantando una niña,
Sus ojos en venta puso;
Y yo, que hallé de ternura
En sus pupilas dos mundos,
Diciendo que los compraba
Mi corazon le dí al punto,
Y, en buena ley, desde entónces
Han dejado de ser suyos.

Mas, siendo de una hechicera
Que enloquece con su influjo,
Ansiando la paz del alma
Sólo quiero, en usufructo,
Que en los míos vean siempre
La pasion que en ellos busco.

SEVERINO PEREZ.

16 de Noviembre de 1881.

EL DRAMÁTICO INGLÉS ⁽¹⁾

Coloca Valera á Shakspeare, no á la altura de Cervántes, pero sí al nivel de Calderon y casi hombreándose con Lope.

Schak, y este juicio lo acepta el citado escritor español, coloca á Tirso más alto que todos los dramáticos de su época, incluso Calderon y exceptuado Lope, añadiendo que difícilmente podrá presentar ninguna literatura extranjera, *salvo Shakspeare*, nada que deba ni remotamente compararse con Tirso de Molina, de quien dice, según anteriormente hemos citado, «que es más cómico, *más trágico, más conocedor del corazón humano, más chistoso, más profundo, más inventor de caracteres* y de enredos, *más elevado, más poeta*, en suma, que *Calderon, Rojas y Moreto.*»

Precisamente en esas condiciones en que tanto brilla Tirso, enciérrese la especialidad del dramaturgo inglés. Ninguno más trágico y conocedor del corazón humano, ninguno más profundo ni creador de perfectos caracteres que él.

Así como Calderon lleva al teatro tesis filosóficas, sentimientos abstractos, dándoles forma merced á la reflexion, Shakspeare presenta afectos humanos en forma real y positiva, pasiones que se desarrollan y hacen su camino con arreglo á las leyes de la lógica.

Su teatro es el teatro *real*; el del poeta castellano, el teatro *ideal*. Y hé aquí cómo no puede calificarse á éste de *Shakspeare católico y español*, existiendo ya una diferencia esencialísima, que es la que caracteriza la personalidad literaria de cada uno; á ménos que con aquella denominacion quieran dar á entender, los que la emplean, que el dramático español es el más eminente entre todos, como Shakspeare lo es en el teatro inglés.

Traza este gran trágico sus caracteres con firmeza, sujetos siempre á la realidad, y nunca apela al capricho para pintar tipos excepcionales ni para hacer, á los que crea, moverse como mejor convenga

al enredo de la obra. Por eso la accion resulta siempre sencilla, naciendo su grandiosidad de la de los personajes; mientras que, en los dramas de Calderon, el mayor interes está en los incidentes variados é ingeniosos, y buscados con oportunidad.

Los tipos del dramático español, como buscados en la excepcion, son caprichosos; los del poeta inglés, tomados dentro de la regla general, son figuras colosales, sí, pero verdaderas; piensan, sienten y obran como hombres, y hasta en el menor detalle son completos y bien determinados.

Sin ningun propósito filosófico ni pensamiento trascendental que presidiese á la construccion de sus obras, Shakspeare ha hecho creaciones verdaderamente dramáticas, y para conducir las á su verdadero fin, ajustado á la realidad, no hubo menester introducir incidentes providenciales que forzasen el curso de los acontecimientos: bastóle dejar que los personajes hagan su camino y obren como son y de conformidad con lo que representan, sin olvidar que la expresion corresponda al carácter de naturalidad que ostentan.

Y tan allá lleva Shakspeare esta condicion de su teatro, que sus obras, para ser hoy representadas, tienen que sufrir un prolijo exámen á fin de tachar en ellas las frases groseras, indecentes, que en algunas abundan, pero que en ninguna faltan.

El carácter principal del teatro shaksperiano, aparte de su grandeza, es la realidad, porque este autor no ha elegido para la creacion de sus personajes ideas y sentimientos que, si son generales, varían en el concepto que de ellas se forma y en la manera de apreciarlas, como hizo Calderon: el dramaturgo inglés dió cuerpo á ideas y sentimientos eternos é inmutables, que existirán en la humanidad como la humanidad misma: hasta los malvados que pinta, son los malvados de todos los tiempos.

Un Heródes, un Lope de Almeida, son *rara avis*: un Oteló, despojado de la grandeza poética por supuesto, se ve todos los dias.

La manifestacion de los sentimientos, de los apetitos, es siempre real, hasta pecar á veces de grosera.

Los personajes de Calderon son los contemporá-

(1) Este artículo forma parte del libro en prensa, premiado por el Instituto de Lugo, *Shakspeare y Calderon: notas é indicaciones para un paralelo.*

neos del poeta, con su peculiar modo de ser, pensando de conformidad con su época, explicándose laberínticamente. Los que Shakspeare crea y presenta son individuos de todos los tiempos.

Por ejemplo, Otelo puede representarse, salvo algún detalle no esencial, como drama de la época presente.

De esta realidad constante, digámoslo así; de este carácter eterno, general, que tienen los personajes del teatro shaksperiano, nace el gran aprecio que el autor ha merecido siempre, pero que se acrecentó en el siglo actual, é irá aumentando á medida que trascurren los tiempos.

Muy oportunamente hacen notar sus entusiastas comentaristas que el siglo XIX es el siglo de Shakspeare, el siglo de Hamlet. Este es el gran mérito del dramaturgo inglés; él se anticipó á su tiempo; escribió, no para su época, sino para las venideras.

Valera consigna, con gran acierto á nuestro juicio, que Hamlet, Otelo, Yago, Desdémona, Ofelia, y todas las creaciones, en fin, del gran genio del teatro, viven con mayor consistencia y firmeza en la mente de los hombres que todos los gloriosos héroes, capitanes y sabios que en el mundo existían cuando aquellos fantásticos personajes iban apareciendo sobre la escena.

Y con la discreción y buen tino que todos le reconocen, señala el crítico español una notable diferencia que no es posible dejar de tener en gran aprecio.

Escribía Shakspeare para un pueblo que daba principio á su engrandecimiento, al desarrollo de su civilización; recogiendo, pues, las ideas y sentimientos de su pueblo, su corazón y su mente miraban á lo porvenir; que tal es el poder del genio: ser superior á los tiempos en que vive.

Los dramáticos españoles escribían para un pueblo en decadencia, cuya civilización desaparecía, y sólo supieron reflejar lo que les rodeaba; y aún Calderon, espíritu superior á los demás, intentaba enaltecer sentimientos que desaparecían.

D. Juan Valera, refiriendo una anécdota, dice en amenísima forma una grande y amarga verdad.

Un pintor amigo suyo, que ha pintado Julieta y Romeo, Fausto y Margarita, contestóle, cuando le indicó pintase un asunto tomado de la literatura dramática española, que nadie entendería su cuadro, ni reconocería los personajes, ni sabría la acción, si de antemano no lo explicaba todo por menudo al espectador.

La vida de los héroes de Shakspeare, sigue diciendo Valera, es clara, notoria y contemporánea vida. La generalidad del público conoce ya á muchos de estos héroes por la fama, ó por haberles visto en cualquiera de las manifestaciones artísticas que inspiraron.

Nada hay más exacto: los personajes de Shakspeare no se olvidan una vez vistos; son como esas fisonomías simpáticas que vemos una vez en el mundo y que, sin embargo, jamás olvidamos. Cuando en el teatro oímos quejarse á algún personaje shaksperiano, si no repite lamentos que en alguna ocasión hayamos lanzado nosotros, seguramente que los hemos oído á un sér querido, ó por lo ménos

así se nos figura; tanta es la realidad con que los percibimos.

En aquellas desdichas y dolores que forman la base del teatro del poeta inglés están contenidos los dolores y las desdichas del hombre, de la humanidad, y en ellos tenemos nosotros alguna parte.

Son el poema del dolor, para el que cada hombre ha escrito una página.

Shakspeare es el poeta de las sombras, de las dudas, y Calderon el poeta de las creencias, de la fe; en ésta se inspira el poeta español, mientras aquí canta las vacilaciones y las amarguras de la vida.

Por eso el teatro del gran trágico inglés es el teatro del presente y será el teatro del porvenir: el de Calderon es ya hoy, y será aún con mayor motivo mañana, el teatro del pasado.

En uno, nos vemos como somos actualmente; en otro, aprendemos cómo fueron nuestros antecesores.

Nuestros dramáticos no pueden vivir como Shakspeare, ni unos héroes como otros — dice el tantas veces citado crítico español;— sean Lope y Calderon como Esquilo y Sófoles, y valgan y vivan sus personajes como Prometeo y Edipo y otros anticuados personajes del teatro griego.

No será incontrovertible esta opinión — á nuestro juicio exactísima;— pero sí es muy autorizada y digna de ser tomada en cuenta.

Porque, en efecto, las obras de nuestros dramáticos del siglo XVII, y aún especialmente las del mismo Calderon, son obras para eruditos, para gente docta, versada en filosofías, dispuesta para interpretar los conceptos oscuros y propicia á considerar sobre puntos arduos.

Y nada de esto es menester tratándose de Shakspeare, porque sus obras, aparte de alguno que otro párrafo no muy claro ó extravagante, están escritas en lenguaje propio para todos, asequible á cualquiera inteligencia, limpias y exentas de disquisiciones y ratiocinios científicos impropios de la escena. El autor inglés es á veces grosero; exagera la claridad de la expresión hasta tocar en lo brutal en alguna ocasión; pero es, en cambio, sencillo en la acción y el desarrollo, preciso en los movimientos.

Inteligible sobremanera, porque, ántes *dramático* que *moralista*, nada quiere enseñar *à priori*; toda la filosofía y moralidad de sus obras brota espontáneamente de la acción y de los hechos; todos los razonamientos, meditaciones y reflexiones hácelos por sí el espectador, sin que ninguno de los personajes se convierta en moralista y haga del escenario una cátedra.

Como no le preocupa el pensamiento trascendental, que es fundamento de las obras de Calderon, es lógico y exacto, y no distrae de su puesto á ninguno de los personajes; cada uno cumple su misión.

No suceden las cosas casualmente, por consecuencia ó efecto de extrañas intervenciones; no emplea medios ingeniosos para conducir la acción al fin premeditado. A cada uno señala su papel y el círculo en que ha de moverse.

Considera al público, como ya hemos advertido, como á un juez; ante él expone los hechos, sin prevenir su juicio en manera alguna. La personalidad

del poeta no aparece nunca en escena; ningun personaje le representa, pues cada uno tiene vida propia, responsabilidad especial. Él no ensalza ni condena; no enseña ni demuestra; su mision es presentar los individuos y los caracteres.

La ternura es tambien uno de los principales elementos del teatro shaksperiano. Desdémona, Julieta y Ofelia son tipos delicadísimos, superiores á todo encarecimiento, y muy superiores á todas las mujeres del teatro calderoniano.

No ocupan tampoco un lugar secundario, sino que son personajes importantísimos, sin los cuales casi puede decirse que desaparecería el interes del drama.

Las obras del gran trágico inglés tienen ademas otra particularidad, que ya hicimos notar ocupándonos de Hamlet. Tanto como lo que á nuestros ojos se efectúa, quizá más muchas veces, interesa el *drama mudo*, es decir, aquello de que es expresion lo que el personaje dice.

La desdicha de Desdémona, la locura de Ofelia, la desesperacion de Otelo, la duda del príncipe de

Dinamarca, nos interesan, nos conmueven, no por lo terribles y amargas que nos las pintan las frases de los personajes, sino por lo espantosas que aparecen á nuestra mente cuando reflexionamos acerca de la situacion de aquéllos.

Aunque Otelo no se quejara, aunque Hamlet no pronunciase una palabra, el drama existiría siempre, porque el drama se realiza, más que en la escena, en el cerebro de aquellos hombres.

No encontraremos en Shakspeare la filosofia científica, pero sí la filosofia humana; no veremos al hombre excepcional, pero sí al hombre de todos los tiempos; no distraeremos el espíritu penetrando en las profundidades filosóficas ni en los oscuros abismos de la teología, pero sí veremos cómo desfilan por ante nuestros ojos, asombrados de la magnitud de las figuras, la humanidad con sus pasiones, sus tormentos, sus dudas y sus miserias.

Vacquerie lo ha dicho: *Shakspeare nos da por manjar su carne y por bebida su sangre.*

AURELIANO J. PEREIRA.

UNA GOTA DE VINO

Díme, átomo rojo y trasparente, que con suave aroma oscilas ligero en esta límpida y cristalina copa, ¿quién eres, de dónde vienes, adónde vas?

Soy delicado licor, producido por la amorosa union de los elementos del aire, del agua y de la tierra, vivificados al divino aliento de la Sabiduría eterna.

Soy fortificante espíritu, nacido á impulsos de un cultivo feliz, que por vez primera realizó grande y bondadoso patriarca.

Soy, en realidad, sangre de la sangre humana, calor, vida é inspiracion de la raza latina; dulce y salúífero reparador de las perdidas fuerzas; último esfuerzo, en fin, del moribundo enfermo contra la próxima é implacable agonía.

Vengo del mullido campo donde mi querida madre, la verde y esbelta vid, nutrió dulces y dorados racimos, cobijándolos con amoroso afan bajo apacible sombra, formada por anchas y espesas hojas de esmeralda.

Vengo del seno trasparente y suave del sabroso fruto convertido por presion en flúido néctar.

Vengo, en fin, de las hirvientes cubas donde, á impulsos del principio vital del aire, sufrieron ruda transformacion los elementos esenciales de mi edad primera; allí, en aquellos antros misteriosos de oscuridad y silencio, no ha cesado de agitarme en mil variantes direcciones un espíritu sutil, inquieto y asfixiante, hasta que, cansado de atormentarme y no hallando ya sin duda en mí pasto á su actividad incesante, voló en espumoso tropel á la dilatada atmósfera.

Voy á encerrarme en reducida y oscura vasija de cristal, ó en duro y apretado tonel, para ser trasportado á las más dilatadas regiones del planeta que habitas.

Voy á dar la alegría, la inspiracion y la salud al hombre.

Voy á decidir en pro de la excelsa y valerosa raza latina el problema de la civilizacion permanente del mundo, que en vano quieren disputarle los bebedores del áspero y amargo brebaje, refugiados en las frias y lóbregas regiones del Norte.

¡Bendito mil veces tú, licor rojizo, que prestas el apagado calor á nuestra sangre, trasportando por todo nuestro sér los rayos del ardiente sol á que debes la existencia! Vé solícito á ser consuelo y vida á la vez del anciano y del niño, del rudo obrero y del desfallecido enfermo; sigue en paz tu camino; pero advierte á tu cultivador que, si quiere conservar tu existencia, vuelva á tu primitiva cuna, á la tierra, los elementos de vida que de ella saca y vende contigo en los mercados del mundo.

¡Desgraciado de él si, por avaricia febril, desprecia la ley de restitucion absoluta dictada por el dedo de Dios!

Las mariposas de la muerte cernerán en breve sus mortíferas alas por los esquilados viñedos, como justa expiacion de su egoísmo ó ignorancia.

R. T. MUÑOZ DE LUNA.

Madrid 26 de Octubre de 1881.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN

UN CASO BIBLIOGRÁFICO (1)

Para enseñanza de eruditos incipientes, y por lo curioso del caso, permítaseme exponer un caso raro que, estudiando detenidamente las obras del P. Feijóo, se ofreció á mis investigaciones.

En los *Anales tipográficos* de Feijóo se lee:

1735.—THEATRO ANTI-CRÍTICO; los dos primeros tomos, su autor D. Ignacio Armesto y Osorio, residente en esta corte.

1737.—THEATRO ANTI-CRÍTICO, de D. Ignacio Armesto; el último tomo en 28 de Mayo.

Busqué este libro; resultó no hallarse ni en la Biblioteca Nacional (2), ni en la del Noviciado.

En cambio, en la Nacional (64—E.—1) me vino á las manos un volumen, encuadernado en pasta, en cuya portada se lee: THEATRO ANTI-CRÍTICO UNIVERSAL, sobre las obras del Muy R. P. Maestro Feijóo del P. Maestro Sarmiento y D. Salvador Mañer en que se empieza con un brebe selecto de lo que dice el Padre Maestro; se reparte la justicia á cada uno de los puntos diferentes que los tres gallardos campeones ventilan entre si, y se convence la verdad crítica, contra los principales asuntos y otras varias opiniones del Teatro. Para desagravio de errores comunes. Libro primero: Dedicado á los Sres. Marques de Torre Nueva etc. Su autor el Doctor D. Joseph Quiroga Somoza y Lossada, colegial en el único de Pasantes y mayor de la ciudad de Compostela. Imprenta de Francisco Martinez Abad. La dedicatoria de este libro está fechada en Madrid á 22 de Junio de 1735, y la licencia del Rey para su impresion refrendada por D. Francisco Castejon, en San Ildelfonso á 28 de Setiembre de 1735. En su prólogo se consigna que se escribía para alivio de los que no tienen con qué comprar las extensas obras que extractaba.

Como en los *Anales tipográficos* referidos hay notorios errores, y apenas son otra cosa que la reproducción de los anuncios de la *Gaceta de Madrid*, y en éstos se hallan equivocaciones, como la

de atribuir á Feijóo la *Cantinelá octosilábica* de Don Juan Benito Leis, cuyo error se deshizo en el número siguiente (1), creí desde luego que el conde de Campománes había incurrido en una inexactitud, y que el autor del *Theatro Anti-crítico universal* era D. Joseph Quiroga Losada, y no D. Ignacio Armesto.

Vi, sin embargo, citado el nombre de éste por algun contemporáneo de Feijóo, y además al pié la *Respuesta de la Sora Ana Ximenez á la carta de D. Alonso de Carvajal*, á su vez contestacion al *Papel de Aviso*. Seguí, pues, buscando, y hallé que, así como la *Gaceta* del 6 de Diciembre de 1735 anunció la aparicion de los tomos I y II del *Theatro Anti-crítico*, en el número del 28 de Mayo de 1735 se encontraba este anuncio: «Libro III del THEATRO ANTI-CRÍTICO UNIVERSAL sobre las obras del reverendísimo P. M. Feijóo, del P. M. Sarmiento y de D. Salvador Mañer, en que se contiene el texto del THEATRO CRÍTICO, para alivio de los que no tienen con qué comprar aquellas obras, se reparte la justicia á cada uno de los puntos en que están discordes, se desagravia el comun de los errores que le imputa el Padre Maestro Feijóo y se ventilan otros puntos curiosos, que constituyen una leccion erudita, razonada y amena para los discretos. Su autor don Joseph Ignacio Armesto Osorio, casa de Joseph Miranda.»

Como se ve, entre este título y la portada ántes reproducida no hay perfecta exactitud. Sus palabras son casi las mismas, pero existen diferencias apreciables: creí, pues, que podrían ser dos los THEATROS ANTI-CRÍTICOS, uno de Quiroga y otro de Armesto. En ello me afirmé, registrando *El Diario de los literatos de España*, donde hallé en el tomo correspondiente al segundo trimestre de 1737, copiadas como cabeza de un artículo, todas las palabras del anuncio de 1737. Ante este nuevo dato, la duda no cabía. Se comprende el error de un reclamo de *La Gaceta*, pero no en el periódico dedicado á dar la noticia y la crítica de todos los libros nuevos.

(1) Este artículo forma parte de un libro inédito que lleva por título *Estudios críticos sobre Feijóo*.

(2) Al presente se sirve ya al público.

(1) El anuncio equivocado salió el 27 de Abril de 1728. Se rectificó el mártes siguiente.

Ya había renunciado á seguir estas mis investigaciones, cuando encontré en la Biblioteca de San Isidro tres tomos del THEATRO ANTI-CRÍTICO UNIVERSAL, por D. Ignacio Armesto y Osorio. Apénas los abrí, noté que la portada del tomo III era distinta en su confeccion tipográfica y en su redaccion, de la que llevaban los tomos I y II. Examinándolas más despacio, advertí que la del tomo III concordaba con el anuncio inserto en *La Gaceta*, 28 de Mayo de 1737, y por tanto, con el artículo de *El Diario de los literatos de España*, y que la de los tomos I y II era igual al anuncio que apareció en *La Gaceta* de 6 de Diciembre de 1735. El prólogo del tomo III explicaba esta diferencia, pues anunciaba haberse variado de impresion, á fin de que resultara una más esmerada impresion. Mas ¿cuál no sería mi confusion, cuando todo lo que recordaba del libro de Quiroga era igual al libro de Armesto, que tenía delante? Su dedicatoria, sus aprobantes, sus censores, sus apologistas, el texto, todo era igual; llegué á pensar que había visto con demasiada ligereza el libro de la Biblioteca Nacional y leído un nombre que no contenía la portada. Volví, de nuevo á examinarle, y resultó que no estaba equivocado, y que un libro era igual al otro; pero, no pudiendo tener ambos á la vista para notar las semejanzas ó las diferencias, íntegramente conté el caso á los bibliotecarios de San Isidro y logré que se mandara el libro de esta Biblioteca á la Nacional.

Allí, con los dos volúmenes á la vista, comparé hoja con hoja y encontré una absoluta y completa identidad en ambos. Su contenido, las fechas de la dedicatoria, de la licencia para su impresion, de la tasa, todo, todo es igual en ambos. Lo son tambien

sus accidentes tipográficos, hasta casi todas sus erratas, incluso algunas que consisten en una letra vuelta ó en hallarse un carácter mezclado con el de otra fundicion. Sólo en la orla de la portada hay alguna variacion, apénas perceptible, que consista quizá en estar más ó ménos apretada la forma.

La gran diferencia está en aparecer un libro atribuido á D. Ignacio Armesto y Osorio, y el otro á Don Joseph Quiroga y Losada; pero con la particularidad de que la sustitucion de ambos nombres está hecha en la portada, en la firma que suscribe la dedicatoria, en las censuras y aprobaciones, en la tasa, en la licencia del Rey para imprimir el libro, y hasta en diferentes lugares del texto, de unos versos en loor del autor. Y está con tanto esmero, que indudablemente debió hacerse levantando en la forma los caracteres de un nombre para sustituirlos con los del otro; hasta este punto van ambos volúmenes á plana y renglon.

¿Qué misterio se encierra en este hecho?... Lo ignoro; más aún, ni lo sospecho siquiera. Cualquiera interpretacion se estrella ante la licencia del Rey, idéntica en ambos libros, con la excepcion única del nombre del autor á que se concede. He consultado el caso con bibliófilos muy competentes, y todos, como yo, no hallan explicacion satisfactoria. Todos, sin embargo, convienen en que es un caso extraño, sin precedentes, quizá único.

Para mí, por último, el ejemplar genuino, el que lleva al frente el nombre de su verdadero autor, es el que dice ser de D. Ignacio Armesto y Osorio.

MIGUEL MORAYTA.

ASNO PARA ASNO

FÁBULA

Dijo Pedro : « ¿ Por qué á Juan,
Que es más bestia que un jumento,
Encomiando su talento
Siguen todos con afan ? »

« Eso lo entiende cualquiera,
Con desden dijo Fidel ;
Es que los tontos y él
Son de la misma madera. »

*Cuanto quiera puede ser
En riquezas, nombre y mando,
Quien al vulgo, en vulgo hablando,
Se hace del vulgo entender.*

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LO QUE SOMOS

FÁBULA

Fué Colás muy estimado
Miéntras con todos gastó :
Vino á pobre, y de él se huyó
Cual si estuviera apestado.

Por jóven y hermosa, hoyo
En el amor Inés hizo :
Perdió en la vejez su hechizo
Y la echaron al arroyo.

Probado con esto queda,
Sin que se pueda dudar,
*Que es la mujer un manjar,
Que es el hombre una moneda.*

M. F. y G.

TU MIRADA

Son muy hermosos los tules
Que velan su faz riante;
Tiene muy pura la frente
Y los ojos muy azules.

Ama con el dulce anhelo
De un alma limpia y serena;
Ama... como la azucena,
Flor que nace para el cielo.

Sonríe... tiene rubor;
Suspira... gime apartada:
La virgen enamorada
Es el ángel del pudor.

Juega por sus hombros bellos,
Cual riquísimo tesoro,
La catarata de oro
De sus hermosos cabellos.

Las cuerdas de mi laúd
Vibran con dulce armonía:
¿Y quién no las pulsaría
Para cantar la virtud?

.....
En su amoroso delirio
Abre la niña sus ojos,
Desplega sus labios rojos
Como su cáliz el lirio;

De los amores la llama
Hervir en su pecho siente,
Y de la niña inocente
Nace la virgen que ama.

Virgen que en mágicos tules
Envuelve divina esencia:
¡Cuánto brilla la inocencia
En unos ojos azules!

Ojos que, al romper el velo
Donde la niñez dormía,
Juntó la melancolía
Con los colores del cielo.

¿Qué me importan las chispas abrasadas
De negros ojos, contemplando en ellos
Las pupilas arder enamoradas,
Si no hay ojos dormidos, niña mía,
Ni mirada serena
Cual la mirada tuya, siempre llena
De dulce y virginal melancolía?

Si del alma el reflejo
Tiene en los ojos trasparente espejo;

Si el alma que tristísima suspira
En los ojos se mira;
Si con tranquila y perezosa calma
Sale á los ojos el calor del alma,
Dios quiso en dulce y amoroso anhelo,
Al lanzarte del mundo á los abrojos,
Vestirte el alma del color del cielo,
Y por eso es azul el limpio velo
Que copia el alma en tus azules ojos.

Yo he visto el rayo con que apenas arde
En la neblina oscura
El último lucero de la tarde;
Yo he visto sobre el río
Elevarse en vapor hasta la altura
La blanca nube que lloró el rocío;
De la luna naciente

He visto descender la luz de plata,
Adormirse en la fuente
Cuyo cristal movable la retrata;
Mas ni la noche que entre nieblas llora,
Ni las estrellas al brillar tranquilas,
Ni lucero, ni fuente bullidora,
Tienen la languidez fascinadora
De tus azules candidas pupilas.
Mirada que en mis sueños adivino
Y en éxtasis adoro;

Mirada cuyo rasgo peregrino
Dibuja un ángel con pincel de oro.
Mirada pura, angelical, tranquila,
Crepúsculo indéciso que desmaya
Entre la niebla azul de tu pupila;
Mirada seductora,
Mirada triste que sin ecos gime
Y sin lágrimas llora;
Mirada de consuelo
Concedida á la candida doncella
Para mirar al cielo
Y el alma al cielo remontarse en ella.
Mírame así, con dulce desvarío,
Entre las nubes del rubor velada;
Si tanto y tanto tu mirada ansío,
Concédeme, amor mio,
La refulgente luz de tu mirada.

ANTONIO F. GRILLO.

LA EDUCACION DE LA MUJER

La cuestion relativa á la habilitacion de la mujer para las carreras científicas y profesionales se encuentra hace tiempo sobre el tapete, que es como si dijéramos á la orden del dia. No existe en la corte ni fuera de ella círculo de recreo, reunion particular ni academia, con carácter más ó ménos científico, donde no se discuta ámpliamente la conveniencia de que la mujer sea igual al hombre, no solamente en la adquisicion de las ciencias, si que tambien, y esto es lo principal, en la aplicacion y práctica de las mismas.

Es ya moneda corriente (y librenos Dios de hacer la oposicion) ver á esta hermosa mitad del género humano manejando el escalpelo é interviniendo en todas las operaciones de la Medicina; dedicándose á los trabajos de la alta enseñanza, á las ocupaciones del comercio, á los negocios de la vida pública y á la resolucion de los grandes problemas que preocupan á los hombres pensadores de las diversas escuelas filosóficas á las cuales se hallan afiliados.

No hay para qué decir que esta cuestion, de suyo importantísima y complicada á la vez, tiene naturalmente ardientes partidarios en su favor que hacen una propaganda activa en el periódico, en la tribuna y en el libro, con grandes probabilidades de éxito, dadas las corrientes del siglo en que vivimos, y á juzgar por lo que se asegura en los grandes centros donde estas cuestiones se agitan ordinariamente.

Tampoco es necesario esforzarse mucho para creer que existen elementos contrarios á estas ideas modernas, tan poderosos como los anteriores, que vean un peligro para las familias en lo que los demas fundan todas sus esperanzas, creyendo haber hallado el medio de regenerar al mundo de las miserias que le afligen.

Llamarémos á los primeros partidarios de la escuela moderna, y denominarémos á los segundos conservadores, ó, lo que es lo mismo, fieles guardadores de las tradiciones, y por ende partidarios de la escuela antigua. Pero como no será fácil que todos los que comulgan en las dos opuestas escuelas se identifiquen en todos los puntos, llevando su purismo hasta la exageracion, es necesario convenir en que, con los elementos descontentos de una y otra escuela, se formará, ó tal vez ya se ha formado, otra tercera escuela, que llamaremos mixta, toman-

do lo que sea más práctico y aceptable de la escuela moderna, sin prescindir en absoluto de algunas cosas buenas de la escuela antigua, que algunas tendrá seguramente; porque se dice con razon que todo lo que parece malo no es malo, ni todo lo que parece bueno es bueno; ó, para entendernos mejor, no todo lo bueno es conveniente, ni todo lo malo es despreciable.

Si quisiéramos demostrar la verdad de esta teoría, al parecer tan original, ejemplos á millares nos presenta la naturaleza en los cuales podemos observar el admirable contraste de los elementos más opuestos, dando vida á formas variadas y á manifestaciones diversas, siendo nuestra respiracion el mejor testimonio, y nuestra misma vida una extraña mezcla de placer y de dolor, de alegría y de tristeza, de grandor y pequeñez, de bien y mal, sin que podamos darnos cuenta de la razon científica de estos fenómenos.

Pero, dejando á un lado esta digresion, hasta cierto punto inoportuna, hemos de concretarnos al punto capital del asunto que motiva estas líneas, producidas más bien por el deseo de obedecer á un amigo que por escribir un artículo científico sobre una materia tan delicada, faltando elementos para que su confeccion sea regular y careciendo de tiempo para que, si no el fondo, la forma al ménos, sea aceptable para el que tenga la mala suerte de entretenerse y perder el tiempo con su lectura.

Los partidarios de la escuela moderna, en su noble afan de que la mujer, en el orden científico, sea exactamente igual al hombre, no reparan ni dejan perder un solo momento sin reclamar para ella la misma cultura, el mismo grado de instruccion, idénticos programas de enseñanza, iguales derechos para ejercer toda clase de cargos públicos; en una palabra, pretenden hacer de esa preciosa mitad que poetiza y encanta la vida del hombre, haciendo el trabajo ménos pesado y más agradable, pretenden, repetimos, hacer un sér especial, que, sin ser hombre, tenga todos los atributos y todas las condiciones del hombre, como si fuera posible infundirle el genio, la fuerza y el valor, aunque en ello se empeñaran todas las escuelas modernas presentes y futuras.

En apoyo de su pretension acuden al siguiente razonamiento, que no deja de tener bastante fuerza: La mujer es un compuesto de materia y espíritu.



Ramon Torres Muñoz de Luna.

tu ni más ni menos que el hombre, con las necesidades propias de la materia en lo que se refiere á la alimentacion y desarrollo, y con las necesidades del espíritu, que tambien necesita un alimento especial, siquiera sea de una naturaleza diferente, como diferente es el espíritu de la materia.

A mayor abundamiento se apela á las citas de la Historia, repertorio de grandes acontecimientos y tambien de horribles crímenes, para demostrar que, si hubo genios inmortales como Cervántes, Colon, Calderon de la Barca, el Padre Mariana y tantos y tantos hombres ilustres, gloria de la nacion que los vió nacer, tampoco faltaron mujeres de talla, genios tambien inmortales como Isabel la Católica, Santa Teresa de Jesus, Catalina de Rusia, Juana de Arco y otras mil celebridades que asombraron al mundo por su talento, por sus virtudes, por su valor extraordinario y por su amor á la patria. Contemporáneas nuestras, á mayor abundamiento, tenemos á Doña Angela Grasi, Doña Concepcion Arenal, Doña Pilar Sinués y otras muchísimas escritoras, cuyo talento corre parejas con el de los más distinguidos literatos de nuestros tiempos.

Fundándose en estos razonamientos, que no dejan de ser importantes y que absolutamente nadie los niega, ni aún siquiera los pone en duda, porque sería cerrar los ojos á la luz de la verdad, preténde-se con decidido empeño abrir las puertas del gran mundo y dejar á la mujer completamente libre, abandonada á sus propias fuerzas, sin más limitacion que la que impone la ley comun á todo sér, y sin más trabas que la conciencia de los deberes relativos al estado en que se encuentra.

Los partidarios de la escuela antigua, consecuentes con sus principios, timoratos en demasía por lo que pudiera suceder á la mujer, fundándose en la debilidad física propia de su sexo, ó más bien temerosos (porque todo puede suceder) de que la mujer eclipse algun día la gloria que hasta ahora ha sido exclusivo patrimonio del hombre, no pueden ver con indiferencia ese movimiento revolucionario que por todas partes se deja sentir á favor del sexo débil, tratando de hacerlo fuerte por medio de la instruccion, exagerada, dicen ellos, y se asustan ante la idea de que pueda llegar un día en que la mujer, sometida á la misma direccion que el hombre y desempeñando idénticas funciones públicas y privadas, aspire á la jefatura de la familia con notable perjuicio del principio de autoridad encarnado en el sexo masculino, y con el peligro inminente de esa lucha formidable entre dos fuerzas iguales y contrarias, cuyo choque daría por resultado fatalísimo la mutua destruccion de dichas fuerzas, con gran perjuicio de los sacratísimos intereses de la familia.

Semejante razonamiento no deja de ser importante para que de él se prescindiera; y como, por otra parte, se acude á la naturaleza, que es el gran libro, cuyas páginas son fuentes de observacion donde todo el mundo puede inspirarse, en la misma naturaleza está claramente expuesto el cánón á que debe someterse la mujer, ora se la considere bajo el punto de vista de hija que obedece y auxilia á su padre, ora funcionando como esposa en las arduas tareas de su ministerio, dirigiendo y administrando los in-

tereses de la familia y haciendo más ligera la carga que pesa sobre el marido, ora, en fin, desempeñando la mision más grande, la más dulce, la más augusta, la más trascendental, la mision de madre que amamanta á sus hijos, que los cuida con tierna y especial solicitud, y que los educa, prepara y dirige con ese vivísimo interes que nadie en el mundo sino ella puede tener.

La naturaleza, insisten los partidarios de la escuela antigua, ha dado á la hembra ese instinto misterioso é inexplicable en virtud del cual se desvive, se sacrifica y perdería mil vidas, si las tuviera, por salvar y mejorar la de sus tiernos hijuelos. Esa misma naturaleza, pródiga con todos los séres, ha dado á la mujer, sér eminentemente racional, el instinto de la hembra y el conocimiento más profundo de lo que vale el fruto de sus amores, el tierno infante que formó parte integrante de sus entrañas, que fué su misma vida y esencia, y así continúa siendo hasta que llega el término fatal de su existencia, y aún esta misma existencia parece como que la arranca de la materia, donde se encontraba encarcelada, para entregarla toda entera á sus hijos, mezclada con las lágrimas, la agonía y los suspiros de la muerte.

Estos atributos tan esenciales que la naturaleza ha concedido á la mujer, parece como que le impiden tomar á su cargo otros cuidados más ó menos difíciles, que pudieran alejarla ó separarla algun tanto del cumplimiento de una mision trascendentalísima y de importancia suma, como es la mision de madre y esposa, que requieren una atencion reconcentrada y los cuidados de toda la vida. Por otra parte, un cuerpo no puede ocupar á la vez dos lugares distintos en el espacio; y este principio, reconocido por todo el mundo como axiomático, se aplica sencillamente para demostrar lo difícil y casi imposible que es en la mujer desempeñar al mismo tiempo dos funciones distintas, á cuál más complicada y á cuál más importante: por una parte, la funcion de esposa y madre, y por otra una profesion cualquiera, aunque sea la más sencilla, la que exija menos trabajo y menos tiempo fuera de la casa; y si se quiere, una ocupacion que pueda desempeñarse en el interior de la familia.

Esta cuestion debiera tratarse por la misma mujer, que lo haría con más conocimiento de causa, con más abundancia de datos, con más seguridad y práctica que nosotros, que al fin no tenemos motivos, como ella, para saber con exactitud lo que sobre el particular ocurre. Calculamos, sí, con algun fundamento que el trabajo de la madre no puede desempeñarse á conciencia teniendo otras ocupaciones que distraigan á la mujer el tiempo preciso que reclaman las atenciones de sus hijos, á los cuales constantemente debe acompañar, sin fiarse de auxiliares extrañas, que, por más buenas cualidades que reunan y por más interes que tengan, jamás igualarán á la madre ni se aproximarán á ella tampoco, dígame lo que se quiera en contrario. Y si además de este trabajo, que es penosísimo, por más que la madre lo desempeñe con tan difícil facilidad, se agregan los cuidados que exige el marido, bastante complicados tambien, ¿qué tiempo le quedará para dedicarse con

fruto á una ocupacion científica, artística, industrial ó de cualquier índole que sea, con la preparacion que necesita si ha de desempeñarla dignamente?

La respuesta no es dudosa, y desde luégo puede afirmarse que los partidarios de la escuela moderna vacilarán ante las razones expuestas por sus adversarios; que no por ser de la escuela antigua dejan de dar á los argumentos una solidez que los hace aparecer indestructibles, aunque no sea más que por la realidad que encierran. Por otra parte, la posesion de una ciencia, la Medicina por ejemplo, que es la más á propósito para la mujer, supone en quien la cultiva una serie no interrumpida de esfuerzos extraordinarios; una lucha incesante con el estudio para vencer las dificultades que se presentan á cada paso, y un trabajo penosísimo que agota las fuerzas y destruye la organizacion más robusta del hombre, no obstante estar identificado con toda clase de fatigas. Y si de la teoría pasamos á la práctica, ¿cuánto valor no se necesita para el buen desempeño de esta ciencia difícilísima, que no todos los hombres pueden ejercerla, aunque tengan mucho valor y aptitud, y que cuenta los mártires á millares, por más que muchos de ellos no hayan merecido la pública manifestacion? ¿Tiene la mujer, dada su debilidad física, sus frecuentes padecimientos por efecto de esta misma debilidad, tiene, repetimos, la fuerza necesaria para llevar á cabo una operacion quirúrgica, de esas que se resisten á la accion más enérgica del hombre, acostumbrado como está á esta clase de trabajos y á las fatigas diarias que le destruyen, no obstante su robusta organizacion física y su valor nunca desmentido?

Para estas preguntas no hay más contestacion que el silencio, porque todas las razones que se expongan á favor de la mujer caerán bajo el dominio de los casos particulares, y no son éstos los que resuelven la cuestion que se debate. Es necesario buscar la ley general y el comun divisor que resuelva todo lo que en la generalidad ocurra; lo demas es deficiente y, como tal, no sirve para el caso. Pero no vaya á creerse, por lo expuesto ahora, que nosotros no reconozcamos en la mujer condiciones de talento y de aptitud que la hacen preferible al hombre en muchos casos. Al contrario, la mujer tiene más talento y más disposiciones para resolver todos los casos que ocurrir pudieran en el hogar doméstico. En este sentido se eleva á mayor altura que el hombre, y es, en nuestro concepto, donde aparece más grande, donde ejerce toda su autoridad, donde se presenta en toda la plenitud de su sér, como soberana de aquel reino en miniatura, pequeño territorio en cantidad, pero grande por lo que representa y por los fines elevados que puede y debe realizar.

Si se estableciera un paralelo entre una mujer casada y con hijos, dotada de la mayor suma de conocimientos en todas las ciencias, ejerciendo las funciones de abogada consultora, de médica consumada, de hábil geómetra, en suma, una mujer identificada con el estudio en cualquiera de sus manifestaciones, teniendo que dejar los cuidados de la familia en manos extrañas, porque no es posible otra cosa dadas sus ocupaciones científicas, y una

mujer sencilla, ignorante, sin más luz que la razon, dedicada exclusivamente á las labores de la familia, á los cuidados de su esposo, á las atenciones de sus hijos, dándoles vida y calor, y dirigiendo, en una palabra, aquel pequeño centro, siquiera la direccion tuviera que ser imperfecta, porque otra cosa no podía suceder, dadas estas condiciones, siempre que esta mujer siguiera las inspiraciones de su corazon, los impulsos de su conciencia y los consejos de su esposo, preferiríamos mil veces esta segunda á la primera, aunque se nos tachara de originales; porque abrigamos la conviccion más profunda de que ni la suma de conocimientos, ni la ciencia, como generalmente se estudia, son bastantes para proporcionar satisfacciones puras á la familia. Los placeres de la familia se elaboran con la modestia, con la sencillez, con el deseo de agradar, con el amor al esposo y á los hijos, con ese amor que no se adquiere en los libros, sino que de él se apodera la mujer por intuicion.

Desde luégo la escuela antigua parece que es más simpática hácia nosotros, porque es la que más se aproxima á la naturaleza y es, ademas, aunque con modificaciones, verdaderamente lo real y lo práctico en gran parte de las familias. Sin embargo, es preciso confesar que esta escuela no llena ni con mucho nuestros deseos y aspiraciones, porque no realiza esos ideales que se están haciendo sentir por todas partes en armonía con las necesidades modernas, y teniendo en cuenta que los cuidados de una mujer no consisten solamente en las labores mecánicas de la casa. Hay funciones más altas y trascendentales en la familia que exigen de la mujer conocimientos determinados, sin los cuales estas funciones nunca serán desempeñadas convenientemente ni darán resultados satisfactorios, porque no hay posibilidad de cumplir ciertos deberes cuando con la necesaria antelacion no se ha adquirido el verdadero conocimiento del alcance que encierran y de los fines á que obedecen.

Hé aquí el ideal de la tercera escuela, ó escuela mixta, que tomando lo que se cree mejor de las anteriores, esto es, lo verdaderamente práctico y ademas realizable, pretende resolver el problema sin lastimar intereses encontrados, considerando á la mujer bajo el punto de vista que debe tomarse y dándole una preparacion adecuada á su naturaleza física, que es lo primero que debe mirarse, ilustrando su inteligencia en el grado que reclama la mision que ha de desempeñar dentro de la familia, que es realmente donde ejerce su más alto ministerio; en suma, poniéndola en condiciones de aplicar su aptitud y disposiciones especiales á las necesidades del hogar doméstico.

La debilidad física de la mujer, fundada en su organizacion delicadísima, exige necesariamente una vida tranquila y sosegada, la vida de la familia, esa vida apacible que tiene lugar en el santuario de la casa, donde no se respira otra atmósfera que el amor más puro del matrimonio, la inocencia y el candor de aquellos inocentes séres que son la delicia de aquel pequeño mundo, completamente libre del contagio de las luchas y miserias del mundo exterior.

¡Cuán grande es la mujer cuando ejerce la sagrada misión de esposa, mitigando y haciendo ménos amargos los sinsabores que trae consigo la vida azarosa del campo, del taller y de la administración pública! ¡Cuán grande es la mujer cuando desempeña el sublime apostolado de madre, imprimiendo en sus tiernas criaturas el sello del bien, de la virtud y del trabajo! ¡Qué grande es la mujer cuando lleva á cabo la dulce misión de hija, aliviando con sus cuidados las penalidades de sus ancianos padres, que tienen en ella el único sostén de sus cansados años!

Ni Isabel la Católica con su entereza varonil, con su grandeza de ánimo y con su talento extraordinario; ni Santa Teresa de Jesús con su misticismo; ni Juana de Arco con su ardiente patriotismo y su amor á la independencia de su patria; ni todas esas lumbreras de la literatura que asombraron al mundo con sus producciones, pueden compararse, en nuestro sentir, con una mujer sencilla dirigiendo las operaciones de la casa, preparando materiales útiles para hacer generaciones grandes, compuestas de ciudadanos honrados, cultivando, cual bella jardinera, aquellas tiernas plantas que deben su existencia y crecimiento á la sávia edificante que se elabora al calor del amor maternal.

La naturaleza ha dado á la mujer una ternura sin límites, un sentimiento casi infinito, una sensibilidad verdaderamente encantadora; y todas estas buenas condiciones, aplicadas á la familia, valen más, infinitamente más que esos grandes talentos que convierten á la mujer en un agente de negocios, como sucede en Francia; en un genio especulativo y comercial; en uno de esos seres despreciables que, alejándose cada día más de lo que constituye el centro de sus operaciones, consideran una carga pesadísima el trabajo de la familia, cuando es la ocupación más poética, la más hermosa y la más útil de cuantas pueden imaginarse.

La mujer es todo poesía cuando da rienda suelta al sentimiento, que desciende como fecundante rocío sobre el terreno vírgen de sus hermosos hijos. La mujer es todo poesía cuando reconcentra su ternura en el ser con quien vive en íntima unión, formando un todo que ni aún la muerte debiera separar. La mujer es todo poesía cuando sabe convertir su modesto hogar en un santuario de felicidades, donde se rinde culto á la expansión, á la alegría, á los inefables placeres que vivifican aquella estancia, enriqueciéndola de atractivos y convirtiéndola en una dulce mansión de dicha y de ventura.

Pero, en cambio, el cuadro pierde todos sus encantos y sus hermosos coloridos cuando la mujer, abdicando su indisputable derecho, el derecho natural de dirigir y ordenar su casa, y despojándose de esos atractivos que nadie en el mundo le puede arrebatarse, abandona la vida interior de la familia dejando sin alma aquel cuerpo, para disfrazarse con el áspero traje del hombre y vivir la vida exterior, la vida de la lucha, la vida de las pasiones y de los disgustos, que sólo la organización robustísima del hombre puede, con mucho trabajo, soportar.

¿Puede el hombre, por ventura, prescindir de su fuerza natural, dejar sus inclinaciones y hacer abs-

tracción de lo que constituye su manera de ser y de existir, como, por ejemplo, el cultivo de los campos, la transformación de la materia por medio del trabajo industrial, el manejo de las máquinas por medio de la fuerza física, el estudio de las ciencias para arrancar á la naturaleza algun secreto, la defensa de la patria cuando se ve amenazada, la travesía de los mares para llevar la civilización á los últimos confines de la tierra? ¿Puede el hombre, en suma, dejar de ser hombre con sus atributos esenciales, con su organización propia para la vida exterior, y convertirse, por misteriosa transformación, en débil mujer, con todo el sentimiento y la ternura á ella inherentes, desempeñando en lugar de ella las funciones de la casa, organizando las labores de la familia, disponiendo lo necesario para el cuidado de sus hijos, penetrando en un terreno desconocido y sin pertenecerle, y arrebatando, en una palabra, atribuciones que son del legítimo dominio de la mujer, porque ella y sólo ella tiene las necesarias condiciones para el objeto?

Esto no es serio, ni es práctico, ni siquiera racional. Esto sería tanto como alterar el orden natural de las cosas, con notabilísimo perjuicio para la marcha ordenada y pacífica de la familia. Esto sería invertir los términos de una proposición para que el sentido resultara enteramente contrario á lo que en ella quisiera manifestar. Esto no puede caber sino en quien alimenta su imaginación con teorías irrealizables, sin tomarse el trabajo de estudiar la diferencia que existe entre el mundo real y el mundo imaginario, entre la teoría y la práctica, entre lo que *parece que debiera ser* y lo que es puramente posible.

La mujer tiene su misión independiente dentro de la dependencia natural que tiene todo ser en armonía con los deberes relativos á su cargo. La mujer tiene su atmósfera propia en un mundo especial que no se confunde ni puede confundirse con el mundo en que el hombre se desenvuelve y verifica sus manifestaciones. El hombre empieza donde la mujer acaba; el mundo exterior le pertenece, y en esta órbita gira con entera libertad, moviéndose en más vastos horizontes que la mujer, cuyo círculo es más reducido, si bien no ménos importante.

Mas no vaya á creerse que el hombre, porque tiene más libertad de acción y porque puede dar rienda suelta á sus diversas manifestaciones científicas, especulativas, está desligado de la dependencia que le corresponde. El cargo de jefe de la familia lleva consigo deberes importantísimos que necesariamente ha de cumplir, cuya omisión y falta sería peligrosísima para los hijos y para él, y de gran responsabilidad.

Unidos el hombre y la mujer en un común pensamiento; desenvolviéndose los dos en el círculo de sus atribuciones, dada su peculiar organización y el objetivo de cada uno; ilustrando la inteligencia de ambos en el grado correspondiente y en la medida de sus fuerzas y aplicaciones respectivas; dirigiendo la educación de tal manera que la mujer no ignore absolutamente nada de cuanto necesite para organizar su casa, atender á los cuidados del esposo y de sus hijos, educar á éstos hasta la edad de cinco

años, cuando ménos, porque ella es la que debe tomarse este trabajo, y adquiriendo el hombre la total capacidad para cumplir su mision fuera de la casa, en el campo, en el taller, en la oficina, en el laboratorio, en la pública administracion y en las arduas tareas de la gobernacion de los pueblos; con esta union del hombre y la mujer, repetimos, y esta distribucion equitativa en el trabajo, es cómo se conseguiría el verdadero progreso, sin lastimar intereses ni derechos adquiridos, ántes, al contrario, marchando paralelamente como dos fuerzas que buscan una resultante capaz á destruir los obstáculos que se opongan á su marcha.

Este es el bello ideal que persiguen naciones tan ilustradas como Alemania y Suiza, y ésta es la aspiracion de la escuela mixta á la cual pertenecemos en cuerpo y alma; aspiracion que puede fácilmente realizarse, porque es la más práctica y racional, la más sencilla y conforme á la organizacion y necesidades del hombre y la mujer.

Desempeñe la mujer con acierto las variadas funciones de la vida doméstica, que son las que más se acomodan á sus inclinaciones naturales, recibiendo para este objeto, no unos cuantos conocimientos de relumbron que la envanezcan, sino la mayor suma posible de educacion, tomando esta palabra en el sentido de general desenvolvimiento, y seguramente cumple una mision importantísima, cuyos resultados satisfactorios, si la *trompeta* de la fama no los anuncia, producen en cambio una dulce tranquili-

dad en la conciencia, que vale infinitamente más que todos los tesoros de la tierra.

Grande es la mujer cuando, como Isabel la Católica, con sus recursos, su talento y su valor engrandece sus Estados; grande es Santa Teresa de Jesus cuando, á fuerza de constancia, de saber y de virtud consigue un triunfo sobre otro triunfo en la reforma de su Orden y en sus escritos, verdaderos modelos de literatura; grande es Juana de Arco, María Pineda y otras muchas heroínas que han sacrificado su vida por defender un ideal político ó por salvar la independencia de su patria; pero es mucho más grande la mujer cuando, en el silencio de su retiro, desconocida del mundo, esclava de su mision, sin más objetivo que el exacto cumplimiento de sus deberes, con esa paciencia y ternura saturadas de tanta sublimidad, sabe imprimir un sello de paz, ventura y tranquilidad en aquella familia, cuyo gobierno interior le pertenece, dulcificando las amarguras de la vida, formando poco á poco el corazon y la inteligencia de sus hijos para hacerlos virtuosos y útiles, preparando ciudadanos honrados que den á la patria dias de gloria, y, en suma, trasformando aquel pequeño asilo en una dulce mansion de dicha y de placeres domésticos, sin más atmósfera que la alegría de sus moradores, y sin que el genio del mal pose sus plantas en aquel santuario, elevado por la mujer á la categoría de paraíso celestial.

EUGENIO BARTOLOMÉ DE MINGO.

Á UNA FLOR

Dedicado á mi querido amigo D. Luis Giron y Jareño

SONETO

Horas, flor, hace en que por vez primera
Abriéronse tus hojas á la vida;
Pasó tu primavera colorida;
Pasó y no volverá, ¡quién lo creyera!

El sol, al empezar su real carrera,
Su lumbré pura te envió encendida;
El aura te besó, y tú, presumida,
Reina — dijiste — soy de esta pradera.

Mas ¡ay! que ya no existe tu hermosura;
Triste inclinas la frente, flor lozana,
Y mañana serás ya polvo inerte.

Tal es del hombre la fugaz ventura:
Acuéstase soñando gloria vana,
Y despierta en los brazos de la muerte.

J. RUBIO CARDONA.

LAS MISERIAS

FÁBULA

Halló en el campo un bracero
De un borrico la osamenta,
Y dijo, segun se cuenta:
« Dios te guarde, compañero.»

Y añadió un escarabajo:
« Tu ocurrencia moraliza;
Que ese amazon simboliza
Tu miseria y tu trabajo.»

Caro lector, no te asombres:
*Hay miserias de tal suerte,
Que en vida igualan y en muerte
A las bestias y á los hombres.*

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LOS ÁRBOLES

Forman éstos una de las principales ramas de la Agricultura, y su importancia es tanto mayor, cuanto que apenas hay uno sólo que no proporcione alguna materia á la industria ó al comercio, y cuyo cultivo no se haga necesario bajo el punto de vista higiénico, esencialmente en los grandes centros de poblacion, donde hacen las veces de verdaderos y continuos desinfectantes, absorbiendo los miasmas y purificando el aire.

Es tan crecido el número de árboles que existe, y tantos y tan útiles sus productos, que nos saldríamos de las condiciones de un artículo si pretendiéramos reseñarlos todos; pero como entre ellos hay algunos que merecen particular interes, por ser sus producciones de más inmediata aplicacion en las necesidades de la vida, nos limitaremos á éstos, practicando un breve estudio de los más principales, y siguiendo, para mayor claridad, el orden alfabético, empezaremos por el

Abeto. — Arbol muy parecido al pino, con el cual se ha confundido con frecuencia; pertenece, como éste, á la clase *monofia monodelphia* de Linneo, familia de las *coníferas*, y difiere de él en la forma cuadrangular de sus hojas, muy apretadas, en las estrías de su tronco, más pronunciadas en general, y en la figura de pirámide que tienen casi todas sus especies. La elevacion que alcanza varía entre 20 y 30 metros, segun la naturaleza del terreno que le sostenga; prefiere el montañoso.

Abunda en toda Europa, y en España le hay en la sierra de Guadarrama, donde es muy buscado, en razon á que su madera es poco ménos que indispensable para la construccion de cajas de resonancia de los instrumentos de cuerda.

El llamado abeto comun es el que proporciona á la industria la mejor trementina, el aguarras, la pez, el negro de humo y hasta un aceite que se usa mucho para el alumbrado.

La variedad más hermosa del abeto está representada por el cedro, cuya madera encarnada, falta de nudos y olorosa, es de las más duras y á propósito para recubrir los interiores de los muebles. Créese que ésta fué la empleada por Salomon

para la construccion del templo de Jerusalem. Antiguamente se encontraba el cedro en toda Europa; pero, sin que se sepa la causa, se ha abandonado su cultivo hasta tal punto, que hoy es muy raro encontrar un solo ejemplar. En la América septentrional es donde en la actualidad existe en mayor número.

Arce. — Pertenece éste á la clase *octandria monoginea* de Linneo; sus flores, de color verde lechoso, son polígamas, de cinco pétalos, cinco sépalos, ocho estambres y un pistilo, cuyo ovario se halla compuesto de dos lóbulos; sus hojas, sencillas y opuestas, están sostenidas por pecioloş huecos á manera de tubo, y, lo mismo que las del olmo, son de color más claro por su cara inferior. Se desarrolla con prontitud en todos los terrenos, prefiriendo los montañosos, frescos y profundos; su multiplicacion se hace por semillas en otoño; nacen éstas en la primavera siguiente; se procura humedecer en el rigor del estío la tierra que les sostiene, y cuando, al siguiente año, van á brotar las yemas, se trasplantan, operacion que agradecen mucho.

La madera que producen todas las especies del arce es de la más fina; muy apreciada en la ebanistería por el caprichoso dibujo de su veteado, que imita el jaspe, por su dureza, por el buen pulimento que toma y la facilidad con que se ciñe á todos los colores.

El tipo más bonito del género arce es el de azúcar *acer sacharinum*, que se diferencia de los anteriores en el color oscuro de su tronco y en sus flores amarillas de sólo cuatro sépalos y un pétalo. Se cria con facilidad en Europa, pero no abunda sino en el Canadá, de donde es originario. Con su sávia se fabrica mucha y muy buena azúcar; el procedimiento de que se valen para su obtencion es muy sencillo y primitivo: hacen una incision en la parte baja del tronco, que llegue hasta el corazon; adaptan un tubo cualquiera á la abertura hecha y colocan debajo vasijas que recojan el dulce líquido, que no pára de salir durante el dia, pues por la noche el frio le paraliza; hay que tener en cuenta que esta operacion se lleva á cabo durante el invierno. Eva-

porando el licor obtenido se hace el azúcar, y dejándolo fermentar resulta un excelente vinagre.

Cerezo. — Perteneciente éste á la clase *icosandria monogínea* de Linneo, familia de las *rosáceas*, tiene las flores blancas, corola de cinco pétalos y los pedúnculos nacen en la misma rama; sus hojas, que salen una á una, son dentadas. El fruto, muy abundante en glucosa, se emplea con buen éxito para combatir las fiebres biliosas, y, dada la época de su madurez, que tiene lugar en el verano, es un excelente refresco. Este árbol segrega por su corteza, al llegar la primavera, un licor viscoso y trasparente, que es una perfecta goma de las mismas propiedades y caracteres que la arábica; con sólo hacer una pequeña úlcera ó entalladura en el tronco se obtendría en gran abundancia. La madera de cerezo es de las más estimadas en ebanistería; de color rojo claro cuando está recién cortada, se va oscureciendo á medida que se seca, haciéndose más dura, compacta y susceptible de ser teñida imitando otras maderas finas.

Encina. — *Quercus ilex*, Linneo. Este árbol, muy conocido en España, de donde es originario, tiene su tronco siempre torcido y lleno de ramas; sus hojas son pequeñas, ovaladas y tienen el color verde muy oscuro. El fruto de la encina, conocido con el nombre de bellota, contiene gran cantidad de aceite y es un regular alimento para el ganado de cerda. Su madera, que es de las más duras, se emplea para hacer poleas, palancas, tacos de billar y alguno que otro útil; pero es muy estimada para la calefacción, ya después de seca ó ya carbonizada, lo que constituye muy vasta industria.

Fresno. — De la clase *monocia diandria*, de Linneo, familia de las *jasmíneas*, de Jussieu; este árbol tiene las flores hermafroditas, con dos estambres y un pistilo, las hojas sencillas y opuestas como las del arce, y el tronco rara vez llega entero á su completo desarrollo, pues suele tener huecos muy profundos. La corteza del fresno es tenida por febrífuga, vermífuga y anti-sifilítica. Sus hojas constituyen el alimento de las cantáridas, por lo que tienen éstas en él su asiento. La madera que da es muy dura y la más usada por los torneros; su flexibilidad la hace á propósito para sillas y aros de cuba, en que se emplea mucho.

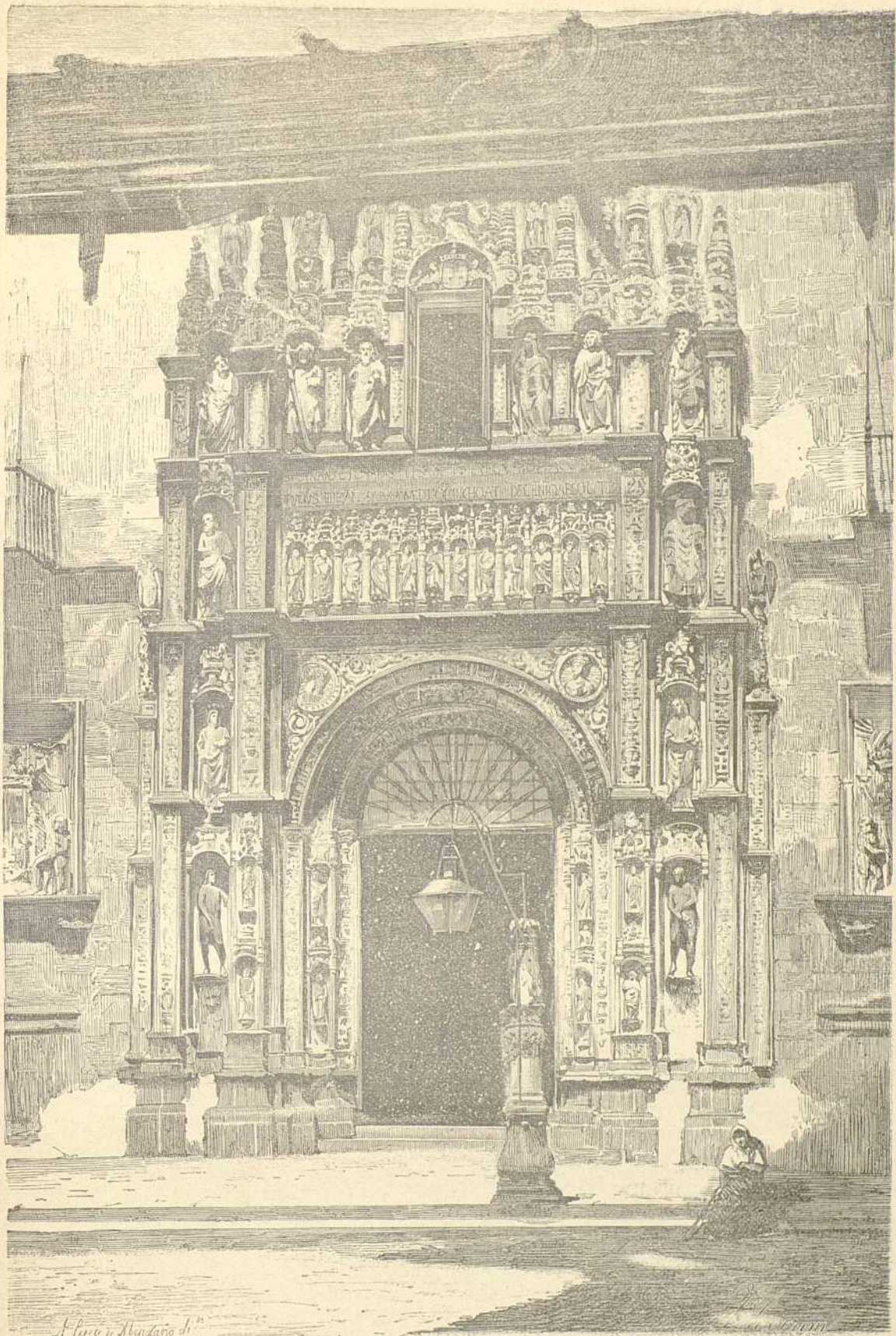
Laurel. — Este género pertenece á la *eucandria monogínea* de Linneo, familia de las *lámíneas* de Jussieu. Sus flores están compuestas de cinco sépalos, cinco pétalos, 10 ó 12 estambres y un pistilo. Sus hojas son ovales y de color oscuro. Desde la más remota antigüedad ha sido considerado como un emblema de dignidad y distinción, y, aun hoy, una corona de laurel es el premio de más valía que puede alcanzarse. Su fruto, carnoso, de la forma de la nuez, da en la prensa un aceite tenido por resolutivo y estomacal, y, si procede de la variedad *laurel sassafras*, tiene propiedades sudoríficas y febrífugas.

Manzano. — Perteneciente este árbol á la clase *icosandria pentagínea* de Linneo, familia de las *rosáceas*. Los caracteres que le distinguen son los siguientes: flores de cinco pétalos, color rosa claro, hojas pecioladas, ovales, dentadas y oscuras, fruto cartilaginoso dividido en cinco lóbulos. Su madera es empleada por torneros y ebanistas; pero no es de la mejor, pues se abre con facilidad al contacto del aire si, al hacer la corta, no se ha cuidado de dejarle toda su corteza hasta después de estar completamente seco. Le hemos citado por el fruto, del que se extrae el zumo, que fermenta muy bien y resulta una bebida comfortable, conocida con el nombre de *sidra*, muy agradable al paladar y preferida por muchos á la cerveza.

Nogal. — Linneo aplica este árbol á la clase *monocia poliandria*, y pertenece á la familia de las *terebintáceas*. Sus flores carecen de corola; los machos tienen los estambres en número de 12 á 24, con filamentos muy cortos; las hembras están compuestas de dos pistilos sujetos al ovario, que es adherente; su fruto consiste en una drupa ovoide de hueso fuerte con cuatro divisiones en su interior; las hojas son grandes, aladas y compuestas de folíolos enteros. Se cria bien en los terrenos montañosos, y es muy sensible á las heladas. Las nueces que da son de un gusto agradable, y con ellas se hace un aceite que, recién fabricado, es preferido por algunos al del olivo; pero se enrancia con prontitud. En cambio es muy bueno para la preparación de pinturas y para el alumbrado. Su corteza sirve en la tintorería, pues da un color oscuro muy duradero. Su madera es verdaderamente preciosa para construcción de toda clase de muebles, porque reúne las mejores condiciones para el trabajo: se emplea con preferencia á ninguna otra en las obras de ebanistería, talla y escultura.

Olivo. — Perteneciente éste á la clase *diandria monogínea* de Linneo, familia de las *jasmíneas*. Las flores de este género tienen cuatro sépalos y cuatro pétalos. El fruto es carnoso, con un hueso de dos divisiones. El olivo es el árbol de la creación que más beneficios reporta, pues sabida es por demás la utilidad del aceite que de su fruto se extrae. Los procedimientos que se siguen para ello son muy variados, y tan conocidos, que sería ocioso enumerarlos. Su madera es poco apreciada por los ebanistas; pero la raíz, empleada en chapeados de muebles finos, presenta un veteado caprichoso y una combinación de colores muy agradable, lo que hace que sea muy buscada.

Peral. — De la familia de las *rosáceas* y clase *icosandria pentagínea* de Linneo, tiene sus flores blancas, que nacen en racimos de cuatro á ocho juntas, antes que las hojas. Su fruto, cartilaginoso, de forma ovoidal, es muy dulce y nutritivo por la abundancia de azúcar que contiene. Su madera, de un color anaranjado, bastante dura, compacta, susceptible de un buen pulimento, se emplea mucho teñida de negro para imitar al ébano, del que se diferencia poco después de trabajada.



A. Luce y Montano del.

Atrio del Hospital de Santiago.

Pino. — Está éste comprendido en la clase *monocia monodelphia* de Linneo, y familia de las *coníferas* de Jussieu. Sus flores son monoicas, los estambres nacen en racimos compactos, y los pistilos, formados de escamas puntiagudas, cubren dos ovarios glandulosos: sus hojas son lineales, largas y ásperas; el fruto está compuesto de almendras algo alargadas, y buenas para comer cuando proceden de las especies cultivadas. Su madera es la mejor que se conoce para toda clase de construcciones, atendiendo á lo bien que resiste el aire y la humedad, gracias á la mucha cantidad de resina que une sus fibras; es muy dócil para el trabajo, y esto, unido á la abundancia con que se presenta en todos los países del mundo, le hace figurar á la cabeza de todas. Además, produce otras sustancias no ménos dignas de llamar nuestra atención, como son: la resina, la pez, el alquitran, la trementina y la brea.

Roble. De la misma familia (*amentáceas*) y clase (*monocia poliantria*, Linneo) que la encina, tiene

este árbol sus flores machos, compuestas de cinco á diez estambres, y las hembras de muchas escamas en forma semi-esférica. Su fruto es una nuez monosperma, oblonga y redondeada que se llama, como en la encina, bellota. Su madera, que es muy dura, unida, firme y elástica, ha sido siempre preferida para las obras de lujo, como lo demuestran los muchos muebles y esculturas antiguas que se conservan. Hoy, aún cuando algo en desuso, se emplea para hacer cubas, muebles de comedor, tramos de escalera y tallas.

Aun podríamos dar á conocer, como interesantes, muchísimos más árboles; pero como sus productos serían próximamente de la misma índole que los ya citados, y no es nuestro ánimo faltar á la brevedad y concisión que nos hemos propuesto al empezar, suspendemos aquí este Tratado, en el que hubiéramos deseado extendernos tanto como su asunto requiere.

RAFAEL MARTINEZ GOMEZ.

M A S A L L A

PEQUEÑA HISTORIA (1)

INTRODUCCION

Hay quien dice, lector, y lo asegura,
Que sería feliz y con ventura
Si conseguir pudiera
La gloria ó el amor que pretendiera;
Y los que tal afirman muy formales,
Cuentan á los mortales
En dos bandos opuestos divididos:
Los unos, venturosos,
Apuran el placer de los sentidos
Y son considerados y temidos;
A otros, desdichados,
Se les puede llamar desheredados,
Y son los que en las riñas y alborotos
Pagan siempre por fin los vidrios rotos.
Pues vaya cierta historia
Que conservo hace tiempo en la memoria,
Y ella te probará con luz bien clara
Que la dicha en el mundo es cosa rara:
Y si dudas quizá de la certeza
De mi historieta ó cuento,

Acalla tu sin par delicadeza,
Porque para probarte mi argumento
Me sobran ejemplares,
Que en el mundo se encuentran á millares;
Y entremos en materia,
Que el caso que te pinto es cosa seria.

LA TENTACION

I

De un claustro retirado,
Saboreando la tranquila calma,
Vivía, *ni envidioso ni envidiado*,
Con cuerpo sano é inocente el alma,
Cierto imberbe novicio
Que ni aún de nombre conocía el vicio;
Y estando desde niño ya entregado
De la santa virtud al ejercicio,
Érale tan ligera
La regla de la Orden más severa,
Que siempre fué el primero en ir al coro,
Y en faltar al ayuno y abstinencia
Nunca pudo argüirle su conciencia;
Era, en fin, un modelo

(1) Esta composición forma parte del libro que, bajo el título *Pequeñas historias*, verá en breve la luz.

De cándida ternura,
 Con que, piadoso el cielo,
 De los monjes premiaba el santo celo;
 Pues el jóven Cipriano (1),
 Que éste era el nombre del feliz hermano,
 Envuelto de lo oscuro en el misterio,
 Fué encontrado una noche triste y fría
 Á la puerta del santo monasterio.
 Nada más se sabía,
 Respecto de su historia ó su linaje,
 Que áun el mismo prior, que emprendió un viaje
 Al pueblo más cercano,
 Tuvo que regresar á su convento,
 Si tranquilo algun tanto, descontento
 Por no haber descifrado aquel arcano;
 Pues cuando el vicio sus medidas toma,
 Tan bien suele ocultarse,
 Que el hombre más astuto,
 Despues de molestarle,
 En todas sus pesquisas no halla fruto.
 Y los monjes, con esto, decidieron
 Criarle en el convento, y lo cumplieron.

II

¡Qué dulce vida pasa
 El dichoso novicio
 En el asilo de la santa casa!
 Su alma limpia y pura
 Agota mil tesoros de ternura,
 Y aquella paz, con nada comparable,
 Le parece la dicha más estable
 De que puede gozar en este mundo;
 El silencio profundo,
 Tan sólo interrumpido
 Por el timbre de oro
 De la campana que convoca al coro,
 Y que en su oído suena
 Cual mandato de Dios que el orbe llena,
 Á célicas regiones
 Su espíritu levanta
 É inunda su alma de dulzura santa.
 Salmodias y oraciones
 Le llenan de celestes emociones,
 Y el humo del incienso,
 Que en azulada nube
 Desde la tierra hasta el Empíreo sube,
 Le parece el aliento de un querube;
 Para él toda la tierra
 Dentro del muro su convento encierra;

(1) Á alguno parecerá extraño que nuestro protagonista no lleve el nombre ya legendario de *D. Juan*, con que viene personificándose en las obras literarias modernas el perseguidor de la *felicidad imposible*; mas, habiendo usado nuestro inmortal Calderon el nombre de *Cipriano* para su histórico protagonista de *El Mágico prodigioso*, hemos preferido llamar así al nuestro, verdadero soñador moderno.

Que el pájaro inocente
 Que el vuelo nunca alzó desobediente,
 Se figura el espacio reducido
 Á las plumas y pajas de su nido.

III

¿Por qué, calma tan pura,
 Que hace del claustro paraíso eterno,
 Para el mancebo tierno
 No es origen perpetuo de ventura?
 ¿Por qué del mar el azulado seno
 Tranquilo no está siempre ni sereno,
 Y turban su bonanza
 La tempestad deshecha y sus furores,
 Y airado el cielo lanza
 Para incendiar su fondo resplandores?
 Yo no lo sé, lector; pero te juro
 Que siempre un Oceano ledo y puro,
 Sin soplo de huracan que la ola rice,
 Seria soledad tan espantosa
 Como lo es la tormenta tenebrosa:
 Sea, en fin, lo que sea,
 Y volviendo al asunto,
 Nuestro jóven Cipriano
 Trocöse de tal modo en aquel punto,
 Que ya no le recrea
 El cántico ni el coro,
 Ni la campana con su timbre de oro,
 Y la onda perfumada,
 Velo sublime de la fe sagrada,
 Áun mejor que extasiarle le marea.
 Mil y mil ilusiones
 De mágicas, fantásticas figuras,
 Y nuevas é ignoradas emociones
 É incitantes deseos
 Que provocan soñadas hermosuras,
 Con fuerza se levantan,
 Y en la lucha se crecen y agigantan.
 Y cuenta un cronicón muy empolvado,
 De tinte amarillento,
 Que existe en el convento,
 Que era el diablo en belleza trasformado
 El que se aparecía
 Y en su alma deseos encendía
 Y su dicha y dulzura emponzoñaba
 Con insidioso acento,
 Haciéndole hasta odioso su convento,
 Y brindándole paz, gloria y ventura
 Si el claustro por el mundo abandonaba.
 «Más allá — le decía —
 «De esta cárcel sombría,
 «Donde pasas las horas silenciosas,
 «Hay mujeres hermosas
 «Que brindan dichas y placer sin cuento;
 «Hay glorias y hay honores.»
 Y estos ecos falaces y traidores

Tanto al cabo lograron,
 Que el doctor declaró se moriría
 De cruel hipocondría
 Si continuaba mucho en el convento.
 Atónitos quedaron
 Con esta profecía
 Los piadosos varones;
 Mas, al ver de la ciencia las razones,
 Todos tristes sus fallos acataron;
 Que, aunque le amaban mucho, ello es lo cierto,
 Le quisieron seglar mejor que muerto.

DESENGAÑOS

I

Yo no sé quién ha dicho, ni me importa,
 Que en esta vida tan caduca y corta,
 La ilusión de que el alma se alimenta,
 Si el tiempo no presenta
 Ocasión de mirarla realizada,
 Es una hoja caída
 Que barre el viento con su mano airada.
 Yo tengo para mí, cual cosa cierta,
 Que cualquier ilusión, perdida ó muerta,
 Es, en vez de una hoja desprendida,
 Una rama atrofiada;
 Que el corazón que sufre desengaños
 Se cambia en mármol al correr los años.
 Y que el mundo, por fin, sólo es comedia,
 Aunque á algunos parézcales tragedia.
 Mirad nuestro Cipriano,
 Aunque algo soñador, muy buen cristiano,
 Decidido á alcanzar lo que el creía
 Más allá de aquel claustro en que vivía.
 Generoso mancebo
 De apuesto continente,
 Al verse habitador de un mundo nuevo,
 Creyó sin duda que la humana gente
 Conducirle debía de la mano
 Y mostrarle lo oculto de su arcano,
 Cual ave prisionera
 Que huye por fin ligera
 De la jaula dorada
 Y corre á la enramada
 Para cantar su libertad primera,
 Y se pára gozosa,
 Ya en el tierno clavel ó ya en la rosa,
 Buscando algún lugar muy escondido
 Para formar en él su pobre nido,
 Así el jóven ardiente,
 Ansioso de sentir mil emociones,
 Del goce en el torrente
 Quiere realizar sus ilusiones;
 Y dejando en sus ímpetus Cipriano
 Muy atras al Tenorio sevillano,
 En diez años, sin duda los mejores,
 Tuvo cientos de amores,

Y fueron sus locuras y contiendas
 Poético motivo de leyendas.
 Mas ¿ creéis que por eso,
 Tras tanto y tanto exceso,
 Logró la dicha que soñó algún día?
 No sé por qué sería; sólo puedo
 Decirte, libre de mentira ó miedo,
 Que hastiarse nada más supo Cipriano,
 Como le pasa al fin á todo humano.
 Tiene la copa del placer, yo creo,
 Quizá por permisión del hado impío,
 En los bordes el néctar del deseo,
 Y en el fondo las hieles del hastío:
 Así, á la conclusión de alguna orgía,
 En medio del sopor y somnolencia,
 Con acento implacable repetía
 Más allá cierta voz en su conciencia.

II

Harto estoy ya de amores
 De infinitas mujeres,
 De las cuales ni áun guardo la memoria;
 Quiero ya otros placeres,
 Que, si no son mejores,
 Los pueda en cambio consignar la historia.
 Esto dijo Cipriano,
 Con deseo vehemente de la gloria,
 Y vino al fin, por causas bien extrañas,
 Á ser grande en las letras y en hazañas;
 Y cuando conseguir aseguraba
 La dicha sin rival que ambicionaba,
 Quiso sañudo el cielo
 Dejar de coronar su ardiente anhelo,
 Y mezquinos rivales
 Le causaron heridas bien mortales;
 Que hay émulos oscuros
 Que elevan á su gloria pedestales,
 Manchando á los más puros
 Con sus frases traidoras é infernales.
 En esto se parecen
 Al buho solitario,
 Cuyo acento tan triste y funerario
 Solamente resuena
 Entre las hierbas que en las ruinas crecen.
 Si el jóven esforzado,
 En premio del valor acreditado,
 Honores recibía,
 Siempre había un rival que respondía,
 Haciendo alarde de inmoral purismo:
 «Son las glórias que da el favoritismo.»
 Si, trocando la espada por la pluma,
 Las pasiones y afectos retrataba
 Con elegancia suma
 Y el aplauso del público alcanzaba,
 No faltaba algún crítico envidioso,
 Por cumplir el adagio
 De que *no hay peor cuña...*

Que, hincando sin piedad en él la uña,
 Gritara entre severo y majestuoso:
 «Esto es copia sin duda; esto es un plagio.»
 Y de tal ruido era
 La causa grave por que alzaba el grito,
 Que en un apollado manuscrito
 Había hallado la oracion primera
 De la obra por todos aplaudida;
 Con aquesta opinion, hoy tan seguida,
 No hay quien pueda escribir ni á la ligera;
 Que toda poesia, oda ó soneto,
 Es un plagio no más del alfabeto.
 ¿Qué mucho, pues, que el soñador Cipriano
 No encontrara la dicha apetecida
 En la gloria, que al fin es humo vano
 É imágen cierta de la incierta vida?

III

Así, según mi cuenta,
 El héroe frisaba en los cincuenta,
 Y al empezar los años de los viejos
 Estaba de la dicha un poco léjos;
 Y como había oído
 Que es el oro palanca poderosa,
 Mostróse decidido
 Á llamarle en su ayuda;
 Que en la contienda ruda
 Que el hombre tiene por hallar la dicha,
 Es conveniente aliado
 Cualquiera que se ponga á nuestro lado,
 Y la suerte buscada
 Se portó al fin tan bien, por caso raro,
 Que, no teniendo nada,
 Pronto rico se vió, y se vió avaro.
 ¡Cuánto oro acumuló, cuánta riqueza,
 Nadie lo supo ni en su vida ó muerte!
 Porque fué en él tan fuerte,
 Como pasión que empieza,
 Que nunca de su caja dió la llave,
 Y el fondo de la misma él sólo sabe.
 Y aunque lo creas cuento,
 Lo que sí he de decirte, que sus ojos
 Tomaron el color amarillento,
 Y que sus labios rojos
 También perdieron su preciada grana.
 Díme, pues, con franqueza
 Si se puede creer que la riqueza
 Dejará satisfechos sus deseos,
 Si gloria y devaneos
 No lograron llenar aquel vacío.
 Yo pienso, lector mio,
 Sin que en esto le ofenda,
 Pues así me lo dice la leyenda,

Que el acento fatídico que oía
 Y, *más allá*, entre sueños le decía,
 En el helado invierno
 De su vejez caduca
 Sería el torcedor mudo y eterno;
 Y que la dicha que en el claustro santo
 No alcanzaba entre incienso ni en el coro,
 Tampoco la encontró, buscando tanto,
 Ni en amor, ni en la gloria, ni en el oro.

EPILOGO

Cuadro último y sombrío:
 En un lujoso lecho
 Yace un débil anciano
 Que, más que sér humano,
 Es sombra nada más de su figura.
 De pasada hermosura
 Conserva huellas, aunque muy borradas;
 Que el sol, como esplendente,
 Aún alumbraba al hundirse en Occidente.
 Con las manos cruzadas,
 La cabeza caída sobre el pecho,
 Al pié del triste lecho
 Hay un agonizante
 Con silencio profundo
 Escuchando la voz del moribundo:
 «Padre — le dice — al llegar esta hora
 »Soy sólo un pecador que á Dios implora,
 »Pues por el mismo Dios, que juzga á todos,
 »Os voy á presentar mi eterna duda,
 »Por que termine mi pelea ruda.
 »He buscado la dicha de mil modos:
 »La gloria, las riquezas, los amores
 »Han sido mis esclavos y señores.
 »Pues yo, que conseguí todo lo ansiado,
 »Nunca la dicha que soñé he logrado;
 »El sepulcro se abre, y él me espera;
 »Y pues se acerca al fin la hora postrera,
 »Decídmelo, por Dios os lo suplico:
 »¿Se encuentra el *más allá* en la sepultura,
 »Ó nunca le ha de hallar la criatura?»
 Calló de pronto, se extinguió su acento,
 Clavó sus ojos con tenaz fijeza,
 Y el último y feroz sacudimiento
 Dió de su muerte la fatal certeza,
 A tiempo que el piadoso agonizante
 Murmuraba estas frases en su oído:
 «La dicha suspirada,
 »Siempre seguida, y jamás lograda,
 »No se halla en este suelo;
 »Se encuentra *más allá*: está en el Cielo.»

M. R. HIDALGO.

LA FILOSOFÍA

EN EL SISTEMA DE LA CIENCIA

NOCIONES, APUNTES Y REFLEXIONES GENERALES

A mi ilustre maestro D. M. Arés y Sanz.

Bosquejar, señalando apénas los puntos más culminantes, el cuadro de la ciencia; describir su plan general interno, citando á la ligera las notas más capitales que contiene; indicar qué sea la Filosofía y mostrar el lugar que, en vista del concepto formado, debe ocupar en el orden total del conocimiento científico. Tal es el objeto de este insignificante trabajo, sencillo tejido de vulgares reflexiones y desordenadas ideas.

El conjunto sistemático, el perfecto organismo de verdades indagadas merced á un proceso metódico de aplicación de la actividad del sujeto, ó de sus diversas *fuentes reales* de conocer, al elemento cognoscible de la realidad, y adquiridas con evidencia plena en la unidad primera de la propia *conciencia racional*, es lo que constituye ese grandioso *todo* que con precisa y breve locución llamamos la *Ciencia*.

El factor simple de la *Ciencia* es el conocimiento, siquiera necesite hallarse constituido con determinados caracteres, que indicaremos luégo.

El conocimiento es una relación especial establecida entre un sujeto y un objeto, que nace de la presencia de éste ante aquél: siendo así, podemos asegurar que el conocimiento no es jamás una *creación* del sujeto, porque, teniendo existencia objetiva y real, no queda á éste sino *reconocerla* al ser testigo de ella.

Como los objetos son infinitos, é infinitos sus modos de presencia, infinitas son las relaciones que con el sujeto ó sujetos pueden darse, es decir, los conocimientos, é infinita debe ser también la *Ciencia* que por ellos está compuesta é informada en todo independiente.

Indiquemos sus notas características.

* * *

El más vulgar y prematuro concepto de ella la supone como algo efectivo que hace referencia al

conocer, aunque el comun sentir nos advierte desde luégo de que no todo el conocer forma, rigurosamente pensando, parte de la Ciencia. En efecto, *conocemos científicamente* en tanto, en cuanto la exactitud de nuestro conocer nos es sabida; ó, en otros términos, tenemos el *conocimiento científico* de un objeto cualquiera, cuando corresponde completamente lo que de él vemos con lo que es realmente, cuando existe acabada conformidad entre lo conocido por nosotros del objeto y lo que este objeto es en sí mismo; ó sea, cuando poseemos la *certidumbre* del resultado verdadero de nuestro pensamiento en relación con lo pensado, que debe sernos presente á la conciencia en la plenitud y verdad del objeto mismo, considerado en todas y cada una de sus relaciones, en todos sus modos y en la totalidad de sus esferas.

La Ciencia es, pues, en su más alto concepto un «sistema de verdades evidentes;» así que, á más del *fondo* indicado, tiene — como tal — su *forma* en ese mismo sistema, mejor aún, en ese *organismo* ó sistema de sistemas, y posee un plan de investigación, puede decirse, un *instrumento* adecuado, mediante el que se informa, que es el *método*. Por tanto, las condiciones que indispensablemente debe reunir para que sea posible, han de referirse al *fondo*, á la *forma* y al *instrumento*; pudiéndose llamar, en consecuencia, *esenciales* ó *materiales*, *formales* é *instrumentales*.

Las primeras (*materiales*), como relativas al total é interno contenido de la Ciencia, necesariamente han de abarcar todas las cuestiones que puedan surgir acerca de la *posibilidad* y *legitimidad* del conocimiento científico, ó de la *certeza* de nuestros conocimientos.

Las segundas (*formales*) tienden y sirven á la indispensable *organización* de las verdades — conocimientos — halladas con sujeción á las circunstancias preexigidas, y encierran en su peculiar esfe-

ra la solución de los problemas todos que versan sobre aquel organismo; tales como los relativos á la *unidad, variedad y armonía* de la Ciencia.

Bástenos indicar únicamente, en cuanto á la primera (unidad), que habrá de darse como *subjetiva* y como *objetiva*, puesto que esta misma distinción se observa en la relación constitutiva de toda especie de conocimiento; resultando la *unidad subjetiva* de la necesidad de que nuestros pensamientos se reúnan y compenetren bajo un solo y absoluto concepto, y la *objetiva* surgiendo de la *unidad primera y real* del objeto de la Ciencia en sí mismo, que es, como uno, igual para todos, sin consideración á estados, lugares ni tiempos; esto es, la Ciencia entera exige un objeto — *Ser* — que abarque en él, conteniéndolos en *unidad armónica*, todos los *seres* é infinitas manifestaciones, determinaciones y modos de la *realidad*, y fuera del cual es imposible la existencia de nada; y *una*, finalmente, ha de ser la Ciencia en ambos sentidos á la vez, de cuyo totalísimo concepto deberá llegarse á ver ó encontrar la exacta y acabada expresión en el *principio*; realidad absoluta, immanente, eterno y admirable *Todo*, y última y suprema razón de ser de la Ciencia entera: considerándole como principio de existir (*principium essendi*) y como principio de conocer (*principium cognoscendi*); estableciendo la distinción ó distinciones efectivas entre el *punto de partida* de toda indagación científica y el *principio* inmutable y real de nuestros conocimientos... etc.

Respecto á la segunda (variedad), hallándola fundada y determinada en los opuestos elementos — subjetivo y objetivo — del conocer; viendo y comprobando la recíproca correspondencia que debe darse, punto por punto, entre la serie compleja de las operaciones del pensar, en cada acto ó *posición efectiva*, y la inagotable serie de los objetos del pensamiento ó de lo pensado...

Y cumplimos lo que se refiere á la tercera (armonía), por último, designando — para mostrar el *cómo es* — la *fórmula de la organización*, mas cuidando racionalmente, al designarla y aplicarla á cada uno de los géneros todos de la realidad, de no caer en ninguno de los exclusivismos que se han hecho patentes en la historia de la Filosofía; descubriendo en el análisis las primordiales relaciones de *continencia*, de *subordinación*, de *causa*, etc., entre el todo y las partes, como *engendradoras* de la armonía; por qué y cómo la Ciencia, al ser armónica, tiene que ser *demonstrativa*; hasta dónde puede y debe llegar, ó cuáles han de ser los límites de la *demonstración*, con otras cuestiones y exigencias no menos trascendentales, todas dignas de riguroso estudio, de examen detenido, y cuyo conocimiento se impone como de apremiante é ineludible necesidad.

Las últimas (*instrumentales*) ofrecen el *medio perfecto y seguro* para la *investigación* de la verdad, y señalan el proceso y carácter racional que debe seguirse en cada uno de los momentos de aquella; son como la *vía abierta*, el insustituible derrotero y al mismo tiempo la brújula constante en la *marcha lenta y difícil* de preparatoria exploración por el yermo campo precientífico, en cuyo accidentado é inmenso horizonte, de perpetua vaguedad, de in-

definición perpetua, hay que erigir — por virtud también y en observancia de las *condiciones* que nos ocupan — la base firmísima é incontestable de todas las verdades que forman la trama de la *Ciencia*; base que, en el primer momento de la indagación, será cual radiante faro dentro de una atmósfera de opaca negrura, ó como isla granítica en medio del recio embate de las impotentes olas, porque en vano tratarán de envolverla las tinieblas de nuestra humana limitación, y porque la azotarán en vano las trombas del borrascoso mar de nuestras dudas.

Reconocida evidentemente la base expresada, á la cual llamamos *punto de partida de la Ciencia*, y que es circunstancia de imprescindible necesidad para que ésta pueda ser construida en verdadero sistema ó bajo forma orgánica, comienza el des-envolvimiento de la indagación y *asimilación* de la verdad; proponiéndonos como única y constante norma de nuestro proceder una lenta marcha, gradual, desapasionada, juiciosa, circunspecta y rigurosamente crítica, por la que pasemos de conocimiento á conocimiento, *sin admitir jamás ninguno interin no tengamos de él evidencia plena*, en razón á la adquirida ántes, de los que inmediatamente le contengan y directamente le provoquen. Sólo empezando de esta suerte conseguiremos que la obra de nuestro conocer adquiera luego incuestionable valor real y vaya elevándose y ensanchándose, con admirable solidez y claridad notoria, de lo primeramente conocido á lo por conocer, de lo particular y concreto á lo general y abstracto — en armónica serie de relaciones y en no interrumpido encañamiento, que acuse como á manera de cierta lógica filiación ó de generación legítima de ideas, — hasta agotar lo cognoscible de los objetos todos, que, al irnos siendo presentes, se nos hayan ido ofreciendo en exacta y recíproca correspondencia con cada uno de los actos sucesivos de nuestras *funciones del pensar*, — porque no debe nunca olvidar quien aspire al dictado de científico que *la unidad perfecta*, aludida *de la actividad del pensar*, es necesaria é *irremisible*; — agotándolo, decíamos, en el momento final de este género de indagación, ó sea en el primero de la *contemplación* del Infinito-Absoluto, al concebirle como fundamento y razón de ser de la Realidad una y entera, cuyo momento puede muy bien designarse llamándole *vista del principio*, ó *punto de término* de la Ciencia.

Educe, pues, el análisis, de entre el conjunto de nuestros conocimientos precientíficos, el *punto de partida*, que ha de ser una verdad inmediata, cierta y universal; asciende en la indagación estudiando cuanto en el *Yo* se dé, espíritu, cuerpo, relaciones y distinciones entre ambos; examina cuidadosamente el primero, en sus internas propiedades, en sus facultades características y en sus múltiples relaciones con los objetos que le son exteriores; profundiza, con clara conciencia, el estudio del conocer, construyendo su teoría en vista de las fuentes, objetos y leyes que en aquél distingue, y expone las condiciones de indispensable cumplimiento para su legitimidad; llega á formar las nociones de los *infinitos genéricos*, — mundo espiritual, mundo corpóreo y humanidad; — y sor-

AMAPOLA



AMAPOLA (Acuarela del Sr. Manresa presentada en la Exposicion de Acuarelas del Círculo de Bellas Artes).

prende, dentro de estos infinitos relativos, una infinidad de seres limitados. Obedeciendo á este impulso progresivo, alcanza el espíritu científico — despues de haberse dado cuenta de todo lo que al conocer concierne, tanto en propiedad como en estado — á remontarse del concepto del Universo hasta la *noción del Principio*, ó, mejor dicho, á adquirir entónces, científicamente, la idea de la necesidad de la existencia de Dios: ya en este lugar, reunimos ó relacionamos, por otra parte, la infinita multiplicidad de las determinaciones de la existencia, bajo y por la unidad indivisible de la causa, razon y fuente primera.

Tal es el *método analítico*: desde la inmediata percepcion de lo más directamente conocido, ascendencia lógica cada vez más comprensiva, continuo proceso intuitivo en todos y cada uno de sus grados; ora se refiera á los hechos, al mundo exterior, en cuyo caso le llamamos *observacion*, ora se haga cuestion del reconocimiento de ciertos principios, de ciertas ideas generales reducidas á la esfera del mundo interior — á cuyo exámen son sus leyes perfectamente aplicables, —recibiendo entónces el nombre de *contemplacion*.

Sin que se entienda por ello que pretendemos amenguar ni en un ápice la legítima importancia, y, por decirlo así, la propia sustantividad que el *análisis* clara é indiscutiblemente encierra, dirémos que es y debe ser considerado, al par, como racional, firme y valiosa preparacion para la *síntesis*; es decir, para la direccion instrumental, ó *método*, de carácter opuesto, que ejerce su funcion en virtud de una marcha de contrario sentido.

Llegado este punto de interes decisivo en el campo de la *Ciencia*, y digno, por tanto, de preferentísima consideracion para el estudio, no sobran nunca (ni aún en trabajos como el presente, de nula importancia y de ningun rigor científico) algunas aclaraciones que deben precavernos, librándonos de incidir en errores trascendentales en que han caído, á este propósito, respetabilísimos filósofos, é incurren aún extendidas escuelas: unos y otras, influidos sin duda por el sentido y tendencia aportados á la vida del pensamiento moderno por Kant, y mantenidos con soberano alarde de profundo ingenio, principalmente en su *Critica de la razon pura*.

Advirtamos con empeño, en primer término, cómo no debe olvidarse que, satisfechos de la *posibilidad* de valernos *legítimamente* del *método analítico*, porque no existe razon alguna para negar — más aún, porque es innegable — que podemos considerar de una manera *inmediata* cada *objeto* en el modo especial en que se nos muestra como un todo aislado de su especie, al instante inducimos que puede sernos conocido este *objeto*, tal cual se nos manifiesta, ó sea, que podemos conseguir mediante aquél *los resultados positivos* que nos proponíamos, dentro siempre de su órbita peculiar; pues con esto no afirmamos, ni nos es dado asegurar, que el conocimiento así hallado de tal *objeto* sea por sí sólo el conocimiento perfecto, acabado, único y absoluto que anhelamos poseer: no; el *método analítico* se extiende á toda la *Ciencia*, pero no constituye la *Ciencia* toda; es, si vale la frase, un aspecto completo de ella y una direccion *total* del espíritu humano; mas, por lo

mismo que no abarca en sí todo lo que *es* en todos sus modos cognoscibles, — á pesar de darnos verdaderos conocimientos, puesto que llenan la condicion indispensable de tales, siendo *perfectas relaciones dadas compositivamente en unidad*, bajo el llamado *criterio de la conciencia*, de donde se deduce el verdadero valor del *análisis* y sus resultados, — por lo mismo, decíamos, que no es el *medio* único y total de la *certeza*, no puede extender su influencia á más del aspecto indicado, ni pueden los conocimientos que nos depare ostentar más ni ménos valor ni otro alcance y sentido que el ántes dicho.

Conviene ademas dejar sentada, ántes de abandonar esta materia, alguna otra consecuencia que se deduce fácilmente de lo expuesto acerca del *análisis*, á saber: « que el *método analítico*, no sólo es una direccion legítima de nuestra actividad de pensar, de incalculable valor y trascendencia, que no está sometida á un proceso caprichoso, particular, puramente subjetivo, y sí á la *ley absoluta* y real del *método*, la que ni se refiere meramente al *sujeto* ni al *objeto* del conocimiento, sino que se mantiene en la *relacion* misma con cierto efectivo carácter de necesidad verdadera y poderosa. Que el *análisis* no tiene exclusiva ni aun primeramente el valor y la eficacia de una simple *Propedéutica* ó preparacion para el adecuado y necesario conocimiento del *principio*, por más que realmente sea de todo punto insustituible en la consecucion de este conocimiento, puesto que purifica al espíritu sometiéndole á rigurosa disciplina, la cual le pone en posesion indespojable de sus propiedades y fuerzas íntegras, y en el uso ilimitado de toda su potencialidad y libertad, llegando así consciamente, y sin ninguna extraña presion, á la *vista real absoluta del Sér*. Que, del mismo modo, tampoco es sólo conveniente ó indispensable prólogo para ascender al comienzo y llevar á cabo el desarrollo de la *síntesis*; aunque tambien, para realizar debidamente esto, tengamos que haber desenvuelto todo el plan analítico, y pasado minuciosa y atenta revision á todo lo hasta entónces conocido, trayendo de nuevo á conciencia todas las verdades en y por el trascurso de aquél adquiridas, para empezar la comprobacion que de ellas debe asegurar, en su *proceso descendente*, el *método sintético*. Y que, finalmente, el análisis posee un valor — primero en orden — real y peculiar, que no puede sustituir ninguna otra direccion metódica; una propia verdad (verdad de conciencia), y una sustantividad tan elevada, que basta para reconocerla fijarse un instante en que su *papel metodológico* no queda reducido al momento gradual de la indagacion analítica, sino que, por el contrario, necesitamos recurrir á sus resultados, en momentos del estudio muy posteriores, para ultimar la construccion científica.

Nos hemos extendido algo más en las consideraciones relativas al *método analítico* (quizás bastante más que permiten la índole y alcance de este bosquejo), porque esta parte reviste, á no dudarlo, excepcional importancia y trascendencia inagotable; entendiéndose que decimos esto sólo en el sentido de ser la primera llamada á rehacer nuestros conocimientos, desterrando nuestros prejuicios y aberraciones y sentando el firme del camino de indagacion

que nunca debemos abandonar. Dos palabras acerca de los otros procesos lógicos del pensar en acción, y damos con ellas por diseñado el cuadro completo, aunque rudimentario, de la *Ciencia*.

Algo que haga referencia al *método sintético* puede desprenderse de las reflexiones que dejamos apuntadas; de tal modo se corresponden y completan ambas direcciones del pensar, que juzgamos difícil ocuparse de la una sin tocar de alguna manera a la otra; mas queremos aclarar las ideas relativas a la *síntesis* que de allí haya podido desprenderse, y lo haremos siquiera sea breve e imperfectamente.

¿Qué es, pues, la *síntesis* ? ¿qué concepto debemos formar del *método sintético*?..... Veámoslo. La *síntesis* , en la indagación, es el procedimiento racional radicalmente opuesto al análisis; no de oposición *caprichosamente abstracta* y subjetiva, sino real, en consonancia con las leyes de la Naturaleza, que *es* , en una palabra, porque *debe ser* . Así como decíamos que el *análisis* era esencialmente un proceso de *intuición* , decimos que la *síntesis* lo es esencialmente *deductivo* : aquél nos hacía conocer las cosas tal cual nos eran presentes; éste nos las enseña en su razón de ser y fundamento, esto es, tal como *deben ser según principio* ó *en razón y virtud de su principio* : la *síntesis* es, pues, todo lo contrario que dijimos era el *análisis* , al cual sirve de prueba; las verdades adquiridas por ministerio de éste, que — como arriba decíamos — tenían entonces sólo el carácter y valor de *verdades de conciencia* , al ser ahora confirmadas por aquella, entrañan un grado de certeza íntimo e irrefutable, convirtiéndose, merced a su eficaz aplicación, en *verdades trascendentales y absolutas* .

Las flores del *análisis* deben fecundarse y extenderse en la *síntesis* , y trocarse en opimos frutos en la composición de ambos, en la esfera del *método constructivo* .

Sabemos que el *análisis* ascendía desde la *percepción inmediata* Yo, desde un hecho de conciencia, desde una *verdad inicial* , hasta la *intuición del principio* , hasta el conocimiento del Todo como razón y fundamento, hasta la *vista certísima del Sér de toda realidad* : entre estos mismos dos puntos se mueve el análisis, pero en sentido contrario, *descendiendo* desde el principio y bajando siempre de lo más general a lo particular, de comprobación en comprobación, prueba ó demostración de cada uno de los resultados conseguidos por el análisis, hasta tocar en el *punto de partida* , como término, a la vez, de este movimiento de pausado regreso: en tal descenso, la *síntesis* , decimos, pues, debe deducir de la verdad fundamental y primera (Principio), y como contenidas y fundadas eternamente en y por ella, todas las que el *análisis* ha enunciado antes como *presentes* e inmediatas.

Por tal modo llega esta segunda dirección del *método* a dar valor trascendente a todos los resultados obtenidos por la primera: pues no hay que olvidar que ésta, conociendo en directa percepción lo que es, no alcanza nunca el conocimiento de los principios; y aquella, conociendo, por deducción siempre, en vista de la verdad y razón del principio, nos dice, sí, lo que *debe ser* , pero sin llevarnos

jamás a las últimas determinaciones concretas ó del hecho. El análisis, en conclusión, *muestra* ; la *síntesis* *demuestra* : hé aquí cuáles son sus propias *funciones* , sin que pueda atribuirse al uno, en menoscabo del otro, ningún sentido relativo más alto, ningún valor parcial preeminente, ni género alguno de superioridad ó consideración exclusiva, puesto que, si el *método sintético* da fundamento y trascendencia a las *verdades inmediatas* , al par el *analítico* da base racional a la *síntesis* y comprueba con los hechos por él percibidos (*verdades de conciencia*) sus *deducciones* . Ambos son igualmente totales, igualmente legítimos, igualmente comprensivos y necesarios por igual para asentar el *organismo* excelso de las verdades científicas en fecundísimo acuerdo, en perfecta correspondencia y adecuación acabada; de la cual ha de surgir esplendorosa la EVIDENCIA ABSOLUTA, como alma vivificante y eterno fin de la *Ciencia* entera.

Por lo hasta aquí visto, sabemos que el *método* , cual todo objeto de la realidad, habiéndonos sido presente, primero como *uno* , se nos ha mostrado después en su interior *variedad* , encarnada en las dos opuestas direcciones, *analítica* y *sintética* . Cada una de estas direcciones del pensar, aun siendo totales, según dejamos dicho en otro lugar, no satisfacen por sí solas la ineludible exigencia de «conocer la verdad tal cual ella es,» en su propio e interno contenido, y conforme, por ende, a su doble naturaleza, *objetiva* y *subjetiva a la vez* ; y no la satisfacen, porque, considerando el problema bajo su peculiar modo, no abarcan sino un aspecto de él, no le examinan sino en uno de los elementos que en todo *acto* del conocer son contenidos; hasta el punto de que, reduciéndose a ellas, forzosamente habrían de quedar nuestros conocimientos afectados de cierta indeterminación, vaguedad y desórden irremediables; mas, lejos de acontecer esto, nuestro conocer se organiza y completa cuanto pudiéramos desear, según vamos a recordar.

En efecto; la misma distinción é independencia de ambas direcciones, que, no obstante, tienen un objeto común (la realidad cognoscible), acusa la necesidad de una tercera superior en la cual se resuelvan, en la cual se unan y correspondan armónicamente, bajo unidad más alta y comprensible; sobre cuya cúspide contemplaremos, con vista ya educada, la *Ciencia* como inmensurable Todo orgánico, y en cuyo estado podremos obtener la *certeza* anhelada y percibir la *evidencia* de que hablamos al terminar las consideraciones apuntadas acerca del *método sintético* : tanto una como otra, condiciones, repetimos, sin las que la *Ciencia* es imposible.

La expresión *metódica* , la información real (deducida de aquella necesidad) del acuerdo ó armonismo del *análisis* y la *síntesis* , constituye y provoca la última dirección que dentro del *método* se da, ó sea la parte *constructiva* ú *orgánica* de éste.

El *método constructivo* nos dará la demostración de la legitimidad de todo lo indagado, presentándonos nuestro conocer como presente, al mismo tiempo, é idéntico, que como fundado, deducido rigurosamente y comprendido en el principio funda-

mental. El *discernimiento crítico* y la *afirmación deductiva*, propios, respectivamente, de una y otra de las opuestas direcciones del pensar, se unifican y comprueban de una manera recíproca, en un solo momento y en un acto mismo, dentro de la esfera del *proceso constructivo*; cuyo momento es el último de la indagación científica, y cuyo acto es el superior, el más perfecto y comprensivo de los realizados por la razón pensante.

Puestos en exacta y fiel correspondencia ó en mutua y armónica compenetración los resultados del *análisis* y los de la *síntesis*, en la parte *constructiva*, después de haber enlazado y puesto en íntima relación la *verdad inicial* y la *verdad final* del sistema, podemos ver la *Ciencia* como el verdadero Todo, el admirable organismo de que tantas veces hemos hablado en el curso de estos renglones. La *Ciencia* se ostentará entonces con perfecta unidad, bañada en todas sus partes por el hermoso claror de la verdad inconcusa: los que tienen la fortuna de elevar á este grado sublime la cultura de su espíritu, no sólo conocerán distinta, metódica y racionalmente (y extenderán el objeto de su envidiable actividad— cosechando preciados frutos— por un campo virgen é ilimitado), sino que al par, sin sucesión de tiempos, se sabrán perfectamente de su conocer.

Finalmente, esta parte del *método*, según se desprende de lo dicho acerca de ella, nada añade en cantidad á los conocimientos adquiridos mediante el uso de las ántes enumeradas, pero sí les da el último brillo, el verdadero carácter de *conocimientos científicos*, mejor dicho, verdaderos, evidentes y universales.

¿Cómo se realiza, pues, tan importante *función*? Continuando, ante todo, nuestra actividad pensante, sometida por completo á las generales leyes del pensar (cuyo contenido hemos indicado), y haciendo aplicación adecuada, después, de las *reglas* que son propias del *método constructivo*, de las cuales no es posible tratemos aquí, dado el carácter de este ligero estudio.

Cuando todo este sistema que hemos procurado bosquejar, se ha comprendido; cuando todas estas condiciones que de por encima hemos intentado apuntar, se han llenado; cuando todos estos procedimientos (que luego han de determinarse en otra multitud de sub-procedimientos ó procedimientos particulares), se han seguido consciencia, fiel y constantemente, entonces, y sólo entonces, tendrá para el sujeto de la indagación el valor de que realmente está dotada LA OBRA ORGÁNICA DE LA CIENCIA.

*
* *

Ahora bien; la *Ciencia*, que no ha podido menos de encontrarse compuesta de innumerables partes, al formar legítimamente su concepto como Todo orgánico, es, sin duda alguna, divisible; es decir, está constituida (sin dejar en tanto de ser una) por varias esferas, entre las que puede establecerse perfecta distinción.

Para que resulte, empero, cierto enlace y mayor claridad, necesitamos volver un tanto sobre nuestros pasos, aun á riesgo de hacer molestas repeticiones.

Recuérdese que, partiendo de una manera inmediata de la idea que precientíficamente abrigábamos de lo científico, hemos tratado de formar el concepto *Ciencia*, haciendo resaltar sus notas capitales. Encontramos, á la sazón, «que es una totalidad cuyo fondo está constituido por el conocimiento, pero totalidad ordenada;» «que el conocimiento, en razón de su esencia, exige, para ser científico, verdad y certidumbre;» «que, además del sujeto del conocer (*Yo*), tiene un objeto ilimitado, que es la *Realidad entera*;» que, «atendiendo á su forma (*sistema*), debe estar sometida á ciertas *leyes*;» y, en fin, que «la actividad humana necesita, en la indagación y construcción de aquélla, proceder con arreglo á las condiciones y reglas del *método*;» único medio para conseguir la certeza.

Por tanto, reuniendo estas afirmaciones, tenemos que el concepto propio de la *Ciencia*, también antes indicado, será: «el conocimiento cierto de la realidad, formado sistemáticamente bajo principio, y adquirido por nuestros medios de conocer, legítimamente dirigidos;» lo cual es una condensación de lo que hasta aquí llevamos expuesto con el carácter de esencial y constitutivo.

Ahora bien; no se conoce completamente un objeto, en tanto no se agota el conocimiento de estos tres términos: ¿qué es el objeto?... ¿qué contiene?... ¿en qué relación se da lo que es con lo que contiene?... Imposible es justificar aquí la *necesidad* de este proceder; pero no sería difícil, si el espacio de que disponemos lo permitiese.

Dándolo, pues, por bien sentado, reconoceremos que nos toca ahora proponernos la solución del segundo problema; en otros términos, habiendo visto qué es la *Ciencia*, es decir, su unidad, nos corresponde examinar lo que contiene, esto es, su interior variedad. Esta segunda parte, ó sea la determinación racional de las cosas ú órdenes que contiene, puede designarse lógicamente con el nombre de *división*.

El fundamento de la división de la *Ciencia* le encontramos, de distintos modos, en el concepto mismo de ella; porque, primeramente, bien se comprende que, si la *Ciencia* no fuera *várida* dentro de sí, no podríamos saber de ella sino que *era*, y sería una unidad vacía, así como un algo sin contenido (si puede valer la frase); y en segundo lugar, con no menos facilidad puede verse que, si la *Ciencia* se dice de un objeto cualquiera, ó de todos, en cuanto aquél ó éstos son conocidos propia, real, verdadera y evidentemente, según la totalidad de las universales leyes del conocer, deben distinguirse en ella tantos modos, aspectos particulares ó fases, cuantos sean los que en el objeto cognoscible se den. Luego la variedad de la *Ciencia* se determina conforme á los elementos constitutivos del conocimiento; y como al mismo tiempo aquélla, en cuanto obra social humana, necesita ser informada por el hombre mediante el adecuado instrumento (*método*), tendremos en éste un nuevo fundamento de división, aun cuando la que obtengamos en tal sentido no pueda resultar nunca tan perfecta y terminante como la efectuada con sujeción al criterio ántes sentado. Sabemos también, en último extremo, que

nuestros conocimientos difieren por el modo y fuente de ser adquiridos, pudiendo ser en estos respectos, por ejemplo, inmediatos, intuitivos ó deductivos; sensibles, concretos, generales ó abstractos... etcétera; de donde resulta un criterio más de division en cuanto al origen de los conocimientos.

Alguna otra distincion podría, quizás, establecerse con referencia á estos *puntos de mira*; mas, no necesitando tratar este asunto sino muy de pasada, sólo hemos de fijarnos en lo más vulgar que á él atañe, es decir, en lo que, siendo indispensable para nuestro propósito, puede conocerse con ménos esfuerzo y más seguramente.

No pretendemos por ello, y porque sería ademas pretension sobrado impropio, hacer aquí una verdadera *Division de la Ciencia*, ni áun criticar con detenimiento las ya aceptadas; pero sí citar alguna, apreciándola, y fijarnos con algun más cuidado en la que consideramos más propia de este lugar y aplicable más directamente á nuestro propósito.

Dícese, y nõ de todo punto sin justa causa, que la clasificacion de los distintos órdenes de la *Ciencia* que primeramente se impone tiene que referirse al *método*, á los *objetos* del conocer y al *origen* de nuestros conocimientos. Como nosotros hemos afirmado en este escrito que «*la variedad de la Ciencia se determina conforme á los elementos constitutivos del conocimiento*,» claro que, en consecuencia, debemos juzgar, por ahora, preferible dividirla en razon del *sujeto*, del *objeto* y del *método*, por la claridad que en esta situacion debe resultarnos de ello, puesto que tales son los elementos que integran aquél; lo cual, aunque no con toda precision y evidencia por lo limitado de nuestras consideraciones, nos es ya sabido. Pero tampoco hemos de hacernos grave cuestion de este punto, como no podemos de ningun otro que al señalamiento de la tal *division* haga referencia, porque carecemos de *condiciones preparatorias*, y nos veríamos en la necesidad de valernos de innumerables prejuicios....

Observaremos, no obstante, en la que se hace respecto al *método*, que la division en ciencias *analíticas* y *sintéticas* no es todo lo acabada que fuera de desear, porque en general tienen á la vez ambos caracteres todas las ciencias particulares. Carece, efectivamente, de exactitud esta division que se hace en el pensar discursivo, y ha dado quizás márgen á tal error el prurito de erigir en ciencias particulares aspectos parciales del conocimiento del que debiera ser objeto *uno* de alguna ciencia más amplia. Lo mismo puede asegurarse desde luégo respecto á otras divisiones aún más comunes, como, por ejemplo, la que se repite uno y otro día de ciencias filosóficas é históricas, ó de ciencias racionales y experimentales, etc.

Y harémos notar tambien que la division que puede hacerse respecto al *objeto* (puesto que éste es interiormente determinable), entendemos no debe efectuarse de una manera decisiva y concreta, es decir, con arreglo á los supuestos objetos *particulares* que bajo la realidad entera se dén, en tanto que ésta no nos sea conocida cumplidamente. De no hacerla así, de llevarla á cabo en las condiciones insuficien-

tes ó inapropiadas en que nos hallamos — porque en este momento no conocemos los tales objetos particulares, — nunca habría razon para fijarla en un número determinado de objetos y no en otro cualquiera; y áun concediendo que podría una vez sola resultar verdadera, no puede negarse que siempre — hasta esta vez aludida, — siempre sería prematura é insostenible, mientras no poseyéramos la superior preparacion que hemos considerado necesaria para proceder á esta operacion importante. Tal pensamos que acontece á la division que suele proclamarse en este sentido de: Espiritu, Naturaleza, Humanidad y Dios; el estudio nos convencerá *à posteriori* de que es cierta; pero para nosotros, en esta situacion, sería anticipada, porque, léjos de conocer estos *objetos*, deben ser luégo ellos mismos objeto de una investigacion detalladísima por nuestra parte.

El criterio de clasificacion que nos parece más útil en este lugar, más aceptable y digno de más profunda consideracion, es el del *origen* ó *fuerza* de nuestros conocimientos. Tratando de resolver cual deseamos este problema, es decir, con sencillez y claridad, indudablemente debemos procurar valernos de un *punto de vista* que, no exigiendo especial preparacion científica por parte del indagador para llegar á él y aplicarle con garantías de acierto, nos conduzca al señalamiento seguro y fácil de los límites verdaderos de las determinaciones que debemos reconocer, librándonos de asentir por ligereza á lo caprichoso é injustificado; de caer, por ejemplo, en las excisiones, frecuentes en estos casos, entre lo *objetivo* y lo *subjetivo*. Debemos igualmente, en cumplimiento de estas condiciones, hacer que aquél sea de tal naturaleza que nos lleve sin esfuerzo «*á establecer la division de la Ciencia, en conformidad al mismo tiempo con lo que sea bien demarcado ó distinto en nosotros y lo que lo sea fuera de nosotros*,» ó, lo que es lo mismo, entre los opuestos elementos del conocer: nada más racional que esta pretension, y nada tan á propósito para convertirla en hecho como «erigir en principio de clasificacion el *origen* de nuestros conocimientos, en *correspondencia exacta* con los órdenes ó esferas deslindadas (valga el calificativo) de la realidad que más pronta y evidentemente se perciben,» ya que, sin duda alguna, se da esta relatividad entre funciones separadas del pensar y modos de ser peculiares, diversos, en el objeto del conocer.

Mas no se crea que, al hacer esta afirmacion, hablando de esferas distintas del objeto del conocer (ó sea de la realidad), incidimos en el defecto que censurábamos en el párrafo anterior, al tratar de la division de la Ciencia respecto al *objeto*, no; porque los particulares objetos Espiritu, Naturaleza, Humanidad y Dios, que entónces enumerábamos, son más concretos, más abstrusos para el pensamiento comun, y la formacion de su respectivo concepto exige la preparacion que sólo el científico posee; mientras que la separacion de estos *modos de ser* á que ahora nos referimos se percibe de más cerca, pudiendo muy bien elevarse hasta ella el pensamiento casi ineducado y vulgar; por cuya razon, repetimos, que le consideramos como el criterio de *division* preferible. Ademas de que la division ajus-

tada á las exigencias de este que nos permitimos llamar criterio, nos indicará el concepto de la *Filosofía* y nos enseñará el lugar que ocupa en el *sistema* de la *Ciencia*; propio objeto de este modesto estudio.

Pues bien; con arreglo á este punto diremos que (en correspondencia con otros tantos diferentes modos de mostracion del *objeto*, que luego se han de distinguir) son dos las *fuentes* del conocimiento humano (y lo diremos así, tomando la *facultad* por el *medio* de obrar de ellas); estas dos facultades ó *fuentes* son: la *sensibilidad* y la *razon*; dándose además otra tercera, la *reflexion* ó el *entendimiento*, que es el factor comun de todo acto de conocer, puesto que obra, dirigiéndose sobre una ú otra de aquéllas con la misma facilidad, por medio de las tres funciones del pensar, *atencion*, *percepcion* y *determinacion*. Esto por un lado; y el otro elemento integrante de la clasificacion que intentamos establecer y que debe corresponderse con él en cierta homogeneidad, esto es, los *modos de ser* de la realidad con los cuales debe existir perfecta adecuacion por parte de las *fuentes* relacionadas, los hallaremos valiéndonos de una simple inspeccion de los objetos que aquélla contiene; puesto que cualquiera de ellos se nos muestra constantemente de una parte como último, particular, mudable, determinado y concreto (*sensible*), y bajo otro respecto como puro, abstracto, eterno ó permanente, total y absoluto (*ideal*). Mas como el objeto no por esta oposicion de relaciones deja de ser el que es, — siempre uno y el mismo, siquiera aparezca, ya como mudable, ya como permanente, etc., — puesto que estas fases, lejos de anularse ó repelerse, se armonizan y coexisten en la realidad y en la vida, se da por tanto un tercer *modo de ser* del *objeto* total de la *Ciencia*, el cual se hallará propiamente en relacion con la *fuerza* de conocer que en tercer lugar hemos citado y descrito en conjunto.

Así supuesto, la *division* de la entidad *Ciencia*, atendiendo al criterio adoptado, deberá hacerse en los siguientes términos: 1.º, conocimiento de lo permanente en la realidad percibido en el sujeto del conocer por la *razon*; 2.º, conocimiento de lo mudable y concreto en la realidad percibido por el sujeto en el sentido; 3.º, conocimiento de lo mudable referido á lo permanente, de lo concreto referido á lo total y absoluto, percibido en el sujeto por fuente adecuada, ó sea por el entendimiento. Éstos son los verdaderos géneros científicos, porque son las primeras y más comprensivas determinaciones que con un valor real y trascendente bajo la *Ciencia* hallamos, en conformidad y con relacion á un tiempo de las especies que dentro de ellas se dan. Cada uno de estos términos no se diferencia de la *Ciencia* cuantitativa, pero sí cualitativamente, porque, aun cuando uno y otro se ocupen de toda la realidad, lo hacen considerándola sólo en un aspecto distinto, según se desprende de la sencilla enunciacion de su contenido; se distinguen, pues, en razon del objeto por el *modo* de mostracion, y en razon del sujeto, además, por la *fuerza* con cuyo intermedio él conoce... Hé aquí, pues, cuáles son los propios conceptos de la *Filosofía*, la *Historia* y la *Filosofía de la Historia*.

Tales son los primeros grandes sistemas que percibimos como interiores al singular *organismo* de la *Ciencia* entera; uno y otro, repetimos, abarcan toda la realidad, pudiéndose formar por ellos de cada objeto particular una ciencia que le considere puramente tal como lo que es, ó sea una ciencia de su *nómeno* (aunque contrarias sean las afirmaciones, tan radicales como infundadas, de cierta filosofía francesa hoy en boga hasta en nuestro país); otra opuesta, que le estime tal como nos es presente en su última determinacion, ó del *fenómeno*, y otra aún en que las dos anteriores se compongan verdadera y esencialmente, la cual debe llenar con plenitud todas las exigencias del ideal y de la vida, reuniendo en sí armónica y sustantivamente los más variados órdenes y las más opuestas fases del pensamiento y de la realidad.

Reasumamos, pues, los puntos referidos, deslindando con claridad estas esferas generales de la *Ciencia*, y dando el propio nombre á cada una de ellas, en tanto como necesitemos para llegar al término de nuestro objetivo actual.

La *Ciencia*, ántes de toda, absolutamente toda determinacion y distincion, es, como puro y simplísimos términos, la del *sér*, á la que llamamos *Ontología*: inmediatamente puede considerarse el *sér* como el fundamento, formándose en esta consideracion superior y total la *Metafísica*: bajo este concepto, y teniendo su *razon* en él, el estudio de los *séres* particulares de la realidad, aún no separados, y en el organismo de sus mutuas relaciones, constituye la *Cosmología*: determinando y concretando sucesivamente, dentro de ésta, los tales objetos ó *séres* particulares, llegaremos al conocimiento de ellos como propios y sustantivos; y encontrando que son: *Espíritu*, *Naturaleza* y *Humanidad*, del conocimiento de estos órdenes surgirán las ciencias particulares filosóficas, *Filosofía del Espíritu* (*Pneumatología*), de la *Naturaleza* (*Somatología*), y de la *Humanidad* (*Antropología*); *sér* este último de composicion de los dos que anteceden y de superior armonía entre todos los aspectos de oposicion que se dan en el Universo; ascendiendo todavía, sobre lo del Universo, llegaremos á la pura nocion del *sér* como *Sér Supremo* ó *Infinito-Absoluto*, cuyo estudio constituye la *Teología racional*. Por supuesto que, dentro del Sistema armónico de estas ciencias, se contienen otras muchas cuyo objeto, á semejanza de los mencionados, está formado por otros *séres* particulares, y aún dentro de ellas un sin número de otras menos considerables que estudian únicamente propiedades esenciales de estos objetos.

Como nuestro trabajo está reducido, no sólo á muy estrechos límites, sino también á un peculiar aspecto de una cuestion determinada, no enumeramos siquiera otras muchas ciencias, que merecen á pesar de esto atencion, cual las que más, delicada y constante, pero que encierran muy distinto carácter.

Réstanos, para terminar, tratar de hacer un bosquejo en cuatro trazos, el cual pueda servir de indicacion acerca del tema *qué es LA FILOSOFÍA*, propuesto en último lugar en el período primero de este escrito.

Habíamos procurado, primero, educir del fondo de nuestras ideas la noción de la Ciencia; como consecuencia de la noción formada, nos ocupábamos despues de apuntar y explicar las condiciones indispensables para que aquélla fuese posible, lo cual nos conducía á un concepto más claro y comprensible del objeto de nuestras reflexiones; últimamente, hemos puesto nuestro empeño en asentar las bases de una division de la Ciencia, clara, racional y verdadera, y es muy cierto que, de la adoptada entónces, podemos — desechando todo lo que no nos es ahora absolutamente necesario — decir compendiosamente, y de acuerdo con un notable y conocido publicista, profundo filósofo y maestro del *Panenteísmo*, que se reduce á preconizar la *Metafísica*, la *Historia* y *Filosofía*, y la *Filosofía de la Historia*, como *Tésis*, *Antítesis* y *Stutesis*, respectivamente, de este problema, segun puede deducirse de cuanto llevamos expuesto. Vamos á consignar en este lugar algo referente á la pregunta indicada en el párrafo anterior, y habrémos cumplido el plan que nos trazáramos de antemano.

¿Qué es, pues, LA FILOSOFÍA?... «Conocimiento de lo permanente, ó esencial, de la Realidad percibido en el sujeto por la Razon,» decíamos al empezar á hacer la division en que cuidábamos de combinar los modos primeros de mostrarse aquélla con las fuentes reales de nuestro conocer (sometiéndonos al mismo tiempo á ambos elementos, igualmente necesarios é igualmente dignos de consideracion); y bastara ciertamente tal concepto, por ser exacto, si no pareciese, con razon, dado un tanto dogmáticamente, quizás impuesto, y si no existiera duda ó negacion, por parte de algunos, respecto á la posibilidad ó realidad de la *Filosofía* tal como la hemos concebido y afirmado. Pero como, desafortunadamente, no sólo sucede esto, sino que casi puede decirse *está de moda*, tenemos, aún con pesar nuestro (por las dimensiones inesperadas que ha tomado este escrito), con sentimiento, decíamos, nos es necesario detenernos un poco en este punto.

La *Filosofía*, repetimos, no es toda la *Ciencia*; sino un aspecto de *toda la Ciencia*; tampoco es un punto de vista de todas las ciencias, porque, teniendo su asunto *propio* y *principalísimo*, no puede comprendérsela como semejante *desparramamiento* — permítasenos el vocablo; — lo que acontece es que, siendo el objeto de la *Filosofía* la Realidad toda (siquiera sea estimándola bajo un aspecto parcial), y ésta á su vez el *objeto* de todo el humano conocer, (como *objeto* uno, superior y primero), claro que ha de internarse por necesidad en el campo propio de toda ciencia particular, é incidir en la parte más elevada de su propia esfera; puesto que aquélla tiene que poseer su objeto, consistente en una fase más ó ménos limitada de aquel *objeto* total, ó en una parte de éste, más ó ménos comprensiva.

Pues bien; y ¿cuál es ese *objeto* de la *Filosofía* *propio* y *principalísimo*? Indudablemente en la Realidad hay algo más que hechos, lo cual conceden indirectamente los mismos materialistas; y, existiendo este *algo*, nada despreciable por cierto, ¿por qué no ha de poderse constituir con él toda una ciencia

que se proponga el estudio y el conocimiento de esa nueva esfera de lo que *es*?... ¿dónde están las razones serias para poder combatir la *legitimidad* de una ciencia que tenga su objeto en el conocimiento de *los principios*, de *las leyes*, de *las causas* (todo lo cual cae fuera del mundo de los *hechos*), formando con el conocimiento de estas determinaciones eternas de la esencia — y en cierto modo del Sér eterno — todo el *sistema de nuestro conocer à priori*; esto es, del *conocer* que no está bajo la jurisdiccion del Sentido; del *conocer* que escapa á la *observacion*; del *conocer* racional y abstracto, ó, por decir mejor, *indeterminado*; del *conocer* — en una palabra — *supra-sensible* é inmutable que basa en puras intuiciones intelectuales y tiene su elevado origen en la razon humana?... Es innegable. Sólo el particularismo de ciertas escuelas, y la aberracion de sus obstinados é inconsecuentes sectarios, pueden incurrir en el error de negar de todo punto la posibilidad, legitimidad, realidad y trascendencia de la *Filosofía* en este sentido. No se vea, empero, tras estas palabras una aversion y un desprecio por los sistemas materialistas en general, y especialmente por el moderno *positivismo*, que estamos muy lejos de sentir; á juzgar por lo poco que de unas y otro nos es conocido, tenemos gusto en reconocer (aunque preframos alguna) que todas las escuelas filosóficas nos son respetables — como la sábia opinion ajena — y que, respecto á esta última, creemos ha venido á cumplir un alto fin; porque, trayendo su peculiar sentido y carácter á las ciencias, tiende á corregir los excesos y á encauzar las divagaciones á que puede dar ocasion el *idealismo* abstracto y subjetivo; es la exaltacion del analisis, la rehabilitacion, quizás exagerada, de la *observacion*; más que una *escuela* filosófica, puede considerarse tal vez como una doctrina metodológica, que será más ó ménos aceptable, pero probablemente no muy inoportuna.

Mas volvamos á la *Filosofía*. Dijimos que era el primer género científico; veamos por qué. Para ello es indispensable recordar que es «el conocimiento de lo *esencial* en el objeto, percibido por la razon.» Ahora bien; teniendo en cuenta que lo particular — lo concreto ó lo *mudable* — no es sino una determinacion de lo *esencial*, síguese de aquí que en el orden lógico, que en el orden de la razon, la *Filosofía* es ántes que la *Historia* y ántes que la *Filosofía* de la *Historia*: mas no hay que confundir el orden de que hablamos con el llamado orden cronológico.

Un prejuicio muy extendido nos hace dudar de aquella prioridad y confundir la peculiar manera de ser de estos distintos órdenes. Efectivamente, como tenemos ya en el alborear de nuestra vida una infinidad de conocimientos experimentales (siquiera sean en general incompletos), los cuales se graban los primeros é indeleblemente en nosotros, por el predominio considerable de los sentidos en la primera edad, nos parece obvio y claro que éstos son los primeros que nuestro espíritu percibe y acoge; sin fijarnos en que (como determinaciones, algo relativo, que son) exigen el supuesto necesario de las ideas de razon, indeterminadas y en cierto modo absolutas, aún cuando sólo tengamos de éstas un



Miguel Morayta.

conocimiento irreflexivo y vulgar ó precientífico. Y hé aquí por qué el conocimiento filosófico es llamado *à priori*, y el histórico *à posteriori*.

El conocimiento filosófico, racional, tiene un valor absoluto. Siempre que sus leyes estén legítima y metódicamente inducidas ó deducidas, no pueden nunca ser contradichas ó desmentidas por la experiencia; pero sí pueden alguna vez los resultados propios—bien adquiridos—de la observacion corregir las falsas inducciones ó deducciones de aquélla; y cuando, por fin, estos *hechos* estén de acuerdo con tales leyes, las corroboran y confirman hasta el punto de llevar á la Ciencia el necesario carácter de verdad trascendental, verdadera é irremisible, cierta y evidente.

Todas las condiciones que al principio á la Ciencia en general asignábamos, tienen también aquí, como parte integrante que es de aquélla, su perfecta aplicacion, su exacta y procedente referencia. Así es que, para que la Filosofía considerada en unidad no sea una entidad abstracta y vacía, necesita, como la Ciencia toda, un *objeto* y un *sujeto* que respectivamente la provoquen é informe, más un *medio* adecuado para su elaboracion; todo lo cual queda ántes referido, por indicacion sucinta, en la simple exposicion de su más inmediato concepto. Sabemos que el objeto de la Filosofía es el mismo que el de la Ciencia, aunque tomado en un particular aspecto (el Sér en cuanto permanente y esencial), y de aquí el que, el conocimiento de cualquier objeto (como tiene que ser éste una *porcion* del Sér), forzosamente encierra una parte filosófica. — El sujeto, no es maravilla afirmar que es el hombre; más se ocurre preguntar: ¿el hombre, valiéndose de todos sus *medios* de conocer, ó de uno sólo? y, en este caso, ¿de cuál necesita valerse?... Recordando que el objeto de la Filosofía es la realidad en cuanto tenga de permanente, como este modo de mostrarse no puede ser percibido sino por la razon, resulta que el sujeto de la Filosofía es el hombre en su medio espiritual correspondiente con lo constante y eterno de la realidad, esto es, con la razon; pero debemos advertir también que los medios de conocer no se dan puros, desligados, sin relacion unos con otros, sino, por el contrario, siempre bajo la unidad de la conciencia, por lo que el sujeto, propiamente hablando, diremos que es la conciencia racional ó «la razon en la conciencia.»

Como la Filosofía, según llevamos dicho, es uno y el primero de los géneros científicos, debe participar — repetimos — de las condiciones todas de la Ciencia en general; teniendo, en consecuencia, como ésta un fondo y una forma propios, puesto que, además, está dotada de propia sustantividad: el primero le constituye el *conocimiento racional*, componiéndose de conceptos, juicios y raciocinios, referentes á este último aspecto; su forma será también sistemática. Necesita igualmente hallarse adornada de condiciones esenciales, que no pueden ménos de ser, del mismo modo, verdad y certeza; lo cual es posible, á condicion de que encontremos una verdad ideal innegable que nos facilite el acceso en la Filosofía, y otra del mismo primer carácter, y á la vez absoluta, bajo la que comprendamos y en la

que hallemos la razon y fundamento de todo el sistema. También poseerá condiciones formales, que serán unidad, variedad y armonía; adelantando aquí, porque merece notarse, la afirmacion, ahora indemostrada, de que la Filosofía, en el sentido de su variedad, se particularizará en razon de los objetos que dentro de su objeto total se den; pudiéndose considerar aquélla en distinciones tantas, cuantas sean las determinaciones que éste contenga, y no siéndonos de todo punto ilícito presentir que el objeto de la Filosofía se determinará en seguida en ley de dualidad y composicion bajo unidad. Y será, por último, la Filosofía, armónica, es decir, última en perfecta relacion y recíproca correspondencia (la de cada particular objeto con la de todos los objetos particulares, y aquélla y éstas en la misma acordada composicion) con la Filosofía una y entera.

Y habiendo de ser, finalmente, constituida mediante nuestro esfuerzo, claro que éste debe ser metódico, reflejando bajo este aspecto exactamente todo lo preceptuado para la Ciencia toda. La única division, pues, que nos es lícito hacer ahora de ella, fundados en las anteriores observaciones, y sin que merezca, por tanto, llamarse prematura y dogmática, será en analítica, sintética y constructiva, la cual abraza ámpliamente su plan general.

Baste con lo dicho respecto á la Filosofía, y cerremos esta pesada divagacion con la última palabra referente á su utilidad.

Terminemos, sí, este bosquejo de la ciencia más elevada y grandiosa, diciendo: La Ciencia en general, pero especialísimamente la Filosofía, no debe considerarse jamás como satisfaccion de una pueril curiosidad, ni como una distraccion más ó ménos seria y honesta, ni aun siquiera como un efecto de nuestra aplicacion instigada por la necesidad de aclarar y sistematizar los conocimientos vulgares que ántes poseyéramos. La Filosofía tiene un fin, que no puede ser desconocido, inmensamente más alto y necesario; porque ella debe ser, el guía del obrar, en el individuo; la norma eterna del vivir, en la sociedad; la verdadera *maestra de la vida*, en la Historia. Sin descender á detallar la colosal influencia que su estudio lleva á cada una de las ciencias particulares, diremos que ella, con su método severísimo, habitúa al hombre á una circunspeccion y severidad de juicio envidiables, porque le elevan, fortifican y dignifican sobremanera; ella obliga al respeto de todas las opiniones, á la defensa de todos los intereses legítimos y al amor fraternal de todos nuestros semejantes; ella nos da la evidencia de la idea del Sér Supremo, y con ésta nos infunde el deseo de rendirle íntima y digna adoracion; ella sabe enseñarnos á dominar nuestras pasiones, á reñir perenne batalla con el error, con el mal, con la fealdad, mostrándonoslos cada uno como estados anormales y transitorios que germinan alguna vez en nosotros al calor de la limitacion por que está afectado todo lo del Universo; ella, por último, nos hace árbitros verdaderos y señores libérrimos de nuestra libertad, de nuestra vida y de nuestro destino.

Hé ahí, aunque á la ligera, la utilidad imponde-

rable de la Filosofía, en nuestro humilde juicio. Podrá no ser exacta su antigua denominación de conocimiento *rerum divinarum humanarumque scientia*; pero merece, á no dudar, los calificativos de ALMA SUBLIME DE LA HUMANIDAD, REFUGIO INEXPUGNA-

BLE DEL ESPÍRITU INDIVIDUAL Y VALLADAR NOBILÍSIMO DEL ÓRDEN Y LA LIBERTAD SOCIALES.

JUAN MORENO DE ACEVEDO É IZQUIERDO.

Madrid, Noviembre, 1881.

NARRACION FEUDAL

I

Es una noche del invierno helado;
Cubre la tierra endurecida escarcha,
Y el cierzo gime al agitar furioso
De la honda selva las marchitas ramas.

El arroyo, acrecido por las lluvias,
Sobre las guijas espumoso salta,
Y, salvando sus márgenes, se extiende
Doblando juncos y quebrando cañas.

Innúmeras estrellas desde el cielo
Sobre la tierra su fulgor derraman,
Y el claro disco de la hermosa luna,
Del arroyo en las aguas se retrata.

Abandonan las fieras su guarida
Y, gruñendo famélicas, aguardan
Á que se acerque descuidada presa
En qué clavar sus afiladas garras.

En los añosos troncos carcomidos
Buscan las aves abrigada cama
Donde pasar en sosegado sueño
Hasta que asome por Oriente el alba.

En profunda quietud la tierra yace;
Tan sólo turban su solemne calma
Los lúgubres aullidos de las fieras,
El viento airado y el rumor del agua.

II

Una jóven y un niño de la mano
Cruzando van la selva solitaria,
Transidos por el frio de la noche,
Cansados por lo largo de su marcha.

Azota el viento sus ligeras vestes,
Hiere la escarcha sus menudas plantas,
Escuchan el aullido de los lobos
Y no tiemblan los niños ni se espantan.

¡Ay! ¿Quién repara en males y peligros
Y quién los teme, quién, si los compara
Con el terror que infunden los tiranos
Sedientos de placer y sangre humana?

III

En un pequeño pueblo edificado
De un alto monte en la arenosa falda,
Un soberbio señor de horca y cuchillo
Sobre sus siervos á su antojo manda.

Sin ley ni freno que sus actos rijan,
Una fiera parece desbocada
Que en su pueblo infeliz, víctima triste,
Se ceba lleno de furor y rabia.

Abusa de la jóven inocente,
No respeta tampoco á la casada,
Y el que murmura de su atroz conducta
Al punto muere en medio de la plaza.

Un siervo de este conde fementido
Una hija tenía pura y cándida,
Como las flores que en el verde prado
Abren su cáliz al salir el alba.

—
Era la niña bella como un ángel,
Era inocente y pura su mirada,
Su cabello brillante como el oro,
Su cintura gentil como la palma.

—
La vió una tarde el conde, y en su pecho
Sintió que el apetito despertaba,
Y, cegado de amor lascivo y torpe,
Aquella noche quiso profanarla.

—
Del noble padre, al recibir la nueva,
De dolor y de enojo estalló el alma,
Y, defendiendo la honra de su hija,
Halló la muerte en la condal espada.

—
La niña entónces estrechó á su hermano,
Y, abandonando la paterna estancia,
Despavorida huyó, sin rumbo fijo,
Perseguida del conde y su mesnada.

IV

— ¡Tengo frío! me hielo, hermana mia;
Ya no puedo seguir tan larga marcha.
— No desmayes tan pronto, vé ligero.
— Pero tú, hermana mia, ¿no te cansas?

— Yo no me canso, no. — ¿Y adónde vamos,
Para correr de esta manera rápida?
— ¿Adónde vamos?... Lo sabrémos luégo,
Después, más tarde; no te pares, anda.

— ¡Por Dios, hermano, vamos! — ¡Ay! — ¿Qué tienes?
— Tengo miedo; ¿no ves qué cosa blanca
Se agita por el suelo? — No te asustes;
¡Si es la luna, que tiembla sobre el agua!

— ¿En dónde padre está? yo quiero verle;
Yo quiero, hermana, regresar á casa, —
Continuaba diciendo el pobre niño,
Desconociendo su fatal desgracia.

— Pronto verás á padre; pronto juntos
Estarémos los tres; pero ahora calla,
Que no te oigan, — la jóven le decía,
Por el llanto anudada la garganta.

— ¿Por qué lloras? ¿Qué tienes? — Si no lloro,
Si yo no tengo nada. — Aquí resbala,
Y al suelo viene la gentil doncella,
Y se hiere las manos y la cara.

Se incorpora, auxiliada de su hermano,
Y ambos prosiguen su ligera marcha
Á través de los árboles sombríos
De aquella selva enmarañada y brava.

—
Y aquí resbalan, más allá tropiezan,
Y vacilan, y caen, y se levantan,
Y de nuevo vacilan, y de nuevo
Prosiguen su carrera comenzada.

—
Y así siguen y siguen por la selva,
Semejantes á pálidos fantasmas
Que despertaran de su eterno sueño
Evocados por arte de una maga.

V

La fatiga los vence y los domina,
El frío de la noche los traspasa,
Y, al fin, aquellos niños inocentes,
Faltos de fuerza, su carrera paran.

—
Ella, pensando en su querido padre,
Vierte á raudales dolorosas lágrimas,
Y llora el niño con dolor profundo
Al ver que llora su afligida hermana.

—
Al pié de un árbol siéntase la jóven,
Contra su seno á su hermanito abraza,
Le da un helado beso en la mejilla
Y — ¡Es forzoso morir! — dice con calma.

VI

Arrecia el viento, y suspirar semeja
Como suspira un alma desgarrada.
Aumenta el frío, y en el suelo crece
La blanquecina endurecida escarcha.

—
El arroyo murmura; el horizonte
Clarea con la luz de la alborada;
Cantan las aves en alegre coro,
Y al cielo suben dos hermosas almas.

VII

Se escucha el galopar de unos jinetes
Que atraviesan á escape la enramada:
Al frente de ellos viene el fiero conde
Pronunciando terribles amenazas.

—
Á la jóven distingue, y — ¡Ya eres mia! —
Prorumpo loco, y bésala con ánsia.
Mas luégo, lleno de terror, la suelta.
¡Estrechaba en sus brazos una estatua!

FRANCISCO HELGUERA.

LA OCTAVA MARAVILLA

Cuando los pueblos son grandes en la historia é influyen decisivamente en la vida de la humanidad, todo lo que dejan en pos de sí, como piedras miliarias que marcan su camino sobre la haz de la tierra, ostenta el sello de esa misma grandeza y hace recordar á las generaciones siguientes que allí vivió una raza dotada de vigor y fortaleza; que allí se adelantó un paso en la vía del progreso y se demostró una vez más el dogma de la perfectibilidad humana; y así, sus monumentos revisten proporciones colosales y contornos sublimes, y los artistas crean obras maestras, y los poetas, empuñando la trompa, dejan oír los cantos armoniosos y la majestad sin rival de la epopeya, que es el poema de la humanidad, y los guerreros escriben con su sangre en todo el mundo el nombre querido de la patria; por eso la España de los siglos XV y XVI, que son los siglos de oro de nuestra historia, es la España de Gonzalo de Córdoba y Cristóbal Colon, de Cervantes y Alonso Ercilla, de Murillo y Juan de Herrera; que al modo cómo el sol, con ser uno, engendra los rayos abrasadores para calcinar en los desiertos de la Libia, y el destello purísimo que hace germinar las flores en los campos de Andalucía, y aún puede bordar de oro y grana las blancas nubecillas que flotan en el espacio y contornean sus jirones para formar con ellos caprichosas imágenes y aéreos palacios, así la España de los siglos XV y XVI pudo á un tiempo dar vida á un rayo de la guerra que se llama Gonzalo de Córdoba y luego Juan de Austria, y hacer brotar de los mares la flor de un Nuevo Mundo con el destello purísimo del genio de Colon, y aún supo inspirar al pintor sevillano la Concepcion sin rival y dar al mundo una octava maravilla con el Monasterio de San Lorenzo.

¡Siglos inmortales, generaciones de aquellas centurias que dormís el sueño de la eternidad sepultados en la fosa del olvido y cubiertas quizá por la losa de la calumnia, yo os saludo y os proclamo grandes á pesar de vuestros detractores, y á través de las tinieblas del pasado admiro en vosotras el genio colosal en sus diversas manifestaciones! que, si en medio de vuestra grandeza y esplendor se ve á veces el oscuro celaje de grandes errores, no importa; el astro-rey, con ser foco de luz, tambien ostenta en su disco manchas que le empañan: vosotras fuisteis grandes aún en vuestros desaciertos, y los timbres de gloria que nos legásteis como preciosa herencia disipan con luz clarísima las sombras de opresion que surgen en vuestro horizonte; aquella misma tiranfa que os arrojan al rostro es la mayor prueba de vuestra

virilidad; luchásteis con el orbe todo, y aún con la misma naturaleza, y, no teniendo enemigos qué vencer, batallásteis con vosotras mismas: el pelicano, sediento de lucha, se destroza á sí propio para probar su pujanza.

Descansad, pues, tranquilas en el seno de la tierra; que, para volver por vuestra honra ultrajada, tiene la historia en sus páginas guerreras los nombres de Lepanto, San Quintin y Pavía; la geografia en sus anales el descubrimiento de América; la literatura en su catálogo el inmortal *Quijote*; el arte en sus obras maestras la Virgen de Murillo y el Monasterio del Escorial.

¡La Octava Maravilla! ¡Qué recuerdos evoca, en el ánimo del que lo visita, la obra maestra de Juan de Herrera! Allí, recostado en la falda de altas y desnudas montañas, se eleva el monumento de la victoria, la tumba de dos dinastías, el alcázar de Dios! Allí está la obra de una generacion, la creacion de un genio, el testamento de un rey que, por ser de hierro, dejó su voluntad escrita en letras de granito: quien hizo aquel coloso de piedra, debió ser tambien coloso.

El que alardee de descreido y positivista, que acuda una vez siquiera á aquel maravilloso recinto, cuando una luz ténue baña las artísticas bóvedas de la basílica y alumbra sin disipar las tinieblas del santuario: el espíritu de Dios parece allí cernerse; hay algo de misterioso y sublime en aquellas oscuras naves colaterales, en aquellas imágenes que se destacan medio ocultas tras las gigantescas columnas; en aquella lámpara que arde solitaria en el centro del santuario, como el alma llena de fe brilla en medio de las tinieblas del mundo: que escuche despues el estrépito atronador de la campana sagrada, repetido con solemne eco por las vecinas montañas, y que hace estremecer las delicadas agujas que se elevan envueltas entre los blanquecinos vapores que surgen de la tierra; la armonía misteriosa del órgano que, evocando los siglos, hace como brotar sus antiguas voces del seno de las piedras que suspiran en todos los rincones del santuario; que contemple cómo la basílica retumba, y oscila cual aérea barquilla suspendida en el espacio, y mientras que unos enormes bronces se balancean sobre su cabeza, la fúnebre mansion donde duermen nueve generaciones de reyes guarda un profundo silencio bajo sus piés, y ese espectáculo grandioso que llena el alma de emocion religiosa le dará fe para su corazon é ilusiones para su fantasía. Pero aquel monumento, no sólo hace sentir la grandeza y sublimidad

de la fe y del arte: es el legado de una generacion, y, al par que nos muestra su grandeza, nos presenta tambien la vanidad de las cosas humanas: bajad desde el templo al regio panteon: tened cuidado de no despertar de su letargo á los que un dia dominaron como señores y hoy duermen como hombres: ¿veis? la luz que alumbra la fúnebre estancia es triste y oscura como los arcanos de la eternidad; las urnas y las paredes y la bóveda están revestidas de mármol frio como sus cenizas; el ambiente es húmedo; quizá las lágrimas de las víctimas se han filtrado en los sepulcros de los opresores: todo es sombrío; sólo allá, en el fondo, una débil lámpara agoniza hace 300 años sin apagarse, en tanto que la luz de la vida que brilló clara y hermosa en los cuerpos de los que allí descansan se extinguió como relámpago que brota y desaparece en un instante: aquella lámpara alumbra una cruz; es la enseña del perdon alzándose sobre las culpas de los que fueron.

¡Sublime leccion! La grandeza humana de tres siglos encerrada en un espacio reducido y tético; los que asombraron al mundo con el esplendor y el fausto de una poderosa monarquía; los que, con sólo querer, hicieron temblar al orbe y dispusieron á su capricho de las vidas y haciendas de millones de súbditos, se ven hoy reducidos al límite estrecho de una urna; ¡ellos! para quienes los palacios más suntuosos parecieron un dia pobres é insuficientes para albergar su majestad soberana; ¿qué mayor prueba de la pequeñez del hombre? Ciertamente que la última página del libro de la vida es la primera del de la verdad.

¡Octava Maravilla! ¡Insigne monumento! Si sólo en tu recinto encerraras el templo de Dios y la mansion de descanso de los reyes, bastara eso para justificar tu fama y legar tu nombre á la historia; pero no; tú guardas aún más dentro de tus muros severos: cada arco de tus claustros majestuosos; cada una de las torres que te coronan como penachos de piedra para indicar tu arrogancia; cada vestíbulo de tus salas, verdaderos museos del arte; cada fresco de tus lienzos, prodigios de ejecucion del pincel de Jordan y ejecutorias de su valía; cada estatua colosal de tus reyes de granito, colocados á tus puertas como seculares defensores y guardia de honor de tu grandeza; todos los tesoros artísticos que conservas, son otras tantas fuentes de inspiracion y sentimiento para el que te visita.

En aquellas elevadas y espaciosas galerías, donde la luz adquiere un resplandor severo al penetrar por las rasgadas ventanas y reflejarse en los lienzos para dar vida á los héroes ó santos retratados por el artista con valentía y originalidad; donde los pasos resuenan á lo léjos, graves y pausados como la voz del remordimiento, y el hombre se siente pequeño ante la majestad de aquel recinto, el espíritu se recoge silencioso y la fantasía vuela en alas de su inventiva á pasadas épocas y evoca las generaciones de tres centurias que han pasado bajo tus bóvedas sin dejar más huella en tí que el polvo del tiempo que te envuelve en finísima gasa, como para protegerte del abandono de tus poseedores: por allí ha desfilado cuanto de grande y noble ha alentado en mi patria; reyes, sabios, guerreros, artistas, monjes,

todos han pasado: de los unos han quedado las cenizas que tú guardas avaro; de los demas, ni aún conservas las huellas en tus pavimentos de mármol.

Y aún más grande te muestras si, por acaso, la tempestad desencadenada en el espacio te acaricia con sus besos de fuego y azota tus moles de piedra con el silbido del huracan: entónces te tornas más sombrío; la voz del trueno resuena en tus arcadas con el acento aterrador del Profeta; la cárdena luz del relámpago, animando á intervalos las figuras gigantescas de las estatuas y los cuadros, parece invitarlos á formar extrañas danzas, y la lluvia que salta con fuerza en los cristales de tus ventanas semeja los golpes repetidos de aterradores fantasmas que acuden animosos á poblar tus galerías; diríase que tus antiguos moradores, hartos de descansar en sus sepulcros, vuelven otra vez á darte vida y animacion; en tanto, tú elevas arrogante tus cúpulas como desafiando á los elementos, y ocultas tus agujas en el mismo seno de las nubes para rasgar sus cataratas.

Y todavía aquella joya de la arquitectura guarda, por contraste singular, toda la grandeza del arte y toda la pobreza y desnudez de un convento; ¡la habitacion de Felipe II! ¡el lecho de muerte del *Rey Prudente!* ¡Felipe II! ¡Figura colosal de la Historia, elevada por unos hasta la apoteosis, deprimida por otros y rebajada hasta el nivel de los monstruos del Imperio romano! ¡Cuánto dice al pensador su nombre sólo! Al recordarle, acuden á la mente en confuso tropel mil glorias y mil venganzas, mil nombres y mil intrigas: San Quintin, Lepanto, El Escorial, la Armada Invencible, D. Juan de Austria, el duque de Alba, Antonio Perez, el príncipe D. Carlos, satélites todos que en el cielo de la Historia giran sumisos en torno del rey, astro de luz pura para sus admiradores, cometa precursor de fatídicos sucesos para sus detractores: ¡quién sabe si todos guardan algo de verdad en sus elogios ó imprecaciones! El Rey Prudente es, quizá, una de las figuras más envueltas en el misterio que brillan en la Historia: para juzgarle sería preciso comprenderle, y los arcanos nunca se penetran; sólo á través de los siglos puede verse en él un genio y una voluntad de hierro: si otra cosa no lo probara, la eleccion de su última habitacion en el Monasterio del Escorial lo afirmaría: aquel rey, grande hasta en sus errores, alma de la política, y fuerte entre los fuertes de su siglo, muere en una celda, pobre como la de un cenobita y desnuda de todo adorno; lo precioso, lo artístico queda fuera; dentro sólo existe lo necesario: es, sin duda, que el esplendor de la corona no fué bastante á ofuscar su inteligencia.

¡Descansa en paz! ¡Duerme el sueño eterno, monarca poderoso! Sobre tu tumba se han colocado coronas de siemprevivas y espinas punzantes de crítica despiadada. ¡No importa! Eso muestra tu grandeza: cuando la humilde choza se deshace al soplo del viento, las aves son las que forman su nido con los restos de la pajiza techumbre: cuando el soberbio palacio de esbeltas y elevadas torres se desploma por la accion de los siglos, las aves de rapiña son las que anidan en los restos de su grandeza.

¡Y tú, monumento de nuestras antiguas glorias, heraldo de la España del siglo XVI, sigue elevando orgulloso tus altivas torres y desafiando á las edades con tu grandeza! que, si algun día aciago, la tierra hispana hubiera de perder su libertad, y en el vaivén de las revoluciones y de los cataclismos descendier del rango de nacion libre al de triste esclava de un poderoso, tú sólo dirás á las generaciones

del porvenir: Aquí vivió una nacion poderosa y fuerte, señora un día de dos mundos, que, si subyugó la victoria á sus plantas, si salvó en más de una vez la civilizacion de su completa ruina, tambien supo escribir su nombre con igual esplendor en los anales del arte y legar á la posteridad la Octava Maravilla.

MANUEL REINANTE HIDALGO.

UNA FARMACIA MODELO

En cierta mañana del florido mes de Abril, mes de los ilusos, de los enamorados, de las lilas y de los poetas, encontrábame apoyado de espaldas sobre una de las innumerables esquinas de la Puerta del Sol de esta corte, cuando sentí un irresistible encuentro sobre mi hombro derecho, que me hizo vacilar y aún casi caer.

Creí al pronto que el alero del tejado vecino ó el piso de algun balcon se había desprendido sobre mi cuerpo; pero, desgraciadamente, fué cosa peor: la mano de plomo de mi amigo Gervasio, con la delicadeza acostumbrada, me advertía su presencia.

Y aprovecho de paso esta coyuntura para advertir á los naturalistas que, entre las muchas clasificaciones racionales del hombre, podrían incluir una que dijera:

«El hombre, por su mano, puede subdivirse en *homo simplex* y *homo elephas*.»

Mi amigo Gervasio pertenecería al segundo grupo, pues tiene algo de esos elefantes sagrados de Siam, que sólo acariciando estrujan la cabeza de un reo como si fuera una uva.

Siguió la preguntita de costumbre:

—¿Qué haces?

—En este momento, contesté, llevando la mano opuesta al sitio magullado, reconocer mis huesos para ver si han quedado, con tu caricia, como frágil azucarillo despues de la pisada de un aguador.

—¡Vamos, no seas merengue! me dijo, despidiendo de sus labios grotesca risotada, y de su otra mano nueva puñada que cayó sobre mi hombro sano.

—Esto ya es otra cosa, repliqué con celeridad y sonriéndome, á fin de *yugular* aquel incipiente martilleo de ciclope. ¿No tienes nada que hacer ahora?

—Sí, me respondió; voy á ver una farmacia nueva que ha de abrirse pronto al despacho; acompaña-

me, y no te arrepentirás de la visita; te proporcionará materia para un artículo interesante.

—Vamos, pues, dije sin más vacilaciones, colgándome del brazo de Gervasio y empujándole para que se pusiera en movimiento.

—¡Por San Caralampio, que debe ser el abogado celestial de todos los pasmos humanos! — exclamé abriendo desmesuradamente los párpados, apenas pasé de vidrieras adentro; — ¡chico, qué lujo!

—Mira y calla— me dijo en voz baja— no crean que has venido ahora de Tineo.

—¡Imposible!— repliqué— ¡si esto parece el regio *foyer* de un teatro! ¡qué techo!.... ¡qué espejos!.... ¡qué elegantes divanes!.... ¡qué paredes tapizadas de brocatel!.... ¡qué esculturas, qué tíbores, qué tallado, qué candelabros, qué alfombras y cortinajes, qué ornamentacion.... qué todo, en fin, chico! ¡si parece la apoteosis del lujo!

—Como que éste es el salon de espera.

—¿De espera has dicho? Verdad que no es de lo que ménos falta hace en una farmacia. Pero ¿y los estantes? No veo botámen, balanzas, morteros ni nada de cuanto la farmacia necesita.

—No seas abuelo, hombre. ¿Si crearás tú que las farmacias modernas van á continuar exhibiendo, como las antiguas, aquellos irresistibles cuadros de mancebos mal vestidos, con el pelo rizado y cargado de olorosas pomadas, que se pasaban ante el público horas enteras triturando con el mortero ó redondeando píldoras al compas de los suspiros y miradas que dirigían á las retozonas doncellas del barrio? Ahora, toda esa visible obra de mano ha desaparecido. Aquí reina la estética con sus más refinadas exigencias, y verás por do quiera mucha coquetería y mucho atildamiento.



| Santa María de Cosnedino en Roma.

— Pero....

— Nada, hombre; ahora, los mancebos despacharán uniformados de frac, y con la cara ceñida á los requisitos del último figurin de peluquería: ¿ha de ser ménos un aspirante á doctor, cuando te entrega delicados globulitos reparadores de tu salud, que lo es el inculto astur cuando entre sus deformes manos te sirve la humeante sopa que regodea tu estómago?

— Pero ¿y qué queda entónces de lo rigurosamente farmacéutico para el público?

— Mira aquella puerta de la derecha: sobre su dorado cerco hay una repisa apoyada en ménsulas de negro mármol, y sobre la repisa un busto. ¿No sabes de quién es? ¡Bah! no conoces á los genios de la ciencia: mira esa barba recortada, esa frente espaciosa, esa mirada escudriñadora, esas dos verrugas de la mejilla izquierda: todo denuncia á Pasteur; debajo tiene un letrero que dice: *Seccion A.—Patogénesias.*

Mira ahora enfrente, formando *pendant*, otra puerta igual: el busto recuerda á Trousseau, y su correspondiente letrero dice: *Seccion B.—Higiénesias.*

— Comprendo bien el destino de esta segunda seccion — dije; — restituir la salud; pero no acierto con el de aquella.

— Ven acá, hombre atrasado — respondió Gervasio cogiéndome de un brazo, y tirando de mí; — pasemos al interior de ese gabinete, y verás primero, y te asombrarás en seguida.

Levantamos el pesado portier y entramos en una habitación de regulares proporciones, cuyo modesto decorado contrastaba con el lujo del salón anterior. Un órden de armarios pintados de negro mate y cerrados por completo revestía las paredes en gran parte de su altura.

— ¡Y bien! — dije á mi amigo, esperando explicaciones.

— Venga V. acá, D. Senen, — gritó Gervasio dirigiéndose á un sujeto seco, alto, de tez biliosa y fisonomía muy movible que, arreglándose los pliegues de su rica bata de seda, apareció por la puerta misma que acabábamos de atravesar.

Era el dueño de la farmacia, á quien Gervasio me presentó.

— Descúbranos V. — dijo éste — los misterios que contienen los armarios herméticamente cerrados que aquí vemos.

De un bolsillo de su bata sacó D. Senen un manojo de llaves; eligió una, y con ella abrió el armario más próximo, en tanto nos decía, con esa sonrisa propia del hombre satisfecho de sus riquezas:

— ¡Je, je!... Estos armarios son una verdadera caja de Pandora; ¡como que encierran todos los males físicos que más castigan á la humanidad!

Un escalofrío de terror me corrió por todo el cuerpo; sentí miedo, y retrocedí sin querer dos pasos.

— ¿Qué dice V., hombre?

— Ahora verá V.

Y, diciendo esto, puso al descubierto un nuevo frente de armónicos cajones, cada uno de los cuales contenía un letrero, que era el nombre de alguna enfermedad terrible.

— Aquí tiene V. el cajon del tífus — dijo señalándome el que estaba á la altura de su vientre.

Retrocedí nuevamente otros dos pasos.

— No tenga V. miedo, y aproxímese más; son inofensivos ahora todos, porque los males están aquí, como las fieras, enjaulados.

Me acerqué algo más confiado, y D. Senen tiró del cajon. Dentro había multitud de elegantes frasquitos llenos de líquidos más ó ménos turbios, y con densidades al parecer variadas. Sobre sus tapones, y en sus etiquetas, veíanse letras y números.

Recordaba aquello un depósito de medicamentos homeopáticos.

Cogió D. Senen un frasquito, y, con él en mano, nos dijo:

— Cada uno de estos frascos contiene millones de gérmenes vivientes, susceptibles de producir el tífus; y notarán VV. que ninguno de los frascos encierra igual contenido que los otros, porque representan cultivos diferentes, es decir, generaciones más ó ménos bastardas del microbio fundamental del padecimiento, capaces de producir tífus de distinta gravedad.

Pues bien; lo mismo que tengo aprisionado en este cajon el tífus, tengo en otros el cólera, la fiebre amarilla, la rabia, la tuberculosis, el carbunco, la viruela, la erisipela.... todos cuantos males se quieran pedir.

Tendí una mirada en derredor mio, y sentí flaquear las piernas.

— ¿Quiéren VV. ver esos gérmenes? — prosiguió D. Senen, dirigiéndonos hácia una mesita: aquí hay un microscopio enfocado: observen esos filamentos que se agitan, esos puntitos que se estremecen, esa casi nada. ¡Ah, es la paradoja de siempre! — exclamó, adoptando un tono ya solemne: — lo infinitamente pequeño originando lo inmensamente grande: como el invisible polípero desarrolla los bancos madreporicos que cierran los mares más gigantescos, así el microbio desarrolla las epidemias que asolan las ciudades más pobladas; mfrenle VV. ahí, inquieto, activo, bullidor, pidiendo un organismo gigante que destruir, como el pedazo de dinamita pide montañas de granito que deshacer.

— Pero, y ¿para qué sirve esto? — pregunté, tanto para eximirnos de un discurso insoportable, como para explicarme lo que no acertaba á definir.

— Para todo, para prevenir y para matar; son como los alcaloides, que tanto pueden ser custodios de la salud como portadores de la muerte. El que quiere prevenirse contra el mal, usa cultivos atenuados; el que quiere morir, usa cultivos vigorosos.

— ¡Pero también aquí se despacha la muerte! — grité escandalizado.

— Sí, señor, á quien quiera, — me contestó con satánica sonrisa y calma D. Senen. — Reconocemos como uno de los derechos más naturales del hombre el derecho al suicidio.

— ¡Qué barbaridad! — exclamé sin poderme contener.

— No, no me ofende esa palabra, que es la que se le ocurre á todo el que quiere vivir, porque le va bien en esta vida ó se resigna con sus males; pero esos no tienen derecho racional á imponer la vida á

quien renuncia á ella, si al mismo tiempo no oponen remedio á los males que se la hacen insopor- table.

— Esa doctrina es disolvente.

— No tal; pero, en todo caso, importaría poco. Para nosotros no hay nada que obligue á un indivi- duo á permanecer en un sitio en donde no ha en- trado por su propio gusto y deliberacion. Venimos al mundo, porque se nos descarga en él; somos un rastrojo fecundo que deja tras de sí el fuego del pla- cer que otros han gozado, y debemos tener el dere- cho á marcharnos de aquí si el hambre, y el casero, y los dolores, y las afecciones morales, y el tortor de roedoras pasiones, nos atan al potro de irresistibles sufrimientos.

— ¿Y los deberes de moralidad social? ¿y la reli- gion? ¿y la esperanza? ¿y?... Pero no; no me con- teste V. — repuse, observando que D. Senen se disponía á defender con mil argumentos heréticos y materialistas los derechos de su libre tráfico.

— Sí, tiene V. razon, — añadió conteniéndose D. Senen; — todas estas discusiones, que teórica- mente serían interminables, y que prácticamente obedecen á evoluciones naturales de la sociedad, se explican de hecho con una sola frase: *Puntos de vista*. Son como las dos miradas que comprenden desde puntos opuestos una nube que se mece tran- quilamente en el espacio: para la una aparece negra y sombría como el presente de un reo en capilla; para la otra, dorada y teñida con los colores del prisma, como el sueño de una virgen en vísperas de sus desposorios; y, sin embargo, las dos miradas ven bien. Desengañese V., repito, son puntos de vista.

Pero no se concretan á éstas —añadió, varian- do ya de tono y haciendo relampaguear en sus pupi- las el fuego de la codicia mercantil — las utilidades de mis medicamentos; todavía, con sus efectos pato- genésicos, se obtiene multitud de interesantes re- sultados: la jóven romántica que busca misteriosos atractivos en una tuberculosis benigna; el polisácri- co que con una fiebre no mortal quema en pocos dias los depósitos de grasa que convertían en botar- ga su organismo, etc., etc., aplicaciones son que han de hacer de estos gérmenes uno de los artículos más productivos de mi farmacia. ¿Quiere V. ensayar al- gunos?

Semejante pregunta, hecha de pronto y con una expresion mefistofélica de su rostro, me sobrecogió con extraño pavor; tiré del faldon de la levita de mi amigo Gervasio, y, aun á trueque de aparecer des- cortés, procuré salir lo ántes posible de aquel infer- nal establecimiento.

Estoy esperando, desde ese inolvidable dia, que la farmacia se abra, y, por causas que ignoro, todavía sigue cerrada.

Sin embargo, he averiguado con toda certeza que se abrirá. Me consta que en París siguen cultiván- dose con toda actividad aquellos malditos gérmenes para la nueva farmacia.

No quiero abusar de un secreto, y por eso no re- velaré dónde está el establecimiento.

Lo diré á mis lectores el dia en que se inaugure.

A. PULIDO.

Agosto, 1881.

LA REDENCION DEL LOCO (1)

Señores: Jamás invoqué falsos pretextos para ocultar defectos reales; mi sabio maestro, el profun- do filósofo é incomparable médico legista Dr. Mata, cuya sagrada memoria acaba de evocar elocuentemente mi queridísimo amigo el Dr. Pulido, decía que yo hablaba en mangas de camisa. Si estuviera aquí presente esta noche, diría que hablo en cueros vivos, porque en cueros vivos voy á dirigiros la pa- labra, á juzgar por la sinceridad y llaneza con que he de hacerlo.

Rectifico, señores: mi venerable maestro está pre-

(1) Este discurso fué pronunciado por el Sr. Esquerdo en el banquete ofrecido á dicho señor y al Dr. Pulido por sus admiradores y amigos, y está recogido íntegramente y tal como se pronunció.

sente; yo le he visto; su augusta sombra vagaba por el techo de este salon; he oido batir sus angélicas alas de contento al contemplar el homenaje de afec- to que se tributaba á sus discípulos; dije mal, á sus discípulos no, á él mismo, porque los á mí dirigidos van reflejamente á su grandiosa personalidad, á su augusta memoria. ¿Qué soy yo? Humilde polvo que levantó su planta al pisar el suelo para atravesar triunfante la tierra. (*Grandes aplausos.*)

Confieso con franqueza que soy un hombre á quien las grandezas físicas y morales le abaten, le anonadan, me dejan extático admirándolas. Y esta solemnidad, por el número y calidad de las perso- nas congregadas, por los sublimes pensamientos emitidos, por los nobilísimos sentimientos revelados y los grandiosos ideales perseguidos, tiene la más

esplendorosa grandeza que el hombre de ciencia y de fe imaginar puede.

¿Cómo yo, que no supe jamás trazar una sencilla historia clínica ante mis maestros, he de brindar teniendo al lado la excelsa figura del Dr. Alonso y Rubio, este venerable anciano, rico en saber, opulento en dignidad? (*Bravos y estrepitosos aplausos.*) ¡Y con qué largueza y despilfarro no usó recientemente de ese inapreciable tesoro! (*Grandes y repetidos aplausos.*) Sí, saludad conmigo al caballeroso carácter español, encarnado en este nuestro ilustre médico tocólogo. (*Grandes aplausos.*)

¿Cómo he de hablaros, si todavía resuenan en mis oídos las sentidas frases pronunciadas por el insigne repúblico que acaba de salir, el Dr. Galdo, á quien puede apellidarse el *bonus vir* por la belleza de su alma y la rectitud de su corazón? ¡qué título, señores, más estimado! ¿Cómo he de hablaros, si veo frente á mí, le estoy contemplando, á este insigne frenópata práctico Dr. Capdevila, cuyo carácter es más suave, más dulce que el aliento de un niño, cuyas costumbres más austeras que la vida del anacoreta, prudente como la misma sabiduría, audaz como la misma reforma? (*Aplausos.*)

Ved al que por su espíritu de progreso tachan de iconoclasta trocado en idólatra, que, si derribó falsos ídolos, levantó verdaderos dioses, y dioses son para mí estos varones insignes que brillan por sus bellezas morales, únicos caracteres indelebles en el trascurso de la historia, porque todo se borra y se hunde con el tiempo, hasta los más peregrinos rasgos del genio, ménos las grandes virtudes; éstas sobresalen, se libran del naufragio, flotan como el Arca de Noé flotó en el Diluvio universal. (*Grandes aplausos.*)

¿Cómo he de brindar, si, aunque se esconda de mi mirada, temeroso sin duda de que el rubor asome á su faz (*Risas*), aunque, oculto, le estoy viendo, al ilustre Dr. Montejo, la más bella síntesis de la erudición portentosa y el infatigable trabajo, que hacen de él el prototipo del sabio académico, cuya alma es bella y, como su rostro, de color de rosa (*Risas*), porque todavía, á pesar de sus años, no le han marchitado las sombrías tintas de bajas pasiones? (*Aplausos.*)

¿Cómo he de brindar, si allá enfrente, en un rincón, recatándose de nuestras miradas, rasgo fisionómico de la modestia, veo al insigne escritor Fernandez Bremon, á quien Dios le pidiera prestada su pluma si tuviera que dirigirse por escrito á la sociedad de nuestros días? Porque la verdad es, señores, que si Dios tuviera que hablarnos por las columnas de un periódico, buscaría al Sr. Fernandez Bremon, diciéndole: «Amigo mio, hágame V. el favor de su pluma....» y aplaudiríamos la elección. (*Grandes risas y aplausos.*)

¿Cómo he de brindar, si tengo al lado al eminente catedrático Dr. Cortejarena, de cuyos grandes dónes de sabiduría no he de hablaros, porque está sancionada por el supremo tribunal, el sufragio escolar? ¡Sí! porque yo entiendo que el amor y respeto de los alumnos hácia el maestro son el último sacramento que consagra la idoneidad del catedrático. (*Aprobacion.*)

¿Cómo he de brindar, si junto al Dr. Cortejarena veo al eminente tocólogo Dr. Alarcon, que ha hecho nuevamente ilustre su preclaro apellido, tan ilustre en Medicina como lo fué en la Literatura patria el gran poeta Alarcon, en mi concepto, á la vez que gran poeta, profundo pensador? (*Aplausos.*)

¡Pero caigo en la cuenta de que estoy hecho un paleta! En efecto, parezco al rico labrador que entra en una joyería y ve un relicario, lo pide, y unos pendientes, y hace lo mismo, y una escribanía, y una sortija, y cuanto brilla en aquellos magníficos estantes, sin reparar que allí todo es joyería y piedras preciosas. (*Grandes risas y aplausos.*)

¡Qué insensata codicia! Os estoy mirando y no veo entre vosotros más que ilustres periodistas, sabios médicos, grandes poetas.... Dispensadme, señores; reconozco mi error: dejo las pocas alhajas que había pedido, para contemplarlas junto á las restantes que no he mencionado, para que todas sigan brillando como deben en sus respectivas estanterías. (*Aplausos.*)

Si yo pudiera brindar, lo hiciera por nuestro decálogo y por la prensa que ha de difundirlo; pero me encuentro en la misma situación que el mensajero de fausta nueva á quien habréis sorprendido acaso parado en medio de una carretera, indeciso y confuso sin saber qué hacer. ¿No os habeis encontrado alguna vez con ese mensajero atravesando una comarca calcinada por el sol, en esos días de verano cuyos rayos, en vez de iluminar ciegan, en vez de calentar queman, en vez de irradiarse se desploman, cubierto el caballo de espuma, el vestido de polvo, la piel de sudor y el ánimo de dudas?

Pues en esa situación me encuentro yo: cubierto de sudor, de polvo, de espuma y de dudas, sin saber qué hacer. Pero así como el jinete, disgustado de sí mismo, se contrae automáticamente, é inconsciente clava las espuelas en los ijares del bruto, y éste sale hácia adelante, y su instinto le lleva al término de la jornada, así yo, señores, nublada la mente, pero henchido de entusiasmo el corazón, espoleo la lengua para que, sin mando ni dirección, diga cuanto se le antoje, seguro de que marchará hácia adelante, porque mi débil palabra está al servicio del progreso, y que predicará la redención del loco procesado, porque ni en mi pecho ni en mi cerebro anidan otras ideas, y adonde quiera se dirija la lengua para pedir un concepto ó tocar un sentimiento, de allí saldrán armónicas ó discordantes notas seductoras para el enajenado. (*Aplausos.*) Si tal no hiciera, ¡cá! estoy seguro de que caería gangrenada á mis piés. (*Bravos y aplausos.*)

Un tan jóven como elocuente orador, el Dr. Castelo, decía que se me moteja de exagerado: no tema, añadía.... Ni temo ni me lastima. Recuerdo que un labrador de Carabanchel, amigo mio, me decía en cierta ocasion: — «Acaso le digan á V. que soy codicioso y tirano para mis criados; cuando esto no lo digan, tiemblen mis hijos, pues irán á pedir limosna.» Lo mismo, señores, repito yo parodiando al labrador: cuando de mí se diga que soy moderado, prudente y comedido en mis pretensiones para con los locos, ¡temblad por estos infortunados séres! no pasarán su vida en el propio hogar ni en los mani-

comios; terminarán sus días en las cárceles ó en el patíbulo. (*Aplausos.*)

Pero aprovecho un oportuno recuerdo para sollicitar de la prensa y los periodistas aquí presentes, entiendo que aceptarán que me dirija al Sr. Fernandez Bremon, en representacion de todos ellos, para rogarle que restablezca la verdad si se ha padecido de error al transmitir el espíritu de nuestra propaganda: nuestro programa, ó por lo ménos el mio, es redimir primero al loco, despues al criminal: y no os asombre que así lo proclame; jamás fuí tan hipócrita que oculté mis designios íntimos, ni creo sea tan iluso que comprometa lo hacedero por lo inaccesible: adeptos de la filosofía fundamental, no vamos tras de lo absoluto ni tras de lo perfecto.

Sabemos que todas las reformas para ser viables han de acondicionarse á las circunstancias de lugar y tiempo: primero redimirémos al loco, despues al criminal; pero no se crea que ni para unos ni para otros pedimos que vaguen libres en el seno de la sociedad, que sería el abandono: la libertad de obrar mal, es mil veces más abominable que la reclusion para el bien. Nosotros entendemos que la criminalidad es fisiológica, pero, aunque fisiológica, accidental: ¿qué es el crimen sino el rayo desprendido de la tormenta fraguada bajo la bóveda que corona el cerebro? (*Aplausos.*)

Así como en la naturaleza no se produce el relámpago en los días claros y serenos, sino cuando se acumulan las nubes, las empuja el viento y las agita el genio de la tempestad, provocando entre ellas el conflicto de encontradas electricidades, así, señores, no realiza el hombre el crimen más que en estados emocionales, cuando deseos bastardos se levantan en su conciencia, agitadas pasiones los empujan y horrenda fatalidad los pone en conflicto: que el rayo es en la naturaleza lo que el crimen en la conciencia: fenómeno que conviene prevenir, borrasca que importa conjurar, porque, una vez desencadenada la tempestad, sus estragos son inevitables; y si grandes son las tempestades que tienen lugar allá en las altas regiones en donde se fulmina el rayo y sus desastrosos estragos, mil veces más imponente es la tempestad desencadenada en las profundidades de la conciencia, y mil veces más horrendos los desastres del crimen. (*Grandes aplausos.*)

Los procedimientos judiciales para con el criminal parecen informados por un espíritu de odio y de venganza contra estos desgraciados seres; ¡desgraciados, sí! que el más desgraciado, despues del loco, es el más enfermizo, es el más inmoral; la salud y buena conformacion mental llevan en pos de sí la moralidad, la justicia y benevolencia, que hace de estos elegidos los más venturosos de los seres.

La primer etapa del error es la contradiccion: proclamais que los hombres todos son nuestros hermanos, y despues los tratáis con la crueldad y encarnizamiento de odiados enemigos, ¡infames hipócritas! (*Aplausos.*)

Nosotros tenemos á los hombres todos, sin excepcion, por nuestros hermanos; á unos los miramos con predileccion, á los otros los compadecemos (los criminales): nuestros procedimientos tienden á mejorar la condicion y suerte de aquéllos, á redi-

mir de toda culpa á éstos; nosotros detestamos los procedimientos y las penas, que más que métodos de esclarecimiento de la verdad y tratamiento confortativo de los rudimentarios instintos nobles del criminal, á la par que debilitantes de sus malas pasiones, parecen trampas cautelosamente dispuestas para cazar á estos desgraciados, almadras para pescar á estos seres; y por cierto que los grandes criminales rompen frecuentemente las redes (*Aplausos*), sin constituir garantías positivas para el resto de la sociedad.

Parece, señores, que parte de esa mal llamada ciencia criminal, tan decadente ya y tan abatida que no podemos despedirla dándole la mano, sino dándole con el pié (*Risas y aplausos*), no tenía otros sentimientos que la inspiraran que la venganza y el miedo; mientras que la ciencia criminal de nuestros días, más moral y más inteligente, sigue derroteros análogos é iguales á los nuestros: ¡venturoso día en que todos juntos caminemos á un mismo fin! ¿En dónde está la moralidad tan decantada de una doctrina que le dice al criminal: Anda, delinque y verás cómo me las pagas? (*Aplausos.*)

Y es la verdad, señores; los procedimientos judiciales de hoy, más tienden á castigar y destruir á los infortunados criminales que á cambiar las condiciones de éstos y prevenir los atentados. Doloroso me es referirme á hechos en que yo he intervenido, pero fuerza mayor me obliga: el deseo de llevar á vuestro ánimo la conviccion más profunda.

Atentos nosotros al estudio de las condiciones individuales del criminal, inspirados en un espíritu profiláctico que vigorice su organismo para el bien y evite las contingencias del crimen, informaremos á las siempre por nosotros respetadas autoridades judiciales en tales términos que, por un delito leve acaso, se falle una reclusion perpetua.

Si el tristemente célebre Garayo hubiese sido sometido á nuestro reconocimiento cuando atentó contra la molinera, con sólo los antecedentes de familia y de su propia individualidad, con el estudio sólo de su organismo, sin el conocimiento de las horribles violaciones y muertes por él cometidas, hubiéramos aconsejado la *reclusion manicomial perpetua*, porque, dado el árbol, podemos con toda seguridad predecir el fruto que ha de dar, y la sociedad no hubiera tenido que llorar sus dos últimas violaciones y sangrientas muertes. (*Aplausos.*)

¿Queréis conocer un ejemplo, y reciente por cierto? Escuchad. En mis últimas conferencias decía yo de los hijos de este desgraciado, que estaban llamados á engrosar el número, harto crecido, de los seres infortunados que pueblan los manicomios ó los presidios, segun fueran francamente delirantes ó confusamente criminales sus crisis neurósicas; decía del hijo mayor: «Este infeliz todavía no ha sido procesado;» pues bien, señores, el distinguido secretario de la Diputacion provincial de Alava me participó días há, en una carta que no leo por las lisonjeras frases que me dirige, y otros amigos míos lo han confirmado, que aquel desgraciado formó parte de la cuadrilla de bandoleros de Puente-Larrea.

Una ciencia que así prevé, pues el individuo nada es, y que promete librar á la sociedad de los

estragos consiguientes á ciertos crímenes, ¿no merece ser consultada por los tribunales y atendida en sus consejos?

Urge la reforma en los procedimientos judiciales; las leyes y éstos han de inspirarse en un sentimiento de amorosa compasion que tienda á mejorar las condiciones orgánicas de estos seres, librando de paso á la sociedad del alcance de sus instintos ó paroxismos destructores.

Interesa concebir la criminalidad del sujeto, y consiguientemente prestar atento y benévolo examen á las condiciones individuales del procesado. ¿Qué hay de irreligioso, de inmoral ni peligroso en estas doctrinas? ¿Qué cimientos sociales se socavan? ¿Qué muros se cuartejan con nuestros trabajos? ¿En dónde está esa techumbre agrietada que amenaza desplomarse? ¡Fantasmas vanos! ¡Declaraciones huecas! ¡Imaginario temores! como diría el autor de la preciosa carta que con mis humildes conferencias ha provocado esta inmerecida manifestacion, mi queridísimo amigo el Dr. Pulido; y digo amigo, y no discípulo, aunque sin inmodestia pudiera así denominar á éste y á los otros que ofstéis llamarme su maestro, porque la verdad, señores, ante todo, han llegado de tal suerte á trocar el significativo de las palabras maestro y discípulo, que yo oigo llamarme maestro á muchos, y cuando vuelvo la cara me encuentro con jóvenes médicos que todos los días me enseñan y tengo á muy altísima honra aprender de todos ellos. (*Risas y aplausos.*)

Me dice el Dr. Pulido que me he olvidado de Doña Concepcion Arenal; no: el último término de su nombre es responsable de su aparente olvido; al oír la lectura de su carta pensé consagrar mi bréndis á tan insigne escritora; pero no en vano dije que produciría en condiciones anormales del entendimiento; estoy en presencia del Areópago de la Tocología, todos estos señores (dirigiéndose á la derecha), y ellos os dirán si los partos laboriosos, si los casos de distocia no son frecuentemente fatales para la madre y para la criatura: el bréndis de Doña Concepcion corrió la suerte de estas concepciones, morir antes de salir á luz; de mí, que en este momento soy la madre, no sé qué será; ¡quiera el Cielo que no tenga el mismo término que la criatura!

Tambien pensaba brindar por nuestros queridísimos compañeros los médicos de partido, tan dignamente aquí representados en las personas de los entusiastas jóvenes y elocuentes oradores Sres. Navarro y Quiralte, y tambien lo olvidé; pero no im-

porta; porque, si con la intencion basta, básteles el decir que así pensé hacerlo.

Digamos, para terminar, lo que en la actualidad pretendemos: nuestras recientes predicaciones convergen á un solo fin, á la recta aplicacion práctica del art. 9.º del Código Penal, ó sea aquel en que se consagra la irresponsabilidad del niño, del imbécil y del loco: nuestros trabajos presentes tienden á dar al dictámen pericial del médico frenópata un valor que no se le otorga, y á borrar de nuestro pueblo la nota de infamia con que pasaría á la historia, y la historia es la imágen de la Eterna Justicia; para ella no hay olvido, no hay condenacion, no hay indulto, no hay perdon, ni siquiera purgatorio; sus fallos son eternos. (*Grandes aplausos.*)

Imaginaos, señores, el Código más acabado de un pueblo, y borrad de él su art. 9.º del nuestro, ó sea el que trata de la irresponsabilidad del niño y del enajenado, y tendréis el Código de un pueblo salvaje. (*Aplausos.*)

Respetad este artículo en el Código, pero que no se traduzca en hechos, que no se lleve á la práctica, y tendréis el Código de un pueblo infame, porque miserable es el pueblo que promete irresponsabilidad para el enajenado, y cuando comete hechos punibles le encarcela ó decapita. (*Aplausos.*) ¿Queréis formaros una cabal idea de lo abominable que es una conducta tal? Pues imaginaos al loco condenado á morir en el patíbulo: vedle subir las gradas del ominoso tablado; su cuerpo es el de un adulto ó el de un anciano, pero su alma es la de un niño, porque el loco, como el niño, irresponsables son. (*Aplausos.*) Vedle ya sobre el infamante tablado, ¡infamante cuando se trata del loco, no sólo para éste y su familia, si que tambien para el que le levanta, con la diferencia de que aquéllos con el tiempo recuperan su primitivo brillo; la ciencia y la caridad borran la mancha sin dejar la más leve huella, mientras que para éste la mancha será indeleble! (*Aplausos.*) Pero yo, señores, no puedo referir estas escenas finales: en mi mente se adelanta el momento último de la víctima: cuando la argolla ha tronchado su cuello y, obedeciendo á las leyes de la gravedad, se inclina su cabeza, me parece estar viendo cómo al volver su faz escupe al rostro de la muchedumbre, representando allí la torpe justicia humana; ¡que á los infames se les escupe en la cara! (*Bra- vos y prolongados aplausos.*)

JOSÉ ESQUERDO.

CANTARES

Triste es del ciego la suerte,
Porque nada puede ver;
Pero es más triste, mujer,
Gozar la luz y no verte.

Ese suspiro que el viento
Ha dejado en tu ventana,
Será el fuego que mañana
Abrase tu pensamiento.

Al pasar la Calumnía
Junto á mi puerta,
La Verdad, temblorosa,
Me dijo: «Cierra;
Que es tal su aliento,
Que hasta el aire envenena
De mi aposento.»

JOSÉ SAINZ DE LA MAZA.

PEQUEÑAS COMEDIAS

POR TODAS PARTES SE VA Á ROMA

I

Vino á Madrid, jinete en un borrico,
 Con una recua de Alcalá, Perico,
 Huérfano el infeliz, y abandonado
 Por parientes de pecho desalmado.
 Cuando llegó la recua á la posada,
 Su obligación mirando terminada,
 Indiferente y zafio el arriero
 Dejó en la calle al mozo sin dinero.
 La noche era apropiada
 Para quedarse al aire sin posada;
 Que á cántaros llovía
 Y de las suyas Guadarrama hacía.
 Reflexionó un momento el pobre chico,
 Y dijo al fin: «Te hospederán, Perico;
 Y, pues tienes aliento y desenfado,
 Dormirás esta noche bien cenado.»
 Y, tras su breve exclamacion interna,
 Entróse en una próxima taberna.
 Pidió medio cuartillo,
 Una tajada y medio panecillo;
 Puesto ya en el apuro,
 Se tragó un huevo duro,
 Y por llenar del todo los rincones,
 Dos panojas ó tres de boquerones.
 Cuando llegó el momento del dinero,
 Le amenazó irritado el tabernero;
 Se armó la tremolina;
 Le dieron una brava cachetina;
 Él mordió á un aguador en una oreja;
 Alzó el grito el herido, dió su queja;
 Acudió un *orden público*, y con gozo
 Se halló en la prevencion nuestro buen mozo,
 Hecho un bravo sujeto,
 De vino y de manjares bien repleto,
 Y, aunque á golpes sobado,
 De la soez prision en el tablado,
 Durmió toda la noche tan á gusto
 Como puede dormir con Dios un justo.

II

Llevado al otro día
 Á presencia del juez, con osadía
 Sin igual, por que preso le dejaran
 Y el bandullo en la cárcel le llenaran,
 El muchachuelo astuto
 Hizo una mueca al juez, le llamó bruto,
 Y encontró pupilaje sin dinero
 En el egregio hotel del Saladero.

III

Cuando al patio le echaron
 Y los presos el bulto le tentaron,
 Al uno un ojo hinchó de un puñetazo,
 Á otro le dió en la geta un topetazo;
 Las navajas salieron;
 Acosaron al mozo y áun le hirieron,
 Y él, teniendo la hebra,
 Se armó en gordo y bien gorda la culebra.

IV

Todo esto lo veía,
 Asomada á un balcon de la alcaidía,
 Una *jembra barbiana*,
 Que *chupenda*, magnífica y galana,
 Visitaba aquel día
 Á un ladron prisionero en la alcaidía;
 Que para aquel que gasta su dinero,
 Tiene puesto de honor el Saladero.

V

La Colasa, al salir, llamó al alcaide
 Y le dijo: «*Pus no nos oye naide*,
 Tome *osté esa parpaya*,
 Y otras *dimpues* vendrán, por que se vaya,
 Porque así se me pone en el *jocico*,



Manuel de la Revilla. †

Libre y sin costas á la calle el chico ;
 Y avisemosté á mí, que por la noche,
 Cuando sea, á buscarle vendré en coche;
 No le ponga osté fierro,
 Al probesito niño, que no es perro,
 Y untelosté la mano,
 Pa que salga con bien, al escribano.»

VI

Al mes, libre se hallaba
 Perico, y la Colasa le adoraba;
 La convirtió en dos días:
 Quitóla malas mañas y manías;
 De la virtud metióla por la huella,
 Y, ya educada, se casó con ella.
 Puso un comercio honrado,
 Vivió con todos bien y respetado;
 Su mujer seducía
 Por la buena manera que tenía,
 Por su trato modoso

Y su vivir honesto y virtuoso,
 Y la prole no escasa
 Alegraba infantil la honrada casa.

VII

En un aniversario, ella encendida
 Le dijo, de ventura conmovida:
 — ¡Quién me contara á mí que aquella vía
 Funesta é imposible en que vivía,
 Nos pudiera traer á tales glorias! —
 Y él dijo: — ¿Á qué sacar esas historias?
 Cuando es honrado el corazon valiente,
 Se va recto hácia el bien siempre de frente.
 Que es la vida, mi amor, una comedia
 Que, por lo más comun, viene á tragedia,
 Y á veces suele, porque Dios lo quiso,
 Acabar, cual la nuestra, en paraíso.
 Poco importa el camino que se toma;
 Hija, «por todas partes se va á Roma.»

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

DOS MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA

I

El cielo llovía nieve sobre Varsovia en triste noche. Parecía tejer un sudario para cubrir aquel cadáver. Todo lo que reina en el sepulcro reinaba allí: frío, silencio, soledad. Por sus calles abandonadas pasaban de vez en cuando caballeros en pequeños caballos tártaros, como aves de rapiña que se lanzaran en aquella huesa. Y, sin embargo, en medio de tanta desolacion brillaba una esperanza de vida, una aspiracion de amor, una de esas flores que entre las junturas de los sepulcros brotan. Veíase en espacioso salon una jóven que se probaba blanca corona de azahar. Era la corona de desposada que tenía apercebida para la noche siguiente, noche de sus bodas. Apenas contaba 20 años. Largos rizos rubios caían como rayos de luz sobre sus espaldas. Brillaban como un cielo sereno sus azules ojos teñidos de melancólica felicidad. Al través de su tez veíase circular la sangre. Era tan apuesta, y

tan alta y tan elegante, que bien podía parecer, por lo ancho de su frente, por lo esférico de su cabeza, por el profundo azul de sus ojos, por su nariz aguileña, sus pronunciados labios, su erguido cuello y su majestuoso continente, la estatua que representaba el genio de su patria, que representaba á Polonia. Yo tengo para mí que esos pueblos, esclavos desolados, suelen dar en el tormento hermosas hijas al mundo, nacidas de las más sublimes inspiraciones, de las inspiraciones del dolor. ¿No os acordais de aquellas hermosísimas hijas de Israel que tañían sus arpas bajo los sauces de Babilonia, que confundían sus lágrimas con las aguas de extranjero rio, y que desarmaban con su hermosura á los perseguidores de su pueblo?

II

La jóven dejó su corona de azahar despues de haberse cerciorado al espejo de que le sentaba bien,

y corrió á una ventana como para mirar si alguno que esperaba venía ya. En aquel instante vió pasar envuelto entre las ráfagas del viento, entre los remolinos de la nieve, un peloton de cosacos que juraban y maldecían de Polonia.

Retiróse la jóven horrorizada, y maquinalmente se sentó al piano. Dejó caer desesperada la cabeza sobre el pecho y recorrió con sus dedos las teclas. El instrumento produjo una melodía profundamente triste, una de esas melodías que son el lloro de toda una generacion, la elegía del alma de todo un pueblo. Inmediatamente apareció en la puerta un anciano encorvado y vacilante, que pronunció con horror estas palabras:

—¿Qué haces? ¿No sabes que esa melodía, ese cántico de nuestros padres, puede costarnos la vida?

—Es verdad, abuelo, repuso la jóven; es verdad, no tenemos patria.

—Yo creo que sí, dijo el anciano; yo creo que este pueblo, apedreado ayer como San Estéban, podrido hoy como Lázaro, aún tiene esperanza.

—¿Dónde está?

—En Dios, dijo el anciano.

—¿Y cuándo nos oirá Dios?

—Cuando le hayamos desarmado con el martirio.

—¡Aún más mártires! exclamó la jóven con acento desgarrador.

Dos gruesas lágrimas, dos lágrimas se extendieron por su rostro como dos amargos rios de dolores. El anciano bajó la voz y dijo:

—Aún tenemos esperanza si pensamos sólo en guerras. ¿Qué amor es posible cuando abrazas un cadáver? ¿Para qué engendrar cuando engendras un esclavo? ¡Maldito el corazón que á su amor egoísta sacrifica el amor á la patria! ¡Maldito el seno que engendra hijos para que los devore el tirano! ¡Te probabas tu velo de desposada! ¡Infeliz! Las hijas de Polonia han nacido en un sudario. Su cuna es un sepulcro. ¿Qué será su lecho nupcial? Y desapareció el anciano.

III

Después de oír estas palabras quedóse María como muda y pasmada. Sin embargo, á los pocos minutos se recobró un tanto y se dirigió á un cuadro de la Virgen que en el testero del salón brillaba.

—¡Madre mía, dijo doblando las rodillas, Madre mía, óyeme! El navegante, cuando las nubes borran las estrellas, cuando el viento levanta las olas, cuando el huracán ruge, te invoca y le oyes, y el cielo vuelve á lucir sus estrellas, y el mar se duerme como un niño, y el huracán se convierte en brisa, y las velas se rizan como las alas de un ave, y el barco llega al puerto. ¿Por qué, por qué no has de socorrer á un pueblo que se ahoga en un mar de sangre? Nuestras casas son panteones, nuestros lechos sepulcros; los altares de tus iglesias pesebres de los caballos tártaros; tus hijos, de su furor despojos. Este pueblo se hunde, se sumerge en un mar de hiel, y, cuando le falta la voz, levanta á tí en demanda de auxilio sus manos cárdenas y ensangrentadas. Ya hemos sufrido la crucifixión. Ya hemos dormido largamen-

te el sueño de la muerte al pié de nuestro Calvario. ¿No ha de llegar la hora de la resurrección para es te Cristo de los pueblos?

IV

La oración fué interrumpida por la presencia de un jóven, que, á pesar de traer su gorra de pieles y su capoton cubierto de nieve, sudaba. María se levantó y corrió á su encuentro. Es imposible que pudiera haber en toda Polonia pareja más hermosa.

Los dos jóvenes, los dos rubios, los dos altos, los dos de azules ojos, de blanca tez; los dos parecidos; con la diferencia de que él tenía toda la fuerza, toda la austera hermosura del varón, y ella toda la gracia, toda la delicadeza, toda la hermosa de la que llama Goethe el ideal femenino. Juntáronse sus manos, sus ojos, su aliento, sus almas. Reinó por algunos instantes ese silencio infinito que ninguna frase humana podrá expresar, ese silencio religioso que ha sido siempre la sublime elocuencia del amor. Si aquel éxtasis se hubiera prolongado en toda la dilatación de los tiempos, sería la bienaventuranza celeste. Esa electricidad de dos miradas que se juntan en un deseo; ese choque de dos almas que se confunden en una idea; esa armonía de dos corazones que laten unísonos; ese aroma de dos suspiros que se compenetrán; esa unión de dos vidas indisolublemente ligadas como el alma y el cuerpo, como el ojo y la retina, como el pecho y la respiración, ¡ah! eso es el amor. ¿Por qué no decirlo? El amor es siempre egoísta, siempre; es el egoísmo sublime de la juventud, la concentración de la vida en sí misma como para tomar fuerza y dilatarse y extenderse en nuevos seres. Como dijo el más sublime de los poetas modernos, el amor es el egoísmo de dos. Para él no hay, en sus instantes de arrobamiento, ni patria ni humanidad; no hay más que él mismo: toda la tierra es el espacio que el ser amado habita, y toda la humanidad está en el ser amado compendiada. Y hé aquí por qué María lo olvidó todo en aquel momento; las palabras del anciano, la tristeza de su corazón, la patria desolada, los aullidos de los cosacos, su oración, sus lágrimas; no veía la tierra desde el cielo de su amor, compendiado en los azules ojos de su amante, donde se había reconcentrado toda su alma.

V

¿Cuán felices eran aquellos momentos! El jóven acariciaba la idea de su boda, como el logro de todos sus deseos, como el término de una ambición que había llenado toda su vida. Amó á aquella mujer desde niño, desde que los primeros sentimientos brotaban en su alma. Mil obstáculos insuperables, mil contrariedades le habían combatido. Su amor inmenso le llamaba á María, y el destino le apartaba de María.

Por fin, después de luchar y reluchar, después de consumir años enteros en una desesperación inmensa, se encontraba en la víspera de su boda. Contaba con impaciencia los minutos que faltaban para sellar con un juramento eterno la alianza de dos corazones

nacidos el uno para el otro, dignos de confundirse en una sola vida. La aspiración de su ser á los 22 años, cuando toda la imaginación es color, toda la inteligencia luz, todo el sentimiento pasión, todas las ambiciones amor, era ¡oh! era unirse con la mujer de sus ensueños.

No mira el satélite al planeta, el planeta al sol, el ruiseñor su nido, el arroyo al cielo ni el cielo á Dios, como aquel amante miraba á su amada.

No sabría yo, pobre narrador de esta historia, no sabría decir cuánto le decía, repetir sus palabras entrecortadas. Aun no ha nacido pintor que haya retratado el fondo de unos ojos enamorados; aún no ha nacido músico que haya transcrito la nota de un suspiro de amor. ¿Dónde está el escritor capaz de repetir las palabras escapadas de un pecho enamorado? Más fácil es repetir el rumor inmenso que levantan á las alturas las olas del Océano. El corazón henchido de amor es el universo. De amor, de esperanza, de felicidad, estaba henchido el corazón del joven Ladislao. Los dos, los dos habían olvidado el mundo. ¿Qué valía para ellos la patria, cuando el imán de su amor les alzaba al cielo?

VI

Aquel arrobamiento es interrumpido, sin embargo, por el anciano, que entra y exclama: «¡Amar, amar cuando Polonia está en tierra cubierta de ceniza y de sangre, amar es un crimen! ¿No oís las hienas que machacan entre sus dientes los últimos restos del cadáver? ¡Y sois felices! Mirad, mirad,—y se descubría el pecho:—una, dos, tres, cuatro, cinco, seis cicatrices. Por ahí he vertido la sangre de mis venas, por ahí han saltado pedazos de mi corazón. He encanecido en Siberia. Me he encorvado bajo el peso de mis cadenas. Ya no tengo fuerzas para vivir, y aún tengo fuerzas para aborrecer. Polonia puede levantarse. Si hoy es el ludibrio del mundo, mañana será el ángel exterminador de los tiranos. Ladislao, vé á morir por Polonia. María, envíale á la muerte. Vuestro primer beso de amor será maldecido, porque podrá dar de sí el alma de un esclavo. Si mañana Varsovia no se levanta de nuevo á pelear, pasado mañana iréis atados codo con codo á Siberia. Que vuestro pecho sea todo odio, que vuestros brazos sean lanzas, que vuestro aliento sea fuego; porque yo, anciano; yo, que he caído cien veces en los campos de batalla, voy á morir por fin sobre el seno de la patria esclava.—Y el anciano quiso erguirse y echar á correr como un joven; pero sus piernas flaquearon, y cayó de rodillas ante el cuadro de la Virgen. En tal sazón, oyóse una gritería confusa de «¡Viva Polonia!» y el ruido de una descarga cerrada.

VII

El joven Ladislao señaló al anciano, señaló al cielo y estrechó contra su corazón á María.

- ¿Te vas? preguntó la joven.
- Me voy, María; me llama la patria.
- Es el ruido del viento, dijo María.
- No, es el ruido del combate, le replicó Ladislao.

- ¡Por piedad! ¿y nuestro amor?
- ¡Nuestro amor! ¿Pues qué, nuestro amor no había de durar sino lo que dure la vida?
- ¡Mañana, dijo María, mañana!
- El corazón me dice que mañana serás mía.
- En esto, se oyó una descarga más cerca.
- ¡Ladislao, exclamó María, por Dios!
- La joven no se atrevía á decirle que no partiera; pero le añadió, para engañarse á sí misma:
- Ladislao, es el viento.
- No, dijo el joven; es el alma de la patria.
- Adios; mañana, de todos modos, exclamó María, será nuestra boda.

El joven se lanzó á la calle, y María fué á caer al lado de su abuelo, ante la imagen de la Virgen.

VIII

Un día entero de combate. La sangre ha corrido durante largas horas. Los hijos de Polonia han peleado de nuevo. Todos los hombres se han lanzado al campo, todas las mujeres á los altares. María reza y llora. Del fondo del abismo de su desesperación, sólo se levanta una plegaria. Sucede una nueva noche. El ruido del combate ha cesado. El éxito no es dudoso. Polonia lucha sabiendo que cae. Un silencio inmenso reina sobre la ciudad. Aquella debía ser la noche de la boda de María. Su corona de azahar está allí, el velo está allí; pero su amante no está. María le aguarda, y no viene. María le llama, y no responde. La joven desvaría. ¿Dónde ha sido el combate? Fuera de sí, loca, se ciñe la corona, se prende el velo y se apercibe á irse. — ¿Dónde estará Ladislao? — pregunta á su abuelo, que yace espirante al pie de la Virgen; espirante de dolor y de fatiga.

— ¡Felices los que mueren en el Señor! contesta el anciano.

María lo comprende. La noche es oscura, la nieve cae. La joven, vestida de blanco, envuelta en el velo, sola, entre el torbellino del viento, parece la estatua de un sepulcro que anda, ó el alma de una virgen que vuelve del cielo. Sus sienes laten, y late su corazón, como si se dirigiera á su tálamo nupcial. Va á las afueras de Varsovia, al lugar del combate. Registra con sus manos anhelosas los montones de los muertos. Las sombras son tan espesas, que no puede distinguir los rostros. En esto oye un gemido, que es el último gemido de una vida que se apaga. — Es él, grita, es él.... — Un rayo de luna rompe las nubes. María reconoce el rostro de Ladislao, lívido, teñido por las sombras de la muerte. Pone la mano sobre su corazón; no late. Pone el oído sobre su pecho; no respira. — ¡Has muerto, dice, sin lanzar un ay! En esta noche debías recibir mi primer beso de amor. — Y clavó sus labios ardientes sobre los fríos labios del cadáver. Sorbió en su beso la muerte.

Al día siguiente llevaban en carros al cementerio los cadáveres de los insurrectos, y entre ellos el cadáver de una joven hermosísima envuelta en su velo de desposada. ¿Sabrían los sepultureros el secreto de aquella muerte? No lo sé. Ignoro, pues, si los dos cadáveres se juntaron en una misma huesa.

EMILIO CASTELAR.

LA FAMILIA

Dentro de la sociedad polígama se degrada el hombre. En ella, las propensiones del animal; nada que anuncie la existencia de ese sér divino que vence á la carne en sus luchas constantes; nada que escape de esta esfera terrestre sin luces ni armonías. Empobrecimiento del sentimiento y de la dignidad; empobrecimiento de la hacienda y de la vida. La poligamia, léjos de ser una ley conservadora, tiende á la destrucción, y tiene el lúgubre privilegio de embrutecer y envilecer á los pueblos.

El espectáculo que ofrece una sociedad donde el hombre es caduco á los 30 años, donde la mujer nace condenada á la prostitucion, que la deshereda de la suave influencia del amor honesto, y donde la familia, huérfana y errante, no alcanza los privilegios que la otorgan las leyes del Cristianismo, lacerará el corazón de los hombres honrados.

La sociedad polígama no puede llegar jamás á un estado de progreso. Dentro de ella, todos los vicios y todas las desdichas; el hombre, apresado á la roca de la barbarie; la mujer, maldiciendo al hombre; uno y otra, devorando una existencia de lágrimas, envenenadas por el hastío. Analizad las apariciones de un oriental: todos los latidos de su corazón se concentran en su pipa y en su harém; las lágrimas de las esclavas le irritarían, y, léjos de engendrar en su alma la piedad, armarían su mano con un látigo, y se adormecería de voluptuosidad entre los ecos de maldicion de aquella parte de humanidad sacrificada á su fiereza.

Otra forma repugnante nos ofrecen las selvas agrestes de Nueva Zelanda y algunas otras regiones ecuatoriales: tal es la sociedad poliándrica, que viene á ser como el polo opuesto de la poligamia. Esta sociedad encierra en sí misma los gérmenes de destrucción, y acaso en los tiempos venideros no quedará de ella ni aún la más mínima reliquia. Una mujer para muchos hombres empobrece la especie; de aquí el que esas tribus bárbaras no posean ni hogares, ni centro alguno de asociacion, signo evidente de que la vida intelectual y la vida moral se hallan en ellas completamente extinguidas; es posible que carezcan de religion, como lo presume un reflexivo viajero, y arrastran una existencia idéntica á la de las fieras que pueblan los bosques.

Pero si la mitad del género humano devora en

triste ceguera los amargos privilegios de la intemperancia y del vicio, el mundo civil, ligado por el Cristianismo, se levanta radiante sobre una institucion divina, base y fundamento del edificio social, generadora de esta vida que se nutre de la sustancia de lo pasado, que se perfecciona en lo presente y completa su armonía prodigiosa en lo porvenir; institucion que no podríamos destruir sin destruirnos á nosotros mismos, y que sirve de raíz al árbol lozano de las generaciones desde el principio del mundo hasta nuestros días: esta institucion es la familia.

¡La familia! Hé aquí una voz sacrosanta que tiene dulzuras inexplicables para todos los corazones. En los pueblos civilizados por el Evangelio, esa palabra representa todo un poema de delicias inmortales, y no se puede escuchar sin sentir en el fondo del alma una de esas emociones que dejan en pos de sí huellas indelebles.

La familia, segun la feliz expresion de un grande orador, es la generacion, la formacion y la tradicion de la vida social, y en este concepto la madre fecunda de la patria; es ese poder grande y universal de todos los tiempos y de todas las edades, cuya magnificencia se ha conquistado el respeto de nuestras pasiones, y á quien el derecho público ha fortalecido aún en sus períodos de decadencia, porque de sofocarle y aniquilarle se hubiera engendrado el monstruo de las anarquías civiles.

En medio de los grandes cataclismos políticos de nuestras luchas fisiológicas, hemos puesto á discusion todos los principios, todas las instituciones, todas las fórmulas del progreso. Nuestra vanidad ha negado la existencia de Dios; hemos escarnecido al derecho inerme y hemos tributado nuestro aplauso á las aberraciones más dolorosas. A la familia no nos hemos atrevido á tocar, poseidos de un temor profundo y misterioso; y es que estamos convencidos plenamente de que no es una arena aislada en el fondo del Océano del mundo, sino la ola viva de las generaciones que acrecienta el raudal de la vida pública, cuyo cauce no tiene límites.

¡Desgraciado el día en que nuestra presuncion ó nuestra ceguera nos obliguen á conculcar ese poder legítimo, cuya inmutable autoridad despliega en el órden civil sus grandezas soberanas! Podremos olvi-

darle, relegarle, estacionarle, pero nunca hacerle víctima de nuestros excesos, de nuestros delirios, de nuestra exuberancia creadora, de nuestra ansia de novedad; cruzaremos siglos enteros disputando sobre el movimiento continuo ó libre sin fecundizar el campo donde se levanta esa institucion; pero derribarla, asestarla golpes homicidas, sería equivalente á trastornar el eje del globo, á buscar la incógnita del desequilibrio perfecto.

Por eso se perpetúa en el tiempo y en el espacio;

por eso, hasta el vicio letal que nos anega con su torrente de inmundicias, la respeta en su carrera; y por eso, en su creciente desarrollo y perfectibilidad fundamos la más noble esperanza, la de alcanzar la meta de la civilizacion, único anhelo del hombre en la tierra, y única manera de abrir camino al reinado del bien, de la verdad y de la justicia.

LEANDRO A. HERRERO.

LOS DOS INFINITOS

I

« ¡Madre, madre!
¡Qué pequeña es la flor que en los espinos
He cogido esta tarde!
¡Qué pequeñas sus hojas, qué pequeñas!
Y yo ¡qué grande!

» ¡Cuánto he crecido, cuánto! ya te llego
Por encima del talle,
Y seguiré creciendo hasta ser alto
Como tú, madre.

» Más alto aún: como el heraldo Ansúrez
Que ondea un estandarte,
Y va á caballo, y lleva casco, y plumas,
Y es un gigante.

» ¡Qué gallardo parece cuando pasa
Trotando por la calle!
Tú, tan alta, á su lado eres pequeña,
¡Como es tan grande!

» Y yo, que al lado tuyo soy pequeño,
Al lado suyo, madre,
Soy chico cual la flor que en los espinos
Cogí esta tarde.»

Y el niño, que envidiaba la estatura
Del heraldo arrogante,
Le vió un día en el gótico castillo
Junto al adarve.

Y de alborozo lleno, fué corriendo
Á decir á su madre:
«La torre del castillo es aún más alta
Que el heraldo que lleva el estandarte.»

II

Muchos años despues, un peregrino
En el atrio de un gótico convento
Descansaba del árido camino,
Á los tibios fulgores
Del sol poniente, que se hundía lento
Entre rojos vapores.

Los frailes congregados
En torno del viajero, que venía
De las regiones en que nace el día,
Donde entónces luchaban los Cruzados
En espantosa guerra
Por la conquista de la Santa Tierra,
Con el afan que causa la ignorancia
Oyeron referir el gran denuedo
Y la fe del valiente Godofredo,
Y la prision de Luis el rey de Francia.

El sol hundióse; al *Angellus* tocaron;
Los frailes, de rodillas,
Á coro un lento rezo murmuraron,
Y luégo por los claustros y capillas,
Cual sombras de otro mundo, se alejaron.

Ya solos el abad y el peregrino,
Dijo el monje al viajero:
— Hablaste de la guerra; que hables quiero
De aquel mundo oriental cuya hermosura
Á solas por las noches me imagino,
Absorto en la lectura
De un libro que poseo en pergamino.

— Padre, el Egipto vi; las siete bocas
Del Nilo, que el sol cubre de reflejos;

En márgenes de arena enrojecida
Vi, cual montañas de labradas rocas,
Pirámides que se alzan á lo léjos.

— ¡Tan grandes son!

— No alcanzará la idea

Á imaginar grandeza tan extraña,
Aquel río que el valle serpentea
Pasa al pié del castillo que en mi aldea,
Por almenas cubierto,
Se eleva sobre una árida montaña.
Pues bien; aquel castillo, cuya altura
Causó á mi infancia asombros y pavor,
Comparado á las moles del desierto,
Es misera cabafia.

— ¡Tan grandes son!

— Cual tromba tempestuosa

Que del profundo mar al cielo sube,
Como revuelta nube
En espiral hirviente y espumosa,
Así aquellas montañas de granito
Se elevan del espacio á lo infinito.
Al verlas, ignorante,
Pensé hallar de lo inmenso la medida;
Pero seguí adelante,
Y una tarde, entre nubes escondida,
La cima vi del Sinaí gigante.

— ¡Tan alto es!

— Tan alto, que, á su lado,

La más alta pirámide de Egipto
Es lo que á la pirámide la tienda
Del árabe que guía su ganado
Por la arenosa senda
Que atraviesa el desierto calcinado.

— ¡Ya nada habrá más grande!

— Tal creía:

Proseguí mi camino;
Cinta azulada hendía el horizonte;
Era la mar bravía,
Que en extension inmensa se perdía,
Mayor que la pirámide y que el monte.

— ¡Oh grandeza sin fin! — el abad dijo;
Y contemplando fijo
El disco de la luna refulgente
Que el rostro enrojecido levantaba
Por el lejano Oriente,
Exclamó al fin: — Mayor que el mar profundo
Es el astro que sube al firmamento,
Y mayor que el planeta macilento
Es esta cárcel que llamamos mundo.
Y lo que al mar la luna,
Y lo que á la pirámide elevada
El Sinaí gigante,
Es esta estrecha tierra comparada

Con el astro radiante
Que por Oriente sube en la alborada.

Y el sol, del cielo luminar inmenso,
En ese mar de estrellas infinito,
Es lo que al mar extenso
Es el grano de arena
Rodando de montañas de granito.

Lo grande, lo pequeño, nombres vanos:
Á lo mayor, otro mayor excede;
Lo grande es todo, todo es lo pequeño.
El juicio de los míseros humanos,
Que comprender no puede
Sin límites al todo, en vano intenta
Dividir lo infinito indivisible.
Lo que por grande admira
Es lo menor que en otro grande mira,
Y en aquel grande otro mayor se ostenta:
Y, ofuscado, no entendié de este modo
Que lo grande no está más que en el todo. —

Mudo el anciano, absorto el peregrino,
Perdiéronse en el atrio del convento,
Y la luna seguía su camino
Por el espacio azul del firmamento.

III

El peregrino, atravesando el valle
Al despuntar el alba,
«Lo grande es todo, todo lo pequeño,»
Absorto murmuraba.

Cubriáse de albores el Oriente;
Las brisas y las auras
En las flores bebían el rocío
De la fresca mañana.

Entre pálidas nieblas se envolvían
Las azules montañas,
Nieblas que el sol rompía con sus rayos
Cual trasparente gasa.

Allá léjos, muy léjos, una aldea
En el valle humeaba,
Y á un gótico castillo se veía
Alzar sus atalayas.

«¡Oh, qué grande! — decía el peregrino,
Que grande imaginaba, —
La torre del castillo que allá abajo
Me recuerda mi infancia.

»Y aquel heraldo Ansúrez, ¡qué gallardo!
Y mi madre tan alta;
¡Mi madre! — y arrasáronse sus ojos
Por un raudal de lágrimas.

Meditabundo y triste, de un espino
La flor sencilla arranca;



Cautividad de Galileo.

En la flor, una gota de rocío
El iris reflejaba.

Contemplándola absorto el caminante,
Vertiginosa danza

Pensó ver de mil séres que en la gota
Viviendo se agitaban.

Adivinó los mundos que al sentido
De los hombres se escapan,

Y vió que lo pequeño se perdía
En infinita escala.

Y exclamó al fin: — No hay grande ni pequeño;
En esta rosa blanca,
Tan inmenso infinito se comprende
Como el que el cielo abarca.

— Verdad — dijo el prior; — grande y pequeño
Son dos palabras vanas
Con que el hombre dar forma se imagina
Al infinito que á entender no alcanza.

N. BLANCO ASENJO.

UN NUEVO PROGRESO

En uno de los días del último mes de Agosto fui invitado, en compañía de algunos amigos, á visitar la Cárcel-modelo, cuya construcción está á punto de terminar. La ocasión que se me presentaba de recorrer aquel edificio, de que tantos elogios se hacen ántes de haberse terminado, la acogí con satisfacción, no tan sólo por la curiosidad que todo lo desconocido despierta en el espíritu investigador del hombre, sino que también por el vehemente deseo que tenía de ver en qué forma la tendencia civilizadora de nuestra época trataba de corregir al desgraciado que, víctima de sus instintos ó de sus pasiones, da lugar á que la sociedad le aparte de su seno y á que la justicia humana le recluya como fiera que, á más de destruir cuanto á su paso encuentra, contagia sus sanguinarios instintos de destrucción y de muerte.

Llegó la hora señalada, y atravesamos la puerta de ingreso, término de mis deseos. Recorrimos con minuciosidad los dos primeros cuerpos del edificio, de construcción sencilla y elegante, destinados á todas las dependencias que un estudio concienzudo de las necesidades de las cárceles ha demostrado que debían establecerse. Vimos las habitaciones destinadas á los empleados, y despues de recorrer una galería, alumbrada por luz zenital á través de una larga cubierta de cristales, nos encontramos en la capilla, centro de la cárcel propiamente dicha.

El majestuoso aspecto, la severidad terrible de aquellas cinco naves que en forma de ataúd se abrían por su parte más ancha, en el sitio que me hallaba, cual inmensos sorbederos dispuestos á arrastrarme á lo desconocido; las cuatro filas que de pequeñas puertas tienen á derecha é izquierda cada una, semejando en un todo los nichos de las fúnebres galerías de los camposantos, me produjeron

una impresión tan profunda, que sentí oprimírsese el corazón y extenderse por mi cuerpo ese frío especial que, cuando el terror nos domina, recorre nuestras venas, helándonos el organismo. A pesar de lo espacioso del sitio, respiraba con más velocidad, como si el aire me faltara, y no hacía el menor movimiento, teniendo mis ojos fijos en aquel cementerio de vivos, creyendo ver en cada una de aquellas puertas una sepultura en que se agitaba un sér condenado al mayor de los suplicios. La voz de mis compañeros me hizo desear la alucinación á que mis pensamientos me habían llevado, y el sentimiento de la realidad me devolvió la alegría tranquila que en todos los visitantes reinaba al ver nuestro deseo satisfecho.

Sólo nos faltaba para completar nuestra inspección que nos fuera enseñado el interior de una celda; nuestro guía, ántes que tuviéramos tiempo de manifestárselo, nos abrió las puertas de una cuyo mobiliario estaba completo. Temí, al dirigirme á ella, que se reprodujeran las tristes impresiones que su exterior me había causado; pero no fué así: por el contrario, aquel pequeño recinto me hizo recordar con entusiasmo que no en vano la civilización y el progreso son los timbres más gloriosos del siglo en que vivimos. Aquel reducido espacio, destinado á castigo del delincuente, tenía todas las comodidades posibles. En vez de la lóbrega mazmorra de la Edad Media, impregnada de hedionda humedad sin aire y sin luz, un cuarto blanqueado, con ventana suficiente para el día, y un mechero de gas que acorta las largas horas de la noche. El monton de paja, sustituido por sencilla cama de hierro. El agua brotando, á voluntad del detenido, de la cañería que la conduce, y la electricidad sirviéndole de esclava para pedir auxilio siempre que le necesite. Un lim-

pio agua-manil, dos rinconeras, una mesa y un banco, completan el servicio del que allí esté encerrado. ¡Cuántos desgraciados no habrán tenido tantas comodidades cuando la libertad era el único dón de su desdichada vida! Orgullosa debe estar nuestra generacion de haber dado este gran paso en la reforma penitenciaria. Es preciso demostrar al obcecado delincuente que, al ser hombre, es más superior que los demas seres que pueblan la naturaleza, que no es una bestia que se deja arrastrar de sus instintos, que necesita de la sociedad de sus semejantes para labrar su tranquilidad; y esto se consigue enseñando á su extraviada razon por medio del absoluto aislamiento, pero sin castigo corporal de ningún género, no privándole de nada que á la materia se refiera; que lo más necesario al sér humano son los vínculos sociales, que él, sin comprender lo precisos que le eran, trataba de romper. El cuerpo que cometió el delito, no es más que el instrumento de un espíritu extraviado; por consiguiente, es absurdo destrozarle cruelmente creyendo que, con este hecho, que es tan criminal como el que se castiga, se penetra el reo de la extension del pecado cometido y nace en su corazon el deseo de enmendarse. Esto

ha sido por largo tiempo lo que se ha practicado por muchos que, aunque tenían constantemente máximas de amor y de caridad en sus labios, les importaba poco que el culpable se corrigiera por convencimiento; les bastaba que las horribles torturas del tormento les hiciera tener la asquerosa hipocresía que inspira el temor al castigo. Sí; yo veo en la reforma que este nuevo edificio representa un motivo más de júbilo para la humanidad, y una gloria más para la civilizacion moderna, que es á la que se debe todo cuanto hoy existe que sea útil y grandioso, mal que les pese á algunos obcecados que lo niegan, aferrándose á ideas que ya, por viejas, dejaron de existir.

Pero no se ha andado aún todo el camino. Al concluir la galería central del edificio descrito existe un pasadizo, que los penados que en la construccion trabajan le han bautizado con el nombre de *el pasillo de la muerte*. En efecto, por aquel sitio saldrá al patíbulo, que estará allí detras colocado, el que haya sido condenado á la última pena. Hasta el dia en que se tapie aquella salida, la hermosa obra empezada no estará completa.

LUIS LASBENNES.

LA INUTILIDAD DEL ADORNO

(TRADUCCION DE PETRONIO)

Cesa, jóven amable, yo te lo suplico, de presentarte delante de mí tan adornada; conserva un corazon que te pertenece por completo; no lo consumas con tu belleza.

Cesa de recargar tus atractivos con adornos superfluos; el arte no puede añadir nada á tanto encanto.

¿Para qué alinear con tanto esmero tu cabeza y tus cabellos? ¡Es tan hermosa por sí misma tu cabeza! ¡Me agradan tanto tus cabellos en desorden!...

¿Para qué esa cinta de seda que aprisiona tu rubia cabellera? Junto á sus doradas trenzas palidece la seda más brillante.

¿Para qué multiplicar los bucles que coronan tu cabeza? ¡Abandonados naturalmente tus cabellos tienen tantos encantos!.....

No puedo concebir por qué llevas un velo de oro: ¡si tu frente desnuda brilla más que el oro!

Tu oreja está cargada de oro y de pedrerías, y, sin embargo, desnuda tu oreja es superior á la rosa fresca.

Tomas del pastel un colorido deslumbrante, y tu tinte es, por naturaleza, más brillante que la pintura.

Un collar en forma de media-luna chispea sobre tu cuello de nieve, y, sin este adorno, tu cuello es arrobador.

Un velo celoso cubre tu garganta de alabastro, y tu garganta rechaza ese velo que la cubre.

Para impedir que flote al aire tu vestido, aprisionas tu talle con los nudos de un cinturon, y, sin embargo, tu talle es el objeto de mi veneracion, hasta cuando flota tu vestido.

Dime: ¿por qué ese anillo y esa piedra preciosa rodean tus dedos delicados, cuando la piedra recibe todo su valor del dedo que la lleva?

No hay adorno que pueda aumentar tus encantos naturales; ¡ya eres demasiado bella, por mi desgracia!

Renuncia á querer parecer más hermosa con adornos prestados; ¿no lo eres ya bastante con tus propios atractivos?

No es por mí por quien tú debes recurrir á tantos

esmeros; ¡como si para amarte tuviera yo necesidad de ser inducido por la violencia!

Mi pensamiento me lleva á tu amor, y yo no combato esta dulce inclinacion.

¡No te amaría más aún cuando fueras la diosa de las flores!

Tus ojos disputan el brillo á los resplandores que rodean á Júpiter, y los destellos de su rayo palidecerían ante los fuegos que lanzan tus pupilas.

Nada hay en el universo más brillante que el sol, y, á pesar de esto, junto á tí el sol está pálido y sin brillo.

Tu cuello es más blanco que la nieve recién caída, que la nieve cuya blancura todavía no alteró el sol.

Tu frente, tu pecho, se asemejan á la leche, á la leche de una cabra que se acaba de ordeñar á su regreso de la pradera.

Los perfumes balsámicos que emanan de una pradera en la primavera son menos dulces que tu aliento, y en el más fresco jardín no hay nada que sea preferible á tí.

Los suaves colores de un vergel, aún cuando se muestre esmaltado de flores, no se aproximan á tu belleza.

El blanco ligustio no puede igualarte; el lirio que se alza sobre un verde césped se declararía vencido por tu encanto.

La misma rosa, ántes de ser arrancada de su lecho de espinas, no iguala el encarnado de tus mejillas.

La violeta, desvanecida y en toda su gloria, es vulgar cuando se la compara contigo.

Elena y Leda, su madre, no podrían resistir tu competencia, aún cuando una haya seducido á Páris y la otra á Júpiter; y, sin embargo, Leda obligó á Júpiter á disfrazarse bajo la pluma de un cisne, y Elena puso en armas á los reyes de Asia!

Leda, con los cabellos flotantes sobre su cuello alabastrino, tejía guirnaldas de flores para la diosa de Argos; Júpiter, que recorría entónces el cielo, la divisó desde lo alto de una nube, y por ella se transformó en ave.

Cuando tú juegas en medio de tus amigas, de las que pareces la reina, estrella resplandeciente en medio de tus jóvenes satélites, si te viera Júpiter desde lo alto de los cielos, no desdeñaría poner á tus piés su divinidad.

La belleza de Elena y sus poderosos atractivos fueron la presa del troyano Páris, que la robó más allá de los mares. La Grecia, conjurada, armó mil navíos para rescatarla, y mil velas volaron en su persecucion.

Si el seductor frigio te hubiera visto tan hermosa, te hubiera robado sobre su navío ó sobre su corcel.

La guerra de Troya duró 10 años enteros; pero, si esta guerra se hubiera hecho por tu causa, hubiera bastado un mes para terminarla.

Yo creo que la hija de Leda merecía menos que tú que el Ilion fuese pasto de las llamas por guardarla, y más razon hubiera tenido Príamo en no deplorar por tí la pérdida de su imperio.

Si, con el vestido recogido, flotantes los cabellos, el arco en la mano, desnudos los brazos, como Diana cazadora, y, acompañada de un coro de diadas, persiguieras al jabalí fogoso y un dios errante te encontrara en medio de las selvas, te tomaría por una verdadera divinidad.

Si, cuando tres diosas se disputaron el premio de la belleza, y aceptaron á Páris por juez, quien prefirió á Vénus, y, de tres, dos se retiraron vencidas, ¡ah! si uniéndote entónces á estas tres rivales, hubieses sido tú la cuarta sometida á esta prueba, Páris te hubiera adjudicado el premio, y tuya hubiera sido la manzana, si la manzana debiera ser la recompensa de la más bella.

Si hay quien lleve un corazon de hierro y pueda contemplar sin emocion tus celestes encantos y el encarnado brillante de tus mejillas, yo le venceré fácilmente de que procede de una encina ó de una roca.

Trad. de PULIDO.

CANTARES

¡Mírame así, bien mio,
Que es tu mirada
Puro rayo que inunda
De gozo mi alma!
¡Mírame, hermosa,
Que en tu mirada leo
Cuánto me adoras!

—
Las cintas que en mi guitarra
Eran emblema de amor,
Así que me has olvidado,
Han perdido su color.

Yo los celos me explico
De esta manera:
Fuego que en un instante
Todo lo quema.

—
Todos leen en mis ojos
Si estoy alegre;
Pero mi llanto ¡ay, triste!
Nadie comprende.

JOSÉ SAINZ DE LA MAZA.

EL DOCTOR ESQUERDO

Conseguir el equilibrio entre el corazón y la cabeza es conseguir un triunfo trascendentalísimo. Lograr que los pensamientos se revelen con extraordinaria fuerza, y que al mismo tiempo y en el mismo individuo lleguen los sentimientos á tener la misma grandeza y la misma hermosura que aquéllos, es lograr un conjunto irreprochable, perfecto, digno de la admiración más profunda. ¿Qué tiene, pues, de extraño que el Dr. Esquerdo sea por todos considerado y aplaudido por todos? En él se ve al sabio y al hombre noble. Al mismo tiempo que en su cerebro se engendra la idea que más tarde, al ser emitida, vencerá, brota de su corazón el generoso sentimiento que habrá de conmover. Todos tienen necesariamente que respetarle. El sabio admirará su ciencia, el ignorante alabará sus intenciones; el sabio le admirará aplaudiendo, el ignorante le alabará vertiendo lágrimas de agradecimiento.

Esquerdo es el protector del loco. Al loco consagra su ciencia, su vida, su fortuna. Estudia, trabaja incansablemente y construye con su particular peculiar un asilo donde el enajenado encuentra esmerada asistencia.

A primera vista, parece que no se puede hacer más en pro de una idea; pero esto es un error. Él hace algo más por el loco. Trata de arrancarle del patíbulo cuando á él es conducido para expiar delitos que sin conciencia cometió; y, si pocas veces logra triunfar, no es del insigne alienista la culpa. No tiene todavía la ciencia la suficiente resonancia para imponerse siempre, y tiene aún el hombre demasiado viva la inclinación funesta de dar cierto sabor de venganza á la justicia.

Estos rasgos, mal trazados con el fin de bosquejar la figura moral de Esquerdo, podrán ser inseguros, como de principiante, pero son verdaderos; basta,

para llegar al convencimiento de esto, escuchar uno de sus discursos al gran frenópata.

Su palabra, al principio, es vacilante; mas á los pocos momentos recobra toda la vida que la elocuencia presta; después, no se puede hacer otra cosa más que aplaudir. Comienzan á brotar párrafos llenos de verdades y llenos de poesía, pero de poesía nacida del corazón, sin atildamiento de ningún género; poesía natural, espontánea, sentida. Cuando Esquerdo improvisa, es más elocuente que nunca, y es que la belleza siempre está en relación directa de la espontaneidad.

Algunos censuran las ideas de Esquerdo en lo que respecta á los *locos que no lo parecen*.

Al pensar sobre esto, la decisión no debe ser dudosa.

Si el médico se equivoca y declara irresponsable á uno que está cuerdo, éste, en su reclusión, quizás experimentará una de esas reacciones saludables del espíritu que acaban por trasformarle. Con esto, la ley se ha eximido de aplicar una pena tan odiosa como la pena de muerte; se ha librado de un oprobio la familia del reo, y éste, comprendiendo lo enorme de su falta, se sumergirá poco á poco en un mar de remordimientos, llegando, después de penas interiores, hasta poder disfrutar la calma relativa del arrepentido.

Pero, en el caso contrario, si se equivocan los jueces, subirá las gradas del cadalso un loco, un sér irresponsable, y sufrirá eterna mancilla, de una manera injusta, la familia de un hombre cuya vida, por ser la vida de un delicado enfermo, debe ser sagrada; se cometerá, en una palabra, un *asesinato legal*.

En caso de duda, debe inclinarse siempre el ánimo del lado de la clemencia.

¡Triste es confesarlo! En este país suele, en oca-



El Doctor Esquerdo.

siones, negarse la solicitud de un profesor que pide se exima á un reo de la pena de muerte por estar loco, al mismo tiempo que se dicta indulto para un criminal responsable; y es, que hasta las vidas de los hombres dependen de las influencias personales.

La proteccion al niño empieza á ejercerse ya de

un modo saludable. Esquermo empieza tambien á fomentar la proteccion al loco, que, como dice el eminente alienista (cuyo retrato desistimos de hacer por falta de inspiracion), es *un niño grande*.

JOSÉ FRANCO RODRIGUEZ.

PEQUEÑAS COMEDIAS

LA PENITENCIA EN LA CULPA

I

Se puso á hacer un drama un majadero,
 Ansioso de renombre y de dinero,
 Viendo cuán sin temor, cuán á destajo,
 Otros medraban por igual trabajo,
 Y cuánto se subía
 Por medio de Melpómene y Talía.
 Y — «que salga el autor» — ¡cuánto seduce!
 ¡Cuánto la gloria escénica reluce!
 Tocando bien el mágico registro,
 Por la escena se sube hasta ministro;
 Y ¿quién sabe? hasta rey, que un presidente
 No es muy ménos que rey (por accidente),
 Y á emperador se puede ver alzado
 Si un golpe sabe dar... de los de Estado.
 Llena de estos delirios la chaveta,
 Versos se puso á hacer sin ser poeta,
 Lo cual (por evidente no lo pruebo)
 No tiene nada de excesivo ó nuevo;
 Que tan grande es la gente de *hoy en día*,
 Que es cosa ya vulgar la poesía,
 Y no hay mamón que, en brazos de su ama,
 Antes de echar los dientes, no eche un drama.
 De obras ajenas el magín repleto,
 Aquí estiro una escena, allá la aprieto,
 Uniendo plagio á plagio descosido
 Con un original burdo zurcido,
 Plumitas rompiendo al fénix de la fama,
 De un conjunto infernal hecha la trama,
 Resultó al fin y al cabo una obra densa,
 Del buen gusto y las musas torpe ofensa;
 Pero aceda, zumbante, inflada, impía,

Rebosando feroz filosofía,
 Mescolanza del diablo, alemanesca,
 Eterna causa para eterna gresca;
 É insistiendo el autor en su delito,
 Al teatro llevó su manuscrito.

II

Quedó el primer galán memificado,
 El empresario loco y asustado,
 Y, en fin, la compañía
 Creyó que de los cielos se caía
 Un nuevo redentor del arte escénico,
 Un potente elemento *fotogénico*,
 Un astro que las sombras deshacía
 En que la pobre escena se envolvía:
 Salió de la lectura el zumboneo;
 Que cada actor, cumplido su deseo,
 Su papel apreciando por el peso,
 Por desplantes y gritos en exceso,
 Y el ¡padre! á cada paso, el *hija mia!*
 Y el desmayo, y aún más la apoplejía,
 Creyeron, de aquel carro en las sopandas,
 Ir derechos al cielo y en volandas;
 Que esto son los actores, está visto:
 Teniendo mucha sangre, no hay mal Cristo.

III

Sobre el vulgo cayó la retahíla,
 Llegó el momento y se formó la fila;
 De la localidad fieros señores,
 Sólo el público halló revendedores,

Que, cerrado el despacho,
Se atracaron de plata sin empacho;
Que el público en Madrid es muy vicioso
Y busca los estrenos agonioso:
Hubo más de una escena desgraciada
Por una pobre plaza disputada;
Sopapos, empujones,
Amenazas, injurias, maldiciones;
Y elástico el teatro se tornara
Y á la gran concurrencia no bastara,
Todo, á ciencia y conciencia,
Obra de la sin par *Correspondencia*,
Que se pasa tres meses
Abultando mezquinos entremeses,
Sin que el vulgo inconsciente,
De uno en otro *puff* cínico escarmiente,
Y diga: «Pues elogia esta señora,
Ecurramos el bulto á buena hora.»

IV

Se alzó solemnemente el telon rojo:
Alargado el pescuezo, atento el ojo,
Avaro de prodigios el oído,
Escuchó el buen Juan Lanás encogido:
Traicionado el deseo,
Levemente primero, del memeo
Se indicó la explosión: la *claque* acude;
Con sus aplausos sin cesar sacude

Al paciencudo público engañado;
Grita el primer galán desesperado,
Que ve venir terrible la tormenta;
La linda dama joven se accidenta;
Juan Lanás, ya cansado, se jalea;
La *claque* aplaude firme y él memea;
Se le dice al autor en bastidores,
Que rugen de entusiasmo los señores;
La obra concluye al fin, la sala truena;
Sacan al autor mísero á la escena,
Tenaces pretendiendo
En aplausos trocar el fiero estruendo;
Y entónces, ya no hay duda: son silbidos
Lo que escuchan del vate los oídos;
La voz de un huracán no articulada;
Una infernal horrible carcajada,
Y aún hay quien dice, ya el telón caído,
Al pobre autor, de espanto estremecido:
«¡Qué triunfo, Don Fulano! ¡de estos, pocos!
¡Están de asombro y de entusiasmo locos!»
Y es la verdad; que triunfos semejantes
Bastan y aún sobran á aplastar gigantes,
Y hasta á llevarlos á vivir de momio,
A costa del Estado, á un manicomio.
Hay, sin embargo, autor que en buena guerra,
Cuanto más le santiguan más se imperra,
Y exclama en sus delirios disolutos:
«¡ Soy mucho genio yo para esos brutos! »

M. F. Y GONZALEZ.

ANÁLISIS ESPECTRAL

I

Un mundo relativamente pequeño y miserable se agita á nuestros piés; un mundo infinito, ó infinitos mundos, para emplear una frase más exacta, giran sobre nuestra cabeza, se pierden y ocultan bajo nuestro horizonte, y rodean en torbellino admirable al pobre globo que habitamos, átomo perdido entre confusa muchedumbre de planetas, satélites, soles y nebulosas.

Si fijamos nuestra vista en los objetos próximos, y procuramos penetrar su esencia propia, de esta curiosidad de *abajo* nacen la mecánica, la física, la química, la historia natural, la geología y todas las ciencias que podemos llamar, en su grado inferior, *terrenas*; si levantamos nuestra mirada á la bóveda

azul de los cielos é interrogamos á las profundidades del espacio sobre las maravillas del cósmos, esta curiosidad de *arriba*, ordenada en principios, da origen á las ciencias astronómicas: y en estos dos grupos de conocimientos humanos, forzoso es confesar que siempre han gozado de mágico prestigio los fenómenos celestes; que más atraen á todo espíritu superior los remotos arcanos del mundo sideral, que las maravillas próximas y tangibles de esta vulgar y prosaica tierra nuestra; que lo lejano nos fascina, como nos fascinan el recuerdo y la esperanza; que el presente nos abrumba y nos cansa, como cansa y hasta la triste realidad de la vida.

Más la curiosidad científica, cuando se aplica á los fenómenos terrestres, apenas tiene límite: la materia está á nuestro alcance; podemos tocarla con

nuestras propias manos; verla de cerca con nuestros propios ojos; interrogarla en todos los momentos; torturarla en todos los instantes y con todas las torturas; hundirla en retortas, crisoles y alambiques; tostarla á fuego lento, ni más ni ménos que á un he-reje, en el horno de reverbero; escudriñar con el microscopio sus senos inter-moleculares; lanzar por su masa la corriente galvánica y contar una por una sus palpitations; iluminarla con la luz eléctrica y desvanecer sus sombras; y no es exrraño que, ce-diendo al fin la naturaleza á tanta obstinacion y á persecucion tan despiadada, nos entregue á pedazos su secreto. Si en esta eterna lucha del espíritu con la materia vence el primero, díganlo la Física y la Química con sus portentosos descubrimientos, la Anatomía y la Fisiología con sus adivinaciones, con sus asombros la Geología.

Pero, al llegar al mundo astronómico que á millo-nes de leguas nos rodea, impotentes son en gran parte nuestros deseos, y nuestros esfuerzos impoten-tes: ni retortas ni alambiques bastan; ni hay yunque en qué pulverizar los mundos, ni líquido que los disuelva, ni reactivo que los analice, ni horno de reverbero en que se tueste el sol, que, á ser posible, tostado le hubieran, como miserable cómplice de Galileo, los sabios inquisidores de Urbano VIII. Po-demos analizar la tierra que pisamos molécula por molécula, átomo por átomo, palpitation por palpi-tacion: sólo mirar nos es dado á lo que allá arriba con ritmo maravilloso marcha trazando líneas de oro en fondo de zafiro; ver sus movimientos, deter-minar sus velocidades, medir sus distancias, adivi-nar sus formas, calcular sus volúmenes, y, por un último y soberano esfuerzo, obtener sus pesos, pero no más. ¡Formas, trayectorias, movimientos! Estu-dio puramente externo, leyes puramente geométri-cas. Ver lo que se ve, es poca cosa; la razon huma-na, á más altas esferas remonta su ambicion.

¿Qué son los infinitos soles del espacio? ¿Qué sustancias contienen? ¿Con qué fuego arden? ¿Qué atmósferas envuelven á sus planetas? ¿Qué materias distintas de las nuestras, ó á las nuestras iguales, forman las osamentas de los mundos? ¿Qué cuerpos simples se agitan dentro de aquellas nebulosas que en el azul del cielo aparecen como blancas neblinas levantadas del caos al fecundo calor de los soles?

Todo esto quisiéramos saber, y, sin embargo, ante lo imposible se estrella la voluntad.

Pero no decimos bien: lo que ayer era imposible, no lo es hoy; la negacion, en afirmacion se trocó al fin; sabemos lo que há poco ignorábamos; el «hasta aquí» se ha borrado, y en su lugar ha escrito la ciencia un movible «más allá,» que cada vez va más lé-jos, atraído misteriosamente por lo infinito, empuja-do sin reposo por la fuerza explosiva de la huma-nidad.

Hay un análisis de los astros, como hay un análisis química; existen reactivos para las nebulosas, como para las sustancias terrestres; podemos demostrar que en las profundidades del espacio hay hidrógeno, como en el agua de nuestros mares; hier-ro, como en las entrañas de nuestros montes ó en los glóbulos misteriosos de nuestra sangre; quizá ázoe, como en la atmósfera que nos rodea y en la

fibra animal; calcio quizá, como en la humana osa-menta de nuestro pobre cuerpo.

Esta nueva química del espacio, y á millones de leguas, esta química astronómica se llama *Análisis espectral*.

II

Que el espacio que rodea á nuestro globo, y en el cual nuestro globo se mueve, no está vacío, cosa es averiguada. Que el éter existe, que todo lo llena, que todo lo anima, que todo lo penetra, es un postulado de la física matemática; y aunque pruebas no faltan, imposible es que en este momento las presentemos: el autor de estos artículos es incapaz de engañar á nadie, y bajo palabra de honor lo afirma, con lo que bien harán en creerle los respetables lec-tores.

Y es el éter, segun la ciencia nos dice, un sutilí-simo gas, un inconcebible vapor, un semi-espiritual fluido; materia en último grado de expansion, y cu-yos átomos se repelen fuertemente; resorte de tres dimensiones, que llena el espacio infinito y trasmite de unos á otros globos celestes la vibracion; océa-no ctéreo que, con sus impalpables oleadas, golpea las opuestas riberas de los remotos mundos. Tal es el éter por donde la luz circula.

En efecto, la física moderna ha demostrado por la experiencia, y ha comprobado por el cálculo, que los fenómenos luminosos son idénticos en un todo á los fenómenos acústicos.

La vibracion del aire es el sonido; la vibracion del éter es la luz.

Pulsa la mano del arpista la cuerda del arpa, y el estremecimiento de la tendida cuerda se comunica al aire; por el aire circula la onda sonora, como la onda acuosa por los mares, y al fin llega al nervio acústico y despierta la sensacion musical que al espíritu por ignorados medios se trasmite.

Agita de igual modo la mano invisible de Dios la materia hirviendo de los soles; el titánico estremeci-miento pasa al éter; por el éter circula la onda lu-minosa, como el sonido circulaba por el aire, como en el Océano se dilataba la ola, y al fin llega al nervio óptico, que por desconocido mecanismo tras-mite al espíritu la nueva sensacion, mensajera de fenó-menos que á millones de leguas se realizan.

Tres términos se distinguen en el sonido: el ins-trumento musical que lo origina; el aire que lo tras-mite; el nervio acústico, su último receptor.

Tres otros términos distinguimos tambien en la luz: el cuerpo luminoso que vibra; el éter que tras-mite la vibracion; el nervio óptico que la recibe.

Imposible es hasta aquí hallar más exacta corres-pondencia entre la luz y el sonido; pero continue-mos nuestro interrumpido análisis.

Los sonidos difieren entre sí esencialmente por el tono, el cual sabido es que consiste en el número de vibraciones que el instrumento músico, ó el aire como vehículo, ó el nervio acústico como receptor, ejecutan en la unidad de tiempo.

Así, el *do* equivale á 65 vibraciones por segundo; el *do*₂ á 130; y en el intervalo de la octava halla-mos: que el *re* es igual á 73 vibraciones; el *mi* á 81;

el *fa* á 86; el *sol* á 97; el *la* á 108, y el *si* á 127. Hechos son éstos demostrados una y mil veces por la experiencia, en mil principios fecundos desarrollados por el cálculo; vulgares en naciones como la gran nacion alemana, y hasta con admirable é ingeniosísimo lujo de experimentos, comprobados por los primeros físicos de Inglaterra en conferencias públicas, á que asisten las más bellas y elegantes señoras de la aristocracia británica: ejemplo digno de imitacion.

Y hechos análogos, con idéntico carácter, con igual forma y obediendo á las mismas leyes, se reproducen en la luz. También la luz tiene sus *notas* musicales, su escala de etéreos sonidos y su maravilloso pentágrama; pero á la *nota* de la vibracion etérea, que es inapreciable al oído, que sólo percibe la vista, se le da el nombre de *color*.

Notas en la escala musical, *colores* en la escala luminosa, son cosas idénticas en el fondo: los colores son las notas de la luz; las notas musicales son los colores del sonido: sobre el pentágrama extienden Mozart, Bellini, Donizzetti, el arco-iris de sus divinas combinaciones; sobre el azul del cielo, maravilloso pentágrama que dibujan con líneas de oro los astros, extiende Dios, el Mozart de la Armonía Eterna é Infinita, las nubes de grana, los celajes de fuego, la espléndida escala de los colores.

Así es cómo la ciencia ha demostrado que, cuando un cuerpo luminoso vibra 470 billones de veces por segundo, el color que se produce es el rojo; que si este número de movimientos oscilatorios es de 730

billones, el color que pinta el éter en el nervio óptico es el violado; y que, entre estos dos límites, corresponden, próximamente, al amarillo, 540; al verde, 380, y al azul, 680 billones de esos estremecimientos infinitesimales á que hemos llamado vibraciones. Y por imposible que parezca contar estas palpitaciones de la molécula etérea, el físico, en su gabinete, las cuenta, y las dibuja y ve, y arranca al mundo de lo infinitamente pequeño sus arcanos, como arranca al mundo de los astros el secreto de soberana grandeza.

El fenómeno óptico y el fenómeno acústico son, pues, idénticos en su esencia: la ley numérica es su ley: los números crecen, sí, en proporcion prodigiosa, y de decenas, centenas ó millares pasan á billones; pero siempre es el mismo principio. Podemos decir, abreviada y simbólicamente:

Sonido	65 vibraciones por segundo.
Luz	470.000.000.000.000 de movimientos oscilatorios en igual tiempo.

Números como el primero sólo conmueven el aire y engendran las notas musicales: números como el segundo conmueven el éter y engendran la luz.

¿Con qué números vibrará el cerebro cuando el espíritu infunde en él la sublime agitacion del pensamiento?

¿Con qué números vibrará el corazon al terrible impulso de las pasiones?

JOSÉ ECHEGARAY.

ILUSIONES PERDIDAS

¡Volando van! Del corazon marchito
Al fin huyeron;
¡Volando van por el inmenso espacio,
Léjos, muy léjos!
¡Volando van! En vano con mis ojos
Seguir las quiero;

Es infinito el campo que recorren,
Raudo su vuelo.

¡Al cielo van! Aquélla es su morada,
De ella vinieron;
¡Otra vez en el cielo serán mias
Si aquí las pierdo!

MANUEL DE LA REVILLA.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

FIN



FRANCISCO SALMERON ALONSO

REPRESENTANTE

DE

CASAS NACIONALES Y DEL EXTRANJERO

COBRANZAS DE LETRAS

Negocios de cuenta propia y en comision

DESPACHO DE CURTIDOS Y GÉNEROS DE PUNTO

DEPÓSITO DE HARINAS, JABONES Y ALMIDON INGLÉS

ALMERÍA. — 2, MARIANA, 2

OBRADOR DE CASULLERÍA

DE

HILARIO BRAVO

Casullas
Dalmáticas
Estolas
Capas pluviales
Paños de hombros
Estolones

*Se hace toda clase de ornamentos
para el Culto Divino*

Frontales
Guiones
Estandartes
Capas de Viático
Cortinas, Pálios
Capas magnas

Calle Mayor, núm. 35, cuarto 2.º — MADRID

— TADEO RUBIO —

CONSTRUCTOR DE CAJAS DE COCHES

Calle Real y Españolito, núm. 2. — MADRID

EL CRITERIO CIENTIFICO

REVISTA SEMAMAL DE CIENCIAS, LITERATURA, ADMINISTRACION Y ARTES

CONDICIONES MATERIALES DE ESTA REVISTA

EL CRITERIO CIENTIFICO ve la luz pública los sábados, en un pliego de ocho páginas en folio, en papel satinado y con esmerada impresion: estas condiciones irán mejorándose gradualmente; los grabados que publica son obra de reputados artistas.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID Y PROVINCIAS.	{ Un mes. 0,75 pesetas Trimestre 2 — Semestre. 3,75 — Un año. 7 —	} PAGO ADELANTADO		
			EXTRANJERO.	{ Semestre. 7 francos Un año. 15 —
			FILIPINAS.	{ Un año. 5 — —

Se suscribe en Madrid, en la Administracion, Costanilla de la Veterinaria, núm. 4, entre-suelo derecha, y en las principales librerías.

En provincias, en los puntos siguientes:

Almería, D. Antonio Vela, Rostrico, 5.

Barcelona, Sres. Agramunt y Compañía, Rambla de Cataluña, 96.

Cángas de Tineo, D. Juan Menendez.

Ciudad-Real, D. T. R. Morote.

Hellín, D. Benito Toboso.

Huelva, D. Antonio de la Corte, Concepcion, 31.

Huesca, D. Hilario Longo, Coso Alto, 71.

Infesto, D. Manuel Emargo, Plaza Mayor.

La Solana, D. Antonio Moraleda.

Linares, D. J. J. Serrano, comercio de los señores Concha y Huguédas.

Málaga, D. Narciso Diaz, Alcazavilla, 3.

Novelda, D. José Santos.

Ponferrada, D. Francisco Lúcas.

Santúcar de Barrameda, D. José Iglesias, San Juan.

Santa Cruz de Tenerife, D. Vicente Bonet, San Francisco, 21.

Santander, D. Gumersindo Carriles, Centro general de suscripciones.

Soria, D. Francisco Rioja, Collado, 58.

Talavera de la Reina, D. Luis Rubalcaba, Corredera, 36.

Vélez-Málaga, D. José María Lasso de la Vega.

En la *Habana*, D. Rafael Mascuñan, Obispo, 133 y 135.

En *París*, D. Inocencio Vega, rue Montmartre, 51.

En los demas puntos donde no hay correspondientes, remitiendo á la Administracion el importe en letras de fácil cobro, y, en donde no haya giro, en sellos.

Advertencia importante. — Los señores suscritores de trimestre en adelante tienen derecho á la insercion de un anuncio que no exceda de seis líneas. — Los señores anunciantes que gusten utilizar la última página de EL CRITERIO CIENTIFICO deben dirigirse á la *Sociedad general española de Anuncios*, calle del Príncipe, núm. 27, Madrid.

